

FEVAL

LOS
COMPAÑEROS
DEL SILENCIO

2

PQ2244

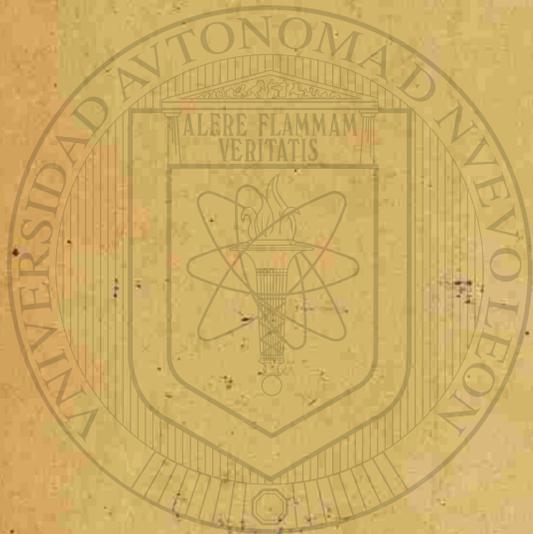
.F2

C658

v.2



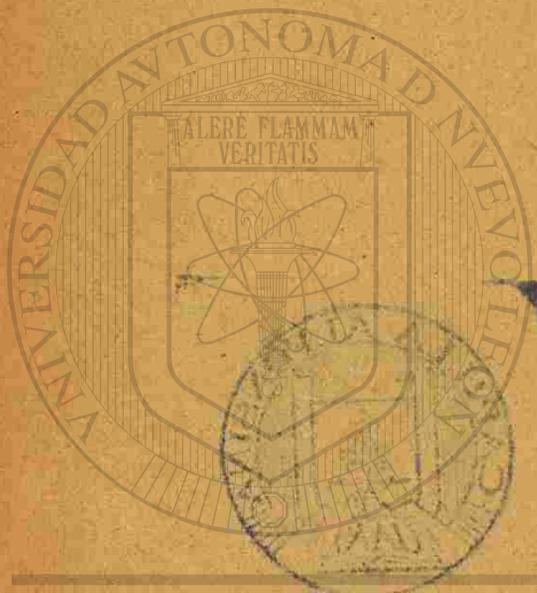
1020026432



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

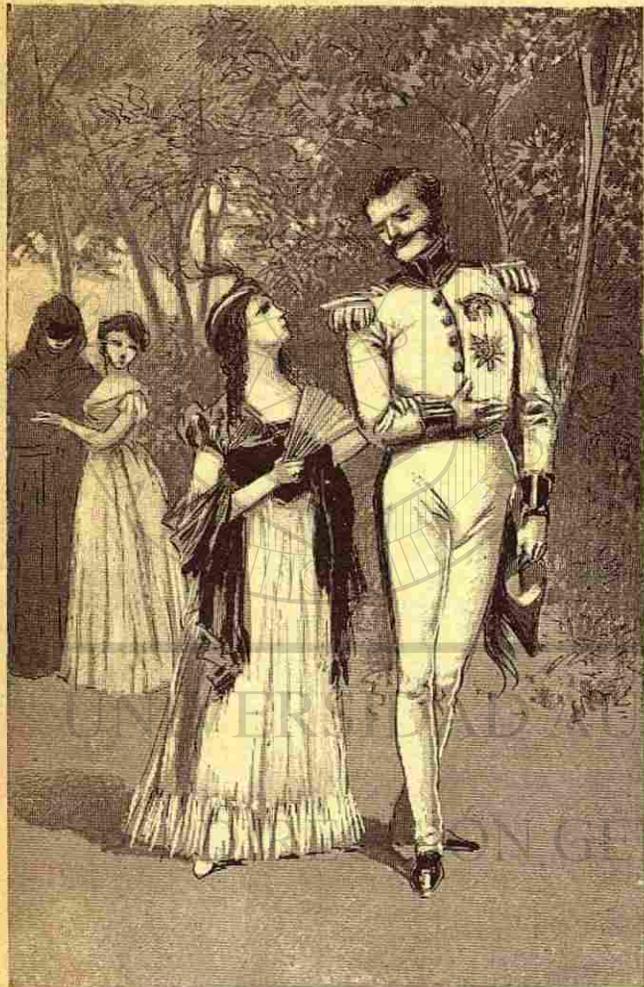
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Núm. Clas. F45830
Núm. Autor 30120
Núm. Adq. -8-
Procedencia _____
Precio _____
Fecha _____
Clasificó _____
Catalogó _____

LOS COMPAÑEROS DEL SILENCIO.—TOMO II



Los que pasaban junto á él le felicitaban por su conquista.

PAUL FÉVAL

LOS
Compañeros del Silencio

EDICIÓN ILUSTRADA

TOMO SEGUNDO

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFREDO RÍVEZ"
Apto. 1625 MONTERREY, MEXICO

30120®

BARCELONA

Casa Editorial Maucci
Calle Mallorca, 166

BUENOS AIRES

Maucci Hermanos
Calle Cuyo, 1070

1905

098924

81/3.
5.



PC 2244
F2
C658
U.2

FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

Compuesto en máquina Typograph.—Barcelona.



LOS COMPAÑEROS DEL SILENCIO

TERCERA PARTE

EL PRÍNCIPE CORIOLANI Ó LOS AMORES DE ANGÉLICA

I

El coronel San Severo

En el palacio Doria-Doria había aquella noche gente por todas partes; en los salones y galerías, en las azoteas embalsamadas de flores, en los jardines, bajo los árboles de los bosquillos, á lo largo de los paseos llenos de luces que conducían al pabellón chino, ligero y atrevido, llamado la glorieta, y en el fondo de las grutas donde penetraba una suave media luz.

Los más brillantes personajes y bellas damas de la corte estaban allí.

Cuando Doria organizaba un baile, acudían gentes de muy lejos. Oíase hablar bajo los naranjos todos los dialectos de Italia; el lenguaje grave de Roma, el puro florentino, el piamontés medio tudesco, y el veneciano que ha tomado palabras de todos los idiomas.

Hay pocas grandes familias en la península itálica que no se lisonjeen de descender de los Doria. Tan sólo con sus parientes nobles, Doria podía llenar sus galerías, sus salones y sus jardines,

Era el mes de febrero en pleno carnaval.

Durante el carnaval, la máscara descuella en Nápoles por todas partes. No se celebran bailes de máscaras, sino simplemente bailes. Cada uno se viste según su capricho, con tal que su traje sea elegante.

La noche estaba ya adelantada, y las reinas de la hermosura, fatigadas de placer, pasaban de la sala de espectáculos, en la cual la compañía del teatro de San Carlos había cantado toda la noche, á los salones entoldados al aire libre, donde las orquestas convidaban sin cesar al baile.

Otras iban del brazo de sus galanes por las sendas misteriosas que conducían á las grutas y á los frondosos kioskos del jardín.

Entre éstas era fácil reconocer á Penélope Brown, la esposa imprudente de Peter-Paulos, acompañada siempre de su colosal compañero el coronel San Severo, de la guardia romana.

Este oficial superior no la había dejado en toda la noche, y le hacía asiduamente la corte.

Pero guardémonos de dejar creer un solo instante al lector que la hija de Marjoram y Watergruel tuviese que reprocharse la menor falta.

Penélope había sabido la salida de su marido por Jack.

Sus sospechas se habían despertado de antemano por la conducta inconsiderada de Peter-Paulos á bordo del *Pausilippe*. Penélope conoció de repente la extensión de su infortunio.

—Se me hace traición—dijo á Melicerta, su fiel confidenta.

—Todos los hombres son lo mismo—contestó Mel encogiéndose de hombros.

—¿Crees verdaderamente que se me hace traición?—preguntó Penélope que había esperado ser contradecida.

—Preguntan por milord Brown—dijo en este mo-

mento un criado de la fonda asomando su cabeza por la puerta.

—¿Es una mujer?—exclamó Penélope celosa.

—No, milady, es un hombre que viene por el negocio que sabéis.

—Excusaos—le dijo Mel al oído.

—Hacedle entrar—exclamó Penélope.

El hombre que fué introducido, era un gigante de seis pies de alto, vestido con el uniforme de la guardia romana.

Penélope tomó ese aire desabrido de la inglesa que conoce sus *conveniencias*.

Mientras que el extranjero saludaba, ella le dijo:

—Vos ser le primero hombre que entrar en el aposento de mí... Yo decir vos la razon... mí quererme vengar de milord.

El coronel no entendió ni una palabra.

Saludó á milady, y tomando su mano para besarla, le hizo una cruz doble en la palma. Penélope, al sentir las cosquillas, se refugió cerca de su cama gritando con voz chillona:

—¡*Shocking!*... ¡*very shocking indeed!*

—Estos son los usos del país—le dijo Mel.—¡Hermosa estatura de hombre!

—¡Ah, diablo!—dijo el coronel en italiano.—¿hay aquí quid pro quo?... Creía que sabíais la cosa... pero desde el momento en que os incomodo...

E hizo ademán de retirarse. Mel le hizo señas de que se quedase.

—Con mucho gusto—murmuró el coronel de la guardia romana;—pero no sé cómo hacerles comprender el asunto.

Penélope y Mel le miraban.

El coronel paseó la mirada alrededor del aposento, y viendo un cofrecito de joyas sobre la mesa de noche, lo señaló con el dedo, diciendo:

—¿Diamantes?

—Mí comprendera bien—replicó Penélope.

—¿Le tenéis?—preguntó el coronel.

—Yes, yes—dijo milady,—para ir esta noche á la baile.

—¡Eso es!—contestó el gigante,—el baile.

—¿Y milord estar allí?—preguntó Penélope.

—¡El pundjaub!...—dijo el coronel San Severo; —diamante... baile... esta noche.

—Mí comprender bien... Mí querer sorprender Brown y vengar á mí... *positively!*

Ni uno ni otro sabían absolutamente lo que habían dicho, pero cada uno tenía su idea fija.

San Severo, que era, como sabe el lector, el terrible capitán Lucas Tristany, habiendo sabido que un inglés llamado Brown había llegado en el *Pausilippe*, venía á verse con él por el famoso negocio del *pundjaub*.

Penélope comprendía vagamente que un arrogante militar quería llevarla á un baile donde estaba ya Peter-Paulus con agravio de sus derechos conyugales.

—Milord—dijo ella,—mí querer confiar en vuestro honor por sorprender Brown y vengar mí.

—Esto es—exclamó Lucas Tristany,—Brown... exactamente.

Penélope le presentó la mano, y él cogió á la inglesa sin cumplimiento por la cintura, haciéndole dar una vuelta de vals al son de la palabra baile, baile.

—Estas son costumbres del país—dijo Mel abriendo los cofres.

El gallardo coronel, viendo que sacaba de los baúles ese deslumbrante traje que ya hemos descrito, y cuyas diversas piezas habían sido compradas por el mismo Peter-Paulus en las más elegantes tiendas de Kleet-street, aplaudió con entusiasmo y dijo:

—¡Bien, bien! lo enseñaréis al príncipe real y aun á S. M.

Se refería al diamante.

Mel tomó al coronel por la mano y le llevó al posento de Peter-Paulus, en el cual no había nadie. El coronel la besó en ambas mejillas, y en cuanto Mel se hubo ido, llenó sus bolsillos de diversos objetos que estaban sobre los muebles. No es que lo hiciese por necesidad, sino que conservaba antiguos hábitos.

Penélope se vistió viva y alegremente. La mezcla de los colores azul, rosa, naranja y amaranto, se llevó á cabo según las reglas más severas del gusto de Cheapside. Cuando se llamó al coronel y vió aquella mujer tan larga vestida de arco iris, le ofreció vivamente su brazo. Un carruaje aguardaba en la puerta.

Durante el camino el coronel tentó los bolsillos de su compañera por ver si estaba en ellos el cofrecito del *pundjaub*.

—¡Le honor de mí ser entre vos manos!—le dijo Penélope,—¡mí ser una debble gentlewoman! ¡Mí querer savorer la venganza... pero querer guardar *preciously* la virtud!

San Severo, el bravo gigante, sólo quería el *pundjaub*.

Al cabo de un rato de estar en el baile, la jerga de Penélope empezaba á exasperar al coronel. Ya la había llevado de salón en salón, diciendo á todo el mundo que era la mujer del más rico joyero de Londres; pero todos sus esfuerzos para obtener alguna noticia sobre el famoso *pundjaub*, habían sido absolutamente infructuosos.

Los que pasaban junto á él, le felicitaban por su conquista. Penélope, al cabo de una hora, pesaba cien mil libras.

Hacia media noche, pudo notar un movimiento insólito en los salones y jardines. Varias personas se acercaron sucesivamente al oído del coronel para decirle algunas palabras.

Desde este momento el coronel estuvo aún más taciturno y frío con su bella compañera. Dirigióse bruscamente á un caballero, cuyos cabellos castaños admiró Penélope con melancolía, y le dirigió una pregunta á media voz.

El caballero dijo en inglés á Penélope:

—El señor coronel desea saber si lleváis el diamante encima.

—¡Oh!—exclamó en francés la hija de Marjoram;—ser muy dulce oír tan lejos de Inglaterra la lengua del país natal.

—¿Qué ha contestado?—preguntó San Severo.

—Nada—dijo el desconocido.

El coronel frunció las cejas y dijo duramente:

—Decidle que responda, ¡sangre de Cristo!... no podemos perder más tiempo.

—El señor coronel ruega á milady que conteste á esta pregunta—dijo el caballero:—¿milady tiene el diamante?

—¿Qué diamante?—contestó Penélope.

Habiendo el caballero traducido esto al coronel San Severo, éste dejó el brazo de milady, la hizo sentar bajo un emparrado y se levantó diciendo:

—Luego vuelvo.

Después de lo cual desapareció con su compañero.

Apenas había dado vuelta al ángulo de un bosquecillo de naranjos, dejando á Penélope tan sola y perpleja como Ariadna, cuando ésta vió volver al caballero desconocido.

Este se sentó á su lado.

—No me respondáis—le dijo en inglés,—y fijad bien la atención en mis palabras. Si vuestro marido tiene el diamante, que se guarde de mostrarle... Si os es posible, partid esta noche misma para Marsella.... os va en ello la vida.

Levantóse y se fué.

Penélope quedó como petrificada.

Detrás de ella se dejó oír una voz en el interior del bosquecillo.

—Hablemos en italiano lo menos posible—dijo esta voz en francés,—se nos reserva... El príncipe real y el rey están hechizados.

Penélope era hija de Eva, á pesar de su apariencia masculina. Su curiosidad pudo más que su temor.

Separó suavemente algunas ramas del jazmín que cerraba el fondo de la calle de árboles y miró á lo largo de ella.

Había allí seis dominós negros que tenían cubiertas sus caras con máscaras barbudas. Por sus voces Penélope pudo conocer que eran jóvenes.

—Si no viene...—decía uno expresando duda y temor.

—Vendrá—le interrumpió otro.

—Si viene—exclamó uno de los que no habían hablado,—es nuestro.

—¡Si tienes valor, marqués!—se le contestó.

El marqués extendió la mano.

—Juro—exclamó con toda la energía del odio italiano,—que si depende de mí, este hombre no saldrá de este lugar sino deshonorado ó muerto.

—¿Aun cuando fuese preciso sacrificar tu honor ó tu vida?—le dijeron.

Aquel á quien llamaban el marqués se irguió altivamente y bajando en seguida la cabeza dijo con voz sorda:

—¡Aun así!

II

A través de la fiesta

Penélope, más muerta que viva, vió alejarse los dominós conjurados. Luego se dejaron ver otros grupos no menos atareados. Hablaban italiano. Penélope sufría el suplicio de Tántalo.

Para amortiguar su fiebre, sacó su librito de memorias y apuntó algunas notas juiciosas, fruto de sus recientes observaciones.

«NÁPOLES (continuación): coroneles de gran talla. —Van á buscar á las señoras extranjeras á las fondas para conducir las al baile.—Un poco atolondrados, hablando sin cesar de diamantes.—Trajes de las mujeres, chocantes.—Mujeres feas.—Poco ron en los sorbetes.»

Penélope tenía yo no sé qué enfermedad inglesa en el cristalino que le impedía ver las mujeres bonitas, y sin embargo quedó con la boca abierta de repente, contemplando una joven que pasaba.

Esta no llevaba ni dominó ni máscara. Su vestido de muselina blanca, sencillo y que delineaba graciosamente los adorables contornos de un tallo de dieciocho años, no tenía otro adorno que una ligera y escasa guirnalda de flores azules. La cabeza la llevaba también adornada con flores.

En esto consistía todo su atavío.

Pero parecía así tan bella que Penélope dejó caer su librito de memorias.

La mano de la joven se apoyaba en el brazo de un caballero de aire distinguido que era tan hermoso como ella bella. Los dos tenían cierta semejanza de familia.

Mientras que Penélope les contemplaba, celosa de esta perla de hermosura, y le envidiaba su arrogante caballero, tanto por el color de sus cabellos, como por la serena y profunda mirada de sus negros ojos, la pareja daba la vuelta al bosquecillo, penetrando en esa misma calle de árboles donde hace poco conversaban á media voz los dominós.

—Angélica—dijo el caballero llevando dulcemente la mano de la joven á sus labios,—ya sabes que no soy tu hermano, sino tu hermano y pro-

tector... y el jefe de la familia Doria-Doria.. Déjame hablarte como te hablaría nuestro noble padre, si Dios no lo hubiese colocado en el paraíso.

—Loredano, mi buen hermano—respondió Angélica,—ya te escucho como si fueses Giacomo Doria, nuestro venerado padre.

Loredano recogióse un momento en sí mismo antes de tomar la palabra.

—Hermana mía—le dijo estrechando la bella y diminuta mano de Angélica entre las suyas,—¿te acuerdas de aquellas interesantes comedias españolas que leímos juntos? ¿Las jornadas heroicas de Lope y de Miguel Cervantes?... Nuestra abuela era Medinaceli, hermana mía, y en nuestras venas corre sangre de Castilla.

—¿Por qué me dices eso, hermano?—murmuró Angélica.

—Porque el alma de todo esto es el honor... el honor severo y armado... el honor que se guarda con el puñal y la espada.

Angélica se puso pálida.

—Pero ¿á qué vienen esas palabras?—repitió ella bajando involuntariamente la voz.

Loredano prosiguió como si hablase en sueños:

—Esta espada que vela sobre el espejo de familia para que no se vea empafado por ningún soplo extraño, Angélica, en las comedias de Lope de Vega y Cervantes, ¡está siempre en la mano del hermano!

La bella hermana no respondió; sus ojos se dirigieron al suelo y la sonrisa desapareció de sus labios.

—Angélica—repuso Loredano cuya voz se hacía más lenta y grave,—no me preguntes la causa, porque no podría aún explicarme, pero créeme; mi corazón me lo dice: ¡sobre la casa Doria hay una amenaza suspendida!... Nunca he conocido co-

mo hoy la grave responsabilidad que hace pesar sobre mí el título de jefe de familia...

En los jardines oyéronse voces que decían:

—¿Dónde está la condesa? Su Alteza Real busca á la condesa Doria.

Angélica hizo un movimiento para responder pero Loredano la detuvo.

—¡Le amas, pues, mucho!...—murmuró éste tan bajo que apenas su hermana pudo oirlo.

Un matiz encarnado coloreó las mejillas de Angélica mientras respondía:

—Le amo cuanto se puede amar.

Loredano abandonó la mano de la joven y se contrajeron sus cejas.

En este momento hubiese sido interesante observar estas dos fisonomías tan perfectas en su diversa hermosura. La ira de Loredano era triste y como paternal. Los ojos de Angélica se levantaron hacia su hermano, expresando un orgullo inesperado próximo á la rebelión.

—Le amo tanto—continuó Angélica con voz firme,—que si quisieses decirme algo contrario á su persona, rehusaría oirlo.

—Hermana, ¿eres tú misma?—tartamudeó Doria.

—Soy yo, hermano mío... Es la princesa Coriolani.

—Todavía no lo sois, Angélica—dijo Loredano conteniendo su voz.

—El que me impidiera serlo—repuso distintamente la joven,—sería mi más mortal enemigo.

Al fijar en ella su mirada Doria se estremeció.

—¿Os ha hechizado como á los demás?—dijo en tono de amenazadora cólera.

En las sendas vecinas se reía y conversaba, llenando la atmósfera del bullicioso ruido de la fiesta.

Frente á frente de un banco de césped oculto tras unos laureles y camelias-árboles, cruzábanse

dos enramadas verdes, formando un círculo en medio del cual se destacaba la Vénus de Médicis.

Un dominó, cuya marcha lenta anunciaba una edad avanzada, se detuvo al pie de la estatua. Por un momento permaneció solo en el círculo.

Angélica y Loredano le vieron rasgar una página de su librito de memorias, en el cual había trazado apresuradamente algunas palabras.

Este dominó batió tres veces las manos, luego dos y en seguida una. A la vuelta del camino apareció un hombre con máscara y recibió el papel de sus manos.—No le conozco—murmuró Doria.

—Ese viejo...—empezó Angélica.

—Ese viejo es Massimo Dolci, el banquero de la corte; pero el otro...

En este momento Massimo Dolci dijo al que llevaba máscara;

—Se necesita que sepan esto inmediatamente. Id, les espero aquí.

Cuasi al propio tiempo Massimo Dolci se halló rodeado de otros tres personajes, entre los cuales se veía al coronel San Severo.

Los demás eran Andrés Visconti Armellino y el caballero Hércules Pisani.

—Sólo falta Johann Spurzeim, jefe de policía—dijo Loredano,—y veríamos reunidos todos los amigos del príncipe Fulvio.

Esto era una provocación; la condesa Doria no respondió.

Massimo Dolci y sus tres compañeros hablaron un instante en voz baja: lo que decían no se pudo oír.

—Todo ha sido previsto—dijo sin embargo Visconti Armellino contestando á una pregunta del anciano banquero:—Johann Spurzeim en persona interrogará á Felice.

Loredano sonrió con amargura oyendo pronunciar el nombre del jefe de policía.

Massimo Dolci se alejó apoyado en el brazo del caballero Hércules Pisani.

Ese anciano Dolci tenía una hermosa cabeza de hacendista. Su despejada frente estaba coronada de abundantes cabellos blancos. Gozaba en Nápoles de esa alta nombradía comercial que constituye casi la gloria.

Hércules Pisani, su compañero, hombre de valiosas relaciones y de grata compañía, era veneciano. Pisani ocupaba en la corte una alta posición, sostenido por el príncipe Fulvio, por Massimo Dolci y Johann Spurzeim.

Se había hablado recientemente de confiarle la secretaría de Estado y negocios extranjeros.

Armellino Visconti, el intendente, joven aun, más elegante si cabe y simpático que el caballero Pisani, ocupaba una posición tanto más importante, cuanto su superior inmediato, el señor Johann Spurzeim, oscilaba entre la vida y la muerte.

En cuanto al coronel San Severo, su favor en la corte no lo adquiría por sí solo. La inteligencia no brillaba con exceso en esa cabeza de Alcides. Sin embargo, sus amigos no por esto le despreciaban, porque podía mucho para un golpe de mano, pero no era á propósito para la intriga política en que la asociación se hallaba inopinadamente mezclada por la soberana voluntad del gran maestro.

Loredano Doria conservó un instante esa sonrisa amarga y triste que había aparecido en sus labios.

—¡Muy hechizados deben estar el príncipe real y Su Majestad—murmuró,—para que esos cuatro aventureros sean los primeros personajes de la corte!

—A estos no los conozco y por lo tanto no los defiendo—replicó Angélica,—pero sí defiendo á Fulvio porque le conozco.

—¿Vos le conocéis?—repuso Loredano.

Pero retuvo la palabra denigrante que tenía en la punta de la lengua, continuando en tono melancólico y más tierno:

—¡Pobre niña! tú eras nuestra alegría y nuestro orgullo. No te tengo rencor. Este hombre te ha dominado como á tantos otros. ¿No he sido yo mismo su amigo?

—¿Por qué ya no lo eres, hermano mío?—preguntó Angélica.

—Porque tú le amas—contestó Doria con resolución.

Luego prosiguió explicando su pensamiento con acento afectuoso y noble.

—¡No creas que tenga la menor prevención contra ese hombre; al contrario, admiro sus altas circunstancias y cualidades; pero te amo tanto, que tengo por ti el discernimiento que á mí me hubiera faltado... Yo he mirado de frente á ese hombre á quien había entregado ciegamente mi amistad, y he visto yo no sé qué nube en su presente que me ha hecho estremecer... he llevado mis investigaciones á su pasado, y sólo he descubierto la obscuridad de la noche!

—Yo respondo de su pasado, hermano mío—repuso Angélica á media voz.

—Tú eres mujer. Las mujeres se engañan fácilmente cuando aman. Eres joven, y la juventud adolece de demasiada candidez.

—El rey es viejo, el príncipe real es hombre. Loredano pasó el dorso de su mano por la frente.

—¿Te apoyarías en la autoridad de nuestros príncipes para resistirme, hermana mía?—murmuró.

—Me apoyaré en vos mismo, hermano... Me dirigiré á vuestro corazón...

—Y si yo te decía: ¿no quiero?

—Os contestaría: ¡yo amo!

Loredano inclinó la cabeza sobre su pecho.

—Es, pues, muy fuerte el amor!—exclamó sin saber casi lo que decía.

Y como si en el fondo de su corazón un sentimiento nuevo y apenas confesado contestase á esa pregunta, sus labios se agitaron y añadió:

—Sí, es muy fuerte.

Pero Angélica no comprendió estas palabras.

Angélica se hallaba dominada de una agitación extraordinaria.

Loredano sintió que su hermano se le acercaba como si le hubiese atravesado el corazón una sensación de espanto ó de angustia.

Miróla y la vió con los ojos llenos de lágrimas.

Ella le dijo:—Sufro tanto que quisiera morir.

Y como Loredano la contemplase con espanto, porque los hombres no tienen más que un modo de comprender semejantes lamentos, sus mejillas cobraron más color y sus bellos ojos brillaron con orgullo.

—Quisiera morir—repitió ella,—porque sólo su amor puede salvarme, no sé si él me ama.

—¿Salvarte de qué, hermana mía?—exclamó

Loredano le estrechó entre sus brazos.

Angélica titubeó. Dos ó tres veces levantóse su hermoso seno como si quisiese prorrumpir en sollozos.

Pero alzando de repente la cabeza con aire vocativo y preguntando en lugar de responder:

—Hermano mío—le dijo,—¿qué hacíais la noche última en un rincón de la calle de Mantua y de la piazzeta Grande, frente á ese antiguo edificio que llaman la casa de los Folquieri?

Loredano se estremeció violentamente y quedó atónito sin atreverse á mirarla.

Angélica se levantó y esta vez su hermano no trató de detenerla.

—Hay un enigma en mí—dijo ella,—que no po-

dréis adivinar, hermano mío; yo misma no lo comprendo... Yo sufro, pero no temáis por el honor de nuestro nombre... Antes de faltar á mi deber primero moriré.

Y desapareció á través de los arbustos, ligera como una silfide.

En el fondo del bosquecillo se dejó oír una carcajada mal reprimida.

Loredano dió un brinco con ligereza.

Otro vestido blanco corría á la otra parte de los naranjos.

—¡Es ese demonio de Nina!—murmuró Loredano dejándose caer sobre el banco de césped.

—Conde—le dijo una voz,—me alegro de hallaros.

El recién llegado era uno de los dominós que hemos visto en misterioso consejo tras el empujado donde descansaba Penélope Brown.

Era el dominó á quien sus compañeros habían dado el título de marqués.

El que había jurado que, aun á costa de su honra ó de su propia vida, quitaría aquella noche el honor á un hombre ó le mataría.

Loredano volvióse hacia él y le dijo:

—¿Qué quieres, primo Malatesta?

—Quiero preguntarte dos cosas, primo Doria. Primero, ¿si te has interesado por mí con tu hermana Angélica?

—Me he interesado.

—¿Y el resultado?

—Angélica no será jamás tu esposa.

Malatesta sonrió con orgullo y odio.

—Pasemos á mi segunda pregunta, primo Doria—le dijo:—el rey manda en todas partes, pero tú mandas en tu casa. ¿Te disgustaría que esta noche se prendiese á alguien en tu palacio en nombre del rey?

—Según y conforme—replicó Loredano;—si es

para el propio servicio del rey, consiento con condición... si es negocio ministerial, me niego.

—Es para el mejor servicio del rey; ¿cuál es tu condición?

—Que la persona amenazada no sea amiga mía.

—Es un enemigo tuyo.

—Iba á añadir, primo Malatesta, ni enemiga mía.

—Cuando sepas su nombre...

—Ya me la figuro. Mi hermana no será tuya, marqués de Malatesta. Nosotros, los Doria, no queremos á los que combaten así.

—Yo he combatido á Fulvio Coriolani con la espada—dijo Malatesta irguiéndose con altivez.

—¡Eso está bien y has sido vencido! Quizá yo tendría la misma suerte, primo Malatesta. Pero si se ataca á Fulvio Coriolani bajo mi techo, le defenderé con la espada.

III

La gruta del Endymion

Todo lo que puede criticarse á las maravillas de la opulencia italiana, es un color mitológico demasiado uniforme. El arte privado no ha podido cristianizarse á causa de su contacto con la cuna de la teogonía pagana, que fué su primer pretexto, y que le prodigó tantos materiales encantadores.

La Italia es siempre griega; no hay de romano ó cristiano más que las iglesias.

Estas mismas iglesias encierran aún muchos recuerdos de la antigüedad pagana. La mayor parte se han fabricado con mármoles arrebatados á los templos de Júpiter, de Minerva, de Neptuno; y casi todas las pilas de agua bendita son antiguas conchas consagradas que contuvieron en otros tiempos el agua lustral.

En los palacios, el Olimpo reina soberanamente,

te, y no tiene más rival que el Tenaro; Homero y Virgilio se hallan bajo la sombra de todos los bosquecillos. No se ve otra cosa que ninfas, driadas ó bacantes. Ni una imagen moderna; el cincel de los escultores sólo sabe producir dioses...

No lejos de la glorieta alumbrada por mil fuegos resplandecientes como piedras preciosas, había en mitad de la avenida una gruta, cuya abertura formada de grandes rocas arrancadas á las costas del mar, todas tapizadas de verdes musgos y de floridas enredaderas, brindaba con el fresco y la soledad.

Hallábanse allí dos tiernas jóvenes solitarias, y las dos tan bellas que un pintor se hubiese inspirado á su vista.

El contraste, ese misterioso mago, realizaba mutuamente la belleza de la una con la de la otra y añadía encantos á entrambas.

Era en efecto imposible encontrar dos figuras más bellas y diversas á la par.

Alta la una, pero de aire gracioso y noble, y de linaje y sangre generosa, sacaba su seducción exquisita de las líneas perfectas del más radiante rostro que Nápoles hubiera admirado en cien años: su sonrisa era de ángel, su mirada celestial, el ademán de reina.

La otra, pequeña y robusta, era, sin embargo, flexible como la pantera africana; nada tenía de regular, y su encanto tomaba origen en no sé qué particular osadía de líneas y contornos, en lo imprevisto y lo extraño.

El ademán de ésta era ya brusco y casi viril, ya de una morbidez tan exquisita, que con sólo verla inspiraba la más grata ilusión, y sumía el alma en repentina languidez.

Grandes ojos negros velados por largas pestañas, frente desigual coronada de abundantes cabellos, nariz burlona, cuyas alas móviles dilataba

para el propio servicio del rey, consiento con condición... si es negocio ministerial, me niego.

—Es para el mejor servicio del rey; ¿cuál es tu condición?

—Que la persona amenazada no sea amiga mía.

—Es un enemigo tuyo.

—Iba á añadir, primo Malatesta, ni enemiga mía.

—Cuando sepas su nombre...

—Ya me la figuro. Mi hermana no será tuya, marqués de Malatesta. Nosotros, los Doria, no queremos á los que combaten así.

—Yo he combatido á Fulvio Coriolani con la espada—dijo Malatesta irguiéndose con altivez.

—¡Eso está bien y has sido vencido! Quizá yo tendría la misma suerte, primo Malatesta. Pero si se ataca á Fulvio Coriolani bajo mi techo, le defenderé con la espada.

III

La gruta del Endymion

Todo lo que puede criticarse á las maravillas de la opulencia italiana, es un color mitológico demasiado uniforme. El arte privado no ha podido cristianizarse á causa de su contacto con la cuna de la teogonía pagana, que fué su primer pretexto, y que le prodigó tantos materiales encantadores.

La Italia es siempre griega; no hay de romano ó cristiano más que las iglesias.

Estas mismas iglesias encierran aún muchos recuerdos de la antigüedad pagana. La mayor parte se han fabricado con mármoles arrebatados á los templos de Júpiter, de Minerva, de Neptuno; y casi todas las pilas de agua bendita son antiguas conchas consagradas que contuvieron en otros tiempos el agua lustral.

En los palacios, el Olimpo reina soberanamen-

te, y no tiene más rival que el Tenaro; Homero y Virgilio se hallan bajo la sombra de todos los bosquecillos. No se ve otra cosa que ninfas, driadas ó bacantes. Ni una imagen moderna; el cincel de los escultores sólo sabe producir dioses...

No lejos de la glorieta alumbrada por mil fuegos resplandecientes como piedras preciosas, había en mitad de la avenida una gruta, cuya abertura formada de grandes rocas arrancadas á las costas del mar, todas tapizadas de verdes musgos y de floridas enredaderas, brindaba con el fresco y la soledad.

Hallábanse allí dos tiernas jóvenes solitarias, y las dos tan bellas que un pintor se hubiese inspirado á su vista.

El contraste, ese misterioso mago, realizaba mutuamente la belleza de la una con la de la otra y añadía encantos á entrambas.

Era en efecto imposible encontrar dos figuras más bellas y diversas á la par.

Alta la una, pero de aire gracioso y noble, y de linaje y sangre generosa, sacaba su seducción exquisita de las líneas perfectas del más radiante rostro que Nápoles hubiera admirado en cien años: su sonrisa era de ángel, su mirada celestial, el ademán de reina.

La otra, pequeña y robusta, era, sin embargo, flexible como la pantera africana; nada tenía de regular, y su encanto tomaba origen en no sé qué particular osadía de líneas y contornos, en lo imprevisto y lo extraño.

El ademán de ésta era ya brusco y casi viril, ya de una morbidez tan exquisita, que con sólo verla inspiraba la más grata ilusión, y sumía el alma en repentina languidez.

Grandes ojos negros velados por largas pestañas, frente desigual coronada de abundantes cabellos, nariz burlona, cuyas alas móviles dilataba

la pasión, boca arrebatadora en la que chispeaba una alegre sonrisa, pies y manos de hada, torso flexible y fuerte: tal era la joven que acompañaba á la primera.

Parecía haber en ella algo de española.

Pero el oro bruñido del color de su cutis traspasaba los límites de España. Sólo los que en una noche tempestuosa han levantado la tela abigarrada de la tienda de los gitanos en las llanuras de la Italia del sur, habrían sabido decir á qué raza pertenecía esa deliciosa criatura.

La alta, la bella, la noble era Angélica Doria.

La otra era esa Nina á quien Loredano había llamado demonio.

Bajo el nombre de Nina aun no la conocíamos, pero tenía otros.

A bordo del *Pausilippe* se llamaba Paola y hacía las veces de señorita de compañía junto á la condesa.

En la avenida di-Porto vestía como las vendedoras de naranjas.

En la calle de Mantua había aparecido vestida de *ragazzo* para apagar los faroles de una pedrada en las mismas barbas de un centinela.

Y en no sé qué ocasión hemos oído llamarla Fiamma.

Mariotto, el incansable improvisador, ¿no nos dijo en la avenida di-Porto que Porporato tenía una sirvienta, una querida, un duende, una hada que se llamaba Fiamma?

Pero ¿cómo creer que Fiamma, genio familiar del bandido Porporato, tuviese entrada en el noble palacio de los Doria-Doria?

Desde el lugar en que se hallaban las dos jóvenes no se veían las luces que afuera brillaban. Y, sin embargo, tampoco estaba obscuro, porque la claridad de los jardines, en los cuales resplandecían millares de variados fuegos, reflejaba á l

targo de las paredes, y producía una especie de media luz suave.

Esta media luz permitía ver la estatua acostada de aquel pastor de la Caria, nieto de Júpiter, que fué el amante de Diana. La gruta tenía dos salidas, de las cuales una se abría bajo la glorieta por encima de la estatua. Así como la casta diosa, celosa de su felicidad, elegía las horas sombrías de la noche para visitar á su amante, del mismo modo, penetrando la luna por la salida superior, acariciaba con sus rayos de plata el Endymion de mármol dormido en el fondo de la gruta.

Angélica y Nina estaban sentadas en un banco de césped.

Las manos de Nina jugueteaban con los suaves cabellos de Angélica, cuya cabeza se apoyaba negligentemente sobre su hombro.

Nina era sobrina del anciano banquero Massimo Dolci, y ocupaba el rango de dama de honor de la princesa de Salerno, esposa del hijo segundo del rey.

—He leído—dijo Nina,—un hermoso libro; la novela de Amadís tan escarnecida por el cura del don Quijote.

—¿No tienes otra cosa que decirme, Nina?—murmuró Angélica.

—No—contestó aquella besando los cabellos de la contessina;—quiero hablaros de Amadís... pero antes de todo, bella Oriana, ¿habéis hecho todo lo que os había recomendado?

—Sí—respondió en voz baja Angélica.

—¿Habéis lanzado bajo las ruedas del carruaje del poderoso Lisvardo el bastón...?

—No te comprendo, Nina—interrumpió Angélica.

—Es porque no habéis leído á Amadís de Gaula, mi adorable princesa... Lisvardo era un rey de la Gran Bretaña magnánimo y sin defectos

como por ejemplo, vuestro augusto hermano Loredano Doria...

—¿Quieres burlarte de mi hermano, Nina?

—Dios me libre, Alteza... Este Lisvardo tenía una hija que era la octava maravilla del mundo, la bella Oriana, á la cual os parecís como una gota de agua á otra... Este Lisvardo, sin defectos, no quería que Oriana se casase con el terrible Amadís, del cual nuestro hermoso Fulvio es el vivo retrato; pero la princesa Mabila, á quien me parezco un poco...

—¡Por Dios, Nina! habla formalmente—exclamó la joven condesa.

Nina le tomó las dos manos y llevándolas á sus labios le dijo de repente:

—Me amas la mitad de lo que yo, niña orgullosa.

Y como Angélica la mirase con sorpresa, replicó:

—¡Oye! te hablo de esa novela porque he encontrado en ella mi retrato... Pero ya no se trata de esto, sino de que me respondas si me amas y si le amas.

—¿No sabes acaso que eres mi mejor amiga, Nina?—replicó Angélica.

—¡No basta!—dijo la atrevida joven que tomó un aire de mayor abandono, mientras sus ojos negros como el azabache parecían pensativos.

—¡No basta! Pero hablemos sólo de él; ¿cómo le amas?

Angélica, con las mejillas encendidas, puso la mano de su compañera sobre su corazón.

—Cuando yo anaba—murmuró Nina—mi corazón latía de otra manera.

Y se calló pensativa y triste.

—Tengo un secreto que confiarte—dijo Angélica.

Nina saltó más ligera que la Taglioni ó la Ells-

ler, y se arrodilló ante la Doria, apoyando la cabeza sobre sus rodillas.

—¡Secretos!—dijo ella;—¡ah! yo sé muchos secretos. Pero luego me lo dirás, bella condesa. ¿Qué ha dicho el rey Lisvardo cuando le has hablado de la calle de Mantua y de la piazzetta Grande?

—Loredano se ha puesto pálido.

—¡Pobre rey Lisvardo! si fuese siquiera tan prudente como hermoso, bravo y generoso... Pero el horizonte se oscurece á nuestro alrededor, Angélica. Y si la sabia hada Urganda quiere protegernos, es necesario que se dé prisa.

—¿Cuándo querrás explicarte claramente?—murmuró la joven condesa con un movimiento de impaciencia.

—Perfecta Oriana—repuso Nina,—¿por qué no os habéis dignado leer el más hermoso de todos los libros de caballería? Hay en él un monstruo escamoso cuyo aliento huele á cementerio, llamado Endriaco, que me recuerda al venerable agonizante Johann Spurzeim, de quien vuestro hermano escucha ahora las predicciones. Amadís estranguló al monstruo Endriaco, pero no sin trabajo.

—¡En nombre del cielo!—empezó Angélica.

Nina se levantó con un movimiento brusco y le pasó sus dos brazos en torno del cuello.

Luego empezó á mecer suavemente la cabeza de Angélica, como si hubiese mecido un niño, y cantaba con voz dulce y suave, como ese registro de los órganos que llaman celestial, el canto de las madres sicilianas:

Duerme, del corazón pequeña flor,
Perfume del jardín de nuestro amor!
Retrato del padre,
Gozo de la madre,
Angel sin alas que formó el Señor.
Si Dios alas te hubiese concedido
Ya á los cielos te hubieras dirigido
Duerme, hija querida,

Tu vida es mi vida,
 Cuando tú ríes, yo mi llanto olvido.
 Pareces sonreír al claro cielo
 En este triste y tenebroso suelo
 Gozo de la madre,
 Retrato del padre,
 Tú sólo á mi pesar brindas consuelo.
 El está ausente de la suerte en pos,
 El a llora la pena de los dos.
 Duerme, hija querida,
 Tu vida es mi vida,
 Sueña su unión y unirános Dios!

Su voz fué extinguiéndose paulatinamente.

Luego se sentó en el mismo lugar que ocupaba antes. Su fisonomía tomó cierto aire de seriedad.

—Yo soy su hermana—dijo Nina;—es la mitad de mí misma... Cuando éramos niños, él luchó un día para defenderme de un perro salvaje del Apenino. El perro le derribó bajo sus patas. Yo cogí un cuchillo que le había caído y le hundi entero en el cuello del animal, cuyo aliento me quemaba.

El perro arrojó espuma de sangre por la boca y rodó hasta el fondo del precipicio.

Nuestros corazones se despertaron al mismo tiempo.

Condesa, vos sois más bella que yo, pero yo le amaba más que vos.

¡Ahora ya no tiene necesidad de mí para ser feliz; que sea feliz sin mí!

—¿Le amas todavía, Nina?—preguntó Angélica bajando los ojos.

Nina prorrumpió en una carcajada.

—Yo tenía orgullo—repuso jovialmente;—yo me creía la única de mi especie... Pero, bella Oriana, no hay nada nuevo bajo el sol... Heme ya vieja como el mundo... Mi retrato está en un librote polvoriento. D. Quijote, el cura y el ama de gobierno, hace trescientos años que me conocen.

De repente se interrumpió para tomar el ademán propio del que va á contar un cuento.

—Amadís—prosiguió Nina,—hijo de Perión, rey,

de las Gaulas, y Oriana, hija de Lisvardo, rey de la Gran Bretaña, tuvieron un hijo á quien la sabia Urganda llamó Esplandián, porque resplandecía como el sol. Este Esplandián héroe desde la infancia, conquistó con su espada la isla prohibida, y condenó á muerte á la impura familia del encantador Arcalao... No bosteces, condesa, que pronto voy á describir mi vivo retrato.

—Llamábase Carmela. Era bella, pero no como vosotras, dichosas y perfectas criaturas, sino bella como el tigre de la India, graciosa y salvaje; ó como la magnífica serpiente de oro de las islas de la Australia que, arrollada en el suelo entre las pálidas flores de los pantanos, fascina las manadas de caimanes.

Tenía dieciséis años. Ella vió por la primera vez á Esplandián dormido en la celda de una ermita, y como se había unido al linaje de Arcalao, tomó de la cabecera de la cama la espada de la isla prohibida para traspasarle el corazón.

Esplandián, que soñaba, extendió sus brazos blancos y torneados como brazos de mujer. En su sueño sonrió dulcemente. Carmela dejó caer la espada encantada cuyo solo contacto causaba la muerte; cayó de rodillas, y sus labios á pesar suyo buscaron los labios de Esplandián.

El hijo de Amadís no soñaba por cierto con Carmela. Un nombre salió de sus labios, pero no era este.

Esplandián soñaba con Leonora, la bella entre las bellas, hija del emperador de los griegos.

Carmela esperó á que despertase. Cuando abrió al fin los ojos, ella le rogó, por su honor de caballero, que concediese un don á una doncella infortunada.

Los caballeros no podían negarse á tal demanda: Esplandián concedió el don.

«—No te pido tu amor—le dijo Carmela con lá-

grimas en los ojos,—pues sé que le tienes puesto en otra; déjame solamente servirte y amarte.»

El joven héroe no podía retractarse. Carmela le siguió y le amó.

¿No has comprendido, Angélica, que hay almas que prefieren el martirio á la ausencia? ¿que hay enfermos que no quieren curar?

¿Lo comprendes? Los médicos del corazón les dicen: «—¡Olvidad!»

Estas almas no quieren olvidar.

A costa de mil torturas desean amar, amar siempre. Su suplicio les es amable. ¿Comprendes tú esto?

—No—respondió Angélica, que escuchaba ahora con ávida atención;—yo, yo huiría. Pero hace un momento, Nina, que iba á decirte cosas que quizá tú tampoco comprenderás.

—Yo lo comprendo todo—dijo Nina, cuya sonrisa traviesa y audaz brillaba ya no obstante su melancolía.—Carmela siguió á su Esplandián; Carmela le amó, y puede decirse que vivió y murió de este amor.

Esto es hermoso, ¿oís, condesa? esto es grande, esto es heroico. Vuestra poesía italiana no tiene nada que se le parezca, ya lo sé. ¡Pero si Dante hubiese encontrado esta idea, la hubiera hecho sublime!

Hay mujeres así, en quienes el amor es un culto, una religión.

Aman por amar, aman tanto, cuanto su pasión purificada se eleva sobre el infierno humano. Los mismos celos se extinguen en sus corazones acrisolados.

Las mujeres de quienes hablo pueden amar y servir á su rival; amarla bien y servirla fielmente.

Callóse. Un ligero suspiro levantó su hermoso seno. Luego estrechó á Angélica contra su pecho y estuvo besando largo tiempo sus cabellos.

De repente Angélica se levantó, porque había sentido caer una lágrima sobre su frente. Nina lloraba.

—¿Luego eres muy desgraciada?—murmuró la joven condesa.

—No—replicó Nina,—porque le veo todos los días.

Y se detuvo. Estas dos encantadoras criaturas, tan diferentemente bellas, tenían ambas los ojos bajos.

Nina, carácter inexplicable por sus repentinas rarezas, parecía arrepentirse de haber pronunciado las anteriores palabras. No levantaba sus ojos hacia Angélica, porque temía haberla ofendido.

Era buena y amaba verdaderamente á la joven condesa.

Esta estaba pensativa; su pensamiento vagaba muy lejos de la conversación actual.

—¡Ya sé en qué piensas!—le dijo Nina en voz baja.

—Es verdad—confestó Angélica estremeciéndose.

—Piensas en los bosquecillos del palacio Pamfili de Palermo. Angélica no respondió.

Sus párpados temblaron. Nina creyó que iba á llorar.

—¡Oh! ¡tú le amas! ¡tú le amas!—exclamó con pasión;—me parece que daría toda mi sangre por ti. Angélica se puso triste.

—Hay momentos—murmuró,—en que quisiera que te amase.

Y luego, como si le hubiese sido imposible retardar más el abordar un nuevo asunto, añadió:

—Respóndeme, Nina; bastante tiempo me has tratado como á una niña... ¿Por qué mi hermano se ha estremecido cuando le he hablado de la calle de Mantua?

—¡Curiosa!—repuso Nina,—¿no era en Fluvio en quien pensabas ahora?

—No sé...

—El conde Loredano se ha estremecido al hablarle de la calle de Mantua, porque el amor verdadero, el amor ardiente, ese amor que no había sentido aún en su vida, ha encontrado hace algunos días el lado flaco de la coraza...

—¿Una intriga?—murmuró Angélica sonriendo.

—Todo un destino—dijo Nina lentamente.

—¿Conoces á la joven?

—Quizá sí, quizá no. Tú has debido verla. Tal vez la has olvidado.

—¿Su nombre?

—No le tiene.

La bella Doria hizo una mueca de desprecio.

—Mañana—continuó Nina,—quizá le tendrá más grande que el tuyo.

—¡Oh! ¡oh!—dijo Angélica, que raras veces se chanceaba,—hace tres días que no habíais tomado vuestro tono sibilino.

—Y no le guardaré mucho tiempo, condesa. Bás-teos saber que vuestro hermano Loredano, el hombre que halla desigual el matrimonio de su hermana con Fluvio Coriolani, está enamorado de una pobre niña que ocupa, también con su hermano, un reducido aposento de la grande casa de los Folquieri. Enamorado loco, enamorado respetuoso, rondando como Almagro bajo las ventanas de su Rosina (que están ¡ay! en un quinto piso), no atreviéndose á escribirle, no atreviéndose á presentarse ni hablar... Más breve, enamorado como un tierno y tímido paje

—¿Es hermosa?—preguntó Angélica.

—No hay mujer tan bella como tú, condesa; pero esta joven es bella de otra manera, adorablemente bella. Si yo amase, le tendría miedo.

—¿Y no tendrías miedo de mí?—preguntó Angélica sonriendo. Nina estaba seria.

—Escucha—dijo bajando inadvertidamente la

voz;—lo que nuestro Fluvio no sabe de sí mismo, yo lo sé. Veo en su corazón mejor que él. Hace mucho tiempo que siento todo lo que él siente y que su pensamiento irradia de él á mí como si no fuese más que el reflejo de su vida. No tengo miedo de aquella joven por mí que vivo sin esperanza; lo tengo por ti.

Angélica guardó un instante de silencio; luego repitió con acento triste y doliente las mismas palabras que había pronunciado delante de su hermano.

—Entonces moriré, porque sólo él puede salvarme.

La sorpresa de Nina fué igual á la de Loredano.

Entonces preguntó como él había interrogado.

—¿Salvarte de qué?

Antes que la Doria tuviese tiempo de responder, reflejóse en la pared de la gruta una sombra alta y corpulenta.

Luego se presentó un hombre vestido de negro, cubierto el rostro con una máscara.

Caminaba con precaución.

Nina tenía su mano sobre la boca de su compañera.

El recién llegado trató de ver lo que había en el fondo de la gruta, pero se hallaba él en medio y la obscuridad le engañó; sus ojos no pudieron distinguir á las dos jóvenes.

Detúvose á unos veinte pasos de ellas, hacia el lugar en que el recodo del camino subterráneo permitía aún ver el jardín, al propio tiempo que ocultaba al que se había apostado allí de centinela.

Quitóse la máscara para respirar mejor y á su vista se ahogó un grito en la garganta de Nina.

IV

Otra manera de amar

Desde el banco de césped donde estaban sentadas Angélica y Nina, se distinguía perfectamente el perfil del recién llegado, cuya frente se hallaba en plena luz.

Era un hombre joven todavía, que mirado de lado al resplandor que despedían los jardines, presentaba en su cráneo escasos cabellos.

Su ademán daba á conocer claramente que no sospechaba de las miradas fijas en él, y que se había colocado allí de observación.

—¿Conoces á ese hombre?—preguntó Angélica.

Nina hizo con la cabeza una seña afirmativa.

En este momento se oía afuera un gran ruido. De repente salió una sombra de los caminos transversales que cortaban la senda principal de la gruta.

El otro se puso apresuradamente la máscara, porque acababa de apoyarse por detrás una mano sobre su hombro.

Angélica oyó distintamente estas palabras:

El hierro es fuerte y el carbón negro...

El emboscado respondió en voz baja, y ambos se alejaron precipitadamente.

En el instante en que el segundo de estos dos personajes penetraba en la luz á la vuelta del camino, Angélica pudo reconocer al señor intendente de policía, Andrés Visconti Armellino.

—¿Qué significa esto?—preguntó.

—Esta noche, contessina—respondió su compañera—verás muchas cosas que te parecerán inexplicables.

—Creo haber reconocido en uno de esos hombres al señor intendente de policía.

—Cierto.

—¿Y el otro?

—El otro es un hombre que quiere vengarse.

—¿De quién?

—De ti... de mí... de todos los que aman al príncipe Fulvio Coriolani.

—Ruégote que te expliques, Nina—exclamó la condesa.

—Deja marchar las cosas y no temas, pues en la actualidad no me es posible revelarte el misterio que te rodea. Te hallas en tu casa, en tu magnífico palacio, condesa, y sin embargo eres esclava y prisionera. Tu destino y el de muchos otros van á decidirse esta noche. Pero tú nada puedes, tenlo entendido, ni para atacar ni para defenderte. En esta extraña tragedia cuyo prólogo ha pasado lejos de aquí, y cuyas últimas peripecias tendrán lugar esta noche á nuestra vista; tú no tienes papel. Eres como esas princesas de los cuentos de hadas siempre en peligro, pero siempre defendidas por genios benéficos que velan á su alrededor.

—¿Oyes?—exclamó Angélica enderezándose para escuchar.

El rumor que al exterior se oía, iba en aumento. Nina también aplicó el oído.

—Todavía no es el príncipe—dijo;—son noticias que vienen de Castello-Vecchio.

—¿Qué noticias? ¿las sabes tú?

—Sé lo que todo el mundo repite—replicó Nina;—se dice que el príncipe Coriolani ha sido asesinado bajo el puente de la Madalena...

Angélica tornóse pálida como una muerta.

Nina se echó á reir.

—Para que mi querido hermano Coriolani caiga, se necesita un puñal asestado por una mano de gigante.—exclamó levantando la cabeza altivamente.—¿Cuántos de esos enanos que nos rodean no

se necesitarían para combatir á aquel á quien los paganos hubiesen adorado como un Dios! Al pasar mi carruaje entre la muchedumbre he bajado los cristales para echarles mi bolsa y les he dicho: Esto da el príncipe Coriolani á sus buenos amigos de Nápoles para probarles que no está muerto.

—¿Dónde se encuentra?—me preguntaron.

—En el palacio Doria—he respondido,—donde firma su contrato de esponsales con la contessa Angélica.

La joven condesa la cogió por los brazos

—¿Eso has hecho?—le dijo.

—De manera que—continuó Nina imperturbable,—á estas horas todo Nápoles cree que se firman aquí los esponsales bajo los auspicios del rey y del príncipe real.

Luego se interrumpió, y dirigiéndose directamente á su compañera añadió:

—¡Oh! á tu potente hermano le costará trabajo vencernos. El pueblo y la corte están por nosotros, y algunos envidiosos que conspiran en la obscuridad nos ofrecerán tarde ó temprano ocasión de empeñar la batalla ya ganada de antemano.

—Pero vosotros declararéis la guerra á Loredano, que es mi hermano—murmuró Angélica.

—¡Que se case con su bella desconocida!—replicó Nina;—ahora están de moda los casamientos desiguales, y tú, condesa, ¡te enlazarás desigualmente con un príncipe!

De súbito Nina sonrió amargamente y murmuró:

—¡Ya me parece que Fulvio tarda mucho!

En las mejillas de Angélica asomó una ligera palidez.

—Al partir—repuso ésta,—el príncipe me ha dicho: «Mañana lo sabrás todo.» Y tú que hasta el presente mes has aguardado con inquietud, empujadas á temer á tu vez.

—¡Oh!—dijo Nina,—¡yo no tengo miedo!... Todo lo que él hace está bien hecho... Si hay combate, tanto mejor; Fulvio vencerá.

—¿Combate?—repitió Angélica.

Pero la caprichosa Nina no se hallaba con humor de explicarse; así es que volvió á poner su trigüeña cabeza entre las rodillas de su amiga, y tarareó por segunda vez el dulce canto de las madres de Sicilia, balanceándose como un niño á quien se quiere hacer dormir.

*Duerme, del corazón pequeña flor,
Perfume del jardín de nuestro amor.
Retrato del padre, etc.*

—Pero ¿por qué me has dicho aquello?—interrumpióse levantando la cabeza bruscamente.

—¿Qué?—preguntó Angélica.

—¿Por qué me has dicho que sólo él podía salvarte?

Los rasgados ojos negros de Nina se fijaron curiosos y brillantes en los de Angélica.

Ella bajó los párpados y asomó en sus mejillas un ligero carmín.

—¿Yo he dicho eso?—tartamudeó.

—¡Sí, por cierto! y te estaba preguntando de qué necesitabas ser salvada, cuando de repente apareció el doctor.

—¿Qué doctor?—preguntó Angélica en lugar de responder.

—El hombre que ha jurado matar á Fulvio.

—¿Y estás tan tranquila hablando de ello?—exclamó la bella Doria estremeciéndose.

—Los que han hecho juramento son veinte—replicó Nina en tono desdeñoso,—veinte que morirán de despecho. Pero respóndeme, respóndeme pronto.

Angélica no contestó inmediatamente. Su hermoso rostro revelaba un terrible desasosiego.

Quería hablar y no se atrevía.

Tenia necesidad de desahogar su pecho, y alguna cosa le cerraba la boca.

—¿No tienes confianza en mí, condesa?—dijo Nina ofendida.

La Doria guardó silencio.

De súbito se cubrió el rostro con sus bellas manos y sus ojos brillaron inundados de lágrimas. Nina le pasó sus brazos alrededor del cuello.

—Querida mía!—le dijo;—tierna y buena como una cariñosa madre, no llores, tú serás feliz... te juro que serás feliz.

—¡Ah! Nina—tartamudeó Angélica cuya voz interrumpían los sollozos,—¡si tú supieses!

—Dímelo todo, pronto.

—No puedo. No, jamás me atreveré

—¡Querida mía!

Y medio sonriendo continuó:

—¡Se diría que tienes algo grave que pesa sobre tu conciencia!

A estas palabras Angélica ocultó su ardiente cabeza en el seno de su amiga.

—¡Nada tengo de qué acusarme!—exclamó como para rechazar una acusación que la hería en lo más vivo del alma:—¿sé acaso lo que en mí pasa? ¡yo estoy loca!

—Pero ¿qué es lo que tienes, condesa?—dijo Nina asustada al fin.

—Ella tiene un hermano...—murmuró Angélica en voz tan baja que apenas podía oírse.

—¡Un hermano!—repitió Nina comprendiendo tal vez su idea, pero dudando de su propia inteligencia;—¿cómo, un hermano?

—Esa joven...—murmuró otra vez Angélica ocultando su voz en los pliegues del vestido de Nina.

—¿Qué joven?

—Ya sabes de quién hablo.

—¿De la joven que vive en casa de los Folgueri?

—Sí.

Este sí se perdió en el florido césped.

Hubo un momento de silencio.

Angélica sintió latir el seno de su amiga y levantó la cabeza.

—¡No le amo!—exclamó,—¡no! estoy dispuesta á jurarlo. ¿Cómo le he de amar si pertenece á Dios? No le amo, pero soy muy desgraciada.

Sus párpados se inclinaron ante la mirada de Nina que expresaba una profunda sorpresa.

—¡Ah!—dijo ésta—¡no le amas!

Luego con cierta especie de indignación severa, porque la idea de una rivalidad cualquiera entre Coriolani y otro hombre sublevaba su corazón, añadió:

—Pero ¿á él... á él... á Fulvio?

—¡Oh! á él le amo—exclamó Angélica,—estoy segura de ello. Y hace mucho tiempo que le amo. ¿Sabía yo siquiera que el corazón latiese, antes de haberle visto? Me acuerdo que se dirigió á mí durante un vals, en el cual me mecía como en un sueño. Nada veía y el baile pasaba ante mis ojos como un confuso ensueño...

A mi lado estaba Malatesta, diciéndome que era bella.

Las palabras que salían de los labios de Malatesta, yo las ponía en la boca de ese hombre que se adelantaba hacia mí, pálido y altivo como un héroe de las antiguas leyendas.

Sus ojos estaban fijos en los míos, y por sus rayos toda su alma pasaba á la mía, para robármela, Nina, para robar mi pobre alma de niña, para llevársela, para dejarme yo no sé qué vacío doloroso que su presencia cambia en alegre plenitud.

No me acuerdo de más. ¿Hablóme? ¿Para qué me había de hablar? Sus ojos habían enseñado á los míos un lenguaje desconocido y mudo.

¡Oh! ¡ya sabía él que le pertenecía!

Se me llevó como una presa. Todavía me parece estar viendo la mirada de odio que le lanzó Malatesta.

Yo quería á Malatesta como á un hermano; nos habíamos criado juntos. ¡Pero ahora le aborrezco! Cuando oigo aquel vals, me siento desfallecer.

Mi corazón le alberga á pesar mío... Nina, créeme, ¡le amo! ¡le amo!

Mi cabeza se apoyaba sobre su hombro. Sentía los latidos de su corazón. ¡El mío quería salir del pecho! Una vez el soplo de su aliento pasó por mis cabellos.

Sus brazos entonces me sostuvieron, porque me desvanecía moribunda.

Nina enjugó su frente bañada en sudor.

Un suspiro profundo dilató su pecho.

—Tú le amas—dijo ella, como si se dirigiese á sí misma.—Hay en ti lo que yo no sospechaba. Hasta ahora jamás me habías mostrado el lado ardiente de tu corazón.

—¡Nada!—repuso Angélica;—ni una palabra; concluido el vals no volví á verle. Un mes después, al atravesar juntos el estrecho de Mesina en un mismo batel, me dijo: «—Si Dios me ayuda, querida mía, mi esposa, tu vida será un paraíso.» Desde entonces quedamos comprometidos delante del Señor. El es mi dueño y toda mi esperanza la cifro en él.

—Si amas así—dijo Nina,—¿cómo alma tan bella y ardiente como la tuya, querida, piensa en el hermano de la joven de quien me has hablado?

—Porque sufro, Nina, porque hay en mí alguna cosa incomprensible y fatal. La ausencia de Fulvio me deja sin defensa. Cuando no lo veo, dudo de él y de mí.

—Explicáte.

—Hace poco que te he dicho—murmuró la bella

Doria con melancólica sonrisa,—¿qué te comprendía y que quizá luego tú no me comprenderías á mí. ¿Cómo explicarte lo que es inexplicable?

—Tú hablas de duda.

—Sí, de duda. Por medio de esta palabra podrás quizá llegar á mi pensamiento. A ese Fulvio á quien amo no le conozco; tampoco te conozco á ti, mi más querida amiga. Cuando no le veo, tengo miedo; ese pasado misterioso me espanta, á lo menos la parte que conozco: esta vida de amores pasajeros y locas pasiones.

—¿No es un hermoso destino—interrumpió Nina,—ser la salud de esa grande alma extraviada?

—¡Oh! sí, por cierto, y Dios es testigo de que en ello cifro mi consuelo y mi orgullo; pero tú no me has comprendido aún, Nina.

—He comprendido todo lo que has dicho, condesa.

Estas palabras fueron pronunciadas con acento frío. Y como Angélica callaba, Nina repuso:

—Si es necesario adivinar...

—No, no—interrumpió vivamente Angélica;—lo único que te pido es que tengas piedad de mí; tú no sabes lo que estoy sufriendo.

A su vez Nina permaneció silenciosa.

—¡Pues bien!—continuó la bella Doria enjugando sus ojos con cierta especie de melancólica resolución;—hablaré; yo he visto á esa joven y soy de tu parecer; es más bella que tú y que yo, porque hay en medio de su candidez no sé qué divino atractivo. La ví una noche en el hospicio de pobres de San Genaro; pregunté quién era, y me dijeron: «La hermana del santo joven.»

—¡Ah!—exclamó Nina.

—No te chancees—le dijo Angélica;—no sufriría una chanza que pudiese zaherirle.

—¡Oh!—replicó Nina de un modo diferente.

—Cuando me respondieron «es la hermana del santo joven...»

—¿Le quisiste ver?

—Esta es la verdad. En el instante en que me lo mostraron estaba arrodillado cerca de la balastrada, sus largos cabellos rubios, alisados hacia las sienas, caían abundantes sobre su pobre sotana. Desde luego me ocurrió comparar á aquel seminarista modesto, dulce y tranquilo, cuya alma no abrigaba más que pensamientos piadosos, con el brillante caballero que debe ser mi esposo.

—Las comparaciones son peligrosas—murmuró Nina.

—Te engañas, hija mía, y te engañarás siempre que quieras chancearte, mi corazón estaba tranquilo mientras hacía esta comparación. Sólo me dije: «—Hay personas que tienen su paraíso ya en este mundo.»

—¿Cuál de los dos tiene el paraíso?—preguntó Nina.

Angélica quedó al pronto cortada. Evidentemente, en su pensamiento primero, esta palabra *paraíso* se aplicaba á la brillante existencia de Fulvio Coriolani.

—Tienes razón—replicó ella,—es una cuestión difícil, y ahora que pienso bien en ello, voy más lejos, y te digo que no es ya una cuestión. El otro tiene manifiestamente ventaja, tanto aquí abajo como allá arriba.

Nina se mordió los labios

—Déjame hablar—repuso Angélica;—¿sabes por qué le llaman el santo joven? porque pasa todas las noches á la cabecera de los pobres enfermos. Cada noche se le ve dejar su humilde aposento para ir al hospital. A su llegada huye el ángel malo y queda el bueno; y cuando la muerte no quiere ceder su presa á sus ardientes oraciones,

las aimas que vuelan al cielo se van consoladas y reconciliadas.

—¡Excelente!—dijo Nina;—¿quién te ha contado esto?

—Un alma salvada, una pobre vieja mendiga que le debe su salvación.

La voz de Angélica se hizo más dulce y un velo de tristeza cubrió su hermosa frente.

—Como ya te he dicho—continuó,—ese joven se hallaba arrodillado cerca de la balastrada del coro, vuelto de espaldas á mí. De pronto dió la hora, despertóse de su éxtasis y se volvió.

—¿Era hermoso?—preguntó Nina.

Angélica estaba pálida y su voz temblaba.

—¿Me preguntas si era hermoso?... ¿Cómo era Fulvio, el hombre más bello que haya visto en mi vida, en sus días de cándida adolescencia? Tú lo sabes, Nina, dímelo.

Nina sonrió y sus ojos brillaron

—La cabeza de Sanzio sobre el cuerpo de Meleagro—dijo ésta.

—Mira bien al santo joven si le encuentras á tu paso—repuso la Doria;—mira á Julián...

—¡Ah!—exclamó Nina,—¿sabes su nombre!

—Sí—respondió sencillamente Angélica;—no le he oído más que una vez, pero nunca le olvidaré. Mira á Julián y verás lo que yo he visto: la fisonomía de Fulvio rejuvenecido: la fisonomía de Fulvio, no embellecida, sino suavizada y coronada de una seráfica aureola. Es Fulvio adolescente Fulvio tímido y puro. ¡Escucha! si fuese posible que mi corazón latiese por un joven dedicado los altares, Fulvio sería aún la causa de mi desgracia, porque en él amaría á Fulvio.

Nina ya no se reía. Sus párpados medio cerrados velaban los rayos de sus grandes ojos negros.

—¿Es esto todo?—preguntó ésta.

—No, no es todo—respondió Angélica;—Julián

30120

también me vió. Cuando nuestras miradas se cruzaron, se tambaleó como si le hubiesen herido en el corazón; detúvose; se apoyó en una columna, luego bajando los ojos y más pálido que el mármol de las estatuas, desapareció.

—¿No hay más?

—Todavía... Despertóse en mí un recuerdo, no era la primera vez que le veía. Cuando en este último año volvimos de las Calabrias, estando en el mesón del Corpo-Santo...

—¿Sería él!—exclamó Nina.

Angélica la miró sorprendida.

—No abras así los ojos, contessina—continuó Nina tomando su aire jovial;—mi cariño hacia tí no data de hoy y nada ignoro de lo que te concierne. ¿Sería él quien hizo fuego sobre los asesinatos? —El no, su hermana.

—¡Oh! ¡he ahí un santo joven y una bella heroína que deben llamar nuestra atención!—dijo Nina hablando consigo misma.

Después, tomando las manos de Angélica entre las suyas, continuó alegremente:

—Todas las jóvenes tenemos un día al menos de locura. Tú estás en ese día, mi bella condesa, yo soy quizás trivial, pero tú debes saber una fábula en que se pinta á un perro dudoso entre su presa y la sombra de ésta. El perro suelta la presa y tiene de qué arrepentirse, porque no puede coger la sombra...

Las dos se estremecieron, quedando Nina con la palabra en los labios.

La gruta resonó á un súbito estruendo.

Acababan de estallar fuera centenares de detonaciones que repercutían y llenaban las paredes subterráneas.

—¡Ya empiezan los fuegos artificiales!—exclamó Nina levantándose;—no debían dispararse hasta la llegada del rey: ¡el rey, pues, está aquí!

—¿Y Fulvio?

—Fulvio sin duda te busca, ven: apresurémonos. Cogiéronse ambas de la mano y se dirigieron hacia la entrada de la gruta.

Cerca de esta abertura estaba un hombre de pie. Angélica le reconoció por el individuo con máscara que se había acercado hacia poco á la gruta, donde se le uniera el intendente Visconti Armellino.

Al pasar por su lado, Nina le dijo con acento ligero y sarcástico:

—¡Salud al sabio doctor Pedro Falcone!

V

Los cien mil ducados de Peter-Paulos

Antes de dejar la gruta, las dos jóvenes se habían puesto sus máscaras.

El hombre á quien Nina acababa de saludar con el nombre de Pedro Falcone, permaneció completamente impassible.

—Te habrás engañado—dijo Angélica,—porque no se ha movido.

Nina soltó su brazo y adelantóse resueltamente hacia el desconocido.

—He de saber el sonido de su voz—murmuró ella.

Y cogiendo la mano del enmascarado, y siguiendo la práctica repetidas veces descrita, le dijo al oído:

—*El hierro es fuerte y el carbón es negro.*

Pero ni por ello obtuvo respuesta; solamente la máscara le mostró su mano, en la cual había una sortija de hierro. Nina retrocedió.

Al dejarle, volvióse pensativa hacia donde estaba Angélica y le dijo:

—Tienes razón; me he engañado

Pero añadió aparte:

—¡Y sin embargo es él! ¿qué ha sucedido? Es el médico de Bárbara Spurzeim... ¿habrá muerto Johann esta noche? ¿Le habrá robado su sortija del Silencio?

Quiso dirigirse otra vez á donde estaba la máscara, pero había ya desaparecido.

La luna en su último cuarto se elevaba deformada y truncada, como esas medallas medio carcomidas que se encuentran en los cimientos de antiguos edificios. Su disco irregular se mostraba á medias tras el monte Somma. Los vapores del Vesubio, que desde algunos días amenazaba irrupción, le daban un tinte sombrío y fúnebre.

Nina sintió que el brazo de Angélica apoyado en el suyo, se estremecía.

—¿Qué tienes, querida?—le preguntó.

La bella condesa señaló con el dedo el firmamento siniestro, murmurando:

—Parece que augura desgracias.

Nina le contestó con la siguiente reflexión:

—De la vida, débese contemplar sólo el lado brillante. ¿Qué importa un duelo que no se ve?

Apenas Angélica Doria y Nina se habían mezclado entre la muchedumbre, cuando se oyó en el camino subterráneo que comunicaba con la gloria un ruido semejante al que produce el pavo real azorado.

Inmediatamente precipitose en esa misma gruta del Endymion una mujer vestida de color rosa, azul celeste, amaranto y naranja.

La perseguía un dominó alto como mástil de cucaña, dando enormes zancadas, y respirando con más fuerza que el fuelle de una fragua.

La mujer le llevaba un gran trecho de ventaja, el desgraciado dominó tropezaba á cada paso en los largos pliegues de su ropaje de seda.

En el momento en que iba á alcanzar á la fugitiva dejóse oír junto á ellos una carcajada repri-

mida, procedente de dos máscaras cogidas del brazo.

—¡Ese oficial!—exclamó Penélope ruborizada.

—¡Ese malhechor!—dijo por su parte Peter-Paulus Brown.

Los recién llegados profirieron juntos, armónica y gravemente, en puro inglés:

—*El hierro es fuerte y el carbón es negro.*

—¡Gentleman!—respondió Peter-Paulus con urbanidad,—vos desir une grande verity.

—¡Responded!—ordenó el más pequeño de los dos dominós, pero siempre en inglés.

—¡Mi querer bienne!—replicó Peter-Paulus,—faser la response; mi desir, gentlemen, vos formiular une incaustable verity.

—¿No sabéis más que eso?

—¡Oh! mi saber disir tute, gentlemen

—¿Lleváis el diamante?

—An la ocasión de mariament de milady con mí, haber comprado quinientas ochenta y seis li-ver sterling de diamandes.

—*In is very most romantic and theatrical*—murmuró Penélope al oído de su cónyuge.

Este respondió:

—Mi suplicar vos de callarse en esta momento.

El hecho es que el momento era solemne.

Aquel de los dos dominós que tenía menor talla y que hablaba el idioma de Pope y Milton, levantó el dedo en actitud amenazadora.

—Todo esto es sospechoso—dijo severamente;—la asociación no tiene confianza en vos; y os advierto que en adelante todas vuestras acciones serán espiadas. Si tratáis de entregar el *pundjaub* á otras manos que las nuestras, os costará la vida.

—¡Mi querer bien dar el *pundjaub*!—exclamó Peter-Paulus lloriqueando,—y toda la superficie del Hindostani, mas mi súdito anglés y member de lle cotton's and internacional club, y desir post!

tively á mí gobernante que vos atentado á los días de mí y de milady. Mi querer sortir incontinentemente de este país abomineable.

—¿Quién os lo impide?—replicó el más chico de los dominós.

—¡Oh! ¡oh! mi ser libreur—dijo Peter-Paulos hinchando las mejillas y moviendo la nariz á derecha é izquierda como una veleta en día de viento variable,—y defender la libeury de mí, hious-te le último gotte de sangue... by got!

—¡Oh! ¡oh! ¡shocking!—dijo milady al blasfemo.

—Mi desir: ¡calleos vos en esta momento: estar hablando á los gentlemen!

Los dos dominós hablaron un instante á solas. El más chico cerró la discusión diciendo:

—Si queréis evitaros una desgracia, es preciso que nada divulgúis de lo que os ha acontecido esta noche. Aun cuando no seáis la persona á quien esperamos, también nos pertenecéis, supuesto que habéis adivinado parte de nuestros secretos. Volved á vuestra fonda para no volver á salir, y mañana el consejo os hará saber su voluntad.

Los dos dominós se retiraron con ese paso mesurado de los cómicos en las grandes circunstancias.

—Mi desir—exclamó Penélope,—que sido dramatic.

Peter-Paulos se dejó caer sobre el banco de césped para enjugarse el sudor que bañaba sus cabellos amarillos.

—¡Sido prodiguieuse!—murmuró con desaliento; —les voyadjedores, les guidas, y les itinerarios ser muy criminal de haboar gardado silencio sobre los peligros de esta suprie paise. Mi desir vos milady, que vos callar. Mi querer reflexionar... formalmente.

Afuera había cesado el ruido de la fiesta. Los

fuegos de artificio habían apagado sus caprichosos juegos, y la glorieta reflejaba ahora, bajo un cielo obscuro, sus luces de colores.

En las calles de mirtos, naranjos y laureles rosas no se veía más que uno ú otro grupo. La mayor parte de los convidados estaban en los salones del palacio inmóviles y silenciosos.

Alguna cosa pasaba allí que hacía enmudecer á la par la voz suave de los instrumentos y las risas indiferentes de la muchedumbre.

Entre esas locas alegrías, la tragedia había mostrado su pálida faz y el placer huía azorado.

VI

El marqués de Malatesta

Ocho ó diez jóvenes, todos con su correspondiente máscara, se habían reunido en la sala llamada de Giorgione, donde hablaban en voz baja.

Agrupados en el ángulo más obscuro de la galería, al pronto no podía decirse lo que hacían.

¿Conspiraban? ¿Contra quién?

¿Acaso ensayaban, para valernos de una expresión teatral, alguna obra dramática?

Ello es que hablaban, gesticulaban, y parecía que verdaderamente se distribuían papeles. Uno de ellos, gallardo joven, á quien confirieran el papel principal, había separado las vueltas de su dominó y dejaba ver un traje tan rico como elegante.

Llamábanle los demás, marqués, y era fácil reconocer en él al misterioso conjurado que había hecho en el jardín este extraño juramento:

—No saldrá de aquí sino deshonrado ó muerto, aunque me cueste el honor ó la vida.

Eran todos jóvenes de la alta nobleza italiana, que después de haber bebido copiosamente al ano-

tively á mí gobernante que vos atentado á los días de mí y de milady. Mi querer sortir incontinentemente de este país abomineable.

—¿Quién os lo impide?—replicó el más chico de los dominós.

—¡Oh! ¡oh! mi ser libreur—dijo Peter-Paulos hinchando las mejillas y moviendo la nariz á derecha é izquierda como una veleta en día de viento variable,—y defender la libeury de mí, hious-te le últime gotte de sangue... by got!

—¡Oh! ¡oh! ¡shocking!—dijo milady al blasfemo.

—Mi desir: ¡calleos vos en esta momento: estar hablando á los gentlemen!

Los dos dominós hablaron un instante á solas. El más chico cerró la discusión diciendo:

—Si queréis evitaros una desgracia, es preciso que nada divulgúis de lo que os ha acontecido esta noche. Aun cuando no seáis la persona á quien esperamos, también nos pertenecéis, supuesto que habéis adivinado parte de nuestros secretos. Volved á vuestra fonda para no volver á salir, y mañana el consejo os hará saber su voluntad.

Los dos dominós se retiraron con ese paso mesurado de los cómicos en las grandes circunstancias.

—Mi desir—exclamó Penélope,—que sido dramatic.

Peter-Paulos se dejó caer sobre el banco de césped para enjugarse el sudor que bañaba sus cabellos amarillos.

—¡Sido prodigieuse!—murmuró con desaliento; —les voyadjedores, les guidas, y les itinerarios ser muy criminal de haboar gardado silencio sobre los peligros de esta suprie paise. Mi desir vos milady, que vos callar. Mi querer reflexionar... formalmente.

Afuera había cesado el ruido de la fiesta. Los

fuegos de artificio habían apagado sus caprichosos juegos, y la glorieta reflejaba ahora, bajo un cielo obscuro, sus luces de colores.

En las calles de mirtos, naranjos y laureles rosas no se veía más que uno ú otro grupo. La mayor parte de los convidados estaban en los salones del palacio inmóviles y silenciosos.

Alguna cosa pasaba allí que hacía enmudecer á la par la voz suave de los instrumentos y las risas indiferentes de la muchedumbre.

Entre esas locas alegrías, la tragedia había mostrado su pálida faz y el placer huía azorado.

VI

El marqués de Malatesta

Ocho ó diez jóvenes, todos con su correspondiente máscara, se habían reunido en la sala llamada de Giorgione, donde hablaban en voz baja.

Agrupados en el ángulo más obscuro de la galería, al pronto no podía decirse lo que hacían.

¿Conspiraban? ¿Contra quién?

¿Acaso ensayaban, para valernos de una expresión teatral, alguna obra dramática?

Ello es que hablaban, gesticulaban, y parecía que verdaderamente se distribuían papeles. Uno de ellos, gallardo joven, á quien confirieran el papel principal, había separado las vueltas de su dominó y dejaba ver un traje tan rico como elegante.

Llamábanle los demás, marqués, y era fácil reconocer en él al misterioso conjurado que había hecho en el jardín este extraño juramento:

—No saldrá de aquí sino deshonrado ó muerto, aunque me cueste el honor ó la vida.

Eran todos jóvenes de la alta nobleza italiana, que después de haber bebido copiosamente al ano-

checer en el palacio de Malatesta, habían ido al baile que daba aquella noche Loredano Doria.

Estos señores se llamaban Giulio Doria de Anghi, marqués de Malatesta; Sampieri, Marescalchi, los dos de Bolonia y ambos príncipes; Vespuccio Doria; Pitti de Florencia; Colonna de Roma; Ziani de Venecia; y Gravina de Nápoles. No había un solo nombre que no fuese histórico é ilustre.

Habíanse reunido diez para combatir á un solo hombre, y para colmo de vergüenza llamaban á la traición en su auxilio.

Con la espada en la mano, cada uno de ellos era valiente, pero se aunaban para cometer una acción baja y tenebrosa.

Y ¿cuál era la causa de que hiciesen uso del arma vil del ardid, siendo como eran todos jóvenes, nobles, fuertes y quisquillosos en lo tocante á lo que se llama pundonor?

¿Temían acaso á su adversario?

En verdad que ninguno lo hubiera confesado. Pero en realidad quizá les infundía respeto.

Y consistía en que su adversario era el príncipe Fulvio Coriolani, el ídolo del pueblo napolitano; el astró de la corte; el hombre cuya sola presencia hacía más melancólica y dulce la sonrisa de todas aquellas lindas princesas; el semidiós que las jóvenes marquesas veían en sus sueños; el espíritu noble y cortés que daba el diapason á la *alta vida*, como se dice en Londres; la fulgurante espada cuyos golpes no había podido parar ningún espadachín.

Malatesta debía ser el actor principal del drama que iba á representarse. Sus compañeros le rodeaban y le infundían valor.

Parecía que su papel era difícil.

—Quisiera más bien tenerle frente á frente—dijo; —no me gusta atacar á nadie por la espalda.

—Cuando atacas frente á frente—replicó Colonna,—ya sabes que no eres feliz.

Sampieri se apresuró á tomar la palabra para atenuar la discusión acre que necesariamente debía originarse.

—¡Haya paz, Colonna!—le dijo;—la suerte ha recaído en ti, Malatesta, y tú debes descargar el golpe maestro. Pero si te falta valor, dilo, pues en ese caso volveremos á poner nuestros nombres en la urna, y sacaremos otro.

Malatesta respondió:

—El de vosotros que se crea más valiente que yo, no tiene más sino venir al amanecer á la derecha de la puerta de Capua. Si vuelve, os dará noticias más.

—Cuidado, marqués, pues generalmente los que se alaban tienen miedo!—dijeron á la vez Grimani y Gravina.

Sampieri medió de nuevo, diciendo:

—No se trata de valentía; todo el mundo es valiente con la espada en la mano. Lo que necesitamos es firmeza, sangre fría y presencia de espíritu. ¿Te sientes en la actualidad con estas circunstancias, marqués?

—Me siento con ellas—respondió Malatesta.

—Muéstranos tu rostro—dijo Pitti de Florencia, —porque tu voz tiembla y no te sostienes muy firme sobre tus piernas.

Malatesta dió un paso atrás y levantó su mano. Sampieri le detuvo.

A un observador atento le hubiese sido fácil adivinar que todos esos jóvenes atolondrados excitaban á Malatesta, como se excita á un toro antes de la corrida.

Este arrancó su máscara con un movimiento convulsivo, mostrando un rostro lívido y unos ojos que lanzaban fuego.

Era un hermoso joven de veinticuatro á veinticinco años, que sin el sello que había marcado en su rostro la orgía habitual y prematura, se hubiera parecido bastante á su primo Loredano Doria.

Al verle conocieron que era inútil el aguijón. El toro estaba suficientemente excitado.

Sampieri sonrió bajo su máscara al ver la franja de espuma que blanqueaba aquellos labios convulsivamente contraídos, y la línea sangrienta que guarnecía sus párpados.

—¡Bien, marqués, bien!—le dijo tendiéndole la mano;—ya sabía yo que el hijo de tu padre no podía temblar.

El reloj del palacio Doria dió la una de la noche.

—Ya es hora—continuó Sampieri;—el rey podría retirarse.

Esto fué como la señal de la batalla desde tanto tiempo preparada.

Verificóse como una especie de concertado movimiento entre los conjurados, los cuales atravesaron la sala en pequeños grupos, colocándose en diversos puntos, unos dentro, otros fuera de la alta puerta abovedada del salón llamado de Albano, en el que estaba la corte.

En este último salón casi todos los convidados se habían quitado sus máscaras por respeto á las princesas.

Sampieri, como segundo galán, encargado de replicar á Malatesta, colocóse cerca de éste bajo la bóveda.

Colonna y Marescalchi en el salón; Pitti, Ziani y Gravina formaron el centro de tres grupos.

Hubo un largo silencio durante el cual sólo se oía la conversación de las princesas.

Hablaban del bello, del grande, del seductor, del incomparable Coriolani.

—¿Oyes?—dijo Sampieri en voz baja;—cada una de nuestras palabras será como el estallido de un trueno. ¿Estás?

—Estoy.

—Empieza.

Inmediatamente Malatesta, tomando en alta voz, y mejor de lo que podía esperarse, el tono de una discusión empeñada, exclamó:

—Si no queréis creerme, os lo probaré.

—¿Cómo lo probarás, marqués?—preguntó Sampieri igualmente en voz alta y con acento de provocación.

Algunos indiferentes volvieron ya la cabeza para saber qué diferencia había surgido entre el atolondrado Malatesta y el no menos loco Domenico Sampieri, conde Sampieri della Romana.

La princesa de Salerno decía en aquel momento:

—¿Qué es de él esta noche?

—Es necesario que medie un asunto muy grave—replicó el conde de Castro-Giovanni, primo del rey, que tenía su infantazgo en Sicilia,—para que nuestro querido Fulvio no se halle en este momento en el palacio Doria.

Al hablar así miraba á la condesa Angélica.

La princesa de Salerno hizo á esta última una señal de afectuosa caricia para invitarle á que se le acercase. Angélica obedeció.

En el salón de Albano levantóse un murmullo de admiración al ver la manera graciosa y llena de respeto con que la bella entre las bellas se acercó á la princesa, nuera del rey.

Esta la abrazó sonriendo y le dijo al oído:

—Querida prima, sacadnos de dudas y decidnos dónde está.

Angélica bajó los ojos y respondió vivamente uborizada:

—Alteza, entre los secretos que el príncipe no

me comunica, debo colocar el bien que hace... Sólo Dios y él lo saben.

Nina Dolci, sentada á los pies de su señora, le envió un beso.

La princesa la hizo sentar á su lado.

Entretanto, Malatesta y Sampieri discutían en voz baja con creciente vivacidad. Los conjurados empezaban á acercarse y á terciar en el asunto.

Los curiosos escuchaban.

De repente Malatesta exclamó:

—¡Mil onzas de oro, si os place!

—Dos mil si queréis—replicó Sampieri.

—¿Qué hay? ¿qué hay?—se decía á su alrededor.

La corte todavía no había fijado su atención en ello.

—¡Os digo que me consta!—repuso Malatesta con alguna acritud.

—¿Qué hay? ¿qué hay?—repetían los curiosos, cuyo círculo inquieto iba aumentando en torno de la puerta.

—Sampieri sostiene que tiene el derecho de llamarse así—respondió Colonna entrando á su vez en escena;—Malatesta pretende lo contrario.

—Pero ¿de quién hablan?

—¡Ah!—exclamó Colonna,—¿no lo sabéis?

—Hablan del príncipe Fulvio Coriolani—confesó Pitti encogiéndose de hombros.

—¡Vaya un absurdo!—añadió Ziani

Y Gravina dijo sentenciosamente:

—Ese marqués de Malatesta no se corregirá jamás.

—¡Sangre de Cristo!—exclamó Malatesta;—¡que no esté aquí! ¡Ya veríais qué cara pondría!

—¡No insultes á un ausente!—dijo Balbi.

—Si el señor Balbi quiere tomar la defensa de un miserable, de un bandido—exclamó Malatesta con voz repentinamente iracunda,—libre es de hacerlo; yo por mi parte sostengo lo que he dicho,

—ra era preciso que la corte prestase al fin atención. Cerca de la puerta se habían agrupado más de cien personas.

La princesa de Salerno preguntó como tantos otros:—¿Qué es eso?

—Con permiso de Su Alteza Real—respondió Marescalchi saludando con respeto,—se acusa al príncipe Coriolani de usar un nombre supuesto.

—Y ¿quién se atreve á pronunciar semejante insolencia?—exclamó María Clementina de Austria.

Marescalchi respondió:

—Es el primo de nuestro Loredano, Giulio Doria de Angri, marqués de Malatesta.

—¿Y lo dice seriamente?—preguntó el conde Castro-Giovanni.

—Muy seriamente, Alteza; todavía dice cosas mucho más graves... con la misma formalidad.

Todas las fisonomías de las señoras de la corte revelaban la mayor indignación.

Angélica Doria estaba extremadamente pálida.

En cuanto á la señorita Nina Dolci, el lector puede suponer que era la más indignada.

Estamos obligados á decir que no lo parecía. Apoyada familiarmente en un brazo del sillón de su señora, mostraba en su rostro encantador y risueño una perfecta tranquilidad.

Sólo otros tres personajes mezclados entre el gentío, estaban también tranquilos.

Estos eran el señor Andrés Visconti Armellino, intendente de policía, el gran banquero Massimo Dolci, y el caballero Hércules Pisani.

Tras de ellos se hallaba el coronel San Severo, que parecía, al contrario, presa de una viva agitación.

—¿Dónde está el señor conde?—preguntó la princesa de Salerno;—sería necesario hacer cesar este escándalo.

—Si Su Alteza Real lo desea...—empezó Castro-Giovanni.

Pero no pudo acabar, porque sobre su hombro se apoyó una mano, y una voz murmuró á su oído:

—Aquí estoy escuchando, señor.

Giovanni conoció á Loredano Doria disfrazado y confundido con los demás personajes de la corte. Sin embargo, como sucede en estas circunstancias, reinaba un gran silencio en torno de los dos interlocutores principales.

Todos se afanaban por oír más y mejor.

La misma corte, á pesar de sus prevenciones en favor del bello Fulvio, callaba y ponía atención.

—Siento—decía en este momento Malatesta con tono evidente de sarcasmo,—que la cosa haya ido tan lejos... Yo quería conversar, pero mi propósito no era dirigir una acusación pública.

—¡No llevarás muy lejos esta acusación!—chilló entre dientes San Severo.

Armellino le hizo seña de que callase.

—Marqués—replicó el veneciano Ziani con fingida severidad,—habéis hablado más de lo que debíais; retractaos ó probad vuestros asertos.

—¡Quién habla más de lo que debe sois vos, señor Ziani!—exclamó Malatesta.

—Hablo lo que debo hablar.

—Cuidado con...

—Respeto el lugar en que estoy. Todos en esta fiesta han unido más de una vez el nombre de aquel á quien insultáis con el nombre querido y respetable de la condesa Angélica Doria.

Todo esto se hallaba concertado de antemano.

Se quería prender fuego á la mina por todos lados á la vez.

—¡Es verdad! ¡Es verdad!—dijeron unos;—Ziani tiene razón.

—¡Ziani hace mal!—exclamaron otros;—¿á qué

mezclar el nombre de Doria en esas querellas de cabezas calientes?

Sampieri dijo por lo bajo:

—¡Valor, marqués! ¡Las princesas escuchan!

Luego añadió en alta voz:

—Mucho has hablado, Malatesta, pero en realidad no has dicho nada.

—Yo he acusado—replicó Malatesta,—á ese pretendido Fulvio Coriolani, de haber llevado exactamente la misma vida que ese otro pícaro que había usurpado un título y que debe subir mañana las gradas del patíbulo.

—¡Oh!... ¡oh!...—protestó la reunión:—¡qué escándalo! ¡Comparar á Fulvio con el barón de Altamonte!

—¿No eran una buena pareja de amigos?—exclamó Malatesta.

—¿Quién de nosotros—objetó el astuto Sampieri,—no estrechó en otro tiempo la mano de Altamonte?

Pero la mayor parte de los cortesanos no cesaban de decir:

—¡Qué escándalo! ¡Qué escándalo!... ¡Qué relaciones establecéis!

—Este Altamonte me había parecido siempre un caballero de industria.

—Y yo había dicho muchas veces, ¿os acordáis? «Este barón de Altamonte acabará mal.»

Sampieri había puesto el dedo en la llaga.

En efecto, esto daba á Malatesta ocasión de hacer esta réplica sencilla, que lanzó con brío á su adversario fingido:

—Luego ya he dicho alguna cosa, señor Sampieri, supuesto que he sentado, y lo sostengo, que Altamonte y Coriolani, Coriolani y Altamonte, son carne y uña. Nuevo y grande rumor.

Dos personajes se habían colocado en la primera fila de la muchedumbre.

El primero era un dominó de espaldas encorvadas por la edad, y el segundo un joven de elegante talle que llevaba una máscara con barba de seda.

Los que se hallaban cerca del anciano se separaban de él con respeto, excepto un compañero que llevaba para sostener sus pasos trémulos.

El joven se había colocado cerca de los cuatro caballeros del Silencio. La signora Nina Dolci no habría tenido necesidad más que de una mirada para reconocer en él á ese misterioso personaje que se había presentado hace poco delante de la gruta del Endymion mientras que estaba conversando con Angélica Doria.

Era el doctor Pedro Falcone.

Malatesta, desafiando el rumor que se levantaba de todas partes, exclamó:

—Me engaño, no son la misma cosa: Altamonte vale más que Coriolani, porque Altamonte tenía un nombre, un nombre de bandido. Llamábase Felice Tavola, mientras que Coriolani no tiene tan siquiera nombre de malhechor.

Este nuevo ultraje quedó sin eco.

Malatesta se limpió la frente; su tarea era ruda.

—¡Valor!—le dijo á media voz Sampieri,—hemos logrado nuestro objeto; el rey te escucha.

VII

El guante de Loredano Doria

Malatesta estaba de espaldas á aquel anciano, cuyo encorvado dorso se ocultaba bajo un ancho dominó de seda negro. Así es que no le había visto.

Cuando Sampieri le dijo: «El rey te escucha,» se estremeció de pies á cabeza.

—¡Corpo di Baco!—refunfuñaba San Severo tras sus colegas;—me moriré de coraje si no me dejáis estrangular á ese desatentado marqués.

—Es la orden del maestro—respondió el anciano Massimo Dolci volviéndose á medias hacia él.

La princesa de Salerno temblaba de cólera.

Tal escena en presencia de tantas princesas, hijas y nueras del rey, tenía un carácter inexplicable.

La casualidad no podía haber favorecido por sí sola el desenvolvimiento de tantas ofensas.

En torno de ese insultador debía haber una protección oculta.

La princesa oyó una voz suplicante á su oído.

Volvióse y Angélica se echó en sus brazos.

—Señora—murmuró, no pudiendo ya reprimir sus desgarradores sollozos;—Loredano Doria, mi hermano, es enemigo del príncipe Fulvio Coriolani.

Esto fué como un rayo de luz para María Clementina de Austria. Levantóse, buscando con la vista algún alto dignatario que pudiese ejecutar sus órdenes.

Nina, que continuaba mostrando un aire de completa indiferencia, le dijo:

—Alteza, si me fuese permitido daros un consejo, os diría que guardéis silencio.

—¿He de sufrir que en mi presencia?...—empezó la orgullosa austriaca.

—Alteza—interrumpió Nina,—el príncipe vuestro esposo está ahí; acabo de verle.

—Si el príncipe de Salerno juzga conveniente callarse...

—El príncipe real está también presente—volvió á interrumpir Nina.

—Aun cuando...

—Alteza, mirad, y reconoced al rey tras el marqués de Malatesta.

La princesa se dejó caer en su asiento estupefacta. En efecto, había reconocido al rey.

Por lo demás, era fácil conocer que el senti-

El primero era un dominó de espaldas encorvadas por la edad, y el segundo un joven de elegante talle que llevaba una máscara con barba de seda.

Los que se hallaban cerca del anciano se separaban de él con respeto, excepto un compañero que llevaba para sostener sus pasos trémulos.

El joven se había colocado cerca de los cuatro caballeros del Silencio. La signora Nina Dolci no habría tenido necesidad más que de una mirada para reconocer en él á ese misterioso personaje que se había presentado hace poco delante de la gruta del Endymion mientras que estaba conversando con Angélica Doria.

Era el doctor Pedro Falcone.

Malatesta, desafiando el rumor que se levantaba de todas partes, exclamó:

—Me engaño, no son la misma cosa: Altamonte vale más que Coriolani, porque Altamonte tenía un nombre, un nombre de bandido. Llamábase Felice Tavola, mientras que Coriolani no tiene tan siquiera nombre de malhechor.

Este nuevo ultraje quedó sin eco.

Malatesta se limpió la frente; su tarea era ruda.

—¡Valor!—le dijo á media voz Sampieri,—hemos logrado nuestro objeto; el rey te escucha.

VII

El guante de Loredano Doria

Malatesta estaba de espaldas á aquel anciano, cuyo encorvado dorso se ocultaba bajo un ancho dominó de seda negro. Así es que no le había visto.

Cuando Sampieri le dijo: «El rey te escucha,» se estremeció de pies á cabeza.

—¡Corpo di Baco!—refunfuñaba San Severo tras sus colegas;—me moriré de coraje si no me dejáis estrangular á ese desatentado marqués.

—Es la orden del maestro—respondió el anciano Massimo Dolci volviéndose á medias hacia él.

La princesa de Salerno temblaba de cólera.

Tal escena en presencia de tantas princesas, hijas y nueras del rey, tenía un carácter inexplicable.

La casualidad no podía haber favorecido por sí sola el desenvolvimiento de tantas ofensas.

En torno de ese insultador debía haber una protección oculta.

La princesa oyó una voz suplicante á su oído.

Volvióse y Angélica se echó en sus brazos.

—Señora—murmuró, no pudiendo ya reprimir sus desgarradores sollozos;—Loredano Doria, mi hermano, es enemigo del príncipe Fulvio Coriolani.

Esto fué como un rayo de luz para María Clementina de Austria. Levantóse, buscando con la vista algún alto dignatario que pudiese ejecutar sus órdenes.

Nina, que continuaba mostrando un aire de completa indiferencia, le dijo:

—Alteza, si me fuese permitido daros un consejo, os diría que guardéis silencio.

—¿He de sufrir que en mi presencia?...—empezó la orgullosa austriaca.

—Alteza—interrumpió Nina,—el príncipe vuestro esposo está ahí; acabo de verle.

—Si el príncipe de Salerno juzga conveniente callarse...

—El príncipe real está también presente—volvió á interrumpir Nina.

—Aun cuando...

—Alteza, mirad, y reconoced al rey tras el marqués de Malatesta.

La princesa se dejó caer en su asiento estupefacta. En efecto, había reconocido al rey.

Por lo demás, era fácil conocer que el senti-

miento de la reunión había cambiado. Ya no se escuchaba con cólera, sino con una especie de curioso interés. La nueva de que se hallaban presentes las personas reales, había circulado de boca en boca.

Esto quitaba á cada uno su parte de responsabilidad; donde estaba el rey, nadie se creía con derecho á ser juez.

En los dos salones y las galerías contiguas reinaba un gran silencio.

Para que Malatesta pudiese replicar, era necesario que alguno de los conjurados fingiese defender á Coriolani.

—Cuando se acusa á un ausente—dijo Colonna,—no bastan vagas alegaciones.

—¿Te has constituido en defensor de Coriolani, Próspero Colonna?—interrumpió Malatesta;—voy á responderte, porque hace rato que busco á quien dirigirme. Mis vagas alegaciones, como tú las llamas, envuelven hechos positivos. Pero para defender una causa es necesario un tribunal. Yo esperaba aquí la augusta presencia de S. M. el rey Fernando, para hablar delante del rey.

Todo el mundo sabía que el rey escuchaba, pero no se elevó una sola voz entre los concurrentes al palacio Doria que dijese: «—¡El rey está aquí!»

La etiqueta en la corte de Nápoles obliga á respetar el incógnito.

Así, pues, fué el mismo rey, quien, tocando por detrás el hombro de Malatesta, le dijo en voz baja:

—Marqués, no os faltan jueces. ¡Supuesto que queréis hablar delante del rey, hablad!

Malatesta iba á fingir la más viva sorpresa, pero no tuvo tiempo de hacer muchos gestos, porque el rey prosiguió:

—No os volváis y vamos al grano, que tengo prisa.

El rey dijo esto con acento conmovido; Malatesta lo conoció.

Pero éste había quemado ya sus naves, y, sobre todo, llevaba bien aprendida la lección.

Volviéndose á medias y como involuntariamente á pesar de la orden de S. M., su mirada buscó la de su compañero Sampieri para cobrar valor, y después de haberse recogido un instante empezó:

—Supuesto que los que se hallan á mi alrededor desean que me explique, lo haré, á pesar de no estar preparado y de no poseer el don de la palabra.

Quisiera que Coriolani se presentase en medio de nosotros antes de que acabe de decir todo lo que le condena y le deshonra.

Su tarea nocturna ha concluído. En la actualidad es libre. Si tiene aquí amigos, que se le avise y que venga.

He dicho y repito que Fulvio Coriolani hace uso de un nombre falso; he dicho y repito que Fulvio Coriolani es un malhechor disfrazado de príncipe, el cómplice del barón de Altamonte, y uno de los miembros de esa asociación misteriosa y sanguinaria llamada los Compañeros del Silencio.

En la parte del salón donde se hallaban las princesas, dejósese oír un grito medio ahogado.

Era Angélica Doria que luchaba con un violento ataque de nervios.

Nina se lanzó hacia ella y la estrechó en sus brazos.

—¡Nada temas!—le dijo al oído.

Loredano Doria, que había dejado su puesto, dió un paso hacia su hermana. Desde que el rey había ordenado á Malatesta que hablase, estaba sin máscara.

Sin saberlo y sin quererlo quizá, se introducía poco á poco en el centro del círculo.

El marqués de Malatesta había pronunciado sus últimas palabras con tono enérgico y seguro.

El caso era que nadie podía explicarse el pasado de ese brillante príncipe Coriolani. Era como un meteoro resplandeciente que desde algunos meses iluminaba la corte de Nápoles. Pero ¿de dónde venía? El favor del rey y de la real familia equivalía para él á una genealogía; esto era todo.

Esos meteoros salen siempre de las nubes.

El rey escuchaba inmóvil bajo el vasto capuchón de su dominó. Ninguno de los que le rodeaban hacía un gesto.

Frente por frente del rey, Armellino, Hércules Pisani y el rico Massimo Dolci permanecían impassibles. Sólo el coronel San Severo se revolvía y murmuraba:

—¿En qué vamos á parar? ¡Corpo di Baco! yo no sé batirme con la lengua. Pero si aquel es un agente de policía, Corner, tú debes saberlo.

El intendente Armellino, oyendo el nombre de Corner, le ordenó que guardase silencio.

A algunos pasos de allí Pedro Falcone cumplía concienzudamente, con los brazos cruzados, las órdenes de Johann Spurzeim: observaba.

—¡Está bien!—dijo Sampieri á Malatesta, que tomaba aliento;—vamos inmediatamente al hecho.

Los demás conjurados decían entre los grupos:

—¿Habrás efectivamente en todo esto algo de cierto?

Lo principal ya estaba hecho. Malatesta paseó su mirada sobre la muchedumbre y parecía desafiarse sus recriminaciones.

Luego repuso con acento claro y tranquilo:

—Sin duda habréis quedado sorprendidos, nobles caballeros y señoras, al ver desaparecer esta noche á Fulvio Coriolani de una fiesta en la cual era, por decirlo así, el héroe. No podía excusar-

se. La misteriosa asociación á que pertenece, castiga con la muerte la menor desobediencia. Al fin de la comida ha recibido un mensaje y se ha ido; pero desde este momento me ha pertenecido, porque le he hecho seguir, y sé todos los pasos que ha dado.

—¿A dónde se ha dirigido?—preguntó el rey.

—Todo el mundo sabe—respondió Malatesta,—que esta noche ha sido asesinado un hombre en la playa de la Marinella, junto al puente de la Madalena. Se ha dicho que este hombre asesinado era el príncipe Coriolani; los improvisadores lo han relatado en la plaza pública, y aun aquí, en este palacio Doria que ha manchado tanto tiempo con su presencia, también se ha repetido lo mismo, y yo he visto palidecer á esa bella y pura joven...

—Te prohibo, marqués de Malatesta—interrumpió en alta voz el conde Loredano,—que aludas en lo más mínimo á mi hermana.

La princesa de Salerno estrechó la mano de Angélica.

—Habéis juzgado mal á vuestro hermano—le dijo. En seguida profirió una voz:

—¡Bien dicho, Loredano!

Nadie mejor que Malatesta hubiera podido afirmar que esta voz era la del rey.

Sus ojos se oscurecieron como si ante ellos pasara una nube.

—¡El miserable les ha hechizado á todos!—refunfuñó con una blasfemia.

—¡Valor, marqués!—replicó Sampieri;—te repito que es nuestro.

Malatesta echó mano de toda su firmeza para proseguir:

—¿Por qué se ha dicho que el hombre asesinado bajo el puente de la Madalena era Coriolani? porque se le ha visto en la playa de la Marinella

hablando con un desconocido disfrazado de marinero. Hasta aquí, ningún crimen, ¿no es verdad? Pero ¿quién era el desconocido? Ese marinero llamado Sansovina (el señor ministro de Estado no me dejará mentir), tenía un barco amarrado en la playa pronto á hacerse á la vela, aguardando un pasajero que debía transportar á Francia. Debéis saber el nombre del pasajero: era Felice Tavola, por otro nombre el barón de Altamonte.

El hombre que acompañaba al rey se quitó la máscara.

Todos reconocieron en él á Francisco de Borbón, heredero del trono.

—Descubrios, señor—dijo á su vecino de la derecha.

La máscara de éste, desprendida, dejó ver las facciones del señor Carlos Piccolomini, ministro de Estado. El príncipe real añadió:

—Decid lo que haya sobre el particular.

—Alteza—respondió Piccolomini,—el marqués de Malatesta no ha dicho hasta ahora más que la verdad; el marinero Sansovina se nos ha escapado; pero mandaba un buque destinado á favorecer la evasión de Altamonte. Hacia las once, el buque, viéndose observado, ha levado anclas para dar la vuelta á los puertos y fondear al otro lado de la ciudad.

—¡Es extraño!—exclamaron todos los concurrentes.

Nina Dolci dijo al oído de Angélica algo reanimada:

—¡Ten confianza en mí! te juro por mi salvación que á todo el que atacare á Fulvio Coriolarle costará caro.

—¡Dios quiera protegerle!—murmuró Angélica; estas acusaciones son infames.

—Sin embargo, las palabras del ministro de Es-

tado habían producido grande efecto. Al oirlas, el intendente de policía había dejado escapar un movimiento de sorpresa.

Por lo demás, esto fué obra de un segundo. Un instante después Andrés Visconti Armellino había recobrado su actitud de tranquila indiferencia entre sus dos impasibles compañeros.

Sólo el coronel San Severo, doblando su alta talla para poner su boca al nivel de los oídos de sus colegas, repetía en tono de profunda sorpresa:

—¡Cómo diablos puede saber esto!

El observador Pedro Falcone empezó á mirarle de reojo.

—Me alegro—continuó Malatesta con aire triunfante,—de que Su Excelencia, el señor Carlos Piccolomini, se haya dignado corroborar mis palabras con su irrecusable testimonio. No contaba con este apoyo, y si me es permitido hablar así, tampoco lo necesitaba. En efecto, lo que me resta que revelar será público mañana y encierra hechos mucho más importantes todavía.

Este hombre á quien me veo obligado á llamar Coriolani hasta que más adelante sepamos su verdadero nombre de malhechor, ha cometido esta noche un asesinato, quizá dos.

El salón entero se agitó.

Angélica Doria lanzó un gran suspiro, desvaneciéndose en los brazos de Nina.

El rey hizo un gesto: el ministro de Estado mandó que se guardase silencio.

Entonces se vió una cosa singular. La princesa de Salerno, que entre las hijas y nueras del rey era la más querida, cruzó á lo largo del salón, apoyada en el brazo del conde Castro Giovanni, y al llegar donde estaba el soberano, le besó la mano, diciendo:

—Ya sé que sois vos, padre mío, y os ruego

en nombre de vuestra ternura para con todas nosotras, que hagáis cesar este odioso escándalo.

El rey la separó fríamente y dijo á Malatesta:
—¡Proseguid!

—Un asesinato, estoy seguro de ello—repuso el acusador.—Altamonte ha muerto; yo he visto su cadáver atravesado de una bala en el corazón. Pero yo creo que los asesinatos han sido dos, porque el hombre cuya sangre se ha hallado en el puente de la Madalena era un compañero del Silencio.

—Esto es verdad—dijo el ministro de Estado;—pero ¿cómo lo sabéis?

—¡Sí!—exclamó San Severo involuntariamente, —¿cómo lo sabe?

Carlos Piccolomini le dirigió una mirada penetrante que abarcó al mismo tiempo á Massimo Dolci y á Hércules Pisani.

Luego se inclinó hacia el oído del rey

Los que se hallaban cerca creyeron oír pronunciar el nombre de Johann Spurzeim.

Este incidente dió á Malatesta tiempo de ponerse sobre sí. Nunca se piensa en todo; así es que no estaba preparado para la pregunta que se le acababa de hacer.

En efecto, ¿cómo Malatesta y sus camaradas habían adquirido todas estas noticias?

He aquí lo que sin duda no podían decir.

El anciano Massimo Dolci pisó fuertemente el pie de San Severo y le dijo:

—¿Quieres que dentro de diez minutos se te llame por tu nombre de Lucas Tristany? ¿quieres amanecer colgado en el patíbulo de Felice Tavola?

—He hecho mal—replicó San Severo,—pero ese pícaro de David Heimer debe habernos jugado una pasada propia de su oficio.

Sampieri vió la turbación de Malatesta:

—Pasa adelante—le dijo;—ya hallaremos salida.

—¿Cómo sé esto, señor? Todavía sé otras cosas que quizá os sorprenderán á vos, que veláis por la seguridad de las personas reales, de la corte, de la ciudad y del reino. Hasta el último momento, la asociación del Silencio ha alimentado al barón de Altamonte con la esperanza de ser libertado; se le había suministrado una lima, y las medidas estaban tan bien tomadas que se habría evadido esta noche por la antigua galería que comunica con los sótanos de San Juan el Mayor, si el gobernador de Castello-Vecchio no le hubiese trasladado de súbito á los calabozos de la torre superior.

Sus cómplices supieron esto y determinaron libertar á Felice Tavola á viva fuerza ó asesinarle en su prisión.

Esta es la regla; en su última hora, aun los más fuertes confiesan sus crímenes. Era preciso evitarlo.

En su consecuencia eligieron á uno de los maestros del Silencio para realizar la atrevida empresa de penetrar en la fortaleza á pesar de la guarnición decuplada, y á pesar de las guardias y patrullas que defendían las avenidas.

Para esto se necesitaba un demonio.

El demonio ha sido Coriolani, pues ha escalado efectivamente la fortaleza.

Pedro Falcone hizo un movimiento.

Nina dijo sosteniendo el pomo que hacía aspirar á Angélica:

—Altezas, ¿cuál va á ser el castigo de ese loco? Las princesas no respondieron.

Aun no daban cabida á la sospecha, pero cada una se decía:

—¡Ni una voz se eleva para defender al príncipe Fulvio, que es el favorito del rey!

Ciertamente era éste un síntoma muy extraño.

Y ante este síntoma, desaparecía en gran parte la aparente extravagancia de la acusación.

Los amigos de Malatesta no estaban ociosos, y decían: —¿Quién hubiera creído jamás esto?

Y Sampieri, alentándole con la vista y el ademán, murmuraba: —¡Valor, marqués, ya es nuestro! Pero Malatesta no carecía de valor.

—La fortaleza ha sido escalada—repuso;—el señor Piccolomini sabe también esto, lo que él ignora quizá, es que el bandido ha encontrado vacía la prisión de su camarada.

—¿A quién llamáis bandido?—preguntó el ministro de Estado.

—A Coriolani—respondió sin titubear Malatesta;—ha llegado diez minutos demasiado tarde. La alarma ha cundido; dos mil soldados se han lanzado en persecución de un solo hombre y no le han podido coger. Porporato, ese espantajo con que se asusta á los niños y á las mujeres, ha usurpado su cetro y su corona. El verdadero rey de los bandidos del reino de Nápoles no es Porporato, sino Coriolani.

—¿Habéis acabado?—preguntó el ministro de Estado.

—No, señor, y vos mismo no lo creéis; pues hace diez minutos que oigo rechinar las bayonetas en los jardines de este palacio, donde reinaban la alegría, el placer y la música. No he concluido, supuesto que todavía no he dicho cómo Coriolani ha asesinado cobardemente á su hermano y amigo el barón de Altamonte.

—¡Decidlo, pues!—ordenó el ministro de Estado.

—El barón de Altamonte—respondió el marqués,—salió de Castello-Vecchio á las once de la

noche, y fué conducido á casa del señor Johann Spurzeim. Se le ha visto entrar en el corredor que precede á la puerta del gabinete privado del Jefe de policía, y salir luego el príncipe Coriolani cargado con un cadáver.

—¿Acusáis al señor Johann Spurzeim?—preguntó Piccolomini.

—No lo permita Dios—respondió Malatesta;—acuso á Fulvio Coriolani. Este ha pagado su deuda á los compañeros del Silencio: era necesario que esta noche su amigo Altamonte fuese libre ó muerto, y no pudiendo librarle, le ha asesinado. Malatesta no dijo más.

Ese grande y sordo rumor que la curiosidad había comprimido se elevó de nuevo.

—¿Cómo sabéis esto?—volvió á preguntar el ministro de Estado.

El buen coronel San Severo no hubiera titubeado en la respuesta.

En aquel momento decía á sus compañeros, los cuales le hacían todos señal de que callase:

—¡Cuando os decía que era cosa de ese pícaro de David Heimer!

A pesar de su escasa sutileza, Lucas Trisfany adivinaba aquí la mano de Johann Spurzeim.

Tres perillanes como Marino Marchese, Policeni Corner y el anciano Amato Lorenzo, debían con mucha más razón reconocer la intervención en esta circunstancia del Jefe de policía.

Pero á lo que parece su orden era la de abstenerse.

Piccolomini se volvió hacia las personas reales que le seguían y pareció tomar sus disposiciones. Vióseles conversar un instante en voz baja.

En el campo de las princesas reinaba el silencio del estupor.

Angélica Doria volvía lentamente á sus sentidos y los brazos de Nina.

—¿Qué han dicho?—preguntó,—¿se han sufrido sus infames calumnias?

—¿Le amas mucho, Angélica?—replicó á media voz Nina;—dentro de breves instantes le amarás más todavía. ¿No has visto nunca elevarse radiante el sol de en medio de la tempestad? Lo mismo vas á ver á Fulvio Coriolani. Sí, ya viene, le siento venir.

Pero de seguro lo que hubiera llamado vivamente la atención de aquella noble muchedumbre, si cada grupo agitado y parlanchín no se hallara discutiendo con calor en todos los rincones de las dos salas, era una escena rápida que tenía lugar entre Malatesta y su amigo Sampieri.

Desde el momento en que Malatesta había cesado de dirigirse á la muchedumbre, conversaban los dos en voz baja.

—¿No puedo decir la verdad?—preguntó el marqués;—¿no puedo mostrar la carta anónima que he recibido esta noche?

—Todo estaría perdido—respondió Sampieri;—no se cree en las cartas anónimas.

—Sin embargo...

—No te haré más que una pregunta: tú mismo ¿crees en ella? Malatesta pareció titubear.

Sampieri redobló sus esfuerzos.

—¿Crees—repuso,—que Fulvio Coriolani, amigo del rey, prometido de la condesa Doria, haya dejado este palacio para ir á asesinar á Felipe Tavola? ¿Crees que Fulvio Coriolani sea compañero del Silencio?

—¡No, á fe mía!—respondió al fin Malatesta;—y, sin embargo, daría mi sangre para que así fuese.

—¿Quién lo creará si tú mismo no lo crees?

—Entonces, ¿qué hacer? Sus voces bajaron más.

—Tú has jurado—replicó Sampieri,—deshonrarle ó matarle á costa de tu vida ó tu honor; tu vida no serviría de nada; se te pide tu honor.

—Explícate.

Hablaron un instante tan bajo que ni siquiera se oía el murmullo de sus voces.

—¡Sangre de Cristo!—exclamó de súbito Malatesta, cuyos ojos encendidos abrasaban;—no haré tal cosa.

—Si no lo haces—repuso Sampieri,—estás perdido.

—Que lo esté; aunque lo estuviese cien veces más, no lo haría.

—Marqués de Malatesta—dijo en aquel momento el ministro Piccolomini;—¿cómo habéis sabido los sucesos que acabáis de contar?

—Por muy buen origen, Excelencia—respondió el joven marqués con aire huraño.

El sudor le corría por las sienas.

Era fácil conocer que sostenía un terrible combate consigo mismo.

Esto no se escapaba á los asistentes, en los cuales se operaba la reacción.

—No puede responder—exclamó antes que nadie el coronel San Severo.

Y diez voces repitieron:—No puede responder.

—¡Tú agonizas, Malatesta!—murmuró Sampieri.

—¡Demasiado ha durado esto!—dijo el príncipe real.

Y la princesa de Salerno, avergonzándose quizá de haber dudado un momento, exclamó:

—Espero que el castigo de este hombre será ejemplar.

—Malatesta—murmuró otra vez Sampieri;—no tienes más que dos segundos para elegir entre la vida y la muerte.

Malatesta estaba lívido, y la espuma brotaba de sus labios.

—¡Responded!—dijo por segunda vez Piccolomini;—¿no lo veis? todos creen que no podéis responder. El rumor aumentaba.

Los amigos de Malatesta bajaban ya la cabeza.
—¡Responded!—repitió por tercera vez el ministro de Estado.

—¡*De profundis!*—profirió en voz baja Sampieri. Pero en este momento el marqués levantó la cabeza.

—¿Estás contento?—dijo á su cómplice;—voy á deshonrarme.

Y pintóse un círculo gris alrededor de sus ojos; un sudor frío caía de sus cabellos á sus mejillas hundidas; su rostro era espantoso.

—¡Majestad!—dijo dirigiéndose al mismo rey una voz bronca y estrangulada;—vos sois el primer noble del reino, y comprenderéis por qué un Doria de Angri ha tardado en responder cuando se trata de manchar con una palabra la gloria de su linaje...

—¡Silencio! ¡silencio!—decían en todas partes. Malatesta estrechó su pecho con sus dos manos.
—¿No habéis notado—repuso,—que Beatriz Doria de Angri, mi hermana, no se ha presentado en la fiesta de esta noche?

—¡Bien!—exclamó Sampieri respirando con fuerza. Las princesas dejaron sus asientos.

—¡Infame!—dijo Nina Dolci con fiero acento. Pedro Falcone había avanzado un paso, no para escuchar, sino para mirar un dominó de alta estatura que estaba de pie é inmóvil frente de él.

—¡Adelante!—exclamó Sampieri.
—Majestad—replicó Malatesta,—mi hermana es la querida del bandido Coriolani, que la ha seducido, y mi hermana me ha revelado sus secretos.

En los dos salones se levantó un tumulto inexplicable.

Angélica lanzó un grito de desesperación. Malatesta, tambaleándose y sostenido por Sampieri, vió delante de sí la figura altiva y tranquila del conde Loredano Doria.

Este se quitaba un guante con lentitud.

—¡Donde el rey lleva máscara—dijo,—no hay rey! ¡Malatesta, has mentido! ¡Malatesta, eres un cobarde! ¡Malatesta, supuesto que Beatriz Doria no tiene hermano, yo, Doria-Doria, jefe de la familia, soy su hermano, y la vengo de una infame y calumniosa acusación!

Y levantando su brazo arrojó el guante á la cara del marqués, mientras las princesas y la muchedumbre gritaban:—¡Bravo, Loredano!

Pero el guante no tocó el rostro de Malatesta. Una mano se adelantó y le detuvo al paso.

Esta mano era la de ese dominó de alta estatura que Pedro Falcone examinaba desde hacía algunos instantes con gran curiosidad.

Nadie hasta entonces había notado su presencia. La máscara echó atrás con un brusco movimiento su flotante ropaje de seda y apareció en rico traje de corte.

Esto fué como una sorpresa teatral. A la vista de aquel hermoso joven, extinguéronse los gritos y se desvaneció la febril agitación. Descubriendo inopinadamente su talle de Apolo y su majestuosa cabeza, mostró un rostro altivo y espiritual en el que florecía la más tranquila sonrisa.

Un nombre corrió de una á otra extremidad de los salones, cual sordo y profundo murmullo lleno de admiración, respeto y ternura: este nombre era el de:

—¡Coriolani! ¡el príncipe Fulvio Coriolani!

VIII

El rey de día y el rey de noche

En los salones del palacio Doria, sólo había tres hombres cuyas fisonomías no hubiesen cambiado.

Los amigos de Malatesta bajaban ya la cabeza.
—¡Responded!—repitió por tercera vez el ministro de Estado.

—¡*De profundis!*—profirió en voz baja Sampieri. Pero en este momento el marqués levantó la cabeza.

—¿Estás contento?—dijo á su cómplice;—voy á deshonrarme.

Y pintóse un círculo gris alrededor de sus ojos; un sudor frío caía de sus cabellos á sus mejillas hundidas; su rostro era espantoso.

—¡Majestad!—dijo dirigiéndose al mismo rey una voz bronca y estrangulada;—vos sois el primer noble del reino, y comprenderéis por qué un Doria de Angri ha tardado en responder cuando se trata de manchar con una palabra la gloria de su linaje...

—¡Silencio! ¡silencio!—decían en todas partes. Malatesta estrechó su pecho con sus dos manos.
—¿No habéis notado—repuso,—que Beatriz Doria de Angri, mi hermana, no se ha presentado en la fiesta de esta noche?

—¡Bien!—exclamó Sampieri respirando con fuerza. Las princesas dejaron sus asientos.

—¡Infame!—dijo Nina Dolci con fiero acento. Pedro Falcone había avanzado un paso, no para escuchar, sino para mirar un dominó de alta estatura que estaba de pie é inmóvil frente de él.

—¡Adelante!—exclamó Sampieri.
—Majestad—replicó Malatesta,—mi hermana es la querida del bandido Coriolani, que la ha seducido, y mi hermana me ha revelado sus secretos.

En los dos salones se levantó un tumulto inexplicable.

Angélica lanzó un grito de desesperación. Malatesta, tambaleándose y sostenido por Sampieri, vió delante de sí la figura altiva y tranquila del conde Loredano Doria.

Este se quitaba un guante con lentitud.

—¡Donde el rey lleva máscara—dijo,—no hay rey! ¡Malatesta, has mentido! ¡Malatesta, eres un cobarde! ¡Malatesta, supuesto que Beatriz Doria no tiene hermano, yo, Doria-Doria, jefe de la familia, soy su hermano, y la vengo de una infame y calumniosa acusación!

Y levantando su brazo arrojó el guante á la cara del marqués, mientras las princesas y la muchedumbre gritaban:—¡Bravo, Loredano!

Pero el guante no tocó el rostro de Malatesta. Una mano se adelantó y le detuvo al paso.

Esta mano era la de ese dominó de alta estatura que Pedro Falcone examinaba desde hacía algunos instantes con gran curiosidad.

Nadie hasta entonces había notado su presencia. La máscara echó atrás con un brusco movimiento su flotante ropaje de seda y apareció en rico traje de corte.

Esto fué como una sorpresa teatral. A la vista de aquel hermoso joven, extinguéronse los gritos y se desvaneció la febril agitación. Descubriendo inopinadamente su talle de Apolo y su majestuosa cabeza, mostró un rostro altivo y espiritual en el que florecía la más tranquila sonrisa.

Un nombre corrió de una á otra extremidad de los salones, cual sordo y profundo murmullo lleno de admiración, respeto y ternura: este nombre era el de:

—¡Coriolani! ¡el príncipe Fulvio Coriolani!

VIII

El rey de día y el rey de noche

En los salones del palacio Doria, sólo había tres hombres cuyas fisonomías no hubiesen cambiado.

Eran las de los tres caballeros del Silencio.

Estos habían permanecido impasibles así antes como después de estos sucesos.

Pero á su alrededor la agitación iba en aumento, y en ella tomaba parte alegremente el coronel San Severo, cuarto maestro del Silencio.

—¡Corpo di Baco!—decía éste;—ese Doria es un digno señor, con el cual tendrá que hacer el pícaro marqués.

Los gritos se perdían en medio de aquel tumulto general.

Para dar una idea de lo que era este tumulto, á pesar de la alta posición de la mayor parte de los actores de tal escena, contaremos en pocas palabras un incidente rápido, del cual fué el héroe nuestro coronel San Severo.

A la vista del príncipe Coriolani, Pedro Falcone había retrocedido como si una violenta contracción nerviosa le hubiese echado atrás.

—¡Es él!—dijo en voz baja.

Y esta palabra «¡Es él!» revelaba en su boca una terrible expresión de odio.

Este hombre tan tranquilo hace poco, y que hemos visto frío y grave en medio de las extrañas aventuras ocurridas en casa de Spurzeim, parecía agitado de una especie de rabia súbita.

Deslizando su mano en el forro de su traje, sacó un puñal siciliano de hoja corta y afilada como una aguja.

Nada más fácil en este momento de desorden que echarse encima de Coriolani y matarle.

Tal era su designio.

Pero en el momento en que iba á arrojarle sobre él, una mano de hierro le sujetó por la garganta, mientras que otra mano igualmente vigorosa torcía su puño haciéndole soltar el arma.

Falcone ahogó el grito de dolor que iba á salir de su boca.

La mano de hierro, que pertenecía á San Severo, apretaba con fuerza, y ya la cara del doctor se inyectaba en sangre, cuando los ojos del coronel se fijaron por casualidad en la mano derecha del desconocido.

En el dedo medio de esta mano brillaba la sortija del Silencio. San Severo soltó la presa.

Pero llevando al doctor donde se hallaban los tres caballeros, les mostró la sortija.

Armellino dijo: —¡Ya lo sabíamos!

San Severo bajó la cabeza para reflexionar un instante.

—Amigos míos—les dijo;—empiezo á no entender este misterio. El día en que llegue á ser del todo incomprensible para mí, cuidado con vosotros.

Armellino y Falcone se hicieron una seña. Falcone se perdió entre la muchedumbre.

Todo esto fué obra de un minuto.

Ni una palabra salió entretanto del grupo de nuestros principales personajes, que guardaban sus respectivos puestos, como acontece en las ocasiones solemnes.

El teatro, que no es sino un reflejo de nuestras costumbres, copia en esto la fiel verdad, y por ello esa situación escénica que se llama «un cuadro plástico» produce casi siempre tan buen efecto en los espectadores de buena fe.

Doria se hallaba á la derecha del marqués, quien, agitado por un ataque de epilepsia, se veía contenido por Sampieri; á su izquierda estaba de pie Coriolani con la cabeza erguida y sus brazos cruzados sobre las condecoraciones que brillaban en su pecho.

El rey y los príncipes cercaban este grupo.

Al otro extremo del salón, la princesa de Salerno y sus compañeras manifestaban estrepitosamente su contento,

Donde la pasión domina, la etiqueta desaparece. Angélica lloraba de alegría en los brazos de Nina, que sonreía y murmuraba á su oído:

—¿No te lo decía? Es desconocer á Fulvio, temer por él.

Y, sin embargo, nada había pasado en realidad que pudiese tranquilizar á nadie. Ninguna contestación se había opuesto á las acusaciones de Malatesta. El rey no había pronunciado una palabra, los príncipes y el ministro de Estado continuaban silenciosos.

Pero poseía el recién llegado un poder tan irresistible, un encanto tan grande y vencedor, que con su sola presencia pareció haber ganado su causa.

Sus ojos se fijaron en Malatesta con una sonrisa en los labios. Este con el rostro salpicado de manchas lívidas, los ojos hoscos y la boca espumosa, hacía inútiles esfuerzos para sostener su mirada.

La primera palabra pronunciada salió de la boca del rey.

Echando atrás el capuchón de su dominó y descubriendo su bella fisonomía de Borbón, coronada de cabellos blancos como la nieve, la que á pesar de ciertos actos de su vida pública inspiraba siempre el más sincero respeto al pueblo de Nápoles, dijo:

—Doria, eres un verdadero caballero: tu padre hubiera procedido como tú; has hecho bien.

Loredano se inclinó profundamente.

El príncipe se llegó á él y le abrazó. Fernando de Borbón se había apoyado durante la anterior escena en el brazo del príncipe real.

El otro compañero del rey era su hijo segundo, el príncipe de Salerno.

Fulvio Coriolani se inclinó también ante el rey. Este le dijo:

—Bien venido, príncipe. Os han acusado durante vuestra ausencia; espero que os defenderéis.

—Así lo haré, señor—respondió Coriolani.

Todos los corazones le eran ya propicios.

Antes de continuar se volvió hacia Loredano.

—Conde Doria—le dijo,—os doy las gracias y os ofrezco la mano.

Loredano saludó, pero su mano permaneció inmóvil.

—Príncipe—replicó friamente,—nada me debéis; yo no he hecho más que defender el honor de mi familia.

—El honor de vuestra familia es el mío, conde—dijo Coriolani,—pues voy á ser vuestro hermano. Loredano repuso con tono glacial:

—El porvenir depende de Dios. Mi hermano es libre con permiso del rey, su señor, y el mío.

Y saludó de nuevo, abandonando ostensiblemente la conversación.

Coriolani le tendió en silencio su guante, que el otro recogió.

Hecho esto, se irguió, y dirigiéndose al rey, dijo:

—Señor, salvo el respeto que debo á V. M., el marqués de Malatesta ha mentido baja y villanamente. Baldón al que ha perdido la memoria de su madre hasta el punto de ultrajar á su propia hermana.

—¡Bien dicho!—exclamaron por todas partes.

Y la archiduquesa María Clementina, esposa del príncipe de Salerno, añadió:

—Príncipe, en nombre de mis hermanas y de toda la corte os felicito por haber expresado noblemente nuestro pensamiento.

Coriolani puso la mano sobre su corazón, y al dar las gracias á la princesa, fijó su mirada llena de amor en el rostro pálido y hermoso de

Angélica, la cual le hizo sonriendo un signo con la cabeza.

—¿Estáis muerto?—dijo el implacable Sampieri al oído de Malatesta.

—Señor—exclamó este último con palabra lenta y ahogada,—salvo el respeto que debo á Vuestra Majestad, este bandido que da lecciones á los nobles de la corte en vuestra presencia, no vale lo suficiente para que un Doria de Anagni rechace sus acusaciones... Sostengo mis palabras y acepto la provocación de mi primo Loredano Doria que á lo menos es un caballero.

Sampieri le estrechó la mano furtivamente.

Malatesta replicó con más seguridad:

—¡Oh, grandes de Nápoles, mis antiguos amigos! supuesto que este impostor os ha hechizado, trastornando la razón de vuestras mujeres, de vuestras hermanas y de vuestras hijas, no tengo la esperanza de hacer caer la venda que cubre vuestros ojos. Me limitaré, pues, á exigir que respondáis á estas dos sencillas preguntas:

¿En qué ha empleado el tiempo esta noche?

¿En qué fantástica región está situado su principado de Coriolani?

Al acabar estas palabras, Malatesta había recordado toda su insolencia.

—Señor—repuso el príncipe Fulvio,—no quiero dirigirme á ese hombre, sino á V. M., que ha mostrado el benévolo deseo de oír mi contestación.

—Benévolo, sí, príncipe—dijo el rey;—no os creeremos culpable hasta que se pruebe lo contrario.

Coriolani dió un paso hacia el rey, puso una rodilla en tierra con esa gracia noble que poseía en un grado incomparable, y le besó la mano diciendo en voz baja:

—Rindo este homenaje al rey que me aprecia.

Le rindo sobre todo al amigo de mi noble y amado padre. En el salón preguntábase:

—¿Qué dice? ¿qué dice?

—Creo, ¡Dios me perdone!—exclamó Malatesta burlándose,—que este hijo de la casualidad ha hablado de su padre.

El príncipe real hizo una seña, é inmediatamente oyóse en las baldosas el ruido de veinte culatas de fusil.

Todas las miradas sorprendidas se fijaron en el vestíbulo lleno de guardias suizos.

Malatesta quiso aún hablar, pero juzgando Sampieri que se perdía sin remisión, le puso la mano en la boca.

—Basta ya—le dijo en voz baja,—bastante has hecho...

—Si es para romperme el cráneo luego que tenga en mis manos una pistola—respondió Malatesta,—tienes razón.

—Señor—replicó Fulvio Coriolani en medio del silencio restablecido como por encanto apenas abrió la boca;—hace algunas semanas que veía un gran duelo en vuestra augusta familia. Vuestra Majestad tenía cerca de sí á una noble joven, por cuyas venas corre sangre imperial y real; á Matilde Farnesio que habíais sacado de pila.

—¿Sabríais noticias suyas, Fulvio?—exclamó vivamente el rey.

Era notorio en la corte que el rey adoraba á su ahijada.

Decíase también, pero esta era una de esas mil hablillas que corren en los palacios, que la bella Matilde Farnesio estaba unida á su padrino por lazos más estrechos que los que se contraen por el primero de los sacramentos.

La madre de Matilde Farnesio había muerto joven y Fernando de Borbón la había amado.

Colonna dijo á Marescalchi, á quien se había acercado en medio de la muchedumbre:

—El miserable nos descarga un golpe maestro. Marescalchi respondió:

—¡Si la carta anónima que nos ha puesto en campaña fuese un lazo!

Los dos estaban con la cabeza baja, no atreviéndose á dirigir la vista á Malatesta.

Coriolani prosiguió:

—¡Podía hacer demasiado para corresponder á la graciosa hospitalidad que V. M. se ha dignado concederme?... Los que dicen haberme visto esta noche en el puente de la Madalena y en la playa, no se engañan; no solamente he ido allí, sino más lejos. Un barco me ha llevado á través del golfo de Nápoles, costeando la Gajola, doblando el cabo Miseno y salvando el canal de Prócida. Al otro lado de las islas, frente la embocadura del Fúsaro, estaba anclado un buque, en el cual me embarqué.

—¿Tenéis noticias de Matilde?—preguntó por segunda vez el rey.

—Sí, señor.

—¿Buenas noticias?

—Sí, señor.

—¡Dios os recompense, Fulvio!... Decidnos cuál era ese buque.

El círculo se había estrechado alrededor de Coriolani, haciendo lugar á las princesas que se hallaban ahora en primera fila.

Los compañeros de Malatesta se veían reducidos á protestar con su silencio incrédulo y burlón.

—Ese buque—respondió el príncipe Fulvio,—pertenecía á ese jefe terrible á quien vuestra policía cree sin cesar haber cogido y que se le escapa siempre.

—¡Porporato!

Este nombre pronunciado en voz baja corrió de un extremo á otro del salón.

El rey dijo:

—Ese barón de Altamonte que debía ser ajusticiado mañana, ¿no era Porporato?

—No, señor.

—El príncipe Coriolani depuso formalmente lo contrario cuando se le careó con Felice Tavola—observó el ministro de Estado.

—Excelencia, si yo no hubiese visto por mis propios ojos esta noche á Porporato, aun diría que es aquel. Altamonte y Porporato se parecen hasta tal punto, que temo haya en todo esto un fatal error. Creo que la justicia y la policía se han equivocado y que Altamonte era inocente.

Andrés Visconti Armellino dió un paso hacia delante.

—Desde ayer por la noche, tengo presentada mi dimisión de intendente de policía en el ministerio de Estado—dijo,—el motivo es porque participo de la opinión del noble príncipe Fulvio Coriolani.

—¡Qué extraño, Piccolomini!—dijo el rey al ministro;—ya he recibido con este motivo una carta del señor Johann Spurzeim, que enfermo y moribundo como se halla...

—Mañana, á primera hora—interrumpió el ministro de Estado,—contaba someter á S. M. comunicaciones importantes.

El rey le miraba fijamente.

—¡Ay de los que intenten engañarme!—dijo en voz baja frunciendo las cejas,—soy el soberano más viejo de Europa; pero ¡por la santa Virgen, tengo aun la cabeza sana y el brazo largo!

Nos es imposible hacer comprender desde este momento al lector la línea de conducta de Johann Spurzeim, ese activo agonizante. En esta batalla

descargaba un golpe funesto á Piccolomini, sin que por eso dejase de odiar al príncipe Fulvio.

El Jefe trabajaba sólo para sí, dirigiendo sus baterías desde el fondo de su alcoba y embrollando á su placer la madeja de su intriga.

Era un maestro en materia de diplomacia.

Nosotros no conocemos más que á uno de sus agentes, el doctor Pedro Falcone; pero ¿quién sabe cuántos colegas desconocidos tenía en los salones del palacio Doria?

La verdadera lucha hallábase en realidad empeñada entre Johann Spurzeim y Fulvio Coriolani.

El mismo Malatesta era, sin saberlo y á pesar suyo, un instrumento de Johann Spurzeim.

—Y ¿qué has hecho á bordo de ese buque, Fulvio?—preguntó el rey.

—He hablado con Porporato, señor.

—¿Es la segunda vez que le hablas?

—Sí, señor.

—¿Y ahora no te engañarías, le conocerías?

—Le conocería, señor.

—¿Por qué se ha acercado tanto á nuestras costas?

—Es que este extraño personaje al hablar del litoral del reino de Nápoles también dice «mis costas.»

El rey sonrió.

—Es decir—murmuró,—que somos dos para un solo dominio; yo soy el rey de día y este bandido es el rey de noche. Todo esto cambiará, si Dios me ayuda; yo he arrancado mi herencia de las manos de Murat que era un soldado, y del mismo modo pasaré sobre ese bandido.

Todos pudieron notar que Fulvio frunció vivamente el entrecejo á este nombre de Murat, pronunciado tan inesperadamente.

—Señor, Porporato tenía, según dice, dos motivos para acercarse á vuestra capital.

—Veámos los motivos de su majestad nocturna—dijo el rey.

—Primero libertar al barón de Altamonte, no por amistad, porque afirma no conocerle, sino por simpatía; Porporato no quiere la pena de muerte.

—¡Ah, diablo!—exclamó el Borbón prorrumpiendo en una carcajada.

—San Genaro—continuó tranquilamente Fulvio,—se complacía en enterrar los cadáveres que hallaba insepultos. Porporato ha jurado libertar á los condenados á pena capital.

—Esta vez, al menos...—observó el rey.

—Si me es permitido responder á S. M.—interrumpió el príncipe,—Porporato tenía positivamente previsto el caso, pues me dijo: «O le asesinarán ó le libertaré.»

A su vez el rey arrugó el entrecejo.

Un murmullo de sorpresa circulaba en toda la sala.

Ese Porporato se elevaba á la altura de un poder.

—¿Y el segundo motivo de su diabólica majestad?—preguntó Fernando.

—El segundo motivo consiste, señor, en que Porporato ama á una joven noble de vuestra corte. En las filas de las señoras hubo un estremecimiento general.

—¡Hola!—dijo el rey conservando á duras penas su forzada sonrisa,—¿conque conoce nuestra corte?

—Mucho, señor.

—Quizás nos ha hecho el honor de venir á ella muchas veces.

—Con frecuencia.

Fernando se puso pálido y apareció su cólera á pesar suyo.

—¡Por la muerte del Salvador!—exclamó,—quie-

ro ministros que me pongan al abrigo de semejantes insolencias.

Hubo un instante de silencio entre el rey y el príncipe Fulvio, pero la sala entera se llenaba de cuchicheos.

El rey sentía haber empezado esta conversación en público.

Así es que pasó bruscamente á otro asunto.

—Háblanos de Matilde, mi ahijada, príncipe; ¿cuánto quiere este hombre por su libertad?

—Trueque por trueque, señor—respondió Fulvio;—Porporato quiere la que ama en lugar de la noble Matilde Farnesio.

—Espera tal vez—empezó el rey con indignación.

—Porporato pronuncia el nombre de S. M. con una apariencia de profundo respeto. Nada pide; lo que desea, sabe tomarlo.

Nuevo silencio de estupor.

—Pero ¿mi ahijada?—repuso el rey.

Coriolani se volvió hacia el vestíbulo, donde el caballero Hércules Pisani estaba de pie frente á la guardia suiza.

Hizole una seña y éste desapareció por entre los soldados, cuyas filas se abrieron para darle paso.

—Os traslado, señor, las mismas palabras de Porporato; éste ha dicho así: «Devuelvo al rey de Nápoles su ahijada sin rescate. Mañana la que amo estará en mi poder.»

Loredano Doria, que estaba junto á su hermana y que fijaba en Fulvio una mirada atenta y sombría, hizo un movimiento involuntario, como para apoderarse de ella y protegerla.

Angélica no lo notó, porque también ella miraba al príncipe Fulvio con tamaños ojos.

Estaba pálida y su seno latía con violencia.

El rey no tuvo tiempo de responder

Hércules Pisani atravesó de nuevo por entre las filas de los soldados de la guardia. Llevaba de la mano á aquella joven cubierta con un velo que hemos visto en el patio del palacio en que entró Baldemonio después de haber salido de casa Johann Spurzeim.

Fulvio se adelantó hacia ella, la recibió de manos de Pisani y la llevó al rey que le tendió los brazos con lágrimas en los ojos.

—¿S. M.—dijo el príncipe sin elevar la voz,—está satisfecho de mi tarea de esta noche?

Matilde Farnesio recibía ya las caricias de las princesas.

El rey tendió la mano á Fulvio, que quiso besarla, pero aquél le atrajo hacia sí y le dió un abrazo.

Las princesas de la corte aplaudieron con verdadero transporte. Angélica estaba deslumbrada y como ebria.

Nina sonreía, pero en su sonrisa había un amargo desdén.

Loredano Doria se interrogaba con la angustia del hombre que teme volverse loco.

Los tres caballeros del Silencio estaban nuevamente reunidos, formando un grupo inmóvil é impenetrable delante del coronel San Severo, que perdía la cabeza en medio de aquel mar de enigmas.

—Señor Armellino—dijo el rey,—aceptamos vuestra dimisión.

—En este caso, la mía está á los pies de Vuestra Majestad—replicó vivamente Piccolomini.

El rey sonrió.

—El sol de mañana—dijo,—verá muchas cosas, quiero un ministro que responda de la seguridad de las hijas de mis nobles amigos y servidores; ¡lo quiero! Entretanto es necesario que se haga justicia... Puesto que vuestra dimisión está á mis pies, Excelencia, me nombro á mí mismo, por

esta noche, ministro de Estado, y vos, Fulvio, presentaos de madrugada en palacio.

El príncipe Coriolani se inclinó.

Todos echaron de ver que la cartera de Piccolomini sería para él si la aceptaba.

—¡Hola! ¡Baumgarten!—exclamó el rey.

El mayor de la guardia suiza entró en seguida.

El rey le dijo algunas palabras al oído.

Sampieri las adivinó é hizo un movimiento hacia la puerta.

Pero sintió una mano que lo detenía.

El doctor Pedro Falcone se hallaba entre él y Malatesta.

—Mis jóvenes señores—les dijo,—habéis perdido la partida, pero yo os ofrezco el desquite.

—Señor Marescalchi—decía en este momento Baumgarten,—os prendo en nombre del rey.

Malatesta fijaba una mirada de desesperación sobre Angélica Doria, la cual, viendo á Coriolani separado del rey, parecía llamarle con los ojos.

—En nombre del rey—volvió á decir Baumgarten,—os prendo, señor Gravina.

—¡Toda mi sangre por vengarme!—murmuró Malatesta desgarrando su pecho con las uñas bajo el frac.

—¿Estáis bien determinado?—preguntó Pedro Falcone.

—Si el demonio me ofreciese su cooperación—contestó el vencido,—haría pacto con él.

Falcone sonrió.

Baumgarten acababa de prender á Ziani y Colonna.

—No tenemos más que un minuto—dijo Pedro Falcone;—ya le ha tocado su turno á Pitti; pero éste está prevenido, los otros también. Acordaos bien de esto, Sampieri, y vos, Malatesta, tenéis un aliado... á cualquier hora ó lugar que se pronun-

te el nombre de Johann Spurzeim á vuestro oído, estad dispuestos!

—¡Johann Spurzeim!—repitió Sampieri estupefacto.

Y Malatesta añadió:

—Yo sólo había evocado á Satanás.

Baumgarten les dijo:

—En nombre del rey os prendo, Domenico Sampieri y Giulo Doria de Angri, marqués de Malatesta.

Falcone se había perdido entre la muchedumbre.

En este momento Fulvio Coriolani se dirigía á Angélica Doria y le besaba respetuosamente la mano.

Como la princesa de Salerno le llamase, pronunció rápidamente estas palabras:

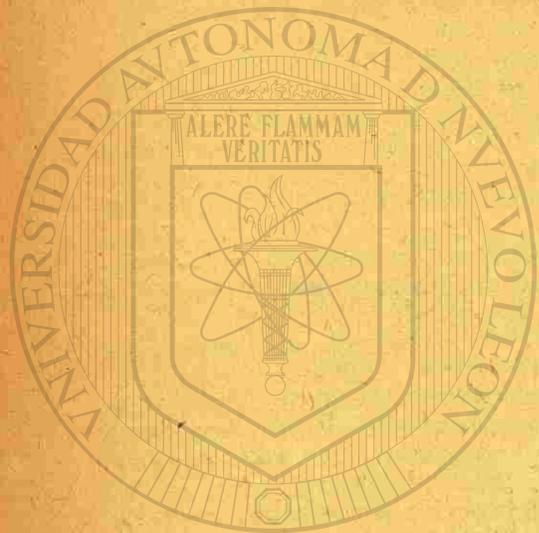
—Condesa, es necesario que os vea mañana, sola y sin testigos. De esta entrevista depende, si me amáis, nuestro porvenir y nuestra felicidad.

—¡Si os amo!—repitió Angélica.

Coriolani dirigióse hacia las princesas, donde le aguardaba otro triunfo.

Angélica se apoyó en el brazo de Nina, que había cambiado una seña con Coriolani. La hermana de Loredano parecía próxima á desvanecerse.

—Vamos—exclamó;—¡el corazón me duele!... yo me ahogo... ¡me parece que voy á morir!



CUARTA PARTE

MARÍA DE LOS AMALFI

I

Djabel el gran Escorpión

Nina Dolci, la dama de honor de la princesa de Salerno, estaba sentada á la cabecera de la cama de Angélica Doria, que, acostada con el rostro pálido y medio oculta en sus rubios cabellos esparcidos, tenía los ojos cerrados.

Sobre una mesa de mármol ardía una lámpara; pero los primeros resplandores de la aurora brillaban ya en las cortinas de muselina.

Habían transcurrido tres ó cuatro horas desde que concluyera el baile.

Nina Dolci velaba á Angélica enferma.

Todo lo que el lujo sencillo y grande á la vez, respetando el matiz virginal que es el adorno necesario del aposento de una doncella, puede inventar de suave, puede imaginar de maravilloso, estaba allí.

Es imposible dar una idea de la delicadeza exquisita que revelaban los muebles y coladuras. Todo sonreía en aquel encantador aposento, todo, excepto la pobre y bella Angélica.

La Doria se había acostado aquella noche con

una fiebre ardiente. Su corazón rebosaba de displicencia, de sobresalto; su cabeza quemaba. Penosos y locos pensamientos la absorbían y fatigaban.

Así lo había manifestado sonrojándose y con lágrimas en los ojos á Nina, su enfermera.

Su juicio se trastornaba, no comprendiendo ya lo que pasaba en su corazón.

Vivamente impresionada aún por la victoria alcanzada por Fulvio, su dulce amigo, su héroe, su prometido, no quería pensar más que en él; pero la fiebre, con esa obstinación incansable que enerva y consume, le traía sin cesar otra imagen.

Una imagen enteramente parecida, excepto que era más joven, más humilde y más suave.

Un Fulvio que no era su Fulvio, un adolescente tímido y triste, cuyos largos cabellos rubios cubrían sus pálidas mejillas, mientras se prosternaba ante el altar del Señor.

Angélica rechazaba esta imagen que volvía en seguida.

Hacia cuatro horas que estaba acostada, y no había podido dormir un solo instante.

A veces sus ojos se cerraban como le sucedía entonces, y Nina la creía adormecida, pero muy pronto la voz débil de Angélica rompía el silencio.

Entonces exclamaba con el acento lastimero de un niño que tiene miedo:

—No duermo, no. ¡Te suplico que me des conversación! ¡Defiéndeme contra mis ensueños!

Nina la complacía.

Primero había tratado de calmarla, disipando la turbación de su alma, y tratando de niñadas y locuras los escrúpulos que la atormentaban.

Pero esto no hacía más que aumentar su mal.

—¡Los dos están ahí!—le decía Angélica,—entre tú y yo... Fulvio y Julián... ¿Por qué este último

se inclina siempre hacia mí, acariciando mi mejilla con sus rubios rizos?

—Esto consiste en la fiebre—murmuraba Nina.

—Me parece que me he de volver loca. Cuando cierro los ojos, Julián se me acerca... ¿Por qué Fulvio se queda atrás... en la obscuridad? Hay momentos en que mi Fulvio está tan lejos que no le veo.

A veces, mientras escuchaba estos pensamientos incoherentes que no eran ni razón ni delirio, una sonrisa extraña vagaba por los labios de Nina.

Y, sin embargo, no por eso dejaba de amar á Angélica.

Pero ¿se puede hacer callar la voz pertinaz del corazón!

Al sonreír, Nina pensaba:

—Mi amor es como la espada de Balan, que se vuelve contra los que tratan de robármelo.

—¡Háblame—murmuró Angélica,—en nombre del cielo, háblame!

Nina se recogía dentro de sí misma, y, fingiendo recordar una historia ajena, contaba algunos extraños episodios de su vida.

Angélica la escuchaba. En algunas ocasiones Nina la creía dormida, y entregábase entonces á merced de sus propios pensamientos.

En el momento en que los primeros albores del día se deslizaban tímidos y pálidos á través de las cortinas, los ojos de Nina empezaron á cerrarse y Angélica quedó unos momentos silenciosa.

De repente exclamó estremeciéndose:

—Los dos están aquí... Desde que no me hablas, la frente de Julián toca la mía.

—Quisiera estar hablándote siempre—repuso Nina fingiendo buen humor;—pero tus fantasmas son más difíciles de ahuyentar que los del rey Saúl. ¿Qué te contaré? No sé ninguna historia más.

—Cuéntame una historia larga, larga...—dijo An-

gética, cuya voz parecíase cada vez más á la de los niños mimados.

—¡Una historia larga, larga!—repitió Nina;—veamos, déjame recordar. ¡Hay una que es larga, larga!... La historia de Porporato.

—¡De Porporato! Cuéntamela pronto, Nina; ya te escucho.

La condesa Angélica se ladeó sobre la almohada.

Su fisonomía reanimada revelaba una gran curiosidad.

—¿Has encontrado alguna vez—preguntó Nina,—en las llanuras del sur de Italia, esas miserables caravanas de gitanos que plantan sus tiendas lejos de las ciudades, y que parecen robar el agua de los manantiales donde beben, y el aire del cielo que respiran?

—Me acuerdo haber visto esas gentes—respondió Angélica,—dos ó tres veces en mi infancia.

—Pues bien—replicó Nina;—quizá has encontrado sin saberlo la familia errante del gitano Djabel, el gran Escorpión, entre la cual pasaron su infancia Porporato y Fiamma su fiel amiga.

—¡Ah!—exclamó Angélica,—¿vas á hablarme también de Fiamma?

—Es imposible—respondió Nina con un movimiento de orgullo,—hablar de uno sin tratar de la otra. Son como la sombra y el cuerpo, ó más bien, como el cuerpo y el alma.

Djabel, el gran Escorpión, gitano colorado de Moravia, recorría la tierra de Bari, á principios de este siglo, con su familia ó tribu, numerosa como la de Priamo.

Los dos hijos mayores de Djabel, se llamaban el uno Horeb y el otro Baissa. Horeb sabía el arte de leer en las estrellas, y Baissa domaba las serpientes y curaba las fiebres con la simple imposición de las manos.

Djabel tenía gran poder sobre los escorpiones y tarántulas. Sabía un canto para hechizar á los animales dañinos, los que daban vueltas alrededor de su varilla ahorquillada y caían muertos cuando les decía: ¡Muere!

Era pequeño, flaco, descolorido, y sus cabellos grises se erizaban sobre su cabeza.

Los aldeanos de la tierra de Bari le pagaban un tributo para que no hiciese mal de ojo á sus ganados.

El abuelo de Djabel había conocido el secreto del castillo de Púrpura...

—¿Qué es eso del castillo de Púrpura?—preguntó Angélica.

—Es—respondió Nina,—el paraíso terrestre y misterioso de los hijos de Achingan, que fué el primer rey de los gitanos, y que, según dicen, les dió su nombre. Está situado en el centro de los Apeninos del sur, en un lugar inaccesible y rodeado de impenetrables bosques.

Cuéntase que en los senderos del valle se oyen á veces cantos lejanos y ruido de fiesta. Es el ruido que descende del castillo de Púrpura, palacio de las maravillas. Los habitantes de la montaña creen en su existencia, pero ninguno lo ha visto.

Es el lugar donde está el tesoro prometido á las razas desheredadas, tesoro inagotable, como el agua del mar y la bondad de Dios.

El séptimo abuelo de Djabel, el gran Escorpión, murió buscando el secreto del castillo de Púrpura. Llamábase Faran y era el séptimo sobrino de Ptolauum, cabeza de la tribu, que había venido del país de Chal (Egipto).

El castillo de Púrpura fué edificado por Faran. Cuando los cristianos le arrojaron de él, esparció por el camino del destierro el polvo del mármol rojo que sirvió para edificar el palacio.

Los descendientes de Faran juran por él, y entre los Romichal (hombres de Egipto) los hijos de Faran son ahora los primeros.

Ellos dicen que el polvo de mármol esparcido en las gargantas de las montañas por Faran, su abuelo, estaba encantado.

Ello es, que ni el viento ha podido dispersarlo, ni la lluvia disolverlo.

Djabel, el gran Escorpión, y su tribu, erraban sin cesar desde la tierra de Oiranto á la de Bari, sin pasar nunca más allá de la Capitanata. Procuraban acercarse á las cimas del Apenino, de donde les arrojaba la fuerza armada.

En efecto, ténese á los gitanos en las montañas, porque éstas son más favorables al ladrón.

Djabel envejecía; sus hijos crecían y su linaje se multiplicaba hasta el punto de empezar á sentir el hambre bajo sus tiendas.

Esta tribu se componía ya de diez tiendas, que se alejaban siempre unas de otras á grandes distancias, para no alarmar al país.

Bajo la tienda de Horeb, el primogénito, había un niño de linaje cristiano que ocultaban con cuidado. Los gitanos le llamaban Baldemonio, á causa de su precoz travesura.

—¡Baldemonio! — repitió Angélica, —¿dónde he oído yo este nombre?

—En Nápoles, donde todo el mundo lo repite, pero así como muchas personas tienen un mismo nombre, así también una sola persona puede tener muchos á la vez. Déjame proseguir.

Bajo la tienda de Baissa, el hijo segundo, se cobijaba una muchachuela, nieta de Djabel, que era la alegría de toda la tribu. Llamábase Mani, pero los cristianos que gustaban de verla bailar la *gira* y la tarantela, le habían puesto el sobrenombre de Fiamma.

Fiamma era bella; sus cabellos eran negros, sus

ojos brillaban como diamantes bajo el arco sombrío de sus cejas; su talle fino y flexible podía abarcarse en el hueco de la mano.

Pero no puedo explicarte, condesa, cuánto Baldemonio se parecía á los ángeles.

Era alto; sus largos cabellos rubios guarnecían su frente cándida y pura. Sus ojos expresaban una dulzura celestial, y si, como Aquiles, hubiese vestido traje de mujer, no encontrara rival.

Fiamma no sabía que Baldemonio la amaba; ¡eran tan niños!

He aquí cómo Fiamma empezó á amar á Baldemonio.

Las dos tiendas de Horeb y Baissa se encontraron cerca de Brienza, en un valle por donde corre el torrente del Organa. Los jóvenes de las dos tiendas fueron enviados al monte en busca de plantas medicinales, porque todos los gitanos son médicos.

La casualidad reunió á Baldemonio y á Fiamma.

Esta notó que Baldemonio perdía el aliento al trepar por los caminos escarpados, y que no se atrevía á hablar.

Así siguieron los dos el curso del Organa que desciende de los montes en bruscas cascadas. Por fin llegaron á la cima de una peña cuya meseta se adelantaba sobre las aguas espumosas del torrente.

Sobre ellos se elevaba una cuesta inaccesible, en la que brotaban, aquí y allá, pequeños mirtos y cactus de flores de color de púrpura.

Dos tortolillas, padre y madre, daban vueltas alrededor de una hendidura de la peña, lanzando lastimeros gritos.

Fiamma y Baldemonio estaban sentados sobre el musgo. La primera dijo al segundo:

«—¿Por qué se lamentan estas dosavecillas?»

«—Se lamentan—contestó Baldemonio,—porque

fieren hijuelos en su nido, y hay ahí dos muchachos que se encaraman hacia la hendidura.»

Fiamma lanzó un grito: acababa de ver las crueles cabezas de los dos cazadorcillos.

«—Si quieres, los mataré»—dijo Baldemonio cogiendo un guijarro.

«—¡No, no!—exclamó Fiamma;—no mates á los muchachos, pero salva á las dos pobres tortolillas.»

En el momento en que Baldemonio iba á trepar por la cuesta, la mano de uno de los muchachos llegó á la hendidura.

Fiamma lanzó un grito de alegría.

Una de las tortolillas salió del agujero y echó á volar, pero con un vuelo tan pobre y tímido, que en vez de remontarse fué bajando hasta pasar cerca de la joven, que tendió la mano para cogerla.

En aquel instante, precipitándose un gavián desde el alto cielo como un rayo, alcanzó al pobre pajarito en su caída y se lo llevó.

Baldemonio no había soltado el guijarro de su mano: la piedra silbó. El gavián cayó de cabeza en el torrente, al paso que la tortolilla, batiendo débilmente sus pequeñas alas heridas, desapareció en medio de los matorrales.

«—Gracias—dijo Fiamma,—pero ¿y la otra? yo quisiera la otra.»

Esta salió también de la hendidura, escapando de la mano de los muchachos despechados y bajando su vuelo hacia los dos amantes.

«—¡El gavián lo ha hecho así!»—dijo Baldemonio.

Y lanzándose de un salto al aire, cogió al vuelo la tortolilla, rodando luego al fondo del torrente sin soltar su presa.

Fiamma se dejó caer medio muerta en el musgo. Pasado un instante, Baldemonio estaba á sus

pies con la tortolilla en la mano, sin que su plumaje gris perla se hallase apenas mojado.

Baldemonio echaba sangre por muchas heridas.

Desde aquel día, Fiamma fué la esclava de Baldemonio.

Mirándole mejor había descubierto bajo su blonda cabellera de serafín la vigorosa cabeza del león.

—¡Extraño niño!—murmuró Angélica pensativa.

Y más bajo:

—¿Hubiese Fulvio hecho lo mismo por mí?

—¡No lo sé!—respondió Nina ocultando bajo sus bellos párpados el orgullo ardiente de su mirada.

Luego prosiguió:

—Fiamma y Baldemonio tenían la misma edad; los dos habían cumplido catorce años.

Esta es la edad en que las gitanas pasan de la infancia á la juventud. Cada día había reyertas alrededor de las tiendas: disputábanse el corazón de Fiamma.

Djabel el gran Escorpión la tomó bajo su égida.

Era jefe y padre, y nadie le había resistido jamás.

Baldemonio se dirigió á la tienda de Djabel, estando éste sentado en medio de sus cinco hijos, y le dijo:

«—Maestro, vengo á reclamar á Mani cuyo corazón me pertenece.»

Los hijos de Djabel levantaron sobre él el arma egipcia denominada *pum*, que consiste en una gruesa bala de plomo atada al cabo de una tira de cuero; arma sorda y casi siempre mortal.

Baldemonio arrancó una de las estacas que fijaban las cuerdas de la tienda, y con ella rompió el brazo de Farami, tercer hijo de Djabel.

He aquí lo que sucedió:

La tira de cuero blandida por Tifaré, cuarto hermano, se rompió. La bala hirió la sien de Djabel el gran Escorpión.

Djabel dijo: «—¡Era mi estrella!»

Y su cabeza cayó sobre el pecho.

Como sus hijos se abalanzasen todos juntos contra Baldemonio, Djabel los detuvo con voz moribunda diciéndoles:

«—¡Guardaos de tocarle! Está destinado á encontrar el camino del castillo de Púrpura.»

Y exhaló su último suspiro.

La voluntad de Djabel el gran Escorpión había sido siempre respetada durante su vida; pero ¿por qué se había de obedecer á los muertos?

Apoderáronse de Baldemonio que luchaba solo contra todos, y le echaron en un rincón de la tienda atado de pies y manos.

Horeb era el primogénito y jefe; pero Baissa contaba con más partidarios, por ser más bravo y fuerte. Los dos amaban á Fiamma.

Para que Horeb no la alcanzase, Baissa le mató de un golpe de *pum*.

En aquella tienda donde había dos cadáveres, celebróse un festín. Después de haber bebido hasta el exceso, la tribu se durmió ebria entre los restos del convite y los odres vacíos.

Fiamma debía casarse al otro día con Baissa. Para evitarlo le quitó su cuchillo y cortó con él las cuerdas que sujetaban á Baldemonio.

Y huyeron.

Entonces empezó para ellos una vida de aventuras extrañas y peligros incesantes. Las seis tiendas de Djabel se reunieron contra Baldemonio, que, no pudiendo esperar protección de los cristianos, fué cercado en el monte, como una bestia feroz. Esto duró un año.

Aun cuando la vida de Baldemonio y la de Fiamma alcanzase un siglo, no podrían jamás olvidar esas horas encantadoras pasadas entre las amenazas de muerte y las sonrisas del amor.

Los dos se adoraban. Fiamma era hija de los

países donde nace el sol; así su sangre era de fuego, su corazón de diamante, capaz de guardar durante una eternidad la primera impresión recibida.

Baldemonio... pero ¿qué te diré de ese joven león?

Baldemonio amaba tanto á su Fiamma que se olvidó de que no tenía alas el día en que ésta manifestó su primer deseo.

Aquel día había caído al torrente desde una altura de sesenta pies, rodando entre las peñas sin que la tortolilla sufriese la menor lesión.

Y todo porque su Fiamma dijo:

«—Yo la quiero.»

Se amaban tanto, que el mundo no existía para ellos. Dios, que les había dado por techo su hermoso cielo, derramaba á sus pies cual espléndidos tapices los céspedes y las flores. El viento que susurra en los seculares abetos celebraba la fiesta de sus himeneos.

Los dos eran libres, eran fuertes: ¡así se amaban!

Baissa, el nuevo jefe de los gitanos descendientes de Faran, había dicho:

El que se apodere de Mani, la tendrá por mujer: el que se apodere de Baldemonio el predestinado, tendrá todo lo que quisiere.

La caza era ruda. Esos hombres de Chal cuando están inflamados por la pasión, son tenaces, valerosos, infatigables. Todos corrieron en persecución de Fiamma y Baldemonio.

Veinte veces se vieron á punto de caer en sus manos.

En aquel tiempo Baldemonio no tenía armas. Cuando no podía evitar á los Romichal, les combatía como los héroes de la antigüedad, con armas arrancadas á los árboles de las selvas, ó con

guijarros recogidos en el álveo desecado de los torrentes.

Su mano segura y vigorosa no necesitaba de la honda de David.

Por fin, al cabo de diez meses, los enemigos implacables de Baldemonio y Fiamma, estrechando cada vez más el círculo trazado á su alrededor, les habían acorralado en la cima de un monte estéril, en la parte más desierta del Apenino.

Era en la Basilicata, más allá del origen del río Agri.

Fiamma y Baldemonio pasaron tres días y tres noches sin tomar alimento, mientras oían á lo lejos los cantos de la orgía de sus perseguidores.

La tercera noche dormían los dos en el hueco tronco de una vieja encina. Fiamma se despertó sobresaltada. Sentía como un fuego devorador que abrasaba sus entrañas.

Hasta entonces había soportado sus padecimientos sin quejarse, pero la hora del despertar es siempre débil. Fiamma exhaló un gemido.

Baldemonio lo oyó y se puso en pie.

Este acababa de cumplir quince años, y reunía á la belleza graciosa de Apolo el indomable vigor de Hércules. «—Voy á traerte pan», —le dijo.

Coger su clava y saltar á la senda que descendía de la montaña, fué obra de un solo instante.

Fiamma habría querido detenerle; ¡pero detened al león que oye el grito de sus leoncillos hambrientos!

No pudiendo detenerle le siguió. Al cabo de algunos segundos ya le había perdido de vista.

En la falda del monte veíanse brillar cuatro hogueras. Un silencio profundo reinaba á su alrededor. Los hijos de Faran dormían fiados en sus centinelas y en sus vigilantes perros.

Pero éstos conocían á Baldemonio y fueron á lamerle las manos. El centinela no tuvo tiempo de

dar la voz de alarma: antes que distinguiera á Baldemonio caía derribado de un golpe de clava.

Era la primera vez que Baldemonio mataba un hombre. La vista de la sangre derramada por sus manos le embriagó. Fiamma le oyó cómo lanzaba un grito terrible y cómo desafiaba á los gitanos á singular combate.

Baldemonio despreciaba la sorpresa y la traición y quería hombres despiertos por adversarios.

A su grito respondió un murmullo de espanto y un gran tumulto. No se oían más que ayes, clamores, disparos y aullidos.

Fiamma apresuró sin aliento su camino.

El estaba solo; los otros eran veinte.

¡Pero Baldemonio era el hombre á quien ninguna fuerza humana debía resistir, el rayo viviente, aquel ante el cual la Italia debía temblar, el que entraba en la edad juvenil y debía llamarse Porporato!

Cuando Fiamma estuvo á distancia en que pudo distinguir lo que pasaba, vió á un hombre solo, de pie, en medio de la tienda abierta. Diez cadáveres ensangrentados yacían alrededor de aquel hombre.

El primero que Fiamma reconoció fué el gigante Baissa, jefe de los gitanos.

La cabeza hendida de Baissa, dejaba escapar su destrozado cerebro y un río de sangre... La clava de Baldemonio estaba toda ensangrentada.

Fiamma tuvo pan.

Este triunfo valió á Baldemonio dos carabinas y bastantes municiones. Una vez dueño de estas armas se hizo cazador de gamuzas.

Los dos amantes vivían felices y tranquilos en una choza abandonada de las gargantas de Monte-Gaudente. Gracias á la destreza de Baldemonio,

éste nunca volvía de la caza con las manos vacías.

Las pieles de gamuza iba á venderlas á Potenza.

Había en esta ciudad un intendente llamado Antonio Basili, marqués de Casanova, gran señor de comedia, poderosamente rico, muy celoso de su mujer, pero que no blasonaba por su parte de fidelidad.

La marquesa de Casanova era joven, bella y pasaba por virtuosa.

Un día que Baldemonio se dirigía solo á Potenza para vender sus pieles de gamuza, las cuales llevaba en la punta de un palo nudoso, encontró tres gendarmes que conducían un pobre diablo con las manos atadas á la espalda.

Llevado de su carácter caballeresco atacó inopinadamente á los tres gendarmes y puso al preso en libertad. Un palo contra tres carabinas, ¡era cosa de ver!

El pobre diablo quedó como aturdido ante la huída de los gendarmes. Luego que Baldemonio le hubo quitado las esposas, hizo la señal de la cruz para librarse, en todo caso, de los proyectos del brujo que tenía delante. Y para darle un vivo testimonio de su reconocimiento, ejecutó una prodigiosa cabriola, y lanzándose en tres ó cuatro saltos á la copa de un haya, se puso á girar alrededor de una rama con la velocidad de una matraca movida por la mano de un niño. Hecho esto, deslizóse hacia el suelo y caminó sobre las manos hasta la zanja del camino, la cual salvó por medio del salto peligroso.

Los nombres de los compañeros de Porporato son populares en Nápoles. Este pobre diablo era el saltarello Cucuzone que desde entonces no le ha abandonado.

Venía de Evoli, donde los gendarmes le habían

detenido en la plaza pública, porque no tenía permiso de la intendencia.

Baldemonio después de haber vendido en Potenza sus pieles de gamuza volvió á Monte-Gaudente, pero no encontró á Fiamma.

Hé aquí lo que había sucedido.

Antonio Basili, marqués de Casanova, era también aficionado á la caza. Mientras Baldemonio estaba en Potenza, el marqués recorría el bosque con sus perros y picadores, persiguiendo un hermoso gamo.

Allí encontró á Fiamma que vagaba bajo una bóveda de árboles, aguardando á su amigo. Al verla abandonó el gamo por la mozueta, y empezó otra especie de caza.

Ya sabes, condesa, cuán baja es la complacencia de nuestros criados italianos.

Los del marqués gritaron ¡*tayant!* (1) y le ayudaron á cercar á la joven como si fuera un animal salvaje.

Si Fiamma hubiese tenido tiempo de llegar á su choza se habría defendido con las carabinas de su dulce amigo, porque era tan valiente como un hombre; pero estaba cercada por todas partes. No le quedó otro recurso que arrojarle á un precipicio abierto á sus pies.

Las ramas de una higuera chumba le retuvieron entre cielo y tierra.

Los criados del marqués se apoderaron de ella. Dícese que los habitantes de Orli y Bajeta oyeron los gritos de Baldemonio llamando á su Fiamma desde la cima del monte.

El león rugía.

Unos pastores le dijeron que el intendente de Potenza se la había llevado consigo.

Inmediatamente tomó el camino de esta ciudad.

(1) Grito que da el cazador cuando ve la res.

dad. Un caballo al galope no le hubiese alcanzado en su carrera.

Hacia la caída de la tarde, el saltarello Cucuzone ejecutaba sus cabriolas en la plaza pública. De repente vió entre los espectadores un rostro pálido cuyos ojos inflamados le miraban.

Tomó las de Villadiego y se fué á los fosos de la ciudad donde le aguardaba Baldemonio.

«—¿Qué queréis de mí, señor?»—le preguntó Cucuzone.

«—Tú tienes alas—le contestó Baldemonio;—quiero que me las prestes para penetrar en el palacio del intendente.»

«—¿Para qué?»

«—Para recobrar la mujer que me ha robado, y hacerle sufrir la pena del talióon llevándome la suya.

Cucuzone fijó en él sus ojos. No le desagradó la idea. Por la noche los dos penetraron en el palacio. Fiamma quedó libre y la marquesa robada.

Baldemonio devolvió la esposa del intendente después de haberla guardado en su poder un día y una noche, y le desafió. El intendente mandó pregonar su cabeza.

Fiamma conoció por la primera vez las lágrimas.

No te diré, condesa, todos los combates que Baldemonio sostuvo con los esbirros en la Basilicata y el Principado citerior.

Fiamma disfrazada de hombre combatía á su lado.

Bien pronto Baldemonio fué conocido en todas las provincias del sur. No quería compañeros; le bastaban su criado Cucuzone y Fiamma, su querida.

Una tarde encontró un pobre herido al pie de un monte. Excitóse su compasión, y lo cargó so-

bre sus hombros para conducirlo á un mesón vecino.

Era un lazo que le habían tendido. El mesón estaba lleno de esbirros. Las puertas se cerraron tras Baldemonio que entraba sin desconfianza. Fué preso, cargado de cadenas y conducido al castillo de Pizzo, sombría fortaleza que presenciara los últimos momentos del rey Joaquín Murat. Era en efecto hacia el fin del año 1815.

Baldemonio fué encerrado en el calabozo donde había muerto asesinado el gran conde de Monteleone, amigo de tu padre y del rey Fernando de Borbón.

II

El libro del porvenir

El sueño iba venciendo á la bella Donna

—¿Me oyes, condesa?»—preguntó Nina.

—Sí—respondió Angélica entreabriendo los párpados.

Nina continuó:

—Algunas semanas antes de prender á Baldemonio, una tarde en que éste y Fiamma hacían deslizar su falúa por las azules ondas del golfo de Tarento, no lejos de la embocadura del Bradano, oyeron gritos de desesperación.

Había allí cerca un buque siciliano cuyo capitán se entretenía en hacer dar la *calata umida* á uno de sus marineros.

La *calata umida*, así llamada por oposición al suplicio mortal de la *calata seca*, es una de esas bárbaras torturas que se conservan en la marina de levante á despecho de toda humanidad.

Esta última consiste en precipitar al paciente desde la cofa del palo mayor sobre el puente: la primera en lanzar á la mar desde la cima del trinquete un desgraciado marinero, á los pies del

dad. Un caballo al galope no le hubiese alcanzado en su carrera.

Hacia la caída de la tarde, el saltarello Cucuzone ejecutaba sus cabriolas en la plaza pública. De repente vió entre los espectadores un rostro pálido cuyos ojos inflamados le miraban.

Tomó las de Villadiego y se fué á los fosos de la ciudad donde le aguardaba Baldemonio.

«—¿Qué queréis de mí, señor?»—le preguntó Cucuzone.

«—Tú tienes alas—le contestó Baldemonio;—quiero que me las prestes para penetrar en el palacio del intendente.»

«—¿Para qué?»

«—Para recobrar la mujer que me ha robado, y hacerle sufrir la pena del talió llevándome la suya.

Cucuzone fijó en él sus ojos. No le desagradó la idea. Por la noche los dos penetraron en el palacio. Fiamma quedó libre y la marquesa robada.

Baldemonio devolvió la esposa del intendente después de haberla guardado en su poder un día y una noche, y le desafió. El intendente mandó pregonar su cabeza.

Fiamma conoció por la primera vez las lágrimas.

No te diré, condesa, todos los combates que Baldemonio sostuvo con los esbirros en la Basilicata y el Principado citerior.

Fiamma disfrazada de hombre combatía á su lado.

Bien pronto Baldemonio fué conocido en todas las provincias del sur. No quería compañeros; le bastaban su criado Cucuzone y Fiamma, su querida.

Una tarde encontró un pobre herido al pie de un monte. Excitóse su compasión, y lo cargó so-

bre sus hombros para conducirlo á un mesón vecino.

Era un lazo que le habían tendido. El mesón estaba lleno de esbirros. Las puertas se cerraron tras Baldemonio que entraba sin desconfianza. Fué preso, cargado de cadenas y conducido al castillo de Pizzo, sombría fortaleza que presenciara los últimos momentos del rey Joaquín Murat. Era en efecto hacia el fin del año 1815.

Baldemonio fué encerrado en el calabozo donde había muerto asesinado el gran conde de Monteleone, amigo de tu padre y del rey Fernando de Borbón.

II

El libro del porvenir

El sueño iba venciendo á la bella Donna

—¿Me oyes, condesa?»—preguntó Nina.

—Sí—respondió Angélica entreabriendo los párpados.

Nina continuó:

—Algunas semanas antes de prender á Baldemonio, una tarde en que éste y Fiamma hacían deslizar su falúa por las azules ondas del golfo de Tarento, no lejos de la embocadura del Bradano, oyeron gritos de desesperación.

Había allí cerca un buque siciliano cuyo capitán se entretenía en hacer dar la *calata umida* á uno de sus marineros.

La *calata umida*, así llamada por oposición al suplicio mortal de la *calata seca*, es una de esas bárbaras torturas que se conservan en la marina de levante á despecho de toda humanidad.

Esta última consiste en precipitar al paciente desde la cofa del palo mayor sobre el puente: la primera en lanzar á la mar desde la cima del trinquete un desgraciado marinero, á los pies del

cual se afa de antemano una bala de cuarenta y ocho.

En la cala seca resulta siempre un cadáver horrorosamente mutilado.

Pero se necesitan tres ó cuatro calas húmedas para acabar con un hombre robusto.

Cuando Baldemonio y Fiamma llegaron á las aguas del buque siciliano, estaban en la segunda prueba, habiendo resistido el marinero la primera. Todavía tenía fuerzas para gritar y pedir perdón.

Al llegar allí, oyeron el ruido sordo y profundo de su segunda caída. El movimiento imprimido á las aguas hizo bambolear su falúa. Baldemonio sacó su puñal, púsolo entre sus dientes, y se arrojó de cabeza al mar.

El oficial de cuarto mandaba la maniobra para sacar al reo.

Tiróse del cable, pero á su extremo ya no había nada.

Baldemonio le había cortado bajo el agua con su puñal, después de haber desembarazado al marinero de la bala de cuarenta y ocho atada á sus pies.

Al primer grito de sorpresa de los marineros sicilianos, Baldemonio llevaba al pobre condenado al lado de la falúa, y Fiamma le ayudaba á subir á bordo.

Llamaron con la bocina, pero la mar estaba tranquila y la falúa pudo alejarse á fuerza de remos.

Este marinero se llamaba Ruggieri, y su vida, así como la de Cucuzone, están consagradas á Baldemonio.

Durante el cautiverio de este último, Fiamma, Cucuzone y Ruggieri vagaban como almas en pena alrededor del castillo de Pizzo.

Fiamma llegó á introducirse á fuerza de astu-

cia en el interior de la fortaleza. Una vez allí pudo hacer llegar á manos del cautivo una carta y una lima.

Cucuzone escaló las murallas reputadas inaccesibles del castillo y ató una cuerda á los barrotes de su ventana.

Ruggieri aguardaba bajo las rocas en una falúa.

Así fué como Baldemonio recobró su libertad.

Al reunirse con sus compañeros les dijo:

«—En adelante tengo una misión que cumplir.»

Pero su vida pasaba como un sueño, y transcurrió mucho tiempo antes de cumplirla.

En 1817 tomó el nombre de Porporato.

Había al pie del monte Sila una posada, cuyo dueño, asesino de profesión, se deshacía de los viajeros á quienes quería robar.

Baldemonio fué una noche á pernoctar á este mesón sin ningún acompañamiento, vestido con un rico traje de viajero noble.

Hacia media noche, después que hubo apagado su luz, el posadero introdujo un niño en su cuarto para ver si el extranjero estaba dormido.

El niño gateó preguntando:

«—Señor, ¿se ofrece algo?»

Baldemonio le oyó, pero no quiso responder.

Pocos instantes después oyéronse en la escalera las pisadas del posadero y de sus dos hijos mayores que iban á *trabajar en su oficio*.

A los inciertos resplandores de las estrellas, pudieron distinguir á un hombre acostado en la cama, inmóvil y sumido sin duda en profundo sueño.

«—Hiérole tú primero para ganarle la acción—dijo el padre al más joven de los hijos.»

Los tres iban armados de macanas.

El adolescente obedeció. La cabeza del hombre dormido dió un sonido cascado

«—¡Buen golpe!—exclamó el padre—no ha te-
nido tiempo de decir: ¡Dios me asista!»

Para descargo de su conciencia, el padre y el
hijo le dieron también el correspondiente golpe:
luego se dirigieron á sus ropas esparcidas por
el aposento.

El padre oyó un suspiro en la obscuridad, é
inmediatamente otro.

«—¿Qué tenéis, hijos míos?»—les preguntó.

No obtuvo ninguna contestación.

En seguida oyóse en la obscuridad un tercer
suspiro, después del cual el padre no volvió á
hablar.

Baldemonio había descargado tres golpes.

—Ya sabía que no estaba en la cama—murmuró
Angélica sin abrir los ojos, pero sonriendo;—he
oído contar esa historia.

—¡Veo que no duermes, condesa!—dijo Nina
disgustada.—Baldemonio hizo salir al niño, pegó
fuego á la casa y tomó el camino del monte.

El niño lloraba y caminaba delante de él.

«—¿A dónde me llevas?»—preguntó.

«—A mi castillo»—contestó Baldemonio.

«—¿Es tuyo—replicó el niño—ese gran casti-
llo encarnado que vi una vez á través de los ár-
boles?»

«—¿Dónde está?»—preguntó Baldemonio.

«—En un punto de la cima del monte—repuso
el niño,—pero ignoro fijamente el lugar. Cuando
hablaba de ese castillo á mi padre y hermanos,
me decían: «—¡Tú sueñas!»

Era de madrugada. Baldemonio dirigió por ca-
sualidad la vista á sus pies, y vió de distancia
en distancia en la tierra como unas grandes man-
chas de sangre. Involuntariamente se acordó de
ese polvo bermejo que Faran había desparrama-
do á lo largo del camino á su expulsión del cas-
tillo de Púrpura. Se había criado bajo la tienda

de los Romichal y las impresiones de la infancia
son indelebles.

Subiendo siempre siguió esas manchas que pa-
recían de sangre.

Llegado á uno de los picos que corona el Sila,
un espectáculo maravilloso deslumbró sus ojos.

Parecía una de esas decoraciones de teatro en
que las hadas representan el principal papel.

Al salir de un angosto y sombrío sendero cu-
yas rocas inclinadas á manera de bóveda apenas
dejaban ver un corto espacio de cielo, Baldemo-
nio se encontró de súbito frente á un fértil va-
lle donde los árboles de toda especie alcanzaban
una altura sorprendente.

En medio del valle había un lago tranquilo y
brillante como un espejo. Innumerables gamuzas
pacían libremente en sus riberas la hierba abun-
dante de magníficos prados; los corzos brincaban
bajo la espesura de los árboles; en la enramada
las aves de brillante plumaje se perseguían pi-
coteando, en tanto que en el lago una flotilla de
majestuosas cigüeñas evolucionaba entre las ver-
des islas.

Todo esto estaba lleno de vida, de animación,
de felicidad: sólo faltaba el hombre.

El niño exclamó:

«—¡Bien sabía yo que no era un sueño! Ese es
mi gran castillo colorado.»

En efecto, presentábase á la vista un inmenso
castillo, ó más bien un palacio, cuyas columnas
de color escarlata destacábanse intensamente á
la luz del sol.

Era también un alcázar con aquellas torres pe-
sadas y chatas que los sirios edificaban en tor-
no de sus ciudades, y que presenciaron los com-
bates bíblicos.

Una cosa, en fin, tan maravillosa é inesperada,
á pesar de lo manifestado por la tradición, que

Baldemonio se detuvo con los ojos deslumbrados y el corazón oprimido.

Era el castillo de Púrpura edificado por el papa Alejandro VI; era la Canaán de los hijos de Faran; la tierra prometida á los gitanos rojos, descendientes de su primer padre Ptolauum.

Para llegar al lago no se veía camino alguno, pues hacía siglos que ningún pie humano había hollado el suelo de esas impenetrables florestas.

Baldemonio, con la ayuda de su puñal, atravesó la espesura del ramaje, y bebió del agua fresca y pura del lago; luego subió las gradas de mármol, haciendo girar sobre sus goznes las macizas puertas adornadas de elegantes calados de acero.

En el vestíbulo, abierto á todos los vientos, seis estatuas egipcias con cabeza de mujer y cuerpos de león estaban agachadas sobre sus pedestales de pórfido. En cada grada de la gigantesca escalera había un vaso de jaspe, que aun conservaba el resecado esqueleto de las flores que había contenido.

Diríase que la varilla de un mago había tocado esas colosales magnificencias, y que todo dormitaba como esos palacios de azur que están en el fondo del mar.

Baldemonio, el joven indómito, aparecía altivo y desdeñoso en medio de todo esto.

Con su talón vencedor hollaba los mosaicos delicados y primorosos, cada pie cuadrado de los cuales había costado tanta sangre y tanto oro.

Y dijo: «¡Fiamma estará bien aquí!»

Como en nuestras antiguas comarcas europeas no existe una sola pulgada de terreno que no tenga dueño, el castillo de Púrpura formaba parte de los dominios de los condes de Monteleone, que descendían, por parte de las mujeres, del

más joven de los hijos de Alejandro VI, ó sea Geoffroy Borgia.

Pero el castillo de Púrpura y aquel delicioso valle del Sila fué ignorado por sus propios señores durante muchas generaciones, y su existencia se hallaba relegada entre las fábulas de las relaciones adjuntas á los mapas de familia.

Al otro día, Fiamma y los compañeros de Baldemonio se instalaron en el castillo de Púrpura.

Entonces Baldemonio fué el verdadero rey del Apenino, el terror de los bandidos y esbirros, y la providencia de los indigentes y abandonados.

Condesa, tú lo sabes mejor que yo: desde las ruinas de Pæstum al golfo de Tarento, todos los bandolines cantan las glorias de Porporato.

La primera vez que se le vió con su traje de púrpura fué en Cerignola, donde los agentes del rey habían levantado un patíbulo para ajusticiar al anciano contrabandista Isaac Birbante. Isaac era judío. No tenía sacerdote que le consolara mientras le conducían al lugar fatal del suplicio.

De repente corrió la voz de que venía un cardenal por el camino de Ascoli. Se había visto de lejos su capa de púrpura y su birrete de color escarlata.

El ejecutor blandía ya su cuchilla en el momento en que el pretendido cardenal desembocaba en la plaza de Cerignola. El pueblo y los dragones se pusieron de rodillas. El cardenal subió al cadalso.

«—¡Va á convertir al judío!— exclamaron.— ¡Bravo, Eminenza!»

Su Eminencia tomó en sus nervudos brazos al judío, sujeto con fuertes ligaduras, y se lo llevó á la vista del verdugo estupefacto.

El pueblo gritaba: «—¡Bravo, Porporato!»

Isaac Birbante, puesto de través sobre el caballo de Baldemonio, corría camino del monte...

Siguiéronles; tratóse de descubrir su retiro, pero todas las pesquisas fueron inútiles.

Porporato había hecho obstruir las dos entradas del mediodía con grandes rocas, no dejando abierta sino la embocadura del norte y dos galerías subterráneas, una de las cuales da á la vertiente sudoeste del Apenino y la otra á la vertiente noroeste.

Este castillo ha sido durante muchos años su plaza de armas. De allí partía con frecuencia para Francia, España é Inglaterra, cuyos países deslumbró con su magnificencia.

Todas las mujeres le adoraban. Fiamma veía pasar como otras tantas nubes arrebatadas por el viento el reinado efímero de sus rivales.

En 1821 Baldemonio vió por primera vez aquella que introdujo la angustia de los celos en el corazón de Fiamma. La que trocó los destinos de Porporato, y sembró en su alma el germen de una ambición nueva.

Porque ella brillaba en la corte quiso pertenecer á la corte, y ser príncipe porque ella era princesa.

Hacia algunos minutos que la voz de Nina se debilitaba gradualmente, llegando á convertirse en un murmullo.

Angélica Doria dormitaba con la cabeza apoyada sobre su hermoso y blanco brazo.

Los primeros rayos del sol penetraban por la muselina bordada de las cortinas.

Nina se levantó sin hacer ruido, é inclinándose sobre el lecho de su compañera, imprimió en su frente un beso fraternal.

Un instante después un carruaje la llevaba al galope hacia el palacio de la calle de Capodimonte, del cual había salido Baldemonio durante la noche para ir al baile de Loredano Doria.

Al llegar á una puerta del primer piso, llamó suavemente, y el criado que abrió, le dijo:

—¡Duerme!

Pero no por eso se detuvo, sino que, dirigiéndose á una magnífica cama donde descansaba Fulvio, le besó arrodillada durante mucho tiempo una de sus manos, que pendía fuera de la cama. Era esto por su parte una especie de piadoso recogimiento.

Nina escuchaba su respiración tranquila y dulce, y sus ojos se llenaban de abundantes lágrimas.

De repente fijó su mirada altiva y penetrante sobre la frente de Fulvio.

Este empezó inmediatamente á agitarse en su sueño; sus labios se entreabrieron y pronunciaron estas palabras:

—¡Tan joven y bella!... La miseria... La muerte. El semblante de Nina reveló una sorpresa súbita. Sus labios temblaron y palidieron.

—¿La habrá vuelto á ver?—pensó.—Si la ama, ¡ay de ella!

Y sacando de su seno un pequeño librito de memorias con tapas de marfil, rasgó una hoja en la cual escribió, estos dos nombres: «Fulvio, Celestina.»

Dividió la hoja en dos partes, y trazó dos líneas sobre el pavimento del cuarto.

Hecho esto, puso los dos nombres en el hueco de su mano y: *sopló*.

Los dos papeles volaron, se separaron y cayeron juntos dentro de las líneas trazadas.

Las mejillas y los labios de Nina palidieron.

—¡Es el destino!—exclamó.

Luego se reclinó, con la cabeza entre las manos, sobre el tapiz que cubría los pies de la cama de Fulvio.

Su hermoso rostro revelaba un profundo desaliento.

—¡La amaré!—decía llorando.—Cuando eché la misma suerte por Angélica, los dos papeles se separaron al caer: así no tengo miedo de Angélica, la amo; pero aquella... á aquella la aborrezco.

Y abrió uno de los compartimientos del libro de memorias que tenía en la mano. Dentro había un juego de naipes microscópicos. Cada naipe llevaba impresas muchas figuras extrañas con caracteres en lenguaje romi.

Nina las barajó, y extendiólas de tres en tres sobre el tapiz.

Luégo levantó hacia Fulvio sus ojos materialmente bañados de lágrimas.

—Nunca he osado—murmuró con voz trémula—interrogar al porvenir sobre la muerte. Pero sufro tanto, que necesito saber el término de mi suplicio. Supuesto que tu muerte me pertenece, Fulvio, mi ídolo adorado, quiero saber cuando llegará ésta.

Su dedo contó los naipes dispuestos como hemos dicho antes, y los recogió de nueve en nueve, barajando siete veces.

En seguida los alineó en una sola fila, consultándolos rápidamente.

Sus ojos se llenaron de sangre, su rostro reveló una expresión de horror indecible, y dejando caer con desaliento sus brazos, exclamó entre dientes y con respiración cansada:

—¡Siete días!... ¡Es imposible!

Volvió á hacer el mismo juego, y golpeando con las manos sus rodillas, que chocaban convulsivamente contra el suelo, repitió:

—¡Siete días! ¡Dios mío! ¡Siete días!

Y no queriendo convencerse, empezó por tercera vez el juego.

Los naipes repitieron su inflexible sentencia.

—¡Siete días! ¡Siete días!

Nina permaneció largo rato inmóvil y como petrificada. La idea de esta amenaza mortal, cuya realización era tan próxima, la espantaba.

Pero muy luego apareció en sus labios el fugitivo reflejo de una sonrisa,

Sus ojos se reanimaron.

Y tomando por cuarta vez las cartas, las dispuso de otra manera.

—¡Para mí!—murmuró inclinándose ávidamente sobre los naipes.

Su semblante brilló repentinamente con una expresión radiante, y en tanto que llevaba á sus labios la mano de Fulvio dormido, decía desde el fondo de su corazón consolado:

—¡Dios es bueno!... ¡Yo también siete días!... ¡Moriremos juntos!

III

Berta Giudicelli

Volvamos ahora al aposento de nuestro antiguo amigo el señor David Heimer, jefe de la policía napolitana bajo el nombre de Johann Spurzheim.

Este viejo coquetón no permitía que nadie asistiese al acto de levantarse de la cama. Según él, el sueño quita el color, y un buen mozo no se presenta con todo su realce al comenzar el día.

Los mismos criados tenían orden de no entrar en su cuarto sin que los llamase.

Sin embargo, había una excepción, y ésta era en favor de Beccafico, empleado de aire ambiguo, al cual recibía Johann todas las mañanas para que cuidase de su atavío.

Johann tenía aún, en efecto, algunos cabellos, de los cuales estaba muy celoso: se hacía afei-

Su hermoso rostro revelaba un profundo desaliento.

—¡La amaré!—decía llorando.—Cuando eché la misma suerte por Angélica, los dos papeles se separaron al caer: así no tengo miedo de Angélica, la amo; pero aquella... á aquella la aborrezco.

Y abrió uno de los compartimientos del libro de memorias que tenía en la mano. Dentro había un juego de naipes microscópicos. Cada naipe llevaba impresas muchas figuras extrañas con caracteres en lenguaje romi.

Nina las barajó, y extendiólas de tres en tres sobre el tapiz.

Luégo levantó hacia Fulvio sus ojos materialmente bañados de lágrimas.

—Nunca he osado—murmuró con voz trémula—interrogar al porvenir sobre la muerte. Pero sufro tanto, que necesito saber el término de mi suplicio. Supuesto que tu muerte me pertenece, Fulvio, mi ídolo adorado, quiero saber cuando llegará ésta.

Su dedo contó los naipes dispuestos como hemos dicho antes, y los recogió de nueve en nueve, barajando siete veces.

En seguida los alineó en una sola fila, consultándolos rápidamente.

Sus ojos se llenaron de sangre, su rostro reveló una expresión de horror indecible, y dejando caer con desaliento sus brazos, exclamó entre dientes y con respiración cansada:

—¡Siete días!... ¡Es imposible!

Volvió á hacer el mismo juego, y golpeando con las manos sus rodillas, que chocaban convulsivamente contra el suelo, repitió:

—¡Siete días! ¡Dios mío! ¡Siete días!

Y no queriendo convencerse, empezó por tercera vez el juego.

Los naipes repitieron su inflexible sentencia.

—¡Siete días! ¡Siete días!

Nina permaneció largo rato inmóvil y como petrificada. La idea de esta amenaza mortal, cuya realización era tan próxima, la espantaba.

Pero muy luego apareció en sus labios el fugitivo reflejo de una sonrisa,

Sus ojos se reanimaron.

Y tomando por cuarta vez las cartas, las dispuso de otra manera.

—¡Para mí!—murmuró inclinándose ávidamente sobre los naipes.

Su semblante brilló repentinamente con una expresión radiante, y en tanto que llevaba á sus labios la mano de Fulvio dormido, decía desde el fondo de su corazón consolado:

—¡Dios es bueno!... ¡Yo también siete días!... ¡Moriremos juntos!

III

Berta Giudicelli

Volvamos ahora al aposento de nuestro antiguo amigo el señor David Heimer, jefe de la policía napolitana bajo el nombre de Johann Spurzheim.

Este viejo coquetón no permitía que nadie asistiese al acto de levantarse de la cama. Según él, el sueño quita el color, y un buen mozo no se presenta con todo su realce al comenzar el día.

Los mismos criados tenían orden de no entrar en su cuarto sin que los llamase.

Sin embargo, había una excepción, y ésta era en favor de Beccafico, empleado de aire ambiguo, al cual recibía Johann todas las mañanas para que cuidase de su atavío.

Johann tenía aún, en efecto, algunos cabellos, de los cuales estaba muy celoso: se hacía afei-

tar para sentir fresca en la cara, y los días en que debía recibir señoras, para bien del Estado, mandaba que le coloreasen el rostro con un poco de carmín.

Beccafico pudiera decir cuán dulce y aun agradable era el trato del Jefe de policía. Tenía la alegría de un niño. Su solo defecto consistía en ocuparse demasiado de los bailes de candil que daban en el barrio.

Aquella mañana el señor Johann Spurzheim se despertó mucho antes de la hora ordinaria en que su chambelán Beccafico entraba á visitarle.

Cuando cesó de dormir, los primeros resplandores del crepúsculo aparecían apenas tras los cristales de sus ventanas.

Como acostumbraba, invirtió cerca de diez minutos para hacerse dueño de sí mismo. Durante estos diez minutos de reflexión, se sintió con el corazón aliviado, pensando en los acontecimientos de la última noche.

—¡Lo principal está hecho!—pensó.—no echo de menos tanto á la pobre Bárbara como creía. La pobre Bárbara tenía todos los vicios; ¡debiera haberme ocupado de ella mucho antes! ¡Era un monstruo!

Después de esta oración fúnebre, se sintió bastante ágil para probar á volverse.

—Sólo siento la pérdida de Tesoro—repuso haciendo un visaje á consecuencia del esfuerzo que ejecutaba:—será preciso que me haga traer otro de Londres.

Y se interrumpió para lanzar un suspiro de alivio; estaba vuelto más de la mitad.

—¡Uf!—dijo—cada día me levanto con más facilidad; cuando esto haya concluido, correré como un ciervo ó saltaré como un kanguro; y si muero á los cien años será á consecuencia de mi

excesos. Tengo desgraciadamente una naturaleza demasiado sensual: ¡esto me perderá!

E introduciendo su mano, que hubiera podido pasar por la obra maestra de un hábil disecador, bajo la almohada, sacó una cajita de plata, que abrió con esfuerzo, tomando tres granos de tabaco de España, dos cuales aspiró voluptuosamente y con precaución.

Un estornudo hizo explosión en toda su máquina, faltando poco para dispersarse sus diversas partes.

Y quedó un instante quieto, temiendo que se renovase el choque.

Pero la segunda explosión, que tal vez le hubiese hecho saltar como una mina, no tuvo lugar.

Esto le dió pie para dirigirse algunas nuevas congratulaciones.

—Ayer estornudé dos veces—dijo;—anteayer tres... Es sorprendente cómo voy tomando fuerzas. El tabaco produce mucho efecto, aun á los hombres más vigorosos... y la pobre Bárbara me aconsejaba siempre que no abusase, por supuesto ¡por mi propio interés!

Por fin volvió los ojos con aire inquieto y un poco triste hacia el lugar donde Tesoro, el *King's Charles* y la pobre Bárbara habían exhalado el postrer suspiro.

—¡Cuánto ha debido sufrir este querubín!—dijo fijando los ojos en Bárbara.

En el techo dejóse oír un ligero crujido.

—¿Dormís, Excelencia?—preguntó una voz.

—No, no, mocito—respondió Johann;—estoy aquí, despierto como un ratón, listo y dispuesto, gracias á Dios. ¿Qué han echado en la caja?

—Los informes de esos señores sobre el baile del palacio Doria.

—¡Ah! ¡Sí, esos señores!—dijo Johann riendo;

—¡altivos caballeros, á fe mía! Afloja el manubrio, Privato, y vete á dormir.

La tablilla sostenida por los cuatro cordones de seda que ya hemos visto otras veces, empezó á descender lentamente, deteniéndose á algunas pulgadas del cobertor.

Johann tomó de la tabla un puñado de papeles, y mientras aquélla volvía á subir, el Jefe de policía fué leyendo todas las comunicaciones una por una.

—Bueno—dijo;—ya estamos enterados; será necesario que me ocupe de todo esto más despacio.

Al propio tiempo se oyó el ruido de una llave en la cerradura de la puerta situada tras la cabecera de la cama y, apareció Pedro Falcone.

—¿Tenéis noticia del baile, señor?—preguntó este último.

—¿Ya?—repitió Johann—cuando queráis poner en mi conocimiento alguna cosa, será necesario que madrugéis más. Hace tres horas que ha concluído el baile. Todo lo sé... hasta que por poco caéis de espaldas al ver cara á cara el arrogante príncipe Fulvio Coriolani.

Pero se interrumpió diciendo con tono severo:

—No llevéis puñal al presentaros en sociedad, querido doctor, es necesario que un amigo de Johann Spurzeim guarde mejor el *decorum*. ¿No es verdad que nuestro coronel tiene una fuerza de todos los diablos?

—¡Cuando vi á aquel hombre!...—tartamudeó Falcone cuyos labios se estremecieron.

—¡Bien, bien, amigo! tenemos nuestros pequeños odios, es cierto. Ese hombre os ha jugado una mala pasada, no digo que no.

—¡Y ese hombre es inatacable!—exclamó el doctor

—¿Os parece?—dijo Johann con esa sonrisa burlesca cuya expresión era tan singular.

—Le he visto por mis propios ojos, sostenido por los de arriba y apoyado por los de abajo—replicó Falcone.

—¡Ah! ¡povero!—murmuró el Jefe de policía—¡sois muy inocente, doctor! Miradme bien. Hoy, ¿oís? hoy, yo Johann Spurzeim, pobre fantasma fácil de derribar con un soplo, haré bailar á ese coloso como un títere; bailar sobre los pies, sobre las manos, sobre la cabeza, hasta que ese títere ó coloso acabe por romperse el cráneo. Falcone lo miraba con aire incrédulo.

Johann introdujo sus manos trémulas bajo el cobertor diciendo:

—Las mañanas son frescas.

Luego añadió con acento triste:

—He sufrido una pérdida, Falcone; dos debería decir, contando con mi pobre Bárbara.

El doctor se estremeció. Este recuerdo había desaparecido casi de su memoria en medio de las emociones de la noche.

—¿Por ventura la señora Spurzeim?...—empezó.

—¡Ay! sí—interrumpió Johann;—héla ahí en ese rincón, mi verdadero y querido amigo.

Hasta entonces Falcone no había mirado hacia aquel lado; y entonces, á la vista del cuerpo de Bárbara alumbrado por la luz del día, retrocedió algunos pasos.

—Ya lo veis, doctor—repuso Johann;—¡así va el mundo! La hora de la separación llega. Ya me he ocupado del entierro, que quiero sea digno y aun brillante. Era una Monteleone, y quedaré más consolado si al ver el aparato fúnebre dicen las gentes: «—El señor Spurzeim sabe hacer las cosas.» ¡Pero mi pobre perrito es el que me va á hacer más falta, doctor!

Falcone se acercó al umbral de la puerta

—¿Creéis que había venido para mataros?—le preguntó.

—No me cabe la menor duda, amigo. Tesoro ha salvado la vida de su amo... Os ruego que os llevéis á los dos, porque el día adelante y podría venir alguien.

En el semblante del doctor se reveló una viva repugnancia.

—Amigo—le dijo tranquilamente Johann,—es preciso no rehusar nada. Si algún día se llegase á saber que la pobre Bárbara ha muerto, por haber tomado las pastillas, me vería obligado á confesar que vos le habéis ofrecido cierta cajita de oro...

—¡Qué!—exclamó el doctor.—¿Os atreveríais?

—¿A decir la verdad? Siempre, amigo, siempre. Cargaos la pobre Bárbara sobre las espaldas y volvedla á la cama; allí, colocadla de un modo conveniente, poniendo cerca de su boca su pañuelo manchado de sangre. A la vuelta me traeréis la cajita consabida. En cuanto á *King's Charles*, tiradle por la ventana. ¡Lleváosle! su vista renueva mi sentimiento.

Este discurso fué acompañado de un gesto que no admitía réplica.

Pedro Falcone levantó el cuerpo de Bárbara, que estaba frío y rígido. Johann le contemplaba murmurando:

—Creía que esta muerte me hubiera causado más pena... Adiós, Bárbara, ¡adiós mi querida amiga!... ¡Adiós, Tesoro!

Pedro Falcone desaparecía con su doble carga. Johann, con las manos cruzadas sobre el coberter de la cama, se entretuvo, en dar vueltas á sus pulgares.

Al volver Pedro Falcone, le dijo:

—Poned un tapiz en el lugar donde hay sangre. Vos sois un químico hábil, y más adelante sa-

bréis hallar un reactivo para limpiar el suelo. Ahora sentaos y vamos á conversar un rato; tengo que daros mis instrucciones.

En la conversación que sigue, Pedro Falcone pudo conocer que el Jefe de policía no ignoraba nada de lo que había pasado, en el baile del palacio Doria.

—Aunque por punto general estoy contento de vos, amigo—le dijo Johann Spurzeim,—os refiré sobre un detalle particular. Hé aquí la regla inflexible: no obrar jamás sin órdenes previas. Malatesta es uno de esos aliados que no valen nada el día que poseen el secreto de la alianza. No se debe descubrir nunca á los *bambocciate* el hilo por medio del cual se les hace mover. Teneos por advertido para lo sucesivo.

—Basta, señor—respondió Falcone;—no espero comunicar nada nuevo á Su Excelencia diciéndole que hay entre las damas de honor de la princesa de Salerno una amiga muy íntima de Angélica Doria, y que esta joven es...

—Amigo—interrumpió Johann,—os he enviado al baile para vuestro provecho, no para el mío. Ahora sabéis la posición que ocupan en la corte napolitana Porporato y su bella amiga Fiamma; debo advertiros que es uno de aquellos seres á quienes jamás se ataca de frente. Acordaos de que todos nuestros golpes deben ser dirigidos, hasta nueva orden, de manera que no alcancen á la asociación del Silencio. En esto consiste precisamente la dificultad de la situación. ¿Lo comprendéis?

—Perfectamente, señor.

—Sabed también, que en todo el mundo no hay más que un hombre capaz de maniobrar en el espacio estrecho y peligroso en que nos vemos obligados á dar la batalla. Existe un solo hombre que sepa asentar el pie con seguridad

y donde dirigir los tiros. ¡Este hombre soy yo! Pedro Falcone hizo una señal de asentimiento. —¡Yo!—repitió Johann con el sincero orgullo que afectaba la profunda sagacidad de su naturaleza;—yo que antes de morir elevaré mi nombre á la altura de los más hábiles diplomáticos del universo. Yo, Johann Spurzeim, que seré conde de Monteleone y primer ministro del reino de las Dos Sicilias, yo que haré de vos, buen amigo, un conde, un duque, un príncipe, ¡todo lo que queráis con tal que yo también lo quiera! Apagad la lámpara y ayudadme á incorporar sobre la cama.

El doctor obedeció.

Johann impuso silencio con un gesto y empezó el capítulo de sus instrucciones.

Este hombre consumado, el primer diplomático del universo, omitió sin embargo un importante detalle. Olvidóse de pedir á Pedro Falcone la cajita de oro. Todavía éste no había llegado al último tramo de la escalera cuando ya se arrepentía de ello.

—Es necesario buscar la coyuntura para subsanar este olvido—murmuró.

Y agitó violentamente la campanilla que correspondía al piso superior.

Dejemos ahora el dormitorio del Jefe de policía para trasladarnos á la mezquina habitación de los Folquieri, donde se había refugiado Baldemonio para evitar la persecución de las patrullas de Castello-Vecchio durante su excursión por los tejados.

La mujer á la cual Baldemonio había llamado para que la reemplazase en su buena obra, estaba sentada cerca de la cama de la joven, durmiendo el sueño de la vejez, interrumpido por frecuentes é incesantes desvelos

Celestina descansaba en la cama; Julián estaba como entorpecido en su colchón.

El lector se acordará de que estos dos niños son los mismos que hemos visto en el mesón de Corpo-Santo, la familia adoptiva del pobre Manuel Giudicelli.

La anciana que los velaba tampoco nos es desconocida: llamábase Berta Giudicelli y era madre de la nodriza á quien habían robado los niños de Monteleone.

Desde entonces había cambiado poco; la misma figura flaca y larga, encorvada hacia delante por el peso de los años: la misma fisonomía de color de tierra, donde millares de arrugas se perdían en la confusa madeja de sus cabellos.

Pero en algunos meses parecía haber envejecido más, y sus ojos, sombreados por pestañas erizadas, despedían esa mirada inquieta en su fijeza que anuncia la agonía vacilante de la razón.

En aquella noche de otoño en que buscando á Mariola entre las ruinas de Martorello, no la había podido encontrar, por habérsela robado, tomó su báculo, y corriendo en busca de su esclava, su loca que hacía trabajar á latigazos, llegó con mucho trabajo hasta el fin de su camino, hasta Nápoles.

Su objeto era hablar al rey. Durante el camino entró un día rendida de fatiga en una capilla, donde un sacerdote recibió su confesión. Este sacerdote le ordenó que siguiese su viaje hasta la corte.

—Mujer pecadora—le dijo,—la misericordia de Dios no tiene límites. No morirás hasta que hayas descargado tu conciencia. Anda y repara el mal que has hecho.

El rey la recibió en palacio por deferencia á su ancianidad.

Quando Berta Giudicelli se halló delante del rey, buscó en vano en su memoria lo que le quería decir. Ni siquiera se acordó del objeto de su viaje.

Desde entonces su razón vacilante renacía á intervalos para velarse en seguida.

Hallábase en aquella situación que revela la más triste de todas las fases: había vuelto á la «infancia.»

Sin embargo aquella noche cumplió con su deber junto al lecho de Julián y Celestina. Gracias á su socorro los dos jóvenes tuvieron agua fresca, y los dos estaban salvados. Sólo permanecían aún soñolientos.

En aquella pobre habitación no había lámpara. La luz que procedente de la antorcha puesta por los soldados de Castello-Vecchio en el terrado, alumbrara á Baldemonio, ya no ardía. Cuando los primeros resplandores del crepúsculo de la mañana penetraron en esa obscuridad lóbrega y profunda, despertándose Berta por la vigésima vez, se levantó murmurando palabras ininteligibles. Puso su mano seca y fría en el pecho de Celestina y sintió latir su corazón.

—¡Ah!—dijo ella—¡si yo hubiese muerto á los dieciséis años!

Y atravesó el aposento con paso vacilante para ir á tocar el pecho de Julián.

—Late—profirió;—está caliente... Yo hace tiempo que carezco de corazón.

Luego, irguiéndose casi derecha, continuó:

—¡Ah!... ¿quién me dijo que hablase al rey? Necesito hablar al rey... no puedo morir sin que le vea.

Y volvió á su silla, en la cual se durmió. Pasados cinco minutos despertóse otra vez. Había perdido por un instante la memoria de los hechos recientes.

—Duermo en una silla—murmuró con sorpresa:—¿acaso no tengo cama?

Recordando después los acontecimientos, añadió:—Pronto dormiré bajo la tierra.

La claridad del alba penetraba ya en débiles resplandores á través de la ventana. A su luz pudo distinguir un objeto que brillaba vagamente sobre la mesa.

De súbito su fisonomía sufrió un cambio; tomó una expresión ávida y cautelosa, como la del gato que espía su presa. Acercóse sin hacer ruido á la mesa.

Para ver si los dos jóvenes tenían los ojos cerrados, primero miró á derecha, luego á izquierda.

En seguida, como una garra de un ave de rapina, su mano se cerró sobre el objeto que brillaba.

Era una bolsa, la bolsa que Baldemonio había dejado sobre la mesa en el momento de partir.

La anciana lanzó un ronquido de alegría. Con el tacto y el sonido conoció que había oro.

Alejándose de las dos camas, fuése á la ventana á abrir la bolsa y contar el dinero.

Había diez onzas dobles, y tres ó cuatro onzas sencillas de tres ducados. Entre los pliegues que surcaban su semblante, apareció una sonrisa de triunfo. La inteligencia de Berta Giudicelli pareció revivir á los rayos de este tesoro.

Y con una extraña claridad de raciocinio, dijo:—No les pertenece, pues han querido suicidarse á causa de su estado miserable. El otro les ha dejado esto... ¡luego no saben que lo tienen!

Berta vació la bolsa en el hueco de la mano, procurando no hacer ruido, y la volvió á poner sobre la mesa. Sólo había dejado una moneda y aun de las de menos valor.

—¡El otro!...—repitió mostrando en sus ojos una expresión de ferocidad—tiene una voz que me

ha penetrado el corazón... y su semblante... ¡Oh! ¡Dios me envía siempre personas que se les parecen!

Pero no por esto se le ocurrió la idea de restituir la suma robada. Antes por el contrario, la anudó en un extremo de su pañuelo.

Al volver á su silla decía:

—Sí... sí... será preciso que hable al rey.

Apenas se hubo sentado, su cabeza se inclinó sobre el pecho, quedando otra vez sumida en un sueño pesado.

Cuando despertó, la luz del día inundaba la habitación de claridad. Sus ojos se dirigieron primero hacia Celestina, cuya encantadora cabeza descansaba sobre su brazo doblado. Su sueño era el de un ángel. La anciana se frotó los ojos. —¡Oh!...—dijo—¡yo, sueño!

Y retiró su silla. Parecía que un espectro se hubiese presentado ante sus ojos azorados.

Como la visión no se apartaba de su vista sorprendida, huyó al otro extremo del aposento, donde estaba el colchón de Julián.

Sus ojos se fijaron en el pálido y hermoso semblante del seminarista, pero al verle exhaló un grito prontamente reprimido, cayendo de rodillas.

Todo su cuerpo temblaba como una hoja agitada por el viento.

—¡Estos niños salen de debajo de la tierra!— murmuró con acento de profundo espanto—esta noche he visto á los tres... ¡á los tres!... ¡Señor, tened piedad de mí. Hablaré al rey... ¡juro hablar al rey!

Arrastróse como pudo hasta la puerta; y estando en el dintel, deslizó una mirada de horror hacia el catre y el colchón.

Sus manos trémulas se extendieron delante de sus ojos, y atravesando el corredor como cuando

se emprende la fuga, dejóse caer en medio de su pobre habitación, murmurando á través de sus dientes cerrados:

—Hablaré al rey... lo he prometido á un sacerdote... ¡juro hablar al rey!

IV

El despertar

Después que la anciana Berta Giudicelli hubo salido del aposento, éste permaneció en el más profundo silencio. Sólo se oía el soplo alternado de las respiraciones de los dos adolescentes.

Por lo demás, todo se hallaba en el mismo estado en que lo encontró Baldemonio cuando se refugió en él, penetrando por la ventana mal cerrada. Excepto la sotana y el breviario, que ya no estaban allí, y el cambio de posición de Celestina, tendida ahora en su cama, nada había desordenado. La mesa y las sillas ocupaban ahora el mismo lugar, y Berta, obedeciendo á ese instinto maquinal de orden común á todas las ancianas, había entrado el brasero.

Ahora que la luz penetraba de lleno, veíanse las imágenes piadosas pegadas ó pendientes de las paredes.

La tarde en que los dos hermanos habían comido juntos bajo el emparrado de la hostería del Corpo-Santo, la tarde en que la animosa Celestina había empuñado la carabina de un gendarme para salvar la vida á Loredano Doria, apoderóse de los dos jóvenes un desaliento taciturno, en cuanto se desvaneció la exaltación producida por el peligro.

Celestina y Julián, altivos en su indigencia, se habían sentido humillados por el ofrecimiento de una recompensa.

La tierna sonrisa de Angélica ¿no había paga-

ha penetrado el corazón... y su semblante... ¡Oh! ¡Dios me envía siempre personas que se les parecen!

Pero no por esto se le ocurrió la idea de restituir la suma robada. Antes por el contrario, la anudó en un extremo de su pañuelo.

Al volver á su silla decía:

—Sí... sí... será preciso que hable al rey.

Apenas se hubo sentado, su cabeza se inclinó sobre el pecho, quedando otra vez sumida en un sueño pesado.

Cuando despertó, la luz del día inundaba la habitación de claridad. Sus ojos se dirigieron primero hacia Celestina, cuya encantadora cabeza descansaba sobre su brazo doblado. Su sueño era el de un ángel. La anciana se frotó los ojos. —¡Oh!...—dijo—¡yo, sueño!

Y retiró su silla. Parecía que un espectro se hubiese presentado ante sus ojos azorados.

Como la visión no se apartaba de su vista sorprendida, huyó al otro extremo del aposento, donde estaba el colchón de Julián.

Sus ojos se fijaron en el pálido y hermoso semblante del seminarista, pero al verle exhaló un grito prontamente reprimido, cayendo de rodillas.

Todo su cuerpo temblaba como una hoja agitada por el viento.

—¡Estos niños salen de debajo de la tierra!— murmuró con acento de profundo espanto—esta noche he visto á los tres... ¡á los tres!... ¡Señor, tened piedad de mí. Hablaré al rey... ¡juro hablar al rey!

Arrastróse como pudo hasta la puerta; y estando en el dintel, deslizó una mirada de horror hacia el catre y el colchón.

Sus manos trémulas se extendieron delante de sus ojos, y atravesando el corredor como cuando

se emprende la fuga, dejóse caer en medio de su pobre habitación, murmurando á través de sus dientes cerrados:

—Hablaré al rey... lo he prometido á un sacerdote... ¡juro hablar al rey!

IV

El despertar

Después que la anciana Berta Giudicelli hubo salido del aposento, éste permaneció en el más profundo silencio. Sólo se oía el soplo alternado de las respiraciones de los dos adolescentes.

Por lo demás, todo se hallaba en el mismo estado en que lo encontró Baldemonio cuando se refugió en él, penetrando por la ventana mal cerrada. Excepto la sotana y el breviario, que ya no estaban allí, y el cambio de posición de Celestina, tendida ahora en su cama, nada había desordenado. La mesa y las sillas ocupaban ahora el mismo lugar, y Berta, obedeciendo á ese instinto maquinal de orden común á todas las ancianas, había entrado el brasero.

Ahora que la luz penetraba de lleno, veíanse las imágenes piadosas pegadas ó pendientes de las paredes.

La tarde en que los dos hermanos habían comido juntos bajo el emparrado de la hostería del Corpo-Santo, la tarde en que la animosa Celestina había empuñado la carabina de un gendarme para salvar la vida á Loredano Doria, apoderóse de los dos jóvenes un desaliento taciturno, en cuanto se desvaneció la exaltación producida por el peligro.

Celestina y Julián, altivos en su indigencia, se habían sentido humillados por el ofrecimiento de una recompensa.

La tierna sonrisa de Angélica ¿no había paga-

do lo suficiente á Julián? Y ¿qué cosa era superior á la mirada que Loredano fijara en Celestina?

Partieron para Nápoles. Cuando no se les rechaza, los sueños encantadores vuelven. A lo largo del camino no se formaron más que ilusiones placenteras.

Cuántas veces Julián y Celestina, sorprendiéndose mutuamente sus pensamientos, se dijeron á media voz y ruborizándose:

—Tú piensas en ella!

—Tú piensas en él!

Al llegar á Nápoles, mientras que el buen Manuel les buscaba un asilo para albergarse, ellos se escaparon, preguntando por las calles que conducían al palacio Doria.

Este palacio no era difícil de encontrar.

Muy luego llegaron á la plaza del Espíritu Santo, en medio de la magnífica calle de Toledo, que es el orgullo de Nápoles.

Al ver el palacio Doria se deshicieron en lágrimas.

Allí estuvieron mirando entrar y salir nobles señores que iban en soberbios carruajes, hasta que Angélica y Loredano salieron en su coche para trasladarse al palacio real.

Celestina dijo:

—Parece más hermoso!

—Y ella más bella!—murmuró Julián.

Los dos sonrieron entre lágrimas.

Hacía dos horas que el anciano Manuel les aguardaba en un lugar señalado de antemano.

Les había alquilado, pero sólo para ellos, un cuarto de la casa de los Folquieri.

—Yo—dijo—tengo mi habitación en otra parte.

Desde aquel día, durmió en una covacha del barrio del puerto.

Pero ¿sabéis por qué Julián quiso asistir inmediatamente á los enfermos del hospital de pobres y por qué Celestina eligió la iglesia del Monte-Oliveto para cumplir diariamente sus deberes de piedad?

Porque Loredano era uno de los protectores de la referida iglesia, su parroquia, y Angélica una de las patronas del hospicio de San Genaro de los pobres.

No es decir que la caridad del uno y la devoción de la otra no fuesen sinceros; pero además de esta razón tenían la de la asistencia de los dos Doria.

En cuanto á Celestina, hé aquí lo que le aconteció:

Una noche fué perseguida, al volver de su casa por un hombre que al acercársele le dijo:

—Mañana, si queréis, tendréis un palacio. Habéis llamado la atención de Doria.

Celestina subió con gran trabajo la escalera de su casa. Jamás la había impresionado tan vivamente la distancia que la separaba de Loredano.

Aquel mismo día poco faltó para que Julián desfalleciese al encontrarse su mirada con la de Angélica.

Pero los dos hermanos no se comunicaron su secreto.

Solamente Celestina no salió más, y Julián no dejó la casa hasta la hora de velar á los enfermos.

Estaban enfrente uno de otro, mudos y taciturnos.

Al mismo tiempo, la tristeza de Manuel, que iba á verlos todos los días, aumentaba visiblemente.

Tres veces se les presentó sin llevarles el pan

cotidiano. Celestina y Julián tuvieron hambre. Pero ¿qué vale el sufrimiento del cuerpo?

Una vez oyeron varias vecinas que conversaban diciendo:

—Loredano Doria se casa con Giovanna Pallanti de los príncipes Paleólogos, y esta noche se celebra el contrato matrimonial de Angélica con el príncipe Fulvio Coriolani.

Sus ojos no pudieron derramar lágrimas.

A Julián le ardía la cabeza. Celestina, fría y firme, dijo:—El buen Dios nos perdonará.

Y fué tapando una á una las rendijas de la ventana, mientras Julián se echaba sobre un colchón gimiendo y sollozando, pues su corazón agonizaba antes que su cuerpo.

Luego encendió el brasero y se puso á orar.

En el palacio Doria se celebraba un baile.

Manuel se había hecho agente de policía para proporcionar pan á sus queridos hijos, que desesperados buscaban un asilo en la muerte.

La ventana de la habitación que ocupaban los dos hermanos miraba á oriente. El primer rayo de sol que pasó sobre el interior de la casa de los Folquieri, penetró oblicuamente por la ventana abierta, deslizándose hasta la cama donde dormía Celestina. Esta se agitó bajo las sábanas, exhaló un profundo suspiro, y entreabriendo sus hermosos ojos debilitados por el reposo, dejó vagar en sus labios una ligera sonrisa. Así despertaba todos los días. La tristeza es tan extraña á la infancia, que aun el niño desgraciado despierta sonriendo.

Pero la sonrisa de Celestina desapareció inmediatamente de sus labios descoloridos. Una idea acababa de asaltar su espíritu.

—He soñado...—se dijo á sí misma.

Esta palabra lo significaba para ella todo: la

angustia, la desesperación más fuerte que la fe, el suicidio.

Las facciones de Celestina se contrajeron. Su mirada tímida y recelosa se deslizo al suelo y fijóse en el brasero.

Inmediatamente lanzó un grito desgarrador.

—¿Quizá Julián ha muerto!—pensó.

De un salto arrojóse de la cama y de otro se trasladó adonde estaba Julián.

Pero sus ojos inundados de lágrimas no veían. Arrodillóse al lado del mísero colchón y llamó con voz sofocada:

—¡Julián! ¡Julián!

Pero no obtuvo contestación.

—¡Ha muerto!—dijo.

Y exhalando de su pecho un desconsolado sollozo, precipitóse con desesperación sobre el cuerpo de su hermano repitiendo:

—¡Julián, Julián mío!

Por de pronto, el seminarista despertó sobresaltado.

—¿Qué hay?—preguntó frotándose los ojos.

La contestación consistió en un diluvio de besos. Celestina reía, lloraba, estaba loca.

—Pero ¿qué tienes, hermana?—preguntaba Julián sorprendido.

Este despertar brusco le producía un estado particular de perturbación. Había perdido todo recuerdo de lo pasado.

—¡Oh! ¡cuán bueno es Dios, Julián! mi querido Julián!—exclamó Celestina.—¡Vives! ¡hétete ahí! ¡te veo! La Virgen Santa no ha permitido que consumásemos nuestro crimen insensato.

—¡Nuestro crimen!—murmuró Julián sentándose en la cama.

Recobrando en seguida el recuerdo de lo pasado:

—¡Es verdad!—añadió con horror—nos habríamos condenado para siempre!... Dios, ha hecho un milagro!

Nada más dijeron. Julián besó á su hermana en la frente y le tomó la mano.

En seguida se arrodillaron ante un crucifijo.

Julián recitó en alta voz una oración con todo el fervor de su alma, mientras Celestina la repetía con igual recogimiento.

Así estuvieron mucho tiempo arrodillados derramando lágrimas de reconocimiento. Lágrimas de niños, por lo mismo, ¡inocentes lágrimas!

Pero las que se sucedieron en seguida fueron lágrimas de hombre, lágrimas de mujer! ¡Ay! amaban y su herida destiló repentinamente sangre.

La oración es el remedio supremo. Los dos se levantaron consolados con inefable sonrisa de esperanza en los labios.

La mirada de Dios los protegía.

Sentáronse en la cama de Celestina y se dieron las manos. Julián levantó los ojos al cielo y dijo:

—Todo milagro es obra de Dios; pero ¿cómo se ha realizado el de nuestra salvación? ¿Acaso has tenido fuerzas para abrir la ventana?

—Cuando me he despertado hace poco—respondió Celestina,—la ventana estaba abierta y la silla separada. Yo no me acuerdo de haberlo hecho.

—Luego alguien ha entrado aquí; ¿con qué fin? Celestina no respondió; parecía como que cruzaba por su mente algún vago é incierto recuerdo.

—Un ladrón quizá—continuó Julián,—la Providencia se vale á veces de medios muy extraños.

—No teníamos nada que nos pudiesen robar—dijo Celestina sonriendo tristemente.

Julián acababa de levantarse con vivacidad dirigiéndose á su colchón,

—Me han robado la sotana y mi libro de oraciones—exclamó.

Ambos pasearon la mirada alrededor del aposento, y en efecto encontraron que faltaban estos dos objetos.

Sin embargo, Celestina sacudió la cabeza con aire de duda.

—Oye, Julián—dijo á su hermano;—yo no sé cómo explicarte esto, pero conservo en la memoria un lejano recuerdo de haber dejado el lugar que ocupaba al pie de mi cama, y haberme dirigido hacia la ventana, donde me parece que he visto á través de los cristales una sombra que se deslizaba á lo largo de las balaustradas de la galería.

Pasé la mano por la frente y la sentí bañada de un sudor frío.

Entonces me arrodillé delante de la silla que había á la cabecera de mi cama y me puse á orar por ti y por mí.

A medida que te hablo, me parece que todo se va aclarando y toma relieve, mis recuerdos se precisan. Mientras estaba orando, oí ruido hacia la ventana, pero continué hablando á Dios y el ruido cesó.

—Y yo—preguntó Julián,—¿qué hacía?

—Tú estabas inmóvil. Me parecía que tu sueño era tranquilo y dulce. Algunos minutos después de haber oído el ruido empezó á nublárseme el pensamiento; sentí una opresión en las sienes, los oídos me zumbaban y desde los pies me subía el frío á la cabeza.

En aquel momento tú lanzaste un suspiro.

Te llamé en alta voz y no me respondiste.

Entretanto mi inteligencia se oscurecía cada vez más, veía fuegos fatuos, oprimióseme el pecho y sentía un vivo dolor en la nuca.

Luego vi pasar ante mis ojos á todas las per-

sonas que nos son más queridas: á nuestro pobre padre con su semblante lleno de bondad y dulzura; á nuestra madre llamándome con gesto amoroso y suave sonrisa; á ti, Julián, y al grande, altivo y feliz Loredano. Este pasó sin mirarme siquiera.

«—¡ Señor, Dios mío! —dije— ¡ qué Loredano sea feliz! » Este fué mi último pensamiento.

Aquí Celestina se interrumpió. Entre sus pestañas oscilaba una lágrima.

Julián se inclinó hacia ella y besóla silenciosamente.

—Estoy segura— murmuró la joven— que tú también has visto pasar á Angélica en esa nube negra que cubre los ojos en los últimos momentos.

Julián se dió un golpe en el pecho, diciendo:

—Quiero arrancar esta imagen de mi corazón. Celestina volvió á sacudir su hermosa cabeza, y continuó:

—Una mano de hielo pareció posarse repentinamente sobre mi cráneo, hundiéndome en las regiones del olvido. Perdí el conocimiento, pero no del todo, como vas á ver... De lo profundo de ese sueño inerte, que tomaba por la misma muerte, oí que se abría la ventana...

—¿ Y viste al que la abría? —preguntó Julián.

—¡ Ver! —contestó Celestina— no sé si se puede llamar así distinguir una sombra confusa en una nube espesa. Las tiras de papel se rasgaron, la silla se separó, creo poder afirmar que en aquel instante mi cabeza tocaba en el suelo; sin duda me desmayé cerca de mi cama. Lo que te puedo asegurar con toda certeza es que no me acosté y que al despertar hace poco me he encontrado en el catre.

—¿ Y el que entró era un hombre?

—Sí, era un hombre. Pero déjame... La luz avan-

za paso á paso en esas sombras que están tras de mí... No me interrogues más...

—¡ Calla! —se interrumpió— ahora me acuerdo que vi una gran claridad en el terrado. Una multitud de hombres pasaban por delante de la ventana gritando y llamándose unos á otros.

El resplandor me descubrió al que había entrado. Estaba agachado y parecía ocultarse.

—Hé aquí por qué veo restos de antorchas de distancia en distancia—dijo Julián fijando la vista á lo largo de la galería;—algún preso se habrá evadido esta noche de Castello-Vecchio.

—Ese hombre—continuó Celestina—debió sentirse también próximo á la asfixia, porque cayó de manos, se arrastró hacia la puerta... y yo oí... ¡ sí! estoy segura de haber oído que su mano tropezó en el brasero quemándose en el hierro ardiente.

Julián tomó el brasero por las asas, y pudo observar que en la parte de éste opuesta á la cama, había una gran mancha todavía húmeda.

—¡ Debe tener una llaga! —dijo Julián.

Celestina se pasó la mano por la frente.

—Y sin embargo no gritó... no... yo no le oí quejarse. Abrió la puerta con mucho trabajo... y luego... no me acuerdo de más. El debe haberme colocado en mi cama.

Lo más particular es, Julián, querido hermano, que su semblante se parecía tanto al tuyo, que sin su aspecto más viril, más fuerte y de más edad, se le pudiera tomar por ti mismo.

Celestina inclinó su cabeza, inquieta y bañada de sudor, sobre su pecho, y no hizo más esfuerzos para despertar sus recuerdos. Sin embargo, no pudo menos de añadir:

—No, no era un ladrón. Un ladrón no podría parecerse tanto á ti que eres un ángel.

—Mi querida hermana—dijo Julián después de

un corto intervalo de silencio:—mi corazón re-
bosa de gratitud hacia la divina Providencia. En
todo lo que has contado sólo veo la bondad in-
agotable de Dios. Tengamos valor, querida Ce-
lestina. ¿Qué es este tiempo de prueba tan pron-
to pasado que se llama vida?

—Siento una voz interior que me anuncia un
cambio en nuestra existencia—murmuró la joven
con los ojos medio cerrados y fijos.

Parecía una sonámbula.

Antes que Julián pudiese replicar, repuso brus-
camente: —¡La bolsa!... ¿dónde está la bolsa?

Julián la miró con inquietud.

Esos choques repetidos, después de largos y
acerbos sufrimientos, ¿habrían alterado la razón
de la pobre niña?

—¿Qué bolsa?—preguntó Julián con dulzura.

Celestina se abalanzó hacia la mesa, separó el
papel, y apoderóse de la bolsa que la anciana
Berta había escondido debajo. Julián quedó es-
tupefacto.

—¡El la ha dejado aquí!—exclamó Celestina—
no, no, no es un ladrón.

En este instante una sombra movible cruzó por
el piso del corredor.

La escalera tomaba luz por una ventana estre-
cha y alta; entre la ventana y la puerta debía
haber un hombre.

Pero su llegada no había sido precedida de nin-
gún ruido, quizá estaba allí desde mucho tiempo.

Ni Celestina ni Julián habían observado esta
sombra que se hallaba ahora inmóvil más allá
de la puerta.

Celestina levantaba la bolsa y decía con aire
jovial:

—¡Cuando te decía yo que nos iba á sobrevenir
alguna felicidad!

Esta bolsa era hermosa y rica, pero el hurto
de la anciana Berta la había vuelto muy ligera.

—Hay en ella letras de perlas—dijo el santo
joven;—así sabremos el nombre de nuestro bien-
hechor.

Luego que Celestina se puso á leerlas, tornóse
pálido su rostro.

—¿Qué hay?—preguntó Julián.

Este tomó la bolsa de manos de su hermana
que procuraba retenerla, y al primer golpe de
vista supo el nombre formado por las perlas ele-
gantemente entrelazadas.

Las letras de perlas formaban estos dos nom-
bres:

«Fulvio Coriolani.»

—¡Coriolani!—murmuró—¿por qué ha venido á
mi casa el príncipe Coriolani?

En aquél momento la sombra se movió al otro
lado de la puerta: la silueta de Pedro Falcone
se presentó en el umbral.

V

La separación

Al salir Pedro Falcone del aposento-dormitorio
de Johann Spurzeim, vestido de pantalón y re-
dingote negros, y con la capa doblada sobre el
brazo, presentaba el aspecto de un caballero.

La cuestión de saber cuánto tiempo había es-
tado escuchando, es ociosa, pues estamos persua-
didos de que oyó lo suficiente.

Su vista contuvo la cólera de Julián próxima
á estallar.

Los colores subieron á las mejillas de Cees-
tina.

Esta conocía á su hermano mejor que él mis-
mo. Le creía afable, generoso, compasivo, y bue-
no como un ángel, pero sabía que en un rincón

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

Ignorado de su pecho existía un tesoro de fuerza inactiva, de valor ocioso y en cierto modo economizado, que podía hacer explosión en un instante dado con indomable y salvaje violencia.

Julián era un santo. Sólo Celestina sabía en el mundo que esa superficie tranquila ocultaba un temperamento fogoso.

Ella le había observado atentamente porque le amaba con toda su alma, y al sondear ese corazón enfermo, encontró en el fondo un solo sentimiento malo: unos celos furiosos, un odio implacable contra el príncipe Fulvio Coriolani.

Este odio había nacido con el amor que llenaba su existencia.

La primera palabra que oyera de los labios de Angélica fué el nombre del príncipe Coriolani.

Julián sabía que la Doria le amaba.

El príncipe Fulvio era públicamente el prometido esposo de Angélica.

Antes de atentar á sus días había pensado en matar á ese rival, cuya radiante felicidad insultaba su miseria.

Celestina no había visto jamás al príncipe Fulvio Coriolani.

Los vagos recuerdos de aquella noche, esa especie de sueño del cual conservaba una idea confusa, no la preocupaban en aquel momento. Lo que la hacía palidecer era la cólera de Julián; pero la llegada del extranjero debía producir un efecto en su ánimo, que alegraba á la pobre hermana del seminarista.

Pedro Falcone entró sin pedir permiso y dirigióse hacia Julián que aun tenía en la mano la bolsa de perlas.

Pedro Falcone la examinó y preguntó secamente:

—¿El príncipe Coriolani acostumbra á visitantes de noche?

Y sin aguardar contestación, levantó el brazo, y lo examinó minuciosamente.

Julián le miraba estupefacto. No conocía el mundo y por consiguiente ignoraba cómo castigar semejante insolencia. Celestina contestó por él:

—Caballero, aun no nos habéis dicho con qué derecho venís á interrogarnos.

Pedro Falcone dejó el brazo.

—La mano debe conservar la huella de esta quemadura—dijo á media voz.

Después volviéndose hacia Celestina añadió:

—Joven, la casualidad me ha hecho oír las últimas palabras que habéis pronunciado. Habéis dicho: «—Una voz interior me anuncia que nuestra vida va á cambiar...» Esa voz no os ha engañado. Os halláis en presencia del hombre que va á realizar vuestro pensamiento. Vuestra vida cambiará, ya cambia, ya está cambiada, porque desde este momento, vuestro pasado no es más que un sueño angustioso, y podéis sin temor dirigir vuestras miradas hacia un porvenir risueño.

Una sospecha asaltó á Celestina y dijo:

—Este es otro emisario de Loredano Doria.

Julián estrujaba la bolsa entre sus dedos convulsivamente cerrados, no pensando más que en el príncipe Fulvio Coriolani.

—¿Hay algo en este mundo más cruel que la limosna procedente de una mano enemiga?

Pedro Falcone repuso dirigiéndose á Julián:

—Joven, es necesario que me sigáis.

—¿Seguiréis?—repuso Julián—y ¿por qué?

—Vuestro padre Manuel os espera—replicó Pedro Falcone.

A este nombre desvaneciéronse todas las sospechas de Celestina. Julián se acercó al extranjero.

—¿Venís de parte de nuestro padre?—le preguntó.

Pedro Falcone hizo un signo de cabeza afirmativo.

—¿Y no puede acompañarme mi hermana?

—No; la carga que se os quiere imponer, requiere un hombre.

—¿Qué carga? ¿no podéis explicaros más claramente?

Pedro Falcone dijo con acento solemne:

—Joven, no traigo la misión de daros instrucciones. Un hombre más poderoso que yo, os anunciará una buena noticia. Pero sí puedo deciros una cosa: un nombre ilustre es siempre una carga.

—¡Un nombre ilustre!—repitieron á la vez los dos hermanos.

Los ojos de Celestina brillaban. Julián permanecía frío y como perplejo.

Pedro Falcone continuó:

—Habéis invocado una vida nueva; yo me presento á vosotros como el genio mensajero de un cuento de hadas: os traigo la nueva vida; todo un pasado que no es el vuestro y al que debéis enlazaros; amores y odios; una familia y una venganza.

—¡Hablad! en nombre del cielo—exclamó la joven.

Pedro Falcone le dirigió una sonrisa. Luego su mirada se volvió hacia Julián con recelosa desconfianza.

Los ojos de éste brillaban con fuego sombrío mientras repetía:

—¡Amores y odios!... yo tengo mis odios y mis amores.

Pedro Falcone señaló la bolsa que Julián tenía aún en las manos, y consecutivamente la mancha rojiza que había en el brasero.

—Esta bolsa y este brasero son para vos dos armas de doble filo—le dijo:—ambos servirán para

saciar vuestro amor y aplacar vuestro odio. ¡Vámonos!

Julián dió un paso hacia su colchón; luego se detuvo.

—No tengo traje—murmuró,—me lo han robado.

Pedro Falcone extendió su capa y se la echó sobre los hombros.

—Cuando os halléis delante de aquel que debe interrogaros é instruiros—repuso lentamente,—le diréis por qué os presentáis vestido así; esta será vuestra arma tercera, que matará á vuestro enemigo. ¡Vamos!

Julián estaba indeciso. Celestina echó sus brazos alrededor de su cuello y le dijo en voz baja:

—Nunca nos hemos separado, querido hermano; no creo en este hombre, pero tengo fe en Dios y mi corazón me dice que esta hora es solemne. Aquí te aguardaré; vuelve pronto.

Y estuvieron largo tiempo abrazados.

En seguida Julián se irguió y dijo con firmeza:

—Ya estoy dispuesto, vamos.

Pedro Falcone saludó á Celestina.

—Señorita—le dijo saliendo el primero,—no esperaréis mucho tiempo; seguid al que vendrá, como yo, en nombre del buen Manuel Giudicelli, vuestro padre adoptivo.

Celestina escuchó los pasos de su hermano que se alejaba.

Y sentóse al pie de su cama donde poco antes estaba con Julián. El aposento le parecía inmenso y vacío.

Era la primera vez que se veía sola.

Todas esas ideas de esperanza que la habían exaltado, se desvanecieron. Arrepintiése de haber dejado partir á Julián, y su angustia se exhaló en estas palabras que llenaron sus ojos de lágrimas:—¡Y si no volviese á verle!

VI

¡Pobre madre!

El palacio Coriolani era tan superior al palacio Doria como las maravillas florentinas lo son á las elegancias napolitanas. Edificado por Lucas-Mario-Silice, según los planos del gran Brunelleschi, había servido de casa de recreo á los virreyes de la dominación española, y en particular al marqués de Pescara que lo había agrandado y embellecido con la ayuda de los arquitectos toscanos.

El príncipe Fulvio Coriolani, rico entre todos los grandes señores de Italia y que poseía en el más alto grado el gusto de las artes, había restaurado este sin igual modelo que era entonces la mejor joya de Nápoles.

El sol de la mañana penetraba á medias en una rica sala de este palacio, en la cual ninguna colgadura, si se exceptúan algunos ligeros bullo-nes de muselina bordada, ocultaba la espléndida desnudez del artesonado.

Los rayos luminosos llegaban allí por entre el delicado follaje de los mirtos y granados dobles que hacían de la vecina azotea un risueño y fresco bosquecillo.

La brisa entraba también impregnada por los frescos perfumes de las flores de azahar y de la magnolia real.

En esta sala había una mujer.

Nosotros hubiésemos reconocido fácilmente en ella á aquella mujer que excitaba tanto respeto y curiosidad á bordo del *Pausilippe*.

La misma á quien llamaban la «condesa.»

Todavía vestía algo de luto. Su pálido semblante de facciones regulares y dulces, conservaba

esa expresión de timidez triste y algo huraña que habíamos notado en ella á primera vista.

Tenía en la mano una carta abierta.

Esta carta nos revelará su nombre. Iba dirigida:

«A María Magdalena de los Amalfi, condesa viuda de Monteleone.»

Era, pues, la viuda del hombre santo, del ilustre ciudadano, bienhechor de toda una vasta comarca, que había perdido la vida por un acto de heroísmo muy raro en nuestra civilización egoísta, destituida de piedad para con el enemigo caído.

Sin el tinte de tristeza despavorida que daba á veces á su mirada cierta expresión feroz, pudiera decirse que su demencia pasada, no había dejado huella alguna en su rostro dulce y hermoso, y casi pudiera afirmarse que la edad se había detenido en ella, omitiendo en la cuenta de sus años los días perdidos de su locura. Descollaba en efecto una singular juventud, no sólo en sus movimientos y la postura de su cuerpo, sino en la expresión de su semblante.

Estaba sentada en un sofá, delante de la azotea, doblando distraída el papel que tenía en las manos. Sus ojos parecían mirar, sin verla, la magnífica luz que atravesaba el espacio.

Una lágrima humedeció repentinamente sus ojos y rodó por su mejilla.

Esta rapidez exagerada de impresiones le era peculiar y probaba que los sacudimientos de su cerebro la dejaban débil contra todo choque exterior ó íntimo.

—En otro tiempo—murmuró—también la brisa llegaba hasta mí embalsamada y suave. Me parece que era ayer. ¡Pobre memoria mía! ¡Mario! ¡Mario! tu pobre viuda ha pasado años enteros sin rezar una oración por el descanso de tu

alma. ¡Yo no sabía rezar é ignoraba hasta mi luto!

Pero ¡quiero reflexionar!—se interrumpió pasando con lentitud su mano por la frente—es necesario... ¿Quién ha colocado esta carta bajo mi almohada?... La letra me es desconocida, y sin embargo, me habla de mis hijos.

A esta palabra inclinó su cabeza pensativa, repitiendo á manera de lamento:

—¡Hijos míos!

Veíase latir violentamente su corazón bajo la seda negra de su vestido.

Y desdoblando la carta volvió á leerla. La carta estaba concebida así:

«Un antiguo amigo, un pariente de la noble María de los Amalfi le dirige estas pocas líneas, para que reciba á lo menos un buen consejo en la situación extraordinaria y peligrosa en que se encuentra en este momento.

»Se fragua á su alrededor una vasta intriga, pero hay ojos despiertos que velan por su bien.

»Si María de los Amalfi lleva en su corazón el luto que proclaman sus vestidos, se le recomienda que tenga prudencia y separe su mano de la mano del asesino.

»Si María de los Amalfi es madre, tenga vigilancia, y que cada palabra pronunciada á su oído se grave en su espíritu.

»Sus hijos no están lejos de ella. Sus hijos le preguntarán el nombre del asesino.

»El asesino se descubrirá á sí mismo.

»Dentro de pocas horas, María de los Amalfi recibirá otras comunicaciones.»

La carta no llevaba firma.

La pobre María enjugó el sudor de su frente, porque hacía esfuerzos desesperados para comprender aquel mensaje sibilino.

—¡No hay más que él!—murmuró por fin—él

hacia quien mi corazón se dirige tan ardientemente! ¡Si esto es contra él no quiero saberlo! Creo en él, espero en él... Cuando venga le enseñaré esta carta.

Su mirada volvió á fijarse en el papel, y observó el signo que invita á volver la hoja.

Algo había allí escrito.

«Todo estaría perdido—decía el *post-scriptum*—si María de los Amalfi dejase ver esta carta al hombre que conoce con el nombre de príncipe Coriolani.»

María se estremeció, no tanto por esta amenaza como por una voz que oyó repentinamente á sus espaldas.

El menor ruido la impresionaba.

Era una de las tres camareras encargadas de servirla, la camarera principal.

—Su Alteza besa las manos á la señora condesa—dijo ella.—Su Alteza me manda preguntar si la señora condesa está en disposición de recibirle.

María se ruborizó como una niña.

—El príncipe puede venir cuando guste—respondió;—tengo el mayor placer en recibirle.

La camarera se inclinó.

María de los Amalfi añadió:

—¿La señora Paola está de vuelta?

—Viene con Su Alteza—contestó la camarera saludando de nuevo y retirándose.

¡María se puso á temblar, tan viva era su sensación! pero oyendo los pasos de Fulvio al extremo de la galería, hizo un esfuerzo por aparecer tranquila.

Fulvio venía en efecto por la azotea, acompañado de Nina.

Fulvio decía á esta última:

—Casa de los Folquieri, último piso, un cuarto reducido que da á la azotea vecina... es necesario que vea á esa joven; lo quiero

Nina le contemplaba con aire triste.

—¿Y Angélica Doria?—murmuró.

—La suerte de Angélica Doria está en sus manos—replicó Coriolani.

—¡Ah!—dijo Nina.—No estoy celosa de ella, Fulvio, mi buen amigo! Conozco tu corazón mejor que tú mismo, á nadie has amado como á mí.

Fulvio sonreía; Nina frunció sus negras cejas.

—¿Dirías lo contrario?—profirió en tono de súbita amenaza.

—No—replicó Coriolani dulcemente.

—Pero á esa joven la amarás tanto como á mí. ¡Más que á mí! ¡Y serás quebrantado en ese amor, Fulvio! quebrantado por ella, quebrantado por tí mismo, y sólo volverás á mí para morir desesperado!

—¡Bella hechicera!—contestó Coriolani—¡ojalá fuese verdad!

Pero irguiéndose repentinamente le dijo:

—Anda, Fiamma, apresúrate.

—¿Lo mandas?—tartamudeó la gitana mirándole con ternura.

—Lo mando—respondió Fulvio con acento firme.

—Cúmplase tu voluntad, señor—le dijo;—yo sé el talismán que te traerá tu bella desconocida.

—¿Tú lo sabes?—empezó el príncipe.

Pero Nina le interrumpió para preguntar:

—El anciano Manuel Giudicelli, ¿ha recobrado la palabra?

—¿Quién te ha dicho?—exclamó el príncipe sorprendido.

—¡Soy hechicera, señor!—dijo la gitana sonriendo—¡respondedme!

—No—repuso Fulvio.—Manuel permanece siempre mudo, pero el cirujano responde de su vida.

—Pues bien—exclamó Nina—cuando hable preguntale y sabrás cuál es el talismán.

Y besando al pasar las dos manos de la condesa, desapareció tras los floridos arbustos.

Fulvio continuó su camino con lentitud, precedido de un ujier que dijo al entrar:

—¡Su Alteza!

La condesa se levantó para recibir al príncipe, su emoción había llegado al colmo, y era muy desproporcionada ciertamente, en apariencia al menos, á lo que reclamaba la situación.

Su sobresalto contrastaba notablemente con la tranquilidad perfecta del príncipe Fulvio Coriolani.

Este se adelantó hacia María de los Amalfi y llevó una de sus manos respetuosamente á los labios. Luego la condujo al sofá, sentándose á su lado.

La condesa quiso hablar, no pudo y se deshizo en lágrimas.

En seguida, como si alguien hubiese emitido alguna duda respecto á su inteligencia, exclamó:

—Os lo juro, príncipe, no estoy loca, y sin embargo, al veros no puedo permanecer tranquila; en presencia del mismo rey no experimentaría una sensación semejante. Todo lo espero de vos sin saber lo que estáis dispuesto á hacer por mí. ¿Por qué me habéis sacado de la miseria? ¿qué razón habéis tenido para constituirnos en mi providencia? Os ruego que contestéis, porque mi cabeza está aún débil y mi corazón palpita á vuestra vista. Al contemplaros me parece que todo mi pasado va á renacer. Escuchadme y no os buréis; he tenido un sueño hermoso, encantador; he soñado que érais mi hijo, que sois el hijo de mi amado señor, el conde Mario Monteleone, vuestras facciones son las tuyas y poseéis su corazón. He soñado esto, príncipe; y en la sinceridad de mi corazón os daría, hora por hora, día por día,

todos los años que me restan de vida para que este sueño se realizase durante un solo minuto, para que os viese con los brazos abiertos y los ojos llorosos murmurar: «¡Madre mía!... ¡madre mía!»

Estas palabras fueron pronunciadas con extraordinaria exaltación.

Los mismos esfuerzos que hacía la condesa para ocultar el arranque de su pasión, la ponían más de relieve.

Era madre, y aquél era su hijo. Engañar ese inmenso deseo cuando se convertía en certidumbre, significaba para la pobre mujer un golpe cruel.

Mientras hablaba, Fulvio había mudado de color.

Conocíase fácilmente que esa calma de que había entrado armado no era más que una falsa apariencia.

En el momento en que María acabó de hablar, con los brazos tendidos dispuesta á adorar la misericordia de Dios en aquel hijo idolatrado que le devolvía, era de ver cómo se contraían violentamente los labios de Fulvio y se hinchaban las venas de sus sienes.

—Os suplico, señora—respondió éste en voz baja y entrecortada,—que no me quitéis el valor al principio de tan grave entrevista. No ignoro que vuestra razón es lúcida y os lo pruebo diciéndoos: «Miradme y ved el terrible combate que libra mi alma.»

—¡Es verdad!—exclamó la condesa—ese combate debe ser terrible, lo comprendo. Pero ¿por qué tal combate? ¿es tan difícil decir á su madre: «Yo soy tu hijo, abre tus brazos y abrázame?»

Fulvio en este momento era el atleta prepara-

do contra el león que encuentra un perro sumiso á sus pies.

Sus ojos se bajaban ante la madre llorosa. Buscaba palabras y no las encontraba.

La pobre mujer, creyendo que era necesario desplegar toda su elocuencia y defender con todo su corazón causa tan querida y sagrada, juntaba las manos y decía:

—¡Oh! ¿por qué me rechazáis, hijo mío? porque vos sois mi hijo, lo conozco en los arranques de mi alma. ¿Hay algún peligro desconocido? No lo sé, yo he olvidado cuanto existe en el mundo. Quizá tenéis vergüenza de mí porque sois príncipe y el orgullo y el ídolo de la corte. Pues bien, no lo confeséis más que á mí... Yo os guardaré el secreto oculta en un rincón de vuestra casa... Si esto es demasiado pedir, me iré, pero á lo menos que sea después de besarme mi hijo en la frente... después de oír de vuestros labios: «¡madre mía!»

—¡Madre mía!—repitió por fin Fulvio—¿cuánto daría para poderos llamar con este nombre tan dulce, señora!

La viuda de Monteleone bajó la cabeza, y con voz débil murmuró:

—¡Creo que me voy á volver loca!

Fulvio apoyó sus manos sobre su corazón.

—El doctor Daniel me dijo—prosiguió la condesa mirándole á través de sus lágrimas...—«Allí encontraréis el reposo y la felicidad...» ¡Dios mío! vos que me castigasteis tan cruelmente en otro tiempo me hubieseis dado al menos un ataúd donde dormir viva... Os lo pido, Dios mío, con toda mi alma: si me habéis devuelto la razón para sufrir así, volvedme á mi locura!

Fulvio, pálido y con los ojos extraviados por la tortura moral cuyo motivo no podía adivinar la condesa, murmuró:

—Señora, os quedan dos hijos.

María se levantó repentinamente exclamando:

—¡Ah! ¡perdón, hijos míos!... aun estoy loca... Os amaba tanto, Fulvio, que los había olvidado!

VII

Conferencia

El temor y la angustia se habían apoderado del príncipe Coriolani. Sus sienes estaban bañadas de un sudor frío. ¿Iba á destruir en un instante el milagro de la ciencia, operado por el doctor Daniel? ¿Iba la pobre madre á caer otra vez en el abismo de su locura?

Es necesario que por fin expliquemos clara y simplemente el misterio de tan extraña situación. Coriolani se había presentado á esta mujer con la intención de engañarla, haciéndola instrumento de su suprema elevación.

Se le había presentado con la resolución de decirle: «¡Hé aquí á vuestro hijo!»

¡Para decirle precisamente lo que la pobre mujer ilusionada esperaba con tan apasionado deseo, lo que pedía con tantas lágrimas!

Fulvio necesitaba un nombre, una familia, para ser el esposo de Angélica Doria, hija de príncipes, y este nombre y esta familia se los podía dar María de los Amalfi.

Pero este plan combinado por el aventurero Athol en una noche silenciosa entre las ruinas de Martorello; este plan que los papeles encontrados en el fondo del armario del pabellón de Mario Monteleone habían hecho no solamente practica-

ble, sino aun fácil; este plan cuya ejecución había sido empezada con tanta energía por Porporato frente á la tumba de Monteleone, un sencillo incidente acababa de desbaratarlo.

¡Athol, Porporato y Fulvio Coriolani eran un mismo y solo león!

¡León de amor, león de valerosa altivez, león de honor y generosidad en el fondo de la vía tenebrosa que había elegido!

Era un gran corazón quebrantado; el alma de un héroe descarriada en un pecho de bandido.

Fulvio no quería engañar á una madre arrodillada á sus pies.

En aquel momento solemne y doloroso, la farsa le causaba horror.

—¡Ah!—dijo la condesa mirando de repente al príncipe—¿sabéis lo que decía el doctor Daniel?...

«—La locura se acuerda de la locura... la razón se acuerda de la razón.» Demasiado comprendía esto... Cuando se me desvanece la cabeza, ocúrrenseme vagos recuerdos... Ahora mismo me acuerdo de que una noche vi junto á unas ruinas á mi esposo el conde de Monteleone... joven como jamás le había visto... y me parece que érais vos...

—En efecto—replicó Fulvio para guiarla en el laberinto en que su inteligencia debilitada iba descarriándose;—era yo á quien visteis en Martorello...

—¿Y por qué—le interrumpió bruscamente—os parecéis de esa manera á Monteleone, si no sois nuestro hijo?

—Os voy á decir quién soy, señora—repuso el príncipe;—os juro por mi honor que nada os ocultaré.

Estas palabras fueron pronunciadas con el acento que empleamos para tranquilizar á los niños medrosos.

La condesa sonrió con amargura:
—Ya sé cómo se habla á los locos—murmuró.

Entretanto el tiempo había transcurrido. El sol, dando la vuelta alrededor del palacio, no enviaba ya sus rayos al salón, pero brillaba aún en las cimas de los naranjos y mirtos alineados en la azotea.

El príncipe Coriolani y María, condesa de Monteleone, continuaban sentados en el sofá, uno cerca de otro.

Sólo que los papeles habían cambiado: María escuchaba con atención, como un niño inocente á quien se cuenta una maravillosa historia.

Coriolani hablaba.

—No hay esperanza—decía prosiguiendo una larga explicación—de que se sepa nunca el secreto de mi nacimiento. Vine al mundo en el mar; esto es todo lo que sé... El buque que llevaba á mi padre y quizá á mi madre, fué asaltado por unos piratas entre Zante y Cefalónica.

Los piratas fueron á vender el cargamento en un puerto del sur de Italia y me entregaron á una tribu de gitanos errantes. Entonces era yo muy niño.

¡Ah! señora, cuando la casualidad ó la Providencia me hizo dueño en otro tiempo de los secretos de vuestra familia, apoderóse de mí una profunda compasión por tan crueles desgracias.

Y mi espíritu, porque el hombre egoísta todo lo refiere á sí mismo, buscó complaciente relaciones entre mi posición y la de vuestro primogénito.

Debo confesaros que durante esta investigación pasó por mí algo extraño; al dejar el calabozo que aun conservaba las huellas de la sangre de Mario Monteleone, los ojos se me llenaron de lágrimas.

Pero vos también lloráis, señora. Esta fría narración, cuyo objeto es hablaros sólo de mí, os recuerda á vuestro esposo tan querido. Hoy sentís el dolor que no pudisteis experimentar en otras ocasiones, porque el velo tendido ante vuestra inteligencia os ocultaba el colmo de vuestro infortunio.

El duelo de vuestra alma es como el de vuestros vestidos: tardío, pero profundo...

Yo no soy vuestro hijo, pero os profeso un cariño y respeto tal como si lo fuese.

Soy vuestro tutor por voluntad de Dios que ha puesto en mis manos el testamento de Monteleone.

Si vuestro primogénito vive, yo seré su hermano y su amigo; lo juro. Seré también un verdadero padre para los otros dos hijos vuestros.

Aquí se detuvo y la condesa movió lentamente la cabeza.

Abrumábala un abatimiento singular.

Luego tartamudeó bajando los ojos:

—¡Era mi más dulce esperanza... mi sueño más querido!

Después exclamó con vehemencia:

—No soy una mala madre, príncipe; y daría la vida por mi Julián y mi Celestina.

—Pero no sé—añadió inclinando la cabeza sobre el pecho,—si yo hubiese encontrado un hijo tal como vos...

Coriolani la miraba fijamente.

—No me conocéis aún, señora, para manifestar este deseo—dijo con tristeza.

Su fisonomía revelaba una frialdad quizá altiva mientras añadía:

—Lo único que os pido es que no me juzguéis, en tanto que no me conozcáis más.

A su vez la condesa fijó en él sus ojos sorprendidos.

—Juzgaros, príncipe—repitió,—¿y con qué derecho? ¿No soy únicamente vuestra reconocida amiga? ¿No sois mi bienhechor?

—¿No me habéis comprendido, señora?—replicó Fulvio—vengo á deciros: por lo poco que he hecho, pido mi recompensa.

—No, príncipe, no os he comprendí

—Señora—dijo gravemente Coriolani cuya mirada se volvió repentinamente fría é inexpressiva; —el tiempo pasa, y hoy ha de decidirse la suerte de mi vida... Será posible que mis palabras exciten en vos la sorpresa y que quizá os ofendáis é indignéis, pero no está en mí cambiar lo que tengo que deciros. Acordaos solamente de que sois libre de aceptar ó no. Tanto en uno como en otro caso, me comprometo á no hacer nada ni contra vos ni contra vuestros hijos.

Fulvio puso la mano delante de sus ojos como si tuviese necesidad de recogerse.

La condesa fijaba en él una mirada curiosa y tímida á la vez.

Fulvio se irguió súbitamente y dijo:

—Yo no soy príncipe, sino un pobre huérfano que ignoraba hasta el nombre de su familia. Dentro dos horas tengo cita con el rey, y si no he probado con documentos en la mano, con el testamento de mi padre y el testimonio de mi madre, que soy el primogénito y heredero del difunto Mario, conde de Monteleone, ¡estoy perdido!

Los ojos de la condesa brillaron y su semblante mudó de color.

—Es que—exclamó presa de visible excitación—ó he oído mal... ó me vuelvo loca! Decid una palabra, y el testimonio de vuestra madre no os faltará.

—Esa palabra no saldrá de mis labios, señora—replicó severamente Coriolani,—porque sería

una falsedad y ante una tumba y una mujer entulada, me es imposible mentir. Yo soy un extraño bandido, señora; no sé herir más que á los fuertes!

—¡Un bandido!—repitió trémula la condesa.

—Un soldado, si mejor os place; porque no he renunciado á mi propia estimación, y pretendo que mi causa es justa con el mismo título que forma la equidad de la guerra entre pueblos y pueblos, entre reyes y reyes. Yo era antes humilde y pobre, y ahora soy noble y rico; esta es en una palabra toda mi historia, y desde el principio del mundo la historia de todos los conquistadores.

—¡Príncipe!—murmuró María de los Amalfi—mi inteligencia aun débil no comprende lo que me estáis diciendo, habladme como á un niño, y os comprenderé mejor.

—¡Oh! sí—murmuró Coriolani;—yo también en cierto modo soy un niño, pues no he gozado aun las más santas alegrías de la existencia, yo no sé lo que es el beso de una madre, y me parece que Dios no puede dar mayor felicidad á un hijo que la de reclinar su frente en el seno maternal.

Yo he vivido solo, sin apoyo ni consejo. Dios que da la fuerza al león, ¿le previene acaso que no se sirva de ella? Yo abrigaba pasiones voraces y la muerte amenazadora me hacía sonreír...

—¡Dejadme! ¡oh! ¡dejadme hablar, señora! Mi corazón no se ha desahogado jamás y no he tenido amigos que reemplazasen la familia. Desde que experimenté el sentimiento de mi existencia, he tenido á mi lado una joven bella y cariñosa, pero el amor ha acabado por desvanecer la unión de nuestras almas y daría mi mano derecha para poderla llamar hermana.

—¿Paola?—murmuró la condesa.

—Paola... Fiamma... Nina...—respondió Fulvio

con amarga sonrisa—los que hemos nacido sin nombre, tenemos muchos, ya oíréis hablar de ella y de mí. Quizá nos negaréis á los dos...

—¡Negaros, príncipe!

—¿Y por qué no? Aun cuando no os digan más que la verdad, tendréis ese derecho.

—Os juro...—empezó María de los Amalfi.

—Dejadme—interrumpió Fulvio,—dejadme hablar como si pudieseis comprenderme.

Vos sois buena, generosa; sé bien que mis palabras van al fondo de vuestra alma y se graban en ella, y más tarde, cuando comprendáis su sentido que ahora se os escapa, sé que diréis: «—Lo que había en él de noble le pertenecía, lo demás fué el crimen de su destino.»

—Sí, sí—prosiguió animándose;—sé que pensaréis así, viuda del santo que he elegido por mi patrón en el cielo, viuda de Mario Monteleone que tantas veces he visto en sueños, y que tantas otras me ha dicho:

«—Protege á mi esposa y á mis hijos. Para ti no hay salvación en la tierra, tu salvación está en el cielo!»

—¡Oh, mi querida y respetable hermana! ¡Madre mía! Vos me preguntasteis la primera vez que os estreché la mano: «¿Por qué hay lágrimas en vuestros ojos?»

¿Por qué ese llanto en los vuestros, mi dulce amiga? ¿Se sabe por qué en ciertas horas solemnes el corazón se entenece y quebranta? Dentro de algunos minutos estaré frío como el mármol y duro como el acero.

Ahora lloro, los dos lloramos. Amigos ambos de ayer, ¿no os parece que hemos pasado la vida entera amándonos?

—Sí, Fulvio—murmuró la condesa;—os amo con toda la fuerza de mi alma! Os amo tanto, que

pido á Dios un milagro. ¡Sed hijo mío, sed hijo mío!

Coriolani se dejó caer de rodillas, imprimiendo un ferviente beso en las manos de la condesa.

—Si yo fuese vuestro hijo, María, os tomaría en mis brazos para llevaros como un tesoro muy lejos de Nápoles y de Italia. Tan lejos, que no pudieseis jamás oír la voz de aquellos que dentro poco os dirán quizá quién soy.

—Pero ¿quién sois, en nombre del cielo?—exclamó la condesa.

—Yo soy ahora—contestó Fulvio Coriolani con triste calma—el amigo del rey de Nápoles, pero dentro de dos horas seré para vos el bandido sanguinario y cobarde que pasó el cordón de seda en torno del cuello de Mario Monteleone, vuestro esposo!

—¡Por el nombre del mismo Monteleone y por mi salvación eterna—exclamó María exáltada—desaffo á quien intente hacerme creer tan infame calumnia!

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

VIII

La promesa

"ALFONSO REYES"

Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

Fulvio sonreía amargamente. Su proceder estaba en evidente contradicción con su vida entera.

Este hombre que había ganado tantas victorias con sólo mirar en el cielo el astro que llamaba su estrella; este hombre que hacía quince años jugaba, sin perder nunca, el más terrible de los juegos de azar; este hombre que era el foco de las bellas elegancias y nobles grandezas de la corte de Nápoles, se sentía desfallecer en la hora

con amarga sonrisa—los que hemos nacido sin nombre, tenemos muchos, ya oíréis hablar de ella y de mí. Quizá nos negaréis á los dos...

—¡Negaros, príncipe!

—¿Y por qué no? Aun cuando no os digan más que la verdad, tendréis ese derecho.

—Os juro...—empezó María de los Amalfi.

—Dejadme—interrumpió Fulvio,—dejadme hablar como si pudieseis comprenderme.

Vos sois buena, generosa; sé bien que mis palabras van al fondo de vuestra alma y se graban en ella, y más tarde, cuando comprendáis su sentido que ahora se os escapa, sé que diréis: «—Lo que había en él de noble le pertenecía, lo demás fué el crimen de su destino.»

—Sí, sí—prosiguió animándose;—sé que pensaréis así, viuda del santo que he elegido por mi patrón en el cielo, viuda de Mario Monteleone que tantas veces he visto en sueños, y que tantas otras me ha dicho:

«—Protege á mi esposa y á mis hijos. Para ti no hay salvación en la tierra, tu salvación está en el cielo!»

—¡Oh, mi querida y respetable hermana! ¡Madre mía! Vos me preguntasteis la primera vez que os estreché la mano: «¿Por qué hay lágrimas en vuestros ojos?»

¿Por qué ese llanto en los vuestros, mi dulce amiga? ¿Se sabe por qué en ciertas horas solemnes el corazón se entenece y quebranta? Dentro de algunos minutos estaré frío como el mármol y duro como el acero.

Ahora lloro, los dos lloramos. Amigos ambos de ayer, ¿no os parece que hemos pasado la vida entera amándonos?

—Sí, Fulvio—murmuró la condesa;—os amo con toda la fuerza de mi alma! Os amo tanto, que

pido á Dios un milagro. ¡Sed hijo mío, sed hijo mío!

Coriolani se dejó caer de rodillas, imprimiendo un ferviente beso en las manos de la condesa.

—Si yo fuese vuestro hijo, María, os tomaría en mis brazos para llevaros como un tesoro muy lejos de Nápoles y de Italia. Tan lejos, que no pudieseis jamás oír la voz de aquellos que dentro poco os dirán quizá quién soy.

—Pero ¿quién sois, en nombre del cielo?—exclamó la condesa.

—Yo soy ahora—contestó Fulvio Coriolani con triste calma—el amigo del rey de Nápoles, pero dentro de dos horas seré para vos el bandido sanguinario y cobarde que pasó el cordón de seda en torno del cuello de Mario Monteleone, vuestro esposo!

—¡Por el nombre del mismo Monteleone y por mi salvación eterna—exclamó María exáltada—desaffo á quien intente hacerme creer tan infame calumnia!

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

VIII

La promesa

"ALFONSO REYES"

Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

Fulvio sonreía amargamente. Su proceder estaba en evidente contradicción con su vida entera.

Este hombre que había ganado tantas victorias con sólo mirar en el cielo el astro que llamaba su estrella; este hombre que hacía quince años jugaba, sin perder nunca, el más terrible de los juegos de azar; este hombre que era el foco de las bellas elegancias y nobles grandezas de la corte de Nápoles, se sentía desfallecer en la hora

de dar su último combate, y hablaba como Pompeyo en la noche que precedió á la batalla de Farsalia.

¿Qué había pasado por él puesto que ya no poseía el mismo corazón?

Este es el misterio de tales caracteres. La duda los quebranta con más seguridad que á los demás hombres, porque su condición de existencia es la fe. Su pasión es el faro que les guía y la fuerza que los sostiene. Si cesan una hora de desear ardientemente, resbalan y caen.

Coriolani había hecho creer á la corte que era el hijo del mártir de Pizzo.

El rey lo sabía, el príncipe real también; sólo se esperaban las pruebas prometidas.

Estas debían consistir en el testimonio de la madre y en el testamento del padre.

Coriolani poseía este testamento.

Para conquistar el testimonio de la madre viva, aunque loca, se necesitaba un milagro.

Fulvio le había obrado, haciendo abrir á la luz de la razón los ojos de la pobre María de los Amalfi.

Todo estaba, pues, dispuesto para asegurarle el triunfo.

Pero este hombre á quien todo el mundo podía llamar bandido, experimentaba en aquel momento los escrúpulos y delicadezas de un corazón puro.

Su ambición le daba vergüenza.

Dispuesto, pues, á derrocar con pie desdeñoso el pedestal elevado con tantos esfuerzos que le colocaba sobre el nivel del vulgo, dijo á la condesa:

—Señora, no soy de los que no creen en la adhesión y el reconocimiento. Estoy seguro de que creéis imposible tenerme nunca odio ó desprecio.

—¡Oh!—exclamó la viuda de Monteleone—¿odio ó desprecio á vos, príncipe?

Fulvio le tomó la mano y se la besó.

—La calumnia es hábil—repuso—y estáis cerca de enemigos tan poderosos como implacables. Digo enemigos vuestros, porque se tratará de atacar en mi persona á vos y á los herederos de Monteleone. ¿Qué pueden contra mí que estoy cansado de todo y que me anticiparía á caer en sus lazos?

—Pero ¿por qué ese desaliento?—preguntó la condesa.

María de los Amalfi adivinaba vagamente aquella naturaleza incomprensible. Quizá la adivinaba mejor que si su razón hubiese permanecido más firme.

Fulvio repuso después de un corto silencio:

—Señora, podría defenderme y refutar de antemano los ataques que dirigirán á vuestra confianza, pero para esto sería necesario acusarme á mí mismo, discutir, combatir. No quiero hacer tal esfuerzo; sólo os diré lo que os concierne; lo que me atañe personalmente me importa poco.

En la edad de la inexperiencia, la casualidad me hizo dueño de un secreto. Quizá he tardado demasiado en conocer su importancia.

El secreto pertenecía á Mario Monteleone y á vos, señora, su heredera y su viuda.

Quando le conocí hice un juramento que tardé años en cumplir.

Un día sentí la ambición, y me acordé de mi juramento.

La realización de mi promesa me abrió en efecto una nueva senda.

Estos son mis verdaderos crímenes, señora.

Si puede haber una excusa para la ambición que es un sentimiento humano, es decir egoísta

consiste en el amor. Tengo esta excusa. El amor despertó en mí la ambición.

¡Yo amaba! ¡oh! ¡yo amaba ardientemente, señora! Este amor me hizo tan fuerte que salí vencedor en una lucha insensata.

Yo rehice en mí la obra de Dios. El que había venido al mundo humilde y pobre, se colocó al nivel de los poderosos de la tierra por el solo influjo de su voluntad.

Si mi deseo me impeliese á ello, mañana sería primer ministro del rey de las Dos Sicilias, á menos que vos os interpusieseis en mi camino.

Pero vos me lo facilitáis, señora, y sin embargo, matáis á la par todos mis deseos.

En el momento en que la condesa iba á protestar, Coriolani la interrumpió con un ademán.

—Pocos instantes nos quedan—añadió—y aun no os he anunciado el objeto de esta entrevista.

Os he dicho que tenía que pedir os mi recompensa. Para merecerla os devolveré vuestros dos hijos. Sé que están en Nápoles y estoy seguro de hallarlos.

María de los Amalfi murmuró emocionada:

—¡Julián mío! ¡mi pobre Celestina!

—Tengo la convicción—continuó el príncipe—de que sólo yo puedo reconquistar para ellos todo lo que han perdido. El rey me atiende; los ministros me temen; el príncipe real me quiere, y toda la familia del soberano me es adicta. Poseo además los títulos que acompañan el testamento del Maestro; la partida de bautismo de Mario, conde de Monteleone, vuestro primogénito, y los de Julián y Celestina. Por último, conozco uno por uno á todos vuestros enemigos.

La recompensa que pido es la siguiente:

He dicho al rey, al príncipe real y á las augustas princesas que yo era Mario, conde de Monteleone, hijo vuestro. Pero no os lo he dicho á

vos, señora. Si os lo hubiese dicho, lo hubierais creído.

Yo me he comprometido á presentar hoy mismo al rey, en el palacio de la princesa de Salerno, donde estará reunida la familia real, las pruebas de mi nacimiento: esto es, el testamento de mi padre muerto, y el testimonio de mi madre viva.

¿Queréis ayudarme á sostener esta fábula?

No me respondáis hasta que haya terminado.

Concluyo, pues, diciéndoos: cualquiera que sea vuestra determinación y aun cuando rehuséis lo que os pido, cumpliré mi deber como ejecutor testamentario de vuestro difunto esposo. Os entregaré los dos hijos de Monteleone, restituyéndolos al propio tiempo las tres partidas de bautismo que encontré en el armario del pabellón de recreo de Martorello.

El rostro de María de los Amalfi revelaba una indecible sorpresa.

—¿Vuestro deseo es, pues, que renuncie á ayudaros con mi testimonio?—murmuró—en todo lo que decís parece que abogáis contra vos mismo.

—La ambición—respondió Coriolani—hace pasar sobre ciertos obstáculos que no se ven cuando es demasiado violenta. Si la ambición languidece ó muere, los obstáculos vuelven á aparecer y algunas veces al superarlos se experimenta yo no sé qué sentimiento de repugnancia. La idea de oír á una pobre madre llamar hijo suyo al que no lo es, es para mí uno de esos obstáculos, y mi ambición desaparece.

—¿Ya no la sentís?

—Tengo otra ambición, y quisiera poder decir que ya no amo.

La imagen de Angélica Doria, tan bella y tan suave, pasó quizá en aquel momento ante sus ojos

que levantó hacia el cielo revelando en sus facciones una mortal tristeza.

—No sé si os habría comprendido en otro tiempo, señor—prosiguió la condesa;—pero hoy que vuestros beneficios me han devuelto el pensamiento, aunque débil todavía, creo entrever vuestros enigmas. Ignoro por qué habéis perdido el valor, y la causa de ese cambio súbito y visible que se ha operado en vos desde el principio de nuestra entrevista. No sé siquiera el nombre de la que era como el alma de vuestra ambición; solamente la compadezco si ya no la amáis, porque siento dentro de mí que ella os amaba, ó más bien, siento que es imposible dejar de amaros.

Yo, aun cuando viviese cien años, no podría olvidar cómo mi corazón ha latido ante la idea de que era vuestra madre.

Y ahora que me habéis desengañado, ahora que me proponéis fría, casi desdeñosamente, yo no sé qué contrato que os causa horror á vos mismo, estoy triste, sí, pero no os guardo rencor.

Siento que no podáis ser la gloria de nuestra restablecida familia, pero no por ello dejo de amaros.

Tal vez no he podido adivinar bien el objeto de lo que me proponéis; no obstante, sea este el que fuere, no me ruborizo de decir: acepto.

—¿Aceptáis, señora?—exclamó Fulvio sorprendido.

Sus mejillas pálidas se sonrojaron débilmente. La condesa le contemplaba sonriendo.

—¿Por qué me había de ruborizar llamándoos hijo mío, Fulvio?—repuso—mi más halagüeña ilusión ¿no era que me llamaseis «madre mía»? ¡Ojalá fuese posible reanudar este lazo tan prontamente roto! Si tuviese á mi lado á mi hija, le diría: «¡Hé aquí al que debes amar!»

El príncipe levantó vivamente la cabeza para

hablar, pero no se atrevió á modular su pensamiento.

En su lugar, una sonrisa de amarga melancolía vino á entristecer la noble belleza de sus facciones.

—Eso le diría, Fulvio—prosiguió la condesa,—como diré al rey Fernando de Borbón: «Este es el primogénito de Mario, conde de Monteleone, mi difunto esposo!»

IX

Suegro y yerno

Era cerca de medio día. La casa del señor Johann Spurzeim, jefe de policía, estaba enlutada por su parte exterior, y el clero de Santa María del Carmen, su parroquia, velaba en el aposento de Bárbara Spurzeim, transformado en resplandeciente capilla.

Todos compadecían al desgraciado esposo, harto débil y enfermo para soportar tan terrible golpe.

Era un buen matrimonio; uno de esos matrimonios solitarios y retirados en que el hombre lo es todo para la mujer y la mujer todo para el hombre.

Los sacerdotes comentaban la desgracia diciendo:

—El honrado señor no llevará luto mucho tiempo. Dios reunirá en el cielo á los que tanto se amaban en la tierra.

Johann Spurzeim había querido probar una vez más la ternura que profesaba á su querida esposa, disponiendo unos funerales espléndidos. El clero de Santa María del Carmen no podía dudar de que un matrimonio compuesto de una esposa tan

que levantó hacia el cielo revelando en sus facciones una mortal tristeza.

—No sé si os habría comprendido en otro tiempo, señor—prosiguió la condesa;—pero hoy que vuestros beneficios me han devuelto el pensamiento, aunque débil todavía, creo entrever vuestros enigmas. Ignoro por qué habéis perdido el valor, y la causa de ese cambio súbito y visible que se ha operado en vos desde el principio de nuestra entrevista. No sé siquiera el nombre de la que era como el alma de vuestra ambición; solamente la compadezco si ya no la amáis, porque siento dentro de mí que ella os amaba, ó más bien, siento que es imposible dejar de amaros.

Yo, aun cuando viviese cien años, no podría olvidar cómo mi corazón ha latido ante la idea de que era vuestra madre.

Y ahora que me habéis desengañado, ahora que me proponéis fría, casi desdeñosamente, yo no sé qué contrato que os causa horror á vos mismo, estoy triste, sí, pero no os guardo rencor.

Siento que no podáis ser la gloria de nuestra restablecida familia, pero no por ello dejo de amaros.

Tal vez no he podido adivinar bien el objeto de lo que me proponéis; no obstante, sea este el que fuere, no me ruborizo de decir: acepto.

—¿Aceptáis, señora?—exclamó Fulvio sorprendido.

Sus mejillas pálidas se sonrojaron débilmente. La condesa le contemplaba sonriendo.

—¿Por qué me había de ruborizar llamándoos hijo mío, Fulvio?—repuso—mi más halagüeña ilusión ¿no era que me llamaseis «madre mía»? ¡Ojalá fuese posible reanudar este lazo tan prontamente roto! Si tuviese á mi lado á mi hija, le diría: «¡Hé aquí al que debes amar!»

El príncipe levantó vivamente la cabeza para

hablar, pero no se atrevió á modular su pensamiento.

En su lugar, una sonrisa de amarga melancolía vino á entristecer la noble belleza de sus facciones.

—Eso le diría, Fulvio—prosiguió la condesa,—como diré al rey Fernando de Borbón: «Este es el primogénito de Mario, conde de Monteleone, mi difunto esposo!»

IX

Suegro y yerno

Era cerca de medio día. La casa del señor Johann Spurzeim, jefe de policía, estaba enlutada por su parte exterior, y el clero de Santa María del Carmen, su parroquia, velaba en el aposento de Bárbara Spurzeim, transformado en resplandeciente capilla.

Todos compadecían al desgraciado esposo, harto débil y enfermo para soportar tan terrible golpe.

Era un buen matrimonio; uno de esos matrimonios solitarios y retirados en que el hombre lo es todo para la mujer y la mujer todo para el hombre.

Los sacerdotes comentaban la desgracia diciendo:

—El honrado señor no llevará luto mucho tiempo. Dios reunirá en el cielo á los que tanto se amaban en la tierra.

Johann Spurzeim había querido probar una vez más la ternura que profesaba á su querida esposa, disponiendo unos funerales espléndidos. El clero de Santa María del Carmen no podía dudar de que un matrimonio compuesto de una esposa tan

bien enterrada y de un marido que enterraba tan bien, no se reuniese felizmente en un mundo mejor.

Durante las exequias, Johann estaba en su aposento dormitorio almorzando en compañía del joven y buen doctor Pedro Falcone.

Johann chupaba un trozo de mazapán mojado en vino de Tokay; Pedro Falcone, menos delicado, rociaba con una botella de vino siciliano un pastel de volatería.

Johann pensaba con toda dulzura:

—¡Quién diría que este hermoso mancebo se irá también como los otros! El punto vulnerable reside en el estómago para las personas de buen apetito.

Y exhalando un gran suspiro, añadió:

—La pobre Bárbara apenas comía. Es extraño que aun conservase fuerzas para estrangular á Tesoro...

—Amigo Falcone — se interrumpió, —cuidad de comprarme otro *King's Charles* y devolvedme las pastillas que quedaron en la cajita de oro.

Pedro Falcone elevó su vaso dirigiéndole una sonrisa.

—¡A vuestra salud, señor! —le dijo;— desde ayer habéis ganado un ciento por ciento.

Johann se irguió como un gallo.

—La pobre Bárbara estaba en la creencia de que llevaría luto de viuda —replicó;— la echaré de menos, Falcone, pero no tanto como creía. Os ruego que me devolváis la cajita de oro.

El doctor bebió un sorbo de Takay.

—Señor —respondió, —hago colección de todas esas baratijas; así, vuestra cajita de oro está en mi escritorio junto con la de Bárbara de Monteleone.

—¿Con las pastillas?

—Por supuesto. Son tan exactamente parecidas,

que al verlas una al lado de otra, no se nota diferencia. No hay cosa más elocuente que los objetos materiales, señor.

—¿Coleccionas ya armas contra mí, hijo mío? —murmuró Johann con acento compungido.

—Existen dos especies de armas, señor —respondió el médico impassible y sin perder bocado;— existen armas ofensivas y defensivas: la espada que hiere, el escudo que para el golpe... Francamente, contra vos no creo tener necesidad de espada... Pero los acontecimientos de esta noche me han dado una alta idea de vuestra habilidad; así es que no desdeño el escudo.

—¡Ah! —dijo Johann suspirando;— el mundo será siempre el mismo. Poned afecto en un hombre, y tendréis en él un ingrato. Guarda tu escudo, Falcone, mi pobre amigo, que no te deseo ningún mal!

El doctor se servía un alón de pollo.

—Señor —le dijo, —sed justo y franco: ¿no es mejor que pueda siempre sentarme á la mesa confiadamente y beber de vuestro vino, que en verdad es exquisito?

—¡Qué! —exclamó el Jefe de policía;— ¿supondrías?...

—¡Bah! señor, no queráis echarme de menos como á la pobre Bárbara.

Johann guiñó sus ojillos grises.

—Esta mañana te veo jovial, mi digno camarada —murmuró;— te aprecio sobre todo por tu carácter alegre. Veamos, hablemos formalmente... ¿el joven está aquí?

—Y se impacienta ya de no ver á Manuel. Quiere volver al lado de su hermana.

—¡Quiere! ¡quiere! ¿Sabes que es una extraña historia ese suicidio, esa ventana abierta por un bandido que huye, esa bolsa que lleva el nombre misterioso de Coriolani, y esa quemadura provi-

dencial? Falcone, vamos á ser ricos y poderosos!

—Mucho tiempo he sido débil y pobre, señor.

—Y has sufrido una cruel injuria...

—Que por cierto no he olvidado.

—Pero cuando es uno poderoso y rico, puede vengarse, amigo mío.

—Tranquilizaos, señor; rico ó pobre, débil ó fuerte, pondré los medios para vengarme.

Concluído su mazapán, Johann experimentaba ese bienestar que sigue á una comida copiosa y bien digerida.

—¡Bien, bien! mi excelente compañero—le dijo dando vueltas á sus pulgares sobre el cobertor, en el que se veían las migajas del dulce;—esta noche queríais precipitaros...

—Dejemos eso—interrumpió Pedro Falcone.

Johann repuso:

—Deseo que la idea de que os quiero mal no os prive de vuestro apetito, camarada. En cuanto á la venganza, durmiendo os ha de llegar, así como la fortuna, siempre que no pretendáis tratar de igual á igual con el que es vuestro señor.

—¿Quién es mi señor?—preguntó Pedro Falcone arrugando las cejas.

—Un pobre enfermo—replicó Johann—que derribaríais con sólo soplarle.

Y se interrumpió para añadir con voz estridente:

—Pero que os quebrará como una brizna de paja el día que tratéis de resistirle.

Falcone se levantó, pero volvió á sentarse llenando su vaso.

—Guarda tus dos cajitas de oro, hijo malvado—prosiguió el Jefe de policía sin cuidar de ocultar su desdén;—si yo no valiera más que tú, ó mejor, hablemos francamente, si yo no tuviese necesidad de ti, tus dos cajitas de oro te llevarían al patíbulo; pero no temas: me convienes y, no serás

nunca bastante fuerte para que puedas servirme de estorbo. Volvamos á nuestros asuntos: ¿qué tal te parece la niña?

Pedro Falcone detuvo el bocado que llevaba á la boca. Sus ojos brillaron.

—¿La amas ya?—exclamó Johann.

—No—replicó Falcone;—pero hay otra cosa mejor: creo que Coriolani la ama.

—Entonces son dos—dijo Johann;—Loredano Doria y Fulvio Coriolani. Conozco más de una princesa que quisiera hallarse en lugar de esta niña.

Ya ves cómo todo se arregla, amigo Falcone; no hay necesidad de poner la mano en ello. Estos dos hombres que estorban nuestro camino se devorarán algún día, y nosotros seremos tranquilos espectadores de la lucha. Los necios dirán: «—Es la casualidad...» Pero habrá á lo menos dos personas, amigo Falcone, tú y yo, que sabrán que la casualidad aquí tiene otro nombre y que el pobre moribundo Johann Spurzeim les ha azuzado... ¿Qué ha dicho el seminarista durante el camino?

—No ha hablado sino de su padre Manuel.

—¿Y la muchacha?

—No he traído á la muchacha.

Johann brincó bajo su cobertor.

—¿Y dices que Coriolani está enamorado de ella?—exclamó.—Tira del cordón, desgraciado, tira pronto.

El doctor agitó inmediatamente una campanilla, cuyo cordón colgaba sobre la chimenea. El sonido vibró en el piso superior.

Casi al mismo tiempo el techo de la cama se abrió.

—¡Toma!—dijo la voz atiplada de Beccafico;—el hombre de ayer está aún ahí. Buenos días, Excelencia: ¿cómo os halláis?

—Mejor, querido; gracias á Dios, mi convalecencia camina á pasos agigantados. Bágame recado de escribir y la correspondencia.

—Hay más que la correspondencia—dijo Beccafico.

—Bueno, bájalo todo.

La tablita empezó á descender lentamente.

Al mismo tiempo, y á pesar de estar cuidadosamente cerradas las ventanas, pudieron oirse las campanas de Santa María del Carmen echadas á vuelo.

—¡Doblan por la pobre Bárbara!—murmuró Johann;—ayer á esta hora estaba aquí, á la cabecera de la cama... ¡lo que somos!

Sobre la tablita había muchas cartas y un pequeño paquete cúbico. También estaba el recado de escribir.

Johann escribió en un pliego de papel.

—Tú mismo debes ir inmediatamente—dijo á Beccafico.—Toma dos agentes y que la niña esté aquí antes de media hora.

La tablita volvió á subir. Johann había puesto sobre el cobertor su correspondencia y el paquete cuadrado envuelto en un papel. Le palpó y se sonrió mirando al doctor de reojo.

—¿No sabes, amigo?—murmuró;—¿no sabes?... felizmente el pobre moribundo tiene talento para los dos. ¡Qué diablo! se os paga para que sepáis que el caballero de Athol no anda con rodeos...

Las facciones de Pedro Falcone pusieronse sombrías y colocó á su lado el cuchillo y el tenedor.

—¡No! ¡no!—dijo Johann;—¡comamos bien! ¡bebamos mejor! ¡aun nos queda por dar hoy una buena embestida!

Mientras hablaba así, deshacía el paquete cuadrado. El doctor oyó como un sonido de metal, y vió desaparecer un objeto brillante entre las sábanas del director de policía. Pero en aquel apo-

sento no había nunca mucha luz. Parecía el tocador de una vieja coqueta.

Johann sonreía cada vez con más jovialidad. Y sin embargo aun no había abierto las cartas. El paquete cuadrado debió causarle esta alegría.

—¿Dicen que esa niña es bella como los ángeles?

—Muy bella—replicó lacónicamente Falcone.

—¡Ves tu suerte, buen amigo! La pobre Bárbara tenía más de cuarenta años, era horrible y repugnante, sin que trate de ofender su memoria. En el cambio ganas: primero, no cargar con la pobre Bárbara; segundo, adquirir una joya de dieciséis años que te aporta una fortuna de príncipe y el honor de ser yerno del señor Johann Spurzheim, futuro conde de Monteleone y primer ministro de S. M. el rey Fernando de Nápoles.

—Para alcanzar esto—dijo Falcone mirándole de frente,—es necesario que la viuda de Monteleone consienta en casarse con vos, señor.

—Sí, hijo mío—replicó Johann guiñando el ojo con malicia;—sí, mi buen yerno Falcone, eso te asusta, ¿no es verdad? Tú consideras imposible que una mujer consienta en casarse con un moribundo como yo...

—Señor—interrumpió el doctor,—lo único que considero imposible es que María de los Amalfi pueda casarse con David Heimer.

No por esta alusión perdió Johann su sonrisa.

—Cuando pronuncies ese nombre, querido amigo—dijo con dulzura,—habla más bajo, si no quieres que te suceda alguna desgracia. Y, sin embargo, en el fondo este nombre vale lo que otro... El hombre que le llevaba, salido de muy baja esfera, ha jugado más de una partida difícil y todas las ha ganado.

Su mirada tomó ese aire de satisfacción que le era habitual. Jamás hombre alguno se ha senti-

do más imperturbablemente satisfecho de sí mismo que el buen señor Johann Spurzeim.

—Voto á... yerno mío—repuso haciendo al doctor una señal de cariñosa amenaza,—¿conque también sabemos la historia de Martorello?

—Sí, señor.

—¿Se puede saber por qué conducto?

—La sé; ¿qué importa lo demás?

—Tenéis razón. Y ¿qué os parece del medio puesto en práctica por David Heimer?

—Odioso, señor—respondió Falcone sin titubear.

—¡Eh! ¡eh!—dijo Johann Spurzeim;—sois un moralista severo, mi querido yerno, yo declaro el procedimiento atrevido é ingenioso. Es una de las estratagemas más sutiles que he visto en mi vida, servirse de una loca para arrimar la pólvora al fuego; es hábil, es prudente, no deja huella...

—Pero—dijo Falcone levantándose—no debe pretender casarse en seguida con la loca.

—¡Ven á sentarte aquí, yerno mío!—exclamó alegremente el jefe de policía;—ven á la cabecera de mi cama, como un hijo cariñoso, y hablemos un poco de medicina que es tu especialidad. ¿Has estudiado á fondo la locura?

—Lo suficiente para discutir con vos.

—¡Eh! Es decir, que soy un pobre ignorante, pero tengo un excelente carácter, y cuando estamos juntos, formaremos una familia muy unida. Si has estudiado á fondo la locura, debes saber la teoría de las dos memorias.

—La conozco.

—Tómame el trabajo de explicármela.

—Los autores han establecido—replicó Falcone, —y la experiencia lo ha probado, que el loco, en sus períodos de demencia, recuerda los hechos que se han producido sucesivamente durante sus diversas crisis.

—Muy bien.

—Y que el loco curado, al atravesar un período lúcido, recuerda los hechos que se produjeron antes de su enfermedad ó durante los otros intervalos lúcidos.

—Perfectamente. Y estas dos memorias no se mezclan nunca.

—Así aparece auténticamente demostrado.

—¡A las mil maravillas! entonces ya comprenderás que no debo tener inconveniente en abordar á María de los Amalfi, viuda del conde Monteleone, pues para que se acordase del arma que puse en su mano el 13 de Octubre de 1815, sería necesario que estuviese loca, y á las locas que hablan no se las cree, yerno mío.

Y abrió una de las cartas de su correspondencia.

Falcone se puso á toser con aire de duda.

Johann introdujo precipitadamente su mano bajo las sábanas como si hubiese querido sacar alguna cosa, pero se serenó y su mano salió vacía.

—¡Cómo suenan esas campanas!—murmuró:—no se podrá decir que no son unos funerales suntuosos y dignos.

—¡Oh!—se interrumpió recorriendo la primera carta á que echó mano;—nuestros amigos de la cárcel Mayor oponen dificultades.

—¿A quién llamáis nuestros amigos de la cárcel Mayor?—preguntó el doctor.

—A esos títeres que he hecho danzar esta noche en el palacio Doria—respondió Spurzeim,—los Malatesta, los Sampieri, los Colonna y otros. ¡Se le ha ocurrido retroceder! pero cuando tengo á alguien, le tengo bien asegurado, amigo Falcone. Ahora nuestros hombres se hallan poseídos de mejores sentimientos. Dentro de una hora estarán en libertad, y dentro de dos representarán la escena segunda de su comedia.

—¿Puedo saber?...

—¡Inútil! cuando sea tiempo, se os apuntará vuestro papel al oído. ¡Otra historia! Esta noche han llevado un herido al palacio Coriolani, un anciano, indudablemente es Manuel Giudicelli, á las diez de esta mañana aun no había recobrado la palabra. Su médico es el doctor Antonio Doni ¿le conocéis, yerno mío?

—Soy uno de sus discípulos, señor.

—Bravo, amigo.

—¿Por qué bravo?

—Porque es necesario que este Manuel no recobre la palabra.

—¿Y de qué sirven mis relaciones con el doctor Antonio Doni?

Johann abrió la tercera carta.

—¡Oh! ¡oh!—dijo;—conocéis mucha gente, mi querido yerno. Luego contestaré á vuestra pregunta. Permitidme saber antes qué clase de relaciones existen entre vos y esa hermosa joven conocida en Nápoles con el nombre de Nina Dolci?

—Esto es cosa mía, señor—replicó Falcone.

Johann le lanzó una ojeada rápida y tan penetrante que el doctor bajó los ojos involuntariamente.

—¡Vamos!—dijo el jefe de policía con repentina bondad;—no quiero penetrar vuestros secretos, yerno mío, hé aquí otra carta que me habla de mi noble prometida, la condesa viuda de Monteleone. También ha pasado la noche en el palacio del glorioso Fulvio. Todo va tanto mejor cuanto debe considerarse armado de pies á cabeza; es un mozo inteligente, no se puede decir lo contrario.

Y cesando de hablar súbitamente, se abismó un instante en sus pensamientos.

—Sea dicho entre nosotros, yerno mío—repuso después de un corto silencio con acento que contrastaba por su seriedad con el tono sarcástico que

le era habitual:—es hora ya de que nos ocupemos de nuestras nupcias.

X

Tela de araña.

—Para que seamos los felices esposos—continuó Johann Spurzeim,—tú de la heredera de Monteleone y yo de su viuda, son indispensables dos cosas.

Primeramente, que Manuel no recobre el habla, y para ello, sólo conozco una parálisis: ¡la muerte!

En segundo lugar, como no puedo ir á hacer la corte á la noble María de los Amalfi, es indispensable que ella se tome la molestia de venir á mi humilde casa.

Estas son dos precauciones delicadas y difíciles; cuento contigo para llevarlas á cabo.

—¿Matar al viejo Manuel Giudicelli y robar á la condesa?—profirió friamente Pedro Falcone.

—¡Exactamente!—contestó Johann;—tú reduces las cosas á su más sencilla expresión. No me desagrada eso.

—Señor—dijo Pedro Falcone,—para que no haya confusiones llamo las cosas por su verdadero nombre. Ni quiero matar á Manuel, ni robar á la condesa.

—¡Bah!—exclamó el jefe de policía;—y ¿por qué no quieres, yerno mío?

—Porque es peligroso, señor, y he resuelto no exponerme á ningún peligro personal.

—¡Buena idea!—exclamó Johann sonriendo;—más me gusta verte así que no poniendo reparos. Sin embargo, si se te suplicase...

—Sería inútil.

—¡Inútil! cuando sea tiempo, se os apuntará vuestro papel al oído. ¡Otra historia! Esta noche han llevado un herido al palacio Coriolani, un anciano, indudablemente es Manuel Giudicelli, á las diez de esta mañana aun no había recobrado la palabra. Su médico es el doctor Antonio Doni ¿le conocéis, yerno mío?

—Soy uno de sus discípulos, señor.

—Bravo, amigo.

—¿Por qué bravo?

—Porque es necesario que este Manuel no recobre la palabra.

—¿Y de qué sirven mis relaciones con el doctor Antonio Doni?

Johann abrió la tercera carta.

—¡Oh! ¡oh!—dijo;—conocéis mucha gente, mi querido yerno. Luego contestaré á vuestra pregunta. Permitidme saber antes qué clase de relaciones existen entre vos y esa hermosa joven conocida en Nápoles con el nombre de Nina Dolci?

—Esto es cosa mía, señor—replicó Falcone.

Johann le lanzó una ojeada rápida y tan penetrante que el doctor bajó los ojos involuntariamente.

—¡Vamos!—dijo el jefe de policía con repentina bondad;—no quiero penetrar vuestros secretos, yerno mío, hé aquí otra carta que me habla de mi noble prometida, la condesa viuda de Monteleone. También ha pasado la noche en el palacio del glorioso Fulvio. Todo va tanto mejor cuanto debe considerarse armado de pies á cabeza; es un mozo inteligente, no se puede decir lo contrario.

Y cesando de hablar súbitamente, se abismó un instante en sus pensamientos.

—Sea dicho entre nosotros, yerno mío—repuso después de un corto silencio con acento que contrastaba por su seriedad con el tono sarcástico que

le era habitual:—es hora ya de que nos ocupemos de nuestras nupcias.

X

Tela de araña.

—Para que seamos los felices esposos—continuó Johann Spurzeim,—tú de la heredera de Monteleone y yo de su viuda, son indispensables dos cosas.

Primeramente, que Manuel no recobre el habla, y para ello, sólo conozco una parálisis: ¡la muerte!

En segundo lugar, como no puedo ir á hacer la corte á la noble María de los Amalfi, es indispensable que ella se tome la molestia de venir á mi humilde casa.

Estas son dos precauciones delicadas y difíciles; cuento contigo para llevarlas á cabo.

—¿Matar al viejo Manuel Giudicelli y robar á la condesa?—profirió friamente Pedro Falcone.

—¡Exactamente!—contestó Johann;—tú reduces las cosas á su más sencilla expresión. No me desagrada eso.

—Señor—dijo Pedro Falcone,—para que no haya confusiones llamo las cosas por su verdadero nombre. Ni quiero matar á Manuel, ni robar á la condesa.

—¡Bah!—exclamó el jefe de policía;—y ¿por qué no quieres, yerno mío?

—Porque es peligroso, señor, y he resuelto no exponerme á ningún peligro personal.

—¡Buena idea!—exclamó Johann sonriendo;—más me gusta verte así que no poniendo reparos. Sin embargo, si se te suplicase...

—Sería inútil.

—¿Si se te amenazase?

—¡Probadlo!—dijo Pedro Falcone poniendo un mondadientes entre sus labios.

Johann le miraba con esa sonrisa picaresca y bondadosa que le era familiar.

El doctor tosió por segunda vez. Sin duda era un medio de conservar su serenidad bajo la mirada burlona del jefe de policía. Pero éste lo tomó por otro lado.

—Es necesario cuidar esa tos, yerno mío—le dijo con acento afectuoso;—me recuerda la de la pobre Bárbara.

Falcone arrugó el entrecejo.

Johann introdujo vivamente su mano entre las sábanas añadiendo con un gran suspiro:

—¡Nada he escaseado para sus funerales.

Esta vez su mano sacó un objeto de pequeñas dimensiones que brilló á la dudosa luz de la alcoba, y el cual ofreció á Falcone diciendo con sencillez:

—Son contra la tos, yerno mío. La pobre Bárbara tenía gran confianza en ellas.

Falcone tomó el objeto con cólera. Sus mejillas palidieron.

—¡Habéis enviado agentes á mi casa!—exclamó.

—Una pastilla contra la tos—repitió Johann.

Falcone le lanzó una mirada sangrienta. Al primer golpe de vista había reconocido una de sus cajitas de oro.

Johann sonriendo siempre, introdujo de nuevo su mano bajo las sábanas y sacó una segunda cajita exactamente semejante á la primera.

—Amigo, ¿preferís tomarla de esta? No me acuerdo bien cuál es la buena.

Y arrojó la segunda cajita á las rodillas de Falcone que temblaba de cólera.

—Acordaos bien de esto, yerno mío—murmuró

dejando de sonreír—soy muy fuerte... y vos no pasáis todavía de aprendiz...

—Pero ahora que estas dos cajitas están en mi poder...—profirió Pedro Falcone.

Johann se puso á leer en alta voz un papel que había entre las cartas:

«Informe dirigido á Su Excelencia el jefe de policía por Jacobo Civetta, inspector de tercera clase, relativo al embargo verificado en el domicilio del señor Pedro Falcone, doctor en medicina de la facultad de Bolonia, cuyo embargo consiste en dos cajas de oro con las iniciales de Bárbara Spurzeim, esposa del susodicho señor...»

Los puños de Falcone se crisparon y lanzó un sordo gemido.

—Soy muy fuerte...—repitió Johann interrumpiéndose para sonreír otra vez;—¿convenís en ello, yerno mío?

En el techo de la cama oyóse un ruido súbito.

—El carruaje del ministro de Estado acaba de detenerse delante de la puerta de las oficinas—dijo la voz de Beccafico.

Johann sintió un temblor inmediatamente reprimido.

—De pie, Falcone—ordenó con dureza,—y en guardia.

El doctor se levantó como á pesar suyo.

Johann prosiguió hablando á Beccafico invisible.

—Supuesto que Su Excelencia se digna visitar á un pobre moribundo, manda abrir todas las puertas, y dispón las cosas de manera que el señor ministro tenga que atravesar el aposento mortuario. No le ocultes que estoy malo, muy malo. ¡Ay! la desgraciada y prematura muerte de la pobre Bárbara me ha descargado el último golpe. ¡Anda!

La trampa se cerró.

—Amigo—dijo Johann á Falcone,—esto no es

una casualidad; soy muy fuerte. Al pasar dirás algunas palabras al seminarista para que tenga paciencia; no tendremos necesidad de él hasta después de mi entrevista con la condesa. Dentro de diez minutos debes estar en el palacio de Coriolani.

—Pero, en nombre del cielo—exclamó Falcone con verdadera desesperación;—¿cómo quieres que lo haga?

Johann se encogió de hombros.

—El doctor Antonio Doni—replicó,—ha partido esta mañana para Salerno, y no casualmente; yo atiendo á todo, pero esto puede parecer una casualidad; como la visita del ministro...

Aquí dejó escapar su risita y prosiguió:

—Esto por lo que respecta á Manuel. En cuanto á la condesa, recibió esta mañana una esquila amorosa, y tú hallarás en la puerta del palacio de Coriolani un carruaje parecido á los del glorioso Fulvio. Lo demás á ti te concierne. ¡Qué diablo! los médicos se substituyen; es un servicio de fraternidad. Y cuando se trata de una pobre madre que busca á sus hijos... Pero hé ahí á Su Excelencia. ¡Vete!

Pedro Falcone salió por el corredor que conducía al antiguo gabinete de labor de Bárbara Spurzeim. En este gabinete Julián aguardaba, inquieto y triste por verse separado de su hermana.

Falcone entró allí corriendo; parecía loco. A la vista del vasto sillón donde se había sentado Bárbara la noche precedente, palideció y se detuvo.

Johann había abierto precipitadamente el pequeño armario oculto en la cabecera de su cama, y acercado á su oído el instrumento compuesto de un pabellón de marfil pegado á un cordón hueco y flexible.

—¿Me venís á buscar?—preguntó Julián á Falcone.

—A ver lo que va á contestar—pensó Johann que había oído perfectamente la pregunta;—no es muy avisado, pero tampoco me gustan las personas demasiado listas.

—De vos se trata—replicó Falcone;—esta es la casa del diablo.

Johann se echó á reír encogiéndose de hombros.

El techo de su cama crujió ligeramente, y mientras caía un papel sobre el cobertor, la voz de Beccafico dijo:

—Privato conduce á Su Excelencia por los aposentos enlutados.

El papel contenía estas palabras:

«No se ha encontrado á la joven en casa de los Folquieri.»

Johann apoyó su dedo en la frente. En el corredor vecino se oían pasos.

—Será necesario aprovecharse de esto—refunfuñó cerrando su pequeño armario;—el buen jugador se aprovecha de todo, y yo no he encontrado, en cincuenta años, otro jugador tan hábil como yo.

Después de haberse hecho así justicia, Johann acomodó la cabeza sobre la almohada y se puso á respirar fatigosamente, porque la puerta se abría.

—Tómese Su Excelencia la molestia de pisar quedo—decía Privato apareciendo en el umbral con la pluma tras la oreja;—Su Señoría está muy delicado.

Johann le concedió *in petto* un ducado de gratificación aunque no abusaba de las gratificaciones, pero tenía con frecuencia la «intención» de recompensar los buenos servicios.

La historia no dice que el flaco y famélico Privato, poeta distinguido, recibiese su ducado.

—Esto nuele á muerto—murmuró el ministro al entrar.

Privato volvió á cerrar la puerta tras de sí.

El señor Carlos Piccolomini, ministro de Estado del rey Fernando de Nápoles, se adelantó algunos pasos guiándose con su caña de Indias como un ciego. Su altivo semblante denotaba una expresión ambigua de repugnancia y desconfianza.

—¿Estáis acostado, señor Johann Spurzeim?—preguntó al llegar cerca de la mesa donde el doctor Pedro Falcone almorzara poco antes.

Johann exhaló media docena de dolorosos gemidos y respondió:

—¡Ah! señor Piccolomini, vuestro proceder es el de un alma noble y cristiana... Venís á visitar á un subalterno que hace su hatillo para el otro mundo. Es hermoso... es sublime en este siglo de refinado egoísmo. Pero vos poseéis un corazón excelente, mi querido y respetable señor... ¡Ay! ¡Dios mío! ¡ay! ¡Virgen Santa! ¡cuánto se ha de sufrir para que el alma abandone su miserable prisión!

El ministro de Estado estaba en la cabecera de la cama. Sus ojos, habituados poco á poco á la obscuridad, empezaban á distinguir la faz macilenta, rugosa y cadavérica del jefe de policía.

El ministro pensaba:

—Este pobre hombre no llegará á la noche.

—Sentaos—repuso Johann entre dos gemidos;—aunque moribundo, aun tengo la cabeza despejada para mirar por los intereses de Su Señoría.

—Gracias—dijo el ministro;—no hablemos más que de vos.

—¡De mí!—replicó Johann;—yo, gracias á Dios, ya he cumplido mis últimos deberes con la religión, y nada tengo que hacer en la tierra... Jesús, señor, cuando pienso que se me ha acusado de ambicionar el puesto eminente de Su Excelencia

—Nunca lo he creído, señor Spurzeim.

—Antes de morir he querido dar una prueba á mi soberano y á vos de mi acendrado celo descubriendo los proyectos de una asociación de malhechores, reunidos para explotar la buena fe del rey con motivo de un pretendido diamante sacado de las minas de la India...

—¡Ah!—dijo el ministro—¿tenéis noticias precisas?

—En mis papeles se hallará todo lo relativo á este asunto. En este momento quiero hablaros de cosas mucho más importantes. Si no ponéis hoy mismo el pie sobre la cabeza de Fulvio Coriolani, mañana Coriolani será primer ministro, y Armeellino, el traidor, dormirá en el palacio de Su Excelencia.

Lo que daba verosimilitud á las palabras de Johann, era que desde algún tiempo el señor Piccolomini sentía que el suelo de la corte temblaba bajo sus pies. La impresión de lo que había pasado la víspera en el palacio Doria permanecía aún fresca en su memoria.

Bajo el punto de vista político, el señor Carlos Piccolomini estaba entre la vida y la muerte. Johann, que había abierto la mina con sus propias manos, lo sabía bien.

—Mi querido señor—dijo el ministro ocultando lo mejor que pudo su emoción,—haced el favor de decirme cómo lo podría hacer para atacar hoy mismo á ese hombre.

—Si no retrocedéis ante mi proposición, la cosa es fácil, señor.

El ministro acercó su silla y dijo:

—¡Hablad!

Johann exhaló su contingente de gemidos y en seguida repuso:

—Entre dos y tres de esta tarde, la familia real

entera, con los Doria y los Pamfili, se reunirán en la quinta Floridiana, en el palacio del príncipe de Salerno.

—Ya lo sé.

—¿Sabéis para qué es esta reunión?

—Para arreglar las condiciones del matrimonio entre Fulvio Coriolani y Angélica Doria.

—Y para reconocer á Fulvio Coriolani—añadió Johann Spurzeim,—como heredero directo y legítimo de Mario, conde de Monteleone, cuyos dominios restituídos igualarán á la dote real.

El ministro se agitó en su asiento.

—¿Decís la verdad?—tartamudeó.

—Digo la verdad... —y continuó:— Coriolani, aventurero, favorito por capricho, príncipe fabuloso, es más popular en Nápoles que vos y vuestros ilustres colegas. ¿Qué sucederá el día en que Coriolani se presente como primo del rey, y veinte veces, cien veces millonario?

—Pero—repuso el ministro,—¿es realmente el heredero directo de Monteleone?

—No.

—Pues, ¿de quién es hijo?

—Del diablo, señor, como los gitanos del sur llaman á los bastardos. Pero es tan fuerte, tan hábil, tan sagaz y tan atrevido como el diablo de su padre. Se ha armado de pruebas de su pretendido nacimiento, y no hay en el mundo nadie más que yo, Johann Spurzeim, capaz de confundirle.

—¡Y vos estáis postrado en cama!—exclamó el ministro.

—¡Por una enfermedad mortal!—añadió fríamente el jefe de policía.

El ministro dejó caer sus brazos con desaliento.

—¿Cómo hacerlo?—murmuró.

Esta frase, salida de la boca del ministro, era

como un grito desesperado. Johann olvidó un gemido y contestó:

—Ayer encerrasteis en la prisión Mayor á seis ó siete jóvenes de la alta nobleza que sin saberlo hacían de agentes de policía.

—¿El marqués de Malatesta y sus compañeros?

—Sí, señor.

—Me vi obligado á ello.

—Yo no increpo á Su Excelencia... solamente le anuncio que esos jóvenes se hallan en libertad.

El ministro se irguió.

—Y que aguardan á Su Excelencia—continuó tranquilamente Johann—en el ministerio de Estado.

—¿Con qué objeto?

—¿Qué hora tiene Su Excelencia?—preguntó Johann en vez de responder.

El ministro replicó consultando su reloj:

—Las dos.

—Es necesario que dentro de un cuarto de hora —dijo el jefe de policía,—Malatesta, Sampieri y los demás estén en la quinta Floridiana. Ellos saben lo que deben hacer y tienen pruebas en su apoyo. Si las pruebas que tienen no bastan, el *deus ex machina* aparecerá en el momento oportuno...

—Señor Spurzeim—exclamó el ministro en el colmo de la agitación,—todo eso son para mí enigmas. Yo no puedo caminar así á ciegas.

—Cada minuto que perdéis, Excelencia—replicó Johann,—da una terrible ventaja á vuestro adversario.

—Sin embargo...

—He concluído. La responsabilidad del retardo caerá sobre Su Excelencia.

El ministro se levantó y dirigióse hacia la puerta como un hombre ebrio.

Johann le seguía con mirada burlona.

—Si al volver no me encuentra vivo—añadió á manera de despedida,—suplico á Su Excelencia que me tenga presente en sus oraciones.

Y sacó de debajo de su almohada un lápiz y un pliego de papel.

—Recapitulemos—dijo para sí:—yo soy como la araña en el centro de su tela... Si olvidara un solo hilo, ¡adiós conjunto!... Pero no, no olvidaré nada... ¡Qué jugador de ajedrez habría sido!

Y mojando en los labios la punta de su lápiz, escribió algunas palabras en el papel.

—Aun conservo buen carácter de letra—pensó, incapaz de dejar pasar la menor ocasión de dirigirse un cumplimiento.

El trabajo en que se ocupaba consistía en dar un nombre á cada uno de los hilos de su tela de araña.

—El seminarista está ahí...—murmuró haciendo un borrón;—su hermana en el palacio Coriolani... no me cabe duda... El ministro corre á su puesto... Malatesta, Sampieri y compañía están en el suyo... La pobre Bárbara... ¡ah! ésta no habría podido rehusarme su admiración!... ¡Me comprendía tan bien!... He arreglado el negocio Brown y las cifras... He hecho lo necesario por lo que toca á Manuel... Pedro Falcone no me embaraza mucho: es un pobre hombre... Queda la condesa... ¡ésta será el ramillete, un modelo!

Primero se restregó las manos, en seguida abrió su pequeño armario y aplicó el oído al pabellón de marfil.

—¡Cómo se pasea el querubín!—repuso;—se impaciente... ¡Dios me perdone! ¡creo que habla solo!... ¡Angélica!... ¡Esto es un monólogo amoroso!... Yo me encargo de curarle radicalmente de ese amor!

Volvió á tomar el papel y escribió el nombre de Loredano Doria: faltaba este hilo en su tela.

La puerta rechinó sobre sus goznes, y apareció en el umbral Pedro Falcone.

Johann colocó su mano delante de sus ojos para verle mejor.

—Yerno mío—le dijo alegremente,—tienes la fisonomía perfectamente lúgubre; luego has vencido en toda la línea; habla pronto, que llevamos prisa.

—He vencido—profirió en voz baja el doctor.

—¿Manuel?

—No hablará más.

—¿La condesa?

—Está abajo, en el carruaje.

—¡Yerno mío, vales un Perú!—exclamó Johann Spurzeim;—ven á ayudarme, me quiero levantar; nos falta representar una pequeña escena preparatoria... El personaje más importante aquí, no es por cierto la condesa viuda de Monteleone.

Y mientras Pedro Falcone le ayudaba á levantar, decía:

—Harás entrar á la condesa por los aposentos de la derecha... No hay necesidad de que vea el aparato de luto... Todo debe sonreír y ser de color de rosa la víspera de nuestros afortunados esponsales.

XI

El escudo de Monteleone

Hacía más de una hora que Julián se hallaba solo en la habitación que hemos descrito en uno de los capítulos precedentes como gabinete de labor de Bárbara, cuando notó que en el respaldo

de un gran sillón de dorso cóncavo, la seda bordada representaba el escudo de Monteleone.

¿Era casualidad? Los muebles de familia salen muchas veces de las casas extinguidas para ir á adornar otras habitaciones, según la suerte de la almoneda.

De todas las historias oídas en su infancia, ninguna le había impresionado tan vivamente como la del ilustre Mario, conde de Monteleone. Conocía todos sus detalles... Muchas veces había sospechado que Manuel Giudicelli, su padre adoptivo, estuvo mezclado en el drama de Martorello.

También soñaba con frecuencia en aquellos niños huérfanos que, nacidos en la opulencia, estaban ahora á merced de Dios.

Sin duda Monteleone se había sentado en aquel sillón.

Maquinalmente extendió la mano hacia un velador que tenía cerca, y encontrando un pequeño libro encuadernado en una piel oscura con manecillas de oro, le estuvo examinando con atención.

En las cubiertas estaba también grabado el escudo de Monteleone con estas palabras: *Agere, non loqui.*

Julián le abrió. Era una «Imitación de Jesucristo.»

En la primera página en blanco había escritas dos líneas en caracteres de mano al parecer de mujer.

«María lo regaló á Mario en la fiesta del santo de ambos, 15 Agosto de 1808.»

Las lágrimas asomaron á los ojos de Julián.

¿Qué casa era ésta donde así vivía el recuerdo de Monteleone?

El ajuar de la habitación era austero. Aquellas paredes sobrias de molduras, aquellos cuadros maestros representando escenas trágicas ó religio-

sas, infolios abiertos en atriles de roble ennegrecidos por el tiempo, todo ello recordaba á Julián el aspecto severo de las santas habitaciones que había frecuentado en su infancia. Pero su espíritu no necesitaba en aquel momento la cooperación de los objetos exteriores para elevarse á la etérea región de la fantasía.

Hallábase sentado en el sillón donde vimos á Pedro Falcone la noche precedente. A su frente había un piano abierto. Sobre el piano descollaba una santa Cecilia de Antonieta Pinelli, que con los ojos levantados al cielo parecía bañar sus sentidos en mística armonía. Era lo que bastaba.

Una visión mucho más bella que la santa patrona de las sinfonías religiosas, un ángel más rubio, más inspirado aún, la imagen de Angélica, en fin, acababa de sentarse delante del piano, recorriendo sus dedos lentamente las calladas teclas.

Julián escuchaba extasiado no sé qué concierto delicioso como la voz de los amores juveniles.

En un instante dado, este sueño se convirtió en realidad. El ambiente resonó al eco de verdaderos cantos, pero cantos graves y lúgubres.

Levantóse para asomarse á una ventana que daba al patio. Julián vió ante él una puerta tendida de negro, y sacerdotes que subían las gradas salmodiando un himno.

Sin duda en la casa había un muerto. Cuando Julián volvió á su puesto, sus ideas habían variado.

Entonces pareció presa de una viva agitación. Las horas pasaban. La pobre Celestina, inquieta y triste, debía estarle aguardando con impaciencia en casa de los Folquieri.

Julián se puso á pasear de arriba abajo de la habitación. Éste fué el momento en que Johann

Spurzeim, abriendo el pequeño armario de su alcoba, aplicó el oído al pabellón de marfil.

A medida que transcurrían los minutos, la impaciencia del seminarista aumentaba. Por fin, no pudiendo aguardar más, se adelantó hacia la puerta para inquirir y preguntar por Manuel, en nombre del cual se le había avisado.

Al llegar delante de la puerta, ésta giró lentamente sobre sus goznes. La aparición que se ofreció á sus ojos era tan extraordinaria é inesperada, que Julián retrocedió hasta en medio del aposento.

En el umbral, y sostenido por el caballero que lo había ido á buscar, se presentó un esqueleto vivo, trémulo y vacilante.

No tenía más que la piel y los huesos, y aun éstos eran débiles y mal trabados, la piel gris y arrugada, como la de una serpiente que se ha secado.

Hallábase en plena luz, y, sin embargo, Julián dudaba de estar despierto.

Johann Spurzeim, porque el lector no habrá dejado de conocerle, se detuvo en el umbral. Su mirada fisgona é incierta se dirigió primero á Julián, pero inmediatamente la apartó.

—Hay demasiada luz aquí—murmuró con voz cansada.

—Hé aquí el hombre—dijo Pedro Falcone.

—Hay demasiada luz—repitió Johann;—me hace daño.

Y al cerrar los ojos se estremeció. Pedro Falcone entornó la puerta, arrimóle á un ángulo como un cuerpo inerte, y corrió las cortinas de la ventana.

Johann le dijo cuando aquél estuvo de vuelta:

—Ved cómo me sostengo bien solo.

Julián esperaba inmóvil y mudo de sorpresa.

—¡Vamos!—profirió el espectro apoyándose en su conductor—¡otra embestida, amigo... adelantel...

Pedro Falcone lo cogió por los sobacos y el espectro empezó á andar trabajosamente.

Habíase envuelto en una bata acolchada que al abrirse dejaba ver la horrible anatomía de sus piernas.

Así llegó, jadeando y gimiendo, hasta Julián, que no se movía. Cuando estuvo á su lado, puso sus manos crispadas sobre sus hombros, y le miró.

Le estuvo contemplando mucho tiempo.

Julián notaba como un temblor desigual y convulsivo en aquel mísero cuerpo. Pero la fisonomía del enfermo estaba tranquila. Sus ojos eran claros, y una sonrisa cruel y glacial vagaba en sus labios.

—¡Se le parece mucho... mucho!—murmuró volviéndose á medias hacia el doctor.

Julián estaba confuso; los ojos de aquel hombre le hacían daño.

—Señor—exclamó,—¿no puedo ver á mi padre Manuel?

—Mucho—repitió Johann,—se le parece mucho.

—Tengo una hermana—replicó Julián—que está sola en casa... Me espera y quiero volver junto á ella.

—Colócame en este sillón, amigo—dijo Johann á Pedro Falcone,—estoy muy cansado...

Pedro Falcone le ayudó á arrastrarse hasta el sillón que tenía bordadas las armas de Monteleone.

Al sentarse en él dijo:

—¡Pobre Bárbara!... ella habló de siete días... pero era para asustarme... su carácter adolecía de cierta malignidad.

—Ponme algo en la cabeza, amigo,—añadió después de una pausa;—tengo frío... Envuélveme los pies en una manta... Toma el chal de la pobre

Bárbara que está colgado allá. Dios sabe que no le guardo mala memoria, á pesar de haber hablado de esos siete días.

Cuando le hubo colocado en el sillón. Johann levó la voz:

—¡Que se acerque ese joven!—ordenó, Falcone hizo acercar á Julián.

Johann fijó en él su mirada fría y cruel

—Manuel no vendrá—profirió con voz estridente;—Manuel ha muerto.

Julián lanzó un grito.

—¡Muerto!—repitió—¡Manuel... padre mío!

—Se le parece mucho—refunfuñó por tercera vez Johann,—sus mismos ojos... y su boca tomó esa misma expresión cuando le dijeron: «—¡Te han robado tus hijos!»

Julián no oía.

En el momento en que iba á hablar, Johann le cerró la boca con un ademán seco y brusco.

—Callad—le dijo,—más tarde conversaremos... Tenéis tiempo... Ya no hallaréis á vuestra hermana en casa... ¡la han robado!

Julián dió un salto hacia la puerta

—No os vayáis—añadió Johann imperiosamente,—en este mundo sólo tenéis un amigo y un protector que soy yo.

—¡Hermana mía! ¡Hermana mía!—sollozaba Julián retorciéndose las manos.

—Abre la puerta del gabinete—ordenó Johann al doctor.

Este obedeció.

—¡Entrad ahí, joven!—prosiguió Spurzeim señalándole la puerta—y mirad atentamente lo que pasará por aquí... Escuchad bien... que no toméis una palabra por un suspiro. Vais á saber vuestra historia... Vuestra historia es terrible... Cuando salgáis de aquí, saldréis hecho un hombre... Entonces

os daré el arma que debe vengar lágrimas y sangre... ¡Marchaos!

Julián estaba como ebrio. Así se dejó conducir al gabinete vecino, del cual Pedro Falcone corrió las cortinas.

Johann dijo:

—Haced entrar inmediatamente á la condesa.

Un instante después, María de los Amalfi, vestida de luto y cubierta con un velo, entraba en la habitación de Bárbara. Pedro Falcone había quedado afuera; Julián, oculto tras la cortina, pugna por contener sus sollozos.

XII

La defensa de Johann Spurzeim

Con las cortinas corridas la habitación estaba tan oscura que María de los Amalfi no vió, al principio, sino una masa confusa é inmóvil en el gran sillón que había delante de la mesa.

Julián, al contrario, colocado en un lugar aun más oscuro, y cuyos ojos se habituaban por otra parte á esta media luz, pudo distinguir el aire noble y dulce semblante de la desconocida, que al entrar levantó su velo.

A pesar de la desesperación profunda en que le sumían las noticias que acababa de saber, sintió nacer en su alma un interés poderoso que le sorprendía. Nunca había visto á aquella mujer, y, sin embargo, aguardaba con ansiedad el sonido de su voz, como si hubiese esperado conocerla.

Pero este primer impulso desapareció muy pronto. La muerte de Manuel, el pobre anciano que le había educado, y el robo de su hermana, de su querida hermana, su única compañera, y que cons-

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

Bárbara que está colgado allá. Dios sabe que no le guardo mala memoria, á pesar de haber hablado de esos siete días.

Cuando le hubo colocado en el sillón. Johann levó la voz:

—¡Que se acerque ese joven!—ordenó, Falcone hizo acercar á Julián.

Johann fijó en él su mirada fría y cruel

—Manuel no vendrá—profirió con voz estridente;—Manuel ha muerto.

Julián lanzó un grito.

—¡Muerto!—repitió—¡Manuel... padre mío!

—Se le parece mucho—refunfuñó por tercera vez Johann,—sus mismos ojos... y su boca tomó esa misma expresión cuando le dijeron: «—¡Te han robado tus hijos!»

Julián no oía.

En el momento en que iba á hablar, Johann le cerró la boca con un ademán seco y brusco.

—Callad—le dijo,—más tarde conversaremos... Tenéis tiempo... Ya no hallaréis á vuestra hermana en casa... ¡la han robado!

Julián dió un salto hacia la puerta

—No os vayáis—añadió Johann imperiosamente,—en este mundo sólo tenéis un amigo y un protector que soy yo.

—¡Hermana mía! ¡Hermana mía!—sollozaba Julián retorciéndose las manos.

—Abre la puerta del gabinete—ordenó Johann al doctor.

Este obedeció.

—¡Entrad ahí, joven!—prosiguió Spurzeim señalándole la puerta—y mirad atentamente lo que pasará por aquí... Escuchad bien... que no toméis una palabra por un suspiro. Vais á saber vuestra historia... Vuestra historia es terrible... Cuando salgáis de aquí, saldréis hecho un hombre... Entonces

os daré el arma que debe vengar lágrimas y sangre... ¡Marchaos!

Julián estaba como ebrio. Así se dejó conducir al gabinete vecino, del cual Pedro Falcone corrió las cortinas.

Johann dijo:

—Haced entrar inmediatamente á la condesa.

Un instante después, María de los Amalfi, vestida de luto y cubierta con un velo, entraba en la habitación de Bárbara. Pedro Falcone había quedado afuera; Julián, oculto tras la cortina, pugna por contener sus sollozos.

XII

La defensa de Johann Spurzeim

Con las cortinas corridas la habitación estaba tan oscura que María de los Amalfi no vió, al principio, sino una masa confusa é inmóvil en el gran sillón que había delante de la mesa.

Julián, al contrario, colocado en un lugar aun más oscuro, y cuyos ojos se habituaban por otra parte á esta media luz, pudo distinguir el aire noble y dulce semblante de la desconocida, que al entrar levantó su velo.

A pesar de la desesperación profunda en que le sumían las noticias que acababa de saber, sintió nacer en su alma un interés poderoso que le sorprendía. Nunca había visto á aquella mujer, y, sin embargo, aguardaba con ansiedad el sonido de su voz, como si hubiese esperado conocerla.

Pero este primer impulso desapareció muy pronto. La muerte de Manuel, el pobre anciano que le había educado, y el robo de su hermana, de su querida hermana, su única compañera, y que cons-

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

titufan los dos su sola familia, le ocuparon en seguida.

Si las palabras de aquel hombre, que parecía ser allí el amo, no le hubiesen dado una vaga esperanza, nada le hubiera contenido en aquel lugar.

María de los Amalfi dijo en voz baja, luego que hubo traspuesto el umbral de la puerta:

—¿Estoy aquí delante de S. M.?

Esta pregunta nos dispensa de explicar al lector de qué estratagema echó mano Pedro Falcone para llevar la condesa á casa del jefe de policía.

María no conocía Nápoles, y la vista de los lugares no podía desengañarla.

Creíase en la quinta Floridiana, en casa de los príncipes de Salerno, donde debía ir aquel día el rey.

Pero acaeció un caso bastante extraño.

Julián, pobre niño que llegaba del fondo de Sicilia, no conocía á S. M.

A las palabras de la condesa experimentó una turbación que alejó momentáneamente los sufrimientos de su alma.

Aquel extraño personaje que le había hablado con tanta sequedad, al propio tiempo que se declaraba su único protector en la tierra, ¿sería el rey?

¿Sería el rey el que le había anunciado con tanta frialdad dos crímenes á la vez?

Para oír la contestación de aquel espectro llamado Fernando de Borbón, aplicó el oído con avidez.

La contestación no tuvo lugar.

Al pretendido rey le convenía seguramente desempeñar este papel.

En medio de esta embrollada madeja de intrigas, en que este diabólico personaje hallaba toda

su complacencia, representábase una acción importante y decisiva. Johann cuidaba de ponerla en escena.

Faltar aquí á su efecto, era arriesgar toda la partida.

Y aquel moribundo temible y grotesco jugaba una gran partida.

Jugaba la misma partida que Fulvio Coriolani, con la ventaja de no tener escrúpulos.

—Dignaos acercaros, condesa de Monteleone— dijo después de un largo silencio.

Julián se estremeció violentamente en su escondrijo.

¿Era su destino hallarse mezclado en aquella trágica historia cuyo prólogo le había impresionado tanto en otro tiempo?

Aquella mujer era, pues, María de los Amalfi, la madre desdichada á quien había vuelto loca la pérdida de sus hijos.

Julián la miró más detenidamente, y hallóla más bella, más noble. Hubiese querido arrodillarse delante de ella y darle su fe con su corazón, como hacían en otro tiempo los caballeros al consolar el duelo de las viudas desposeídas.

María de los Amalfi, obedeciendo á la orden de Johann, adelantó algunos pasos.

—Si sois el rey,—murmuró ella,—suplico á V. M. que me escuche y me haga justicia. He hallado el hijo querido de Mario Monteleone.

—Mientes—interrumpió rudamente Johann.

La condesa se irguió retrocediendo un paso.

Julián hubiese querido besar la orla de su vestido.

Johann replicó con acento más dulce:

—Señora, os ruego que me dispenséis; cuando sepáis con quién habláis, comprenderéis por qué no tengo tiempo de elegir mis expresiones. No os halláis en la quinta Floridiana, ni yo soy el rey,

—¿Habríase abusado de mi ignorancia?—exclamó María de los Amalfi.—¿Se me quiere impedir ver á S. M.?

Julián hizo un movimiento como para salir, pero le detuvieron las siguientes palabras de Johann:

—Se ha aprovechado de vuestra ignorancia para salvaros, señora. Muy necesario es, en efecto, que veáis al rey... que le habléis, que le pidáis justicia... pero antes es indispensable que sepáis el nombre del asesino de Mario Monteleone, á fin de no cometer el sacrilegio de dar el nombre de hijo al que ha hecho de vos una madre sin hijos y una mujer viuda.

María, pálida y trémula, vióse obligada á apoyarse en la mesa para no caer.

Comprendía ó más bien adivinaba lo que se le quería decir, pero no se resignaba á creerlo.

Era una acusación contra Fulvio á quien defendía su corazón.

Julián no comprendía nada de esto.

—¿Sois vos quien me ha escrito una carta?—murmuró la condesa.

—Yo soy, señora.

Johann conoció que este era el momento solemne. Su corazón se encogió en su vacío pecho para recoger todo su valor y decir:

—Yo no puedo ir hacia vos... acercaos y miradme.

La condesa obedeció con presteza, porque la curiosidad la impelía.

Acercóse á Johann, quien adelantó su semblante hacia la pálida luz que filtraba al través del tejido de las cortinas.

La condesa experimentó una impresión de espanto á la vista de aquellas facciones horriblemente demacradas.

—No—dijo ella,—no os conozco.

—¡Ah!—exclamó Johann con un suspiro que esta

vez salía verdaderamente del fondo de su alma—¿tan demudado estoy?

El pesar que experimentaba por ello, era asaz fuerte para hacerle olvidar su angustia.

Pero pensó:

«—Muchas personas que tenían buen aspecto han sucumbido antes que yo.»

—Miradme bien—repitió,—un moribundo no puede parecerse á un hombre de buena salud... La carta que habéis recibido es de un pariente y amigo... ¿Tantos amigos y parientes os quedan aún, condesa de Monteleone?

—Me parece...—murmuró María de los Amalfi.

—¿Habéis olvidado á vuestro primo David Heimer, el mejor servidor del difunto conde?—profririó Johann bajando la voz á pesar suyo.

María tembló de pies á cabeza.

Johann se sintió bañado en un sudor frío.

¿Iba á recordar María lo pasado?

Ella pasó la mano por su frente dos ó tres veces.

Dijérase, al ver el horror que apareció un instante en su rostro, que su memoria hacía un esfuerzo para renacer. Pero la ciencia no miente; la memoria de la locura no renace en el juicio.

Johann estaba salvado. El recuerdo de la noche del 15 de Octubre de 1815, permanecía en las regiones del olvido.

La condesa dijo:

—Me acuerdo de David Heimer, el compañero y amigo de Mario Monteleone... ¿Sois vos David Heimer?

En lugar de responder, éste le tendió la mano que ella tomó; pero su contacto le causó un ligero estremecimiento.

Julián buscaba laboriosamente en su memoria el nombre de David Heimer. Estaba seguro de haberlo oído pronunciar á su padre Manuel.

—Muchos años han transcurrido, mi noble prima y señora—dijo Johann con acento respetuoso y tierno á la vez,—desde el tiempo en que me complacía en vuestra felicidad... El cielo ha descargado sus iras más de una vez sobre la familia de Monteleone... Pero el Dios clemente, el buen Dios, no ha permitido que yo abandonase esta tierra sin dar una última prueba de mi afecto á la estimable compañera de mi bienhechor... Sentaos cerca, condesa... Espero que mi voluntad será superior á mis débiles fuerzas. Mis postreras palabras se dirigirán á vos, y el último acto de mi vida será el mejor y más glorioso, pues habré salvado la posteridad de Mario, mi pariente y señor.

María de los Amalfi tomó la silla que estaba delante de Johann.

Tras la cortina, Julián redoblaba su atención. —Ya veis que mis horas son contadas, señora—continuó Johann cuya voz pareció más débil,—Dios quiera que mis palabras tengan para vos la autoridad de un moribundo... Voy á cumplir el único voto que me resta dar cima en este mundo.

Vuestro primogénito murió asesinado por el hombre que mató á vuestro esposo.

La condesa lanzó un sordo gemido.

—Existen monstruos precoces—repuso Johann;—el asesino de Mario Monteleone apenas tenía dieciséis años, señora; voy á recordaros hechos que vuestra enfermedad cruel ha borrado tal vez de vuestra memoria. Es indispensable... un deber imperioso me lo exige.

El exceso de una perversidad tal, quizá os irrite. Tanto mejor, así os libraréis de la fascinación peculiar al sér más peligroso que haya existido jamás...

—El príncipe Coriolani—dijo María débilmen-

te,—es mi bienhechor. Por su medio he recobrado la razón.

—Mis fuerzas se extinguen, señora—interrumpió Johann;—no vengá á discutir, sino á narrar... Grandes peligros os amenazan; pero si puedo libraros de ellos, iré gustoso á reunirme á aquél que fué mi protector y mi más sincero amigo.

—Señora—continuó tomando el tono grave y solemne de un hombre que va á empezar una narración importante,—de los tres hijos que habéis perdido, dos volverán á gozar vuestras caricias si el Todopoderoso nos ayuda... El santo Mario, como llamábamos todos á nuestro excelente y amado maestro, vivía en la soledad y el dolor... Lloraba á la vez sus hijos, su esposa y su patria: sus hijos robados, su esposa mártir y privada de razón, su patria de la cual le había arrojado el soldado aventurero que gobernaba entonces el reino de Nápoles. Mario se hallaba en Sicilia al lado del muy augusto Fernando de Borbón, su amigo y señor... ¿No conserváis ningún recuerdo de ese tiempo?

—Ninguno—respondió María.

Su voz revelaba la ansiedad, la angustia que se apodera de las personas cuya inteligencia ha estado perturbada, cuando tratan de levantar el pasado velo que cubre lo pasado.

Johann pensó:

¡Ya es mía!... Me creen muerto... y levanto montañas.

—¡Ninguno!—repitió con acento apresurado—así debía esperarlo... pero la fuerza de la verdad es tal, que no tengo necesidad de vuestros recuerdos. Una noche, señora, era el 13 de Octubre de 1815...

Aquí hizo una pausa, y su mirada penetrante se fijó en el rostro de la condesa.

Su fisonomía estaba tranquila.

La última inquietud de Johann se desvaneció.

—La noche del 13 de Octubre de 1815—prosiguió,—los amigos de Mario estábamos reunidos en Martorello para festejar la vuelta de nuestro maestro. La restauración de Fernando de Borbón le había abierto las puertas de su casa. De repente, en medio del convite nocturno, dijeron á Monteleone que un extranjero quería hablarle.

Este extranjero era Joaquín Murat. El ex rey de Nápoles venía á pedirle asilo contra las tropas de Borbón que le perseguían...

Mario Monteleone era todo un caballero; demasiado lo sabéis, señora...

—¡Oh! sí—murmuró la condesa con lágrimas en los ojos,—Mario Monteleone era todo un caballero... y no dudo que concedió un asilo á su enemigo...

—En efecto, así fué... condesa. Aparentemente pudo hacerlo sin peligro... porque los que estábamos allí, éramos sus amigos y servidores; pero en la mesa había además tres forasteros.

Voy á nombrarlos, señora, para que podáis repetir su nombre á vuestro hijo.

El hijo debe vengar al padre. Tal es en Italia la ley de nuestro amor y nuestro odio. Los tres forasteros eran:

El conde Giacomo Doria.

Loredano Doria, su hijo.

Y el que vos llamáis vuestro bienhechor

—¡El príncipe Coriolani!—exclamó la condesa.

—En aquel tiempo, señora—dijo Johann Spurzeim con frialdad,—no sé que se hubiese inventado el nombre de Coriolani. En todo caso, nuestro hombre no era príncipe. Se sentaba humildemente en un extremo de la mesa... Era un viajero llamado el caballero de Athol, al cual Monteleone había concedido casualmente hospitalidad.

—¿Y es á él á quien acusáis?—preguntó la condesa.

La pluma es insuficiente para pintar la apasionada altivez con que Julián estaba escuchando.

—Monteleone fué vendido—respondió Johann;—esto es lo cierto... Elegid entre los servidores cuya fidelidad era bien experimentada y los tres forasteros... entre los que lo perdieron todo con su muerte y los que han aumentado su fortuna con ella... porque esos dos condes Doria han heredado á Monteleone, y Athol, hecho príncipe Coriolani, va á casarse con la condesa Angélica que posee la mitad de los bienes de vuestros hijos.

María de los Amalfi inclinó la cabeza en silencio.

Johann prosiguió:

—Pero las pruebas que os daré, señora, no serán meras inducciones... Yo sé que estáis prevenida, así, procederé como Jesucristo con Santo Tomás, os haré tocar la herida con el dedo.

Lo que acaso ignoráis, es que vos misma fuisteis el instrumento terrible y fatal de la perdición de Mario...

La condesa se irguió indignada.

Julián decía en su interior:

—Todo esto está conforme con la narración de nuestro padre Manuel.

Se consideraba tan dichoso de hallar un crimen sobre la conciencia de su rival, que creía de buena fe en su realidad.

—Señora—añadió Johann Spurzeim,—sólo la necesidad me obliga á causaros esta pena, pero lo repito, fuisteis sin querer el arma funesta que descargó el primer golpe... Ideóse un ardid tan odioso, una estratagema tan abominable, que con sólo hablar de ella, corre por mi cuerpo un sudor frío. Vos estabais loca, señora, preciso es decirlo. Vuestra locura procedía de la pérdida de vuestros

hijos... Un malvado se introdujo aquella noche en vuestro retiro y os dijo: El traidor que robó vuestros hijos se halla en esta casa y se llama Joaquín. ¡Id, corred!

Y anduvisteis, corrísteis desesperada toda la noche por el valle, gritando á cuantos os salían a paso:

«¡Joaquín! ¡Joaquín!»

El campo y las playas estaban llenos de soldados que al veros os siguieron, porque andaban también en busca de Joaquín.

Joaquín era el rey Murat.

Los soldados guiados por vos entraron en Martorello. Murat y su noble defensor, fueron hechos prisioneros juntos.

Todos estábamos en nuestro puesto, señora, pero los dos Doria y el caballero de Athol habían desaparecido...

Johann Spurzheim hizo una pausa.

La condesa tenía las manos en la frente.

—¡Esto es horrible!—murmuró.

Luego añadió como inspirada:

—El hombre culpable de un crimen tal, ¿habría osado presentármese?

Para un observador atento, hubiese sido evidente que Johann contaba con esta objeción, y que aun la aguardaba con cierta impaciencia.

Sus labios se contrajeron para sonreír tristemente.

—La Providencia se vale de extraños medios—le dijo,—yo perseguí á ese hombre durante años enteros y no pude dar con él, porque había cambiado de nombre y de fisonomía; pero vos, señora, me lo habéis hecho encontrar.

—¡Yo!...—repuso la condesa.

—Pronto nos ocuparemos del asesinato de Monteleone—replicó Johann,—ahora sólo trato del odioso crimen de la noche del 13 de Octubre. Yo

buscaba... Hacia el fin del último otoño me llevé á Francia la fama del célebre médico y doctor Daniel Bach; ya veis, señora, que la ciencia ha sido menos poderosa que mi enfermedad, estoy condenado á morir, puesto que no ha podido curarme...

Al nombre del doctor Daniel Bach, la condesa redobló su atención.

—El día que consulté por primera vez á este príncipe de la ciencia—prosiguió Johann Spurzheim,—hallábase en su jardín conferenciando con un extranjero que acababa de llegar de Italia... Se me dejó solo en el jardín.

Caminaba al azar, cuando de repente oí las voces de dos personas que conversaban al otro lado de un seto de olmedillos. Confieso, señora, que estuve escuchando, pero fué porque al pasar oí que pronunciaban el nombre de la noble viuda de mi señor...

—¡Mi nombre!—exclamó la condesa;—entonces ¿el que estaba allí era el príncipe?

—Era el caballero de Athol... y hé aquí lo que pude oír:

«—Esta teoría de las «dos memorias» es una verdad, doctor.

Os ruego, señora—dijo Johann interrumpiéndose,—que si no comprendéis alguna palabra, me la hagáis repetir, porque aquí está la prueba manifiesta y palpable.

Yo ignoraba entonces, como quizá vos lo ignoráis hoy, lo que significaban estas palabras: la teoría de las dos memorias.»

El doctor Daniel replicó:

«—Es un hecho que aparece perfectamente demostrado por la experiencia.

—Entonces—repuso Athol,—suponiendo que esta mujer pudiese recobrar la razón, ¿no se acordaría de los hechos contemporáneos á su locura?

»—No.

»—¿Ni de los más sorprendentes?

»—Ni tan siquiera de los más terribles.»

Yo no veía al caballero de Athol, pero le sentía sonreír.

El médico continuaba hablando de buena fe y bajo el verdadero punto de vista de la ciencia:

«—Cuando haya recobrado la razón adquirirá la memoria de los hechos anteriores á su locura.»

El caballero de Athol saludó y se fué.

—¿Habéis entendido, señora?

—¡Oh!—pensaba Julián en su escondrijo cerrando los puños;—¡yo sí lo entiendo!

La condesa enjugó el sudor de su frente.

—¡Es imposible!—murmuró;—Dios no podría permitir tal perversidad.

Johann parecía utilizar bastante bien las noticias que le había suministrado Manuel sobre el doctor Bach.

—Semejante perversidad, señora—continuó,—es en efecto difícil de creer. Sin embargo, débese admitir, porque el príncipe Coriolani, fuerte con la contestación del doctor, se ha presentado ante vos con la cabeza erguida.

Al devolveros la razón, os ha arrebatado el recuerdo.

El pretendido beneficio por el cual le estáis reconocida, era un nuevo ardid...

La prueba está en que ha debido proponeros algún contrato, alguna infamia.

El pecho de la condesa exhaló un gemido.

—El caminaba sobre seguro—replicó Johann;—porque para reconocerle sería necesario que os volviéseis otra vez loca.

—¡Oh!—exclamó María cubriéndose el rostro;—es posible, voy á volverme loca.

Si en aquel instante hubiese mirado á Johann,

habría observado en sus facciones un brusco gesto de espanto.

—Vengamos ahora al asesinato, señora—prosiguió;—aquí como allí ha obrado la casualidad, mejor dicho, la Providencia.

Yo soy jefe de policía del reino, y lo sé todo, aun lo que se dice en el gabinete del rey.

Yo he sabido que había en Nápoles un hombre que tenía la pretensión de pasar por el primogénito del santo Mario Monteleone, y que llevando en público otro nombre, se había comprometido con S. M. y el heredero de la corona á suministrar las pruebas fehacientes de su nacimiento.

«El testamento de su padre,» para emplear sus propias expresiones, «y el testimonio de su madre.»

La condesa temblaba de pies á cabeza

—Veo que me entendéis, señora—dijo Johann.

—No—replicó con voz ahogada;—todavía no entiendo.

—¡Yo, yo lo entiendo!—decía Julián mordiendo su pañuelo ensangrentado para retener el grito que quería salir de su pecho.

—¡Cuidado!—murmuró Johann con severidad;—sois esposa y madre de víctimas... he dicho ya lo suficiente para esclarecer una conciencia sincera.

A Julián le parecía que tenía razón, pero la condesa dijo:

—¡Continuad!

—El rey—replicó Johann,—amaba en otro tiempo á Mario como á su propio hijo, y Mario había sido el compañero más querido de Francisco de Borbón, príncipe real. Estos dos augustos personajes han tomado bajo su protección la causa del impostor... ¿Qué hay en el mundo más fácil de engañar que los grandes? Ellos se han hecho los campeones del pretendido Fulvio Coriolani, saliendo sus garantes con Loredano Doria. Si no «que-

réis» persuadiros, señora, acabad vuestra obra. Fulvio Coriolani posee el testamento de su padre, testamento que ha robado á Mario asesinado... Id á darle el testimonio de su madre.

—¡Tened compasión de mí, señor!—tartamudeó María—¿qué pruebas tenéis de este crimen?

—¡Qué prueba, del robo!—exclamó Johann medio incorporándose;—Monteleone estaba incomunicado en su prisión de Pizzo... un solo hombre penetró hasta donde se hallaba, ese hombre fué su asesino. Uno solo se apoderó osadamente de sus despojos... ¡ese fué su asesino!

María se dejó caer de rodillas.

—El posee el testamento—repuso Johann esforzándose para hablar con vehemencia;—él posee las partidas de bautismo... El lo posee todo... Y en tanto que respire ese monstruo, Mario Monteleone no cesará de pedir venganza desde el fondo de su tumba.

En aquel momento sonaron las tres de la tarde en el magnífico reloj del Renacimiento que había sobre la chimenea de Bárbara Spurzeim.

La cabeza lívida de Johann se enderezó como la de una serpiente.

—¡De pie, señora!—exclamó;—el asesino, cuyo nombre no os he dicho todavía, el bandido Porporato que lleva con tanta audacia un título de príncipe, está en este instante delante de sus jueces!

—¡Porporato!—repitieron al propio tiempo Julián y la condesa.

Johann prosiguió:

—¡De pie, señora!—He aquí el momento en que el asesino de vuestro marido se apodera del nombre y herencia de vuestros hijos... ¡De pie!... ó de lo contrario seáis maldita, viuda sin memoria, madre sin entrañas, maldecida por vuestro esposo, ¡maldecida por vuestra posteridad!

María se levantó; su mirada sin expresión se perdía en el vacío.

—¿Qué es necesario hacer?—tartamudeó.

Johann dió una palmada y Pedro Falcone apareció en el umbral de la puerta.

—Que la condesa de Monteleone—le dijo en alta voz,—sea conducida ahora mismo á la quinta Floridiana!... Si alguien intenta detenerla porque es viuda y sola, decid que el director de policía la ha elegido por esposa, ésta será su égida.

Y volviéndose á María estupefacta le dijo:

—La mano de un moribundo puede aceptarse, señora; es lo único que puedo dar. Mi maestro, que me ve desde el cielo, lee en el fondo de mi corazón.

Pareció que las lágrimas iban á sofocar su voz.

Johann acabó diciendo:

—Déjeme Dios un día más de vida... y mi noble señora y sus hijos se verán libres para siempre de sus crueles enemigos, si ella se digna aceptar por algunas horas el nombre de un servidor fiel...

—Id, Falcone—exclamó interrumpiéndose;—el rey aguarda; la condesa hablará en adelante según su conciencia.

Y le tendió su mano fría y trémula.

María la aceptó y, besóla inclinándose brusca-mente.

Pedro Falcone la condujo hasta el carruaje. Apenas la condesa y su guía habían desaparecido, Julián se lanzó fuera de su escondite.

—¡Ya lo sabía!—exclamó como un demente—¡Bendita la bondad de Dios que coloca hombres como vos, señor, frente á los malvados como Coriolani!

Johann parecía materialmente rendido por el esfuerzo que acababa de hacer.

—En nombre del cielo, señor—exclamó Julián,

—¿es ese el hombre que ha robado á mi hermana?

Johann abrió la boca para pronunciar un sí, pero inmediatamente se detuvo.

Las sendas de Johann eran siempre tortuosas. Y había más de un adversario de quien deshacerse.

—No—replicó á media voz;—¿crees no tener más que un enemigo, joven, tú que eres el primero del reino después de Borbón?

Julián retrocedió sorprendido.

—¡Desconfía de Doria!...—profirió Johann.

—¿Qué habéis dicho?—preguntó Julián sumamente conmovido;—yo... el primero del reino después de Borbón?

—¿Has oído bien?

—Sí, he oído bien.

—Entonces, levántate y vuela adonde tu deber te llama, Julián de Monteleone... Esa mujer vestida de luto de la cual se han servido como de un puñal para matar, es tu madre; el mártir que murió en Pizzo, era tu padre!

Julián extendió los brazos y lanzó un grito.

Luego irguiéndose con energía:

—¡Un arma!—exclamó con los dientes cerrados.

—Ya la tienes—replicó Johann fríamente.

Julián se palpó los costados como un soldado. Johann se echó á reír.

—No se castigan tales crímenes con la espada—le dijo;—es necesario el cadalso. El medio de hacérselo subir á Porporato es probar que Fulvio Coriolani estuvo la noche última en la casa de los Folquieri

—Así lo diré.

—No basta, pruébalo, tú posees un arma...

—¿Qué arma?—exclamó Julián fuera de sí.

—La bolsa bordada de perlas

Julián arrojó un rugido

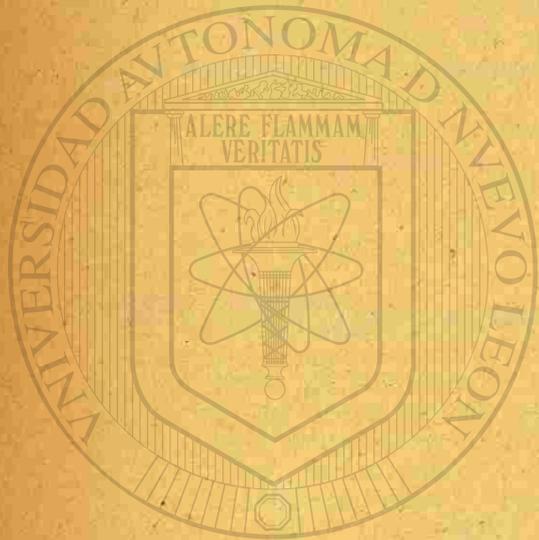
Tomó la bolsa entre sus manos crispadas, y partió como una saeta.

Johann quedó solo; cerró los ojos y se reclinó cómodamente en el sillón de la pobre Bárbara

—¡El gusano de la tierra ha dado muerte al león!—murmuró en tanto que su demacrado semblante tomaba una expresión de beatitud;—yo seré conde de Monteleone... ¡y les enterraré á todos!

FIN DE LA CUARTA PARTE

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA
DIRECCIÓN GENERAL D



QUINTA PARTE

LA MONTAÑA Y EL VOLCÁN Ó EL REY DE LA NOCHE

I

Un corazón traspasado por dos espada

En los inmensos jardines del palacio Coriolani había un pabellón, modelo de rica y graciosa elegancia, denominado el Romitorio Dolci.

El venerable banquero de la corte tenía allí sus habitaciones de recreo, de las cuales, á decir verdad, no hacía mucho uso.

No podía decirse lo mismo de Nina, su interesante sobrina, la cual gustaba sobremanera de este delicioso refugio, bastante separado del palacio principal para que la maledicencia no tuviese en qué hincar el diente.

Cuando su servicio cerca de la princesa de Salerno no la retenía en la corte, Nina habitaba frecuentemente aquel pabellón bajo el amparo del nombre de su tío Massimo Dolci. Este era su puesto de combate. Allí volvía á ser Fiamma, el gentil y valeroso teniente de Baldemonio.

Para trasladarse del palacio al pabellón Dolci, debíase cruzar el jardín en toda su longitud.

Pero en este momento no era Nina la que se hallaba en este pabellón adornado de maravillosas pinturas, sino Angélica Doria.

Angélica aguardaba á Fulvio.

Su semblante estaba tranquilo, ó más bien había en él cierta especie de resolución sombría y atrevida que no le era natural.

De vez en cuando lanzaba una mirada á lo largo del sendero guarnecido de baladros que penetraba y daba la vuelta á los bosquecillos.

Por allí debía llegar el príncipe Fulvio.

Este había salido del palacio tras de Nina que había ido á anunciarle la presencia de Angélica.

La sombra profunda que obscureciera un instante sus esperanzas y aspiraciones, se disipaba poco á poco, volviéndole el discernimiento. La luz resplandecía de nuevo á su vista, y todas las cosas que acababa de ver tristes y cubiertas de un velo fúnebre, se coloreaban ahora, siguiendo la inconstancia de su naturaleza, como si un alegre rayo de sol las alumbrase de repente.

Al dejar el salón en que había tenido lugar su entrevista con la condesa viuda de Monteleone, tomó incontinenti el camino que conducía al pabellón Dolci. En este instante no le dominaba otro pensamiento que el de besar la mano de Angélica y darle gracias de rodillas.

Pero durante el trayecto le ocurrió una idea, como el fruto maduro cuando se desprende súbito del árbol.

Había lejos del palacio, cerca del pabellón Dolci, un sendero encantador, umbrío y florido, á lo largo del cual las blancas estatuas resaltaban aquí y allá sobre el obscuro follaje.

Entre dos de éstas se hallaba el laberinto, dédalo de olmedillos que nunca falta en los jardines mitológicos.

El príncipe Fulvio había empezado á camina.

á grandes pasos. Al cabo de un minuto le hubiese encontrado en el fondo del laberinto, con la cabeza inclinada sobre el pecho, pensativo, distraído y en dirección contraria á la que llevara.

Detúvose bajo el bosquecillo, y sentándose en un banco, sacó de su seno la cartera donde estaban preparados y puestos en orden los papeles que debían servirle para consolidar su impostura en la quinta Floridiana.

Estos papeles se componían de seis pliegos separados.

El primero era la partida de bautismo del joven Mario, conde de Monteleone, el hijo primogénito que llevaba el nombre de sus padres.

El segundo y tercero consistían en las partidas de bautismo de Julián y Celestina.

El cuarto era la partida de casamiento de Monteleone con María de los Amalfi.

El quinto, compuesto de dos partes, escritas con muchos años de intervalo, contenía la narración del rapto del joven Mario y del de los otros dos hermanos.

Todos estos documentos estaban autorizados legalmente. Mario Monteleone había añadido algunas observaciones en el margen.

En fin, el sexto, escrito de puño y letra del difunto conde, era su testamento dirigido á su hijo mayor, para el caso en que la bondad de Dios le permitiese algún día ejecutarlo.

Fulvio había leído muchas veces estos diversos documentos, y sin embargo, los recorría en aquel momento con una avidez singular.

Evidentemente estudiaba su sentido, descubriendo quizás cosas que no había observado hasta entonces.

—¡Ese hombre se sentía rodeado de enemigos!— murmuró poniendo el paquete de papeles sobre el banco;—se conoce en las precauciones que to-

maba, y sin duda debió tomar muchas otras que han quedado inútiles y que yo no conozco.

Cruzó sus brazos sobre sus rodillas y se puso á reflexionar.

—El mayor tendrá mi edad—pensó revelando la principal idea que le ocupaba,—mi edad á corta diferencia, á lo menos todo induce á creerlo. Nació á principios del siglo, y yo no debo tener más de veintitrés años. Fué robado por unos piratas cómplices de una traición doméstica, y yo he pasado mi infancia en el mar.

Y volvió á tomar uno de los pliegos separados. Era casualmente la partida de bautismo del primogénito de Mario y María.

Después prosiguió:

—En vano busco en mis recuerdos, no veo en el albor de mis primeros años ni gran castillo, ni padre de blancos cabellos, ni dulce semblante de madre.

—¡Demencia!—exclamó interrumpiéndose con cólera;—¿y sueño en esto seriamente?

Su sonrisa quería ser desdenosa y jovial, pero ¡había en sus ojos tanta tristeza!

—Los gitanos fueron una vez á la bahía de Santa Eufemia—prosiguió;—yo iba con ellos... ¿Latió mi corazón á la vista de aquellos lugares? No.

—Pero ¿por qué latió en el calabozo del santo Mario?—añadió animándose súbitamente.—¿He podido oír nunca el nombre de Monteleone sin estremecerme?

La causa desconocida de mi turbación era tal vez un vago recuerdo.

Fulvio sufría por la primera vez de su vida un tormento inexplicable.

Su deseo le impelia á considerarse hijo de Monteleone, su razón le disuadía de esta idea.

—En Martorello—dijo sin soltar la partida de bautismo de sus manos,—un sér privado de ra-

zón, una pobre demente me toma por su esposo rejuvenecido y me saluda con el nombre de Monteleone: en la cripta del convento del Corpo-Santo, los caballeros del Carbón y el Hierro exclaman: «¡Son sus mismas facciones!» al penetrar en el pabellón de mármol donde dos seres desconocidos habían gozado de una felicidad sencilla y tranquila, mi corazón se oprime presa de mortal angustia, y más tarde cuando á su vuelta de Francia vuelvo á ver á aquella misma demente, ¡qué turbación en su mirada!

Iba á soltar el papel, cuando fijó por casualidad la vista en las líneas de la partida de bautismo, y observó entre estas otras líneas misteriosas que, aunque tenues, dejaban sin embargo entrever los caracteres.

Hay secretos que un aventurero no puede ignorar.

Fulvio conocía la virtud de cierto agente químico denominado en Italia «tinta simpática», con el cual se forman caracteres invisibles que sólo aparecen á los ojos sorprendidos á favor del conveniente reactivo.

Algunas de esas tintas aparecen al solo contacto del agua; otras tienen necesidad del calor.

Fulvio abrió bruscamente su chaleco y camisa, y aplicó el papel, ya calentado por la mano, á su ardiente pecho.

—¡Hágase la luz, Señor!—exclamó elevando los ojos al cielo:—he jurado proteger la posteridad de Monteleone, y aun cuando debiese derrocar mi pedestal, estoy dispuesto á cumplir mi juramento.

En estas palabras se traslucía un grito de su alma que decía:

—¡Si fuese yo!

Y sacó lentamente, casi con timidez, el papel introducido con tanta precipitación.

Le tuvo un instante abierto sin atreverse á mirarlo. Por fin sus ojos se fijaron en él y todo su cuerpo se estremeció.

No había más que dos líneas escritas en tinta simpática.

El calor del pecho de Fulvio había dado vigor á los caracteres. Esas dos líneas decían:

«El primogénito de Mario, conde de Monteleone, lleva grabado en el brazo izquierdo el escudo de su familia».

Esa clase de tatuajes, tan comunes entre las gentes del pueblo, se usan en Italia en las grandes familias. Los criados montañeses son muy hábiles para hacerlos. En la Italia del Sur y en Sicilia no es raro encontrar niños que llevan grabado su nombre con todas sus letras en el seno ó en el brazo.

La sorprendente frecuencia con que se repiten los raptos en las costas y cerca de los montes, ha perpetuado sin duda esta costumbre.

Pero se ha experimentado que así como en las personas adultas estos tatuajes son en cierto modo indelebles, desaparecen en los niños en la edad de la pubertad, á consecuencia del trabajo de nutrición y eliminación que tiene lugar en ella. Fulvio se levantó y escapóse el papel de las manos.

—¡Un corazón traspasado por dos espadas en el brazo!—murmuró;—¡nunca lo he notado!

Su mirada parecía la de un insensato.

Quitóse el frac con precipitación, y separando la manga izquierda de su camisa, sólo percibió en la blanca piel algunas huellas vagas.

Fulvio frotó el lugar en que se observaban esas manchas, pero le fué imposible descubrir en esas líneas confusas «un corazón traspasado por dos espadas»

—Y sin embargo, es necesario que yo sepa—exclamó cruzando los brazos sobre el pecho,—si tengo una madre, un hermano, una hermana, y si es mi padre el que descansa en las bóvedas del Corpo-Santo, ¡el que no está vengado!

II

sueño de Manuel

Para saberlo había un medio: preguntárselo á Manuel Giudicelli.

El príncipe Fulvio recompuso el desorden de su traje lo mejor que pudo, y se dirigió con paso rápido hacia la parte del palacio en que se hallaba el herido.

Manuel había sido llevado á una sala baja del ala oriental de la antigua casa llamada de Avolos, cuya sombría ventana daba al bosquecillo, quedando recomendado particularmente á los criados de Coriolani.

Este quedó sorprendido al no ver á nadie en el vestíbulo, y de que el aposento que precedía al del herido estuviere igualmente desierto.

En el momento en que Fulvio le cruzaba, una mujer, radiante de gracia y hermosura, levantó la cortina de la puerta.

Al primer golpe de vista, Fulvio reconoció su querida visión de la casa de los Folquieri.

Ella sonrió á Fulvio que también le sonreía.

Y poniendo un dedo sobre su linda boca, como si se hubiese dirigido á un amigo:

—¡Chist!—le dijo;—¡duerme!

Fulvio se detuvo para contemplarla. Su semblante revelaba una especie de encanto.

—Ya os conozco—le dijo en voz baja;—sois el que nos habéis dejado la bolsa, sois el príncipe...

—¿Me habéis visto en otra parte, querida niña?—preguntó Fulvio adelantándose hacia ella.

—Su misma voz—murmuró poniéndose repentinamente seria;—¡la voz de mi hermano Julián!

Estas palabras enigmáticas para cualquier otro, eran tan propicias á las ideas de que se hallaba poseído Fulvio, que le tomó la mano y la atrajo hacia sí, exclamando con profunda y súbita emoción:

—¿Creéis que me parezco á vuestro hermano Julián?

—Vos sois más hermoso—repuso la niña bajando la vista y ruborizándose.

—¿Me tenéis miedo, Celestina?—preguntó el príncipe.

—No—contestó ella con los ojos todavía bajos, —pues habéis sido nuestro ángel bueno, y os halláis colocado en una posición muy superior á nosotros.

Y levantó sus ojos puros y brillantes.

—La primera vez que os vi fué como en un sueño,—dijo ella contestando á la primera pregunta del príncipe,—y no os hubiera conocido si no os pareciérais tanto á mi querido hermano.

Fulvio se colocó en plena luz.

—Miradme bien, querida niña—dijo;—esta semejanza...

—¡Oh!—interrumpió Celestina apartándose,—yo no he visto nunca á mi pobre Julián vestido como vos... Además, ya os lo he dicho, mi hermano no es tan hermoso.

En aquel momento entraba el criado encargado de velar á Manuel.

—Alteza—le dijo,—os buscaba. El doctor Doni no ha podido volver de Salerno. Pero ha mandado en su lugar uno de sus discípulos.

—¿Cómo se llama?—preguntó Fulvio.

—Ese imbécil de Petruzzi no ha sabido decirme-o, Alteza.

—¿Y qué ha hecho el médico con el enfermo?

—Lo que hacen todos los médicos, Alteza; ha palpado, mirado, refunfuñado, guiñado el ojo, sacudido la cabeza...

—¿No le ha ordenado ningún medicamento?

—Sí por cierto... uno y bueno, porque desde entonces el buen hombre duerme como un bienaventurado.

—¿Ese medicamento se hallaría sin duda en un frasco?

—Sí, Alteza, en un frasco.

—¿Está sobre el velador?

—No. La botella está en el bolsillo del ayudante del doctor Doni... Os diré por qué... Este sabio médico ha hecho abrir la boca al herido y le ha puesto sobre la lengua dos ó tres gotas de su cordial. También ha derramado algunas gotas en la herida cuya venda había quitado de antemano.

El príncipe pareció inquieto.

Y este sentimiento se reflejó como en un espejo en el gracioso semblante de la joven.

—¿Qué cara puso el herido?—preguntó Fulvio después de un corto silencio.

—Alteza—contestó el criado,—no quisiera hablar mal de un camarada, pero todos sabemos que Petruzzi es medio idiota. Me ha dicho que el médico había vuelto por sí mismo la cabeza del herido hacia la cabecera diciéndole:—«¡Dormid!» y que había añadido, dirigiéndose al que le velaba:—«Cuidado con despertarle antes de mi vuelta, sería peligroso, quizá mortal».

—¡Mortal!—repitió Celestina azorada.

Fulvio señaló la puerta al criado, el cual sa-

lió caminando hacia atrás y haciendo repetidos saludos.

Luego que estuvo fuera, Celestina, más confiada, acercóse al príncipe.

—Niña—le dijo éste tomándole la mano,—si tuvieses un hermano como yo ¿le amarías?

Celestina no pareció extrañarse de esta pregunta.

—Nada puede sorprenderme—murmuró;—¿sabéis lo que se dice, Alteza, supuesto que os llaman así, en toda la costa de Cetana en Sicilia?

—No—replicó,—no lo sé, Celestina.

—Se dice que Dios protege á los que ha librado de una gran desgracia.

—Y el peligro de que te ha preservado Dios ¿era grande, niña?

—Dios y vos, Alteza. Tan grande, que me estremezo cuando pienso en él, no por mí, sino por mi querido Julián. Estoy pálida, ¿no es verdad?

—En efecto, Celestina—dijo el príncipe cuya sonrisa se hizo melancólica;—pero ¿tanto amás á Julián?

—Como no somos más que dos, Alteza... porque yo no creo que vos seáis hermano mío; sería demasiada felicidad...

—¿De veras?—replicó Fulvio latándole el corazón;—¿esto te haría feliz? ¿Me amarías si fuese así, Celestina?

—Ya os amo sin ello—contestó sin titubear.—¿Y cómo no os había de amar, si sois nuestro salvador?

Fulvio arrugó el entrecejo.

—Bueno—repuso Celestina,—no os disgustéis, Alteza; aun cuando no nos hubieseis salvado, creo que os amaría del mismo modo.

Luego, con cierta volubilidad y acento cariñoso añadió:

—Pero si vos no sois mi hermano, porque esto sería como un cuento de hadas, á lo menos es-

toy segura de que conocéis á nuestro padre y á nuestra madre.

Como Fulvio no respondiese inmediatamente, cual ella deseaba, se le acercó tomándole la mano.

—¡Decídmelo!—añadió con mimo.

Fulvio contestó por fin con acento melancólico:

—Vuestro padre es un santo en el cielo.

Celestina bajó sus párpados humedecidos por una lágrima.

—¿Y nuestra madre?

—¡Oh!—dijo el príncipe pareciendo sonreír á una querida y radiante visión;—¡cómo vas á querer á tu bella y dulce madre, niña!

Las lágrimas que rebosaban en los párpados de Celestina inundaron sus mejillas de repente.

—¡Madre mía!—exclamó;—¡madre mía!

Y no dijo más. Su semblante expresaba un profundo éxtasis.

—¿Y cuándo me hallaré en los brazos de mi madre?—preguntó después de un corto silencio.

—Hoy mismo—replicó Fulvio;—os lo prometo, Celestina.

Por segunda vez olvidaba la hora y su cita con Angélica.

Se estaba operando en su existencia una grande y tranquila transformación.

Fulvio había partido primero, no de la duda, sino de la incredulidad más completa.

Su «idea», como hemos llamado á la voz que sentía en su corazón, sólo le presentaba objeciones de escaso valor.

No se había producido ningún acontecimiento capaz de modificar la opinión de Fulvio.

Así, siguiendo la corriente de sus ideas dijo á Celestina:

—¿Por qué habéis tratado de suicidaros?

La niña bajó los ojos sonrojándose.

- ¡Ya hemos pedido perdón á Dios!—murmuró;
 —ya sé que cometíamos un gran pecado.
 —Pero ¿por qué?—insistió Fulvio.
 —Julían quería ser sacerdote...—murmuró la niña con vacilación,—pero el amor...
 —¿Por ventura ha profesado?
 —No, es libre.
 —Entonces ¿por qué?—repitió el príncipe.
 —Cuando se han fijado las miradas demasiado alto...—dijo Celestina con singular expresión de tristeza.
 —¿Ama á una joven rica?
 —Muy rica... pero no es esto solo.
 —¿Qué es pues? ¿noble?
 —Sí, más noble aún que rica.
 —¿Queréis decirme el nombre de esa joven, Celestina?—preguntó el príncipe dulcemente.
 —Es un secreto que pertenece á mi hermano—respondió.
 El príncipe sonrió y repuso:
 —Y vos, Celestina, ¿no tenéis secretos?
 Dos bellas lágrimas brotaron de sus ojos en tanto que decía:
 —¡Oh! no, no tengo secretos.
 Fulvio preguntó:
 —¿Y es rico y noble también?
 Celestina exclamó sencillamente:
 —¿Cómo habéis adivinado que le amaba? Es muy noble y rico, y tan superior á mí como las estrellas brillantes de la noche á las humildes luciérnagas que resplandecen entre las hierbas...
 —¿Y no podéis olvidarle?
 En las facciones de la encantadora niña se pintó cierta especie de indignación.
 —¡Olvidarle!—murmuró;—¡es imposible!
 —Celestina—repuso Fulvio con acento paternal—por elevada que sea la posición en que se halle colocada la que ama vuestro hermano, por no-

- ble que sea aquel en quien habéis fijado vuestras miradas, no puede haber entre ellos y vosotros obstáculos insuperables.
 —¡Ojalá!—tartamudeó la pobre niña.
 —Aunque ellos ocupasen las antesalas de un trono.
 —¿Cómo?—interrumpió Celestina.
 —Aunque fuesen los primeros después del rey. El nombre de vuestro padre os colocará sobre ellos.
 Celestina quedó asombrada.
 Después de algunos segundos de reflexión movió su encantadora cabeza con aire incrédulo,
 —¿Habéis dicho esto á mi hermano?
 —No le he visto—respondió el príncipe.
 —¿Qué han hecho pues de él?—murmuró con sorpresa.
 Como el príncipe no contestase, Celestina prosiguió:
 —¿Por qué no le he hallado al lado de nuestro padre Manuel?
 La fisonomía del príncipe reveló un grado más vivo de atención.
 —¿Esperabais hallar á vuestro hermano al lado de Manuel?—le preguntó.
 —¿No le han venido á buscar antes que á mí?—dijo con voz trémula.
 —¿De parte de quién?
 —¿No lo sabéis?—exclamó Celestina;—pero si me han venido á buscar á mí de parte del mismo! El príncipe reflexionaba.
 Celestina le oyó que decía
 —He prometido á esa madre volverle á sus dos hijos.
 —¿No sois vos—le preguntó con espanto,—el que nos ha mandado á buscar? y si no sois vos, ¿quién puede haber tendido este lazo á mi hermano Julián?

El príncipe agitó vivamente una campanilla. Al mismo tiempo tomó la mano de Celestina y la rogó que se sentase.

—¿A qué hora han ido á buscar á vuestro hermano?—le preguntó.

—Entre diez y once de la mañana—replicó la joven.

Un criado apareció á la puerta.

—¡Que venga al instante Cucuzone!—ordenó el príncipe.

Y cuando hubo salido el criado continuó:

—¿Podéis darme las señas del hombre que ha ido á buscar á Julián?

—Alto y elegante—repuso la niña;—el aire frío; el semblante fatigado y pálido.

—¿Su acento?

—Siciliano al parecer.

La campanilla vibró por segunda vez y más fuerte.

Otro criado se presentó en el umbral.

—¡Ruggieri! que venga Ruggieri inmediatamente—ordenó Fulvio.

Al ver su ademán imperioso el criado salió corriendo.

Volvióse Fulvio hacia Celestina.

—Decidme—replicó,—¿le habéis notado alguna cosa particular?

—Nada más—respondió la joven,—sino que sus palabras parecían anunciar, como las vuestras, un fuerte y brusco cambio en nuestra existencia.

—¿Ha pronunciado algún nombre además del de vuestro padre Manuel?

—No.

—¿Estáis segura?

Celestina buscó en su memoria y respondió:

—Estoy segura.

—¡Ah!—exclamó de repente,—¡ya me acuerdo! Cuando Julián le dijo que no tenía ropas para

seguirle, aquel hombre respondió:—Acordaos bien de esta circunstancia: ¡con ella mataréis á vuestro enemigo!

—¡Vuestro enemigo!—repitió el príncipe;—¿me habéis ocultado alguna cosa?... ¿Vos tenéis un enemigo?

—Yo no—replicó Celestina ruborizándose;—Julián sí.

—Y ¿no queréis decir su nombre, Celestina?

—Es un secreto de Julián...

—¡Escuchad!—continuó Celestina;—todo está tan confuso en mi memoria que estoy perpleja. Esta noche debe haber penetrado en nuestro aposento otro después de vos. Vos no habéis tomado la sotana de Julián, ¿no es verdad?

—Yo pregunto, Celestina—replicó Fulvio con un poco de severidad en la voz,—pero no respondo.

—¡No, no!—prosiguió ella;—¿qué hubieseis hecho de la pobre sotana, vos que sois tan rico? Pero vos os habéis quemado la mano en el brazo...

Fulvio llevaba guante en su mano derecha.

—Y por otra parte—añadió Celestina,—la bolsa...

—¿Habéis hablado de todo esto á ese hombre?

—Cuando él entró, estaba hablando de ello con Julián. Ignoro si escuchaba en la puerta, pero le ha encargado que se llevase la bolsa consigo y que no olvidase lo de la quemadura.

Fulvio tenía la cabeza inclinada sobre el pecho.

—Cuando despertasteis, ¿estabais solos?

—Solos.

—¿Cuánto había en la bolsa?

—Una onza de oro sencilla.

El príncipe hizo un gesto de sorpresa.

En aquel instante por la ventana abierta que daba al jardín penetró un hombre, ó más bien una especie de mono, porque cayó aplomado sobre las manos, con ayuda de las cuales caminaba,

gitando las piernas en el aire como si hubiese querido saludar á los presentes de aquel modo singular. Celestina lanzó un grito de espanto.

Habiendo andado un poco en tan extraña posición, volvió sobre sí mismo, arrollando súbitamente el cuerpo como una bola, y acabó por sostenerse inmóvil sobre el respaldo de una silla que empuñaba con una de sus manos.

Abrióse la puerta y apareció otro personaje: éste tenía las piernas cortas y patizambas, y caminaba como los marinos. Llevaba el gorro bajo el brazo é introducía su pulgar incombustible en el hueco de su pipa para apagarla.

—¡Abajo, Cucuzone!—dijo el príncipe severamente.

El hombre mono se dejó caer inmediatamente sobre los pies y permaneció tieso en la posición de un recluta.

—Es sorprendente—dijo el marino Ruggieri introduciendo su apreciada pipa en el bolsillo,—que un hombre de esa edad no pueda permanecer en reposo.

—Esto no impide—repuso dirigiéndose á Fulvio,—que cuando llega la ocasión no sea un bravo mozo. Pero á primera vista...

Y acabó la frase encogiendo sus anchos y cuadrados hombros.

Cucuzone hizo un gesto burlón y respondió:

—No todos pueden tener aire de embajador como el primo Ruggieri.

—¡Haya paz!—dijo el príncipe.—¿Quién ha estado esta mañana en la plaza del Mercato?

—Yo—respondió el marino.

—Y ¿qué ha habido de nuevo?

—Han enterrado á la jibosa.

—¡Bárbara de Monteleone ha muerto!...—murmuró el príncipe con sorpresa.

—Sí, señor, ha muerto esta noche mientras bailaban en el palacio Doria.

—Y ¿qué más?

—Pedro Falcone fué á dar cuenta de su comisión.

—Y ¿qué más?

—Johann Spurzeim mandó á casa del doctor á embargar dos cajitas de oro que llevaban las iniciales de la difunta.

—¿Qué había en las cajitas?

—Una cosa como pastillas.

Fulvio murmuró:

—Bárbara ha muerto envenenada... Y ¿qué más?

—Nada más.

—¿No has sabido si ha enviado alguien á la casa de los Folquieri?

—Con permiso de Su Alteza...—interrumpió Cucuzone,—yo voy á responder á eso. Esta mañana he dado una pequeña función á la guarnición de Castello-Vecchio para ver qué ocurría por allí.

—Y ¿qué has visto?

Cucuzone se le acercó con rápido movimiento y le dijo en voz baja:

—He visto el calabozo en que os hallaréis esta noche, señor.

Y sin darle tiempo de responder añadió en voz alta:

—He visto además en la casa de los Folquieri desde la balastrada de la misma, á una hermosa niña que tiene derecho á todos mis respetos, pues la veo en vuestra compañía.

—¿No has visto otra cosa?—dijo el príncipe.

—Sí, he visto el hombre...

—¿Qué hombre?

—El hombre enviado por nuestro digno amigo de la piazza del Mercato.

—¡Por Johann!—exclamó Fulvio.

—Por el mismo.

—Y á ese mensajero de Johann ¿le has conocido?

—Perfectamente, Alteza.

—¿Quién era?

—Vuestro mayor enemigo.

Fulvio hizo un ademán de impaciencia.

—El hombre de Palermo—añadió Cucuzone.

—Si el maestro hubiese querido... —refunfuñó Ruggieri acariciando el mango de su puñal.

Cucuzone repuso meciéndose con gracia:

—No hay que perder tiempo... yo me encargo de él por poco que el maestro quiera.

—¡Os prohibo tocar un solo cabello de su cabeza!

El marino y el saltarello permanecieron silenciosos.

—No soy yo quien os lo ordena, muchachos —repuso Fulvio cambiando de tono de manera que no lo oyese Celestina;—es la regla... el doctor Pedro Falcone posee la sortija del Silencio...

Cucuzone no pudo menos de decir:

—¿Dónde la ha robado?

—El joven de la casa de los Folquieri—continuó el príncipe,—debe hallarse á estas horas en la de Johann Spurzeim. Es necesario que uno de vosotros aceche desde afuera y otro se introduzca en la casa, no importa cómo.

—¡Yo me encargo de lo último!—exclamó el saltarello;—la casa tiene chimeneas.

—Si le aconteciese alguna desgracia á ese joven—acabó Fulvio elevando la voz y mirando á Celestina que le sonreía con lágrimas en los ojos,—vosotros me responderéis con vuestra vida!

III

El retrato

Angélica continuaba triste y sola. Era la primera vez de su vida que tenía que esperar.

Un hermoso reloj sostenido por el carro emble-

mático de Diana señalaba lentamente el paso de las horas.

En los alrededores, los olorosos bosquecillos permanecían silenciosos; no se oía paso alguno en la arena de oro de los senderos.

Angélica acechaba el menor ruido. Su bella cabeza pensativa se apoyaba en su mano. De vez en cuando la brisa encalmada dejaba oír sus murmurios, agitando de improviso las ramas perzosas de los laureles.

Nina no había llegado, Fulvio tampoco.

En aquel encantador pabellón había algunos preciosos cuadros maestros, y ante la ventana dos grupos antiguos que formaban simetría. También había un cuadro moderno; un retrato á lo Van-Dyck.

Era un joven, muy joven, vestido al uso que se ha convenido en llamar alemán, á pesar de que los alemanes no lo siguen.

Nosotros vimos un día el original de este retrato en el fondo de la Calabria ulterior segunda, junto á las playas de Santa Eufemia.

¿De quién podía ser este retrato en el misterioso pabellón de Nina Dolci sino de Fulvio, su dulce amigo?

Pero de Fulvio adolescente, tal cual era en los felices tiempos de luchas y amores, tal como la gitana Fiamma le había adorado de rodillas.

La fisonomía del retrato descollaba bella y poética. Creyérasela un rostro de mujer, ó mejor aún el rostro de uno de esos jóvenes reclusos que viven lejos de la vida mundana, y que pasan, tristes y tranquilos, de los bancos de la escuela á la silla del coro.

Su traje severo, de terciopelo negro, cerrado hasta el cuello, se prestaba á la comparación. Remedaba casi una sotana.

Angélica estaba sentada frente á este retrato.

—Perfectamente, Alteza.

—¿Quién era?

—Vuestro mayor enemigo.

Fulvio hizo un ademán de impaciencia.

—El hombre de Palermo—añadió Cucuzone.

—Si el maestro hubiese querido... —refunfuñó Ruggieri acariciando el mango de su puñal.

Cucuzone repuso meciéndose con gracia:

—No hay que perder tiempo... yo me encargo de él por poco que el maestro quiera.

—¡Os prohibo tocar un solo cabello de su cabeza!

El marino y el saltarello permanecieron silenciosos.

—No soy yo quien os lo ordena, muchachos —repuso Fulvio cambiando de tono de manera que no lo oyese Celestina;—es la regla... el doctor Pedro Falcone posee la sortija del Silencio...

Cucuzone no pudo menos de decir:

—¿Dónde la ha robado?

—El joven de la casa de los Folquieri—continuó el príncipe,—debe hallarse á estas horas en la de Johann Spurzeim. Es necesario que uno de vosotros aceche desde afuera y otro se introduzca en la casa, no importa cómo.

—¡Yo me encargo de lo último!—exclamó el saltarello;—la casa tiene chimeneas.

—Si le aconteciese alguna desgracia á ese joven—acabó Fulvio elevando la voz y mirando á Celestina que le sonreía con lágrimas en los ojos,—vosotros me responderéis con vuestra vida!

III

El retrato

Angélica continuaba triste y sola. Era la primera vez de su vida que tenía que esperar.

Un hermoso reloj sostenido por el carro emble-

mático de Diana señalaba lentamente el paso de las horas.

En los alrededores, los olorosos bosquecillos permanecían silenciosos; no se oía paso alguno en la arena de oro de los senderos.

Angélica acechaba el menor ruido. Su bella cabeza pensativa se apoyaba en su mano. De vez en cuando la brisa encalmada dejaba oír sus murmurios, agitando de improviso las ramas perezosas de los laureles.

Nina no había llegado, Fulvio tampoco.

En aquel encantador pabellón había algunos preciosos cuadros maestros, y ante la ventana dos grupos antiguos que formaban simetría. También había un cuadro moderno; un retrato á lo Van-Dyck.

Era un joven, muy joven, vestido al uso que se ha convenido en llamar alemán, á pesar de que los alemanes no lo siguen.

Nosotros vimos un día el original de este retrato en el fondo de la Calabria ulterior segunda, junto á las playas de Santa Eufemia.

¿De quién podía ser este retrato en el misterioso pabellón de Nina Dolci sino de Fulvio, su dulce amigo?

Pero de Fulvio adolescente, tal cual era en los felices tiempos de luchas y amores, tal como la gitana Fiamma le había adorado de rodillas.

La fisonomía del retrato descollaba bella y poética. Creyérasela un rostro de mujer, ó mejor aún el rostro de uno de esos jóvenes reclusos que viven lejos de la vida mundana, y que pasan, tristes y tranquilos, de los bancos de la escuela á la silla del coro.

Su traje severo, de terciopelo negro, cerrado hasta el cuello, se prestaba á la comparación. Remedaba casi una sotana.

Angélica estaba sentada frente á este retrato.

Sus ojos se habían fijado repetidas veces en la tela y siempre los había apartado con una expresión de espanto; puede decirse casi de angustia.

Su corazón sufría, pero este sufrimiento no lo causaba su orgullo humillado de tener que esperar.

A veces llevaba su mano al corazón y sus mejillas palidecían.

Pero ¿por qué tal sufrimiento? Y ¿por qué su miraba se apartaba del retrato?

Fulvio debía tener dieciocho años cuando se hizo éste.

Angélica conocía quién se asemejaba al retrato más que el mismo Fulvio.

Y se decía con el alma turbada:

—Estoy bien segura de que si él me amase, yo sería fuerte...

Y entre las nubes que velaban su conciencia, surgía una pregunta á despecho suyo:

—Y yo, ¿le amo como antes?

Para responder no debía mirar el retrato, porque la blanca figura que se destacaba de la obscura tela, ya no era el mismo Fulvio.

Era el adolescente de semblante melancólico y suave que Angélica había encontrado en la iglesia de San Genaro de los Pobres.

El «joven santo» de quien había hablado á Nina Dolci en el baile del palacio Doria.

Era él, rasgo por rasgo.

Angélica no se atrevía á volver á mirar á ese retrato fascinador que le hablaba misteriosamente de otro Fulvio. Para huir de estos pensamientos que la hostigaban y oprimían, veíase obligada á refugiarse en sus sentimientos religiosos y decir:

—¡Pertenece á Dios!

Así, pues, permaneció mucho tiempo inmóvil y con los ojos cerrados. Su ardiente cabeza le pe-

saba; puso sus bellas manos sobre su semblante de fuego y se escapó un gemido de su pecho.

—¡Voy á volverme loca!—murmuró.

A través de sus párpados cerrados, veía siempre la suave y angelical sonrisa.

El sol descendía ya hacia el horizonte. Sus rayos que pasaban entre el follaje de las acacias plantadas delante del pabellón, venían á jugar sobre la frente de Angélica.

De súbito se dibujó una sombra.

Angélica dejó de ver que había alguien entre ella y la ventana.

Era Fulvio á quien aguardaba, no Julián en quien tenía fijo el pensamiento.

—Angélica—le dijo una voz dulce y grave á su oído,—¿por qué lloráis?

La ilusión se desvaneció como la neblina azotada por las brisas del mes de Mayo. Todos sus vagos terrores se alejaron á la vez.

Su fisonomía apareció repentinamente risueña.

—Gracias por haber venido—contestó tendiéndole la mano.

Fulvio dobló una rodilla para besarla.

—Príncipe—le dijo la joven en tono de repreñión, pero sin cólera;—yo no sabía lo que era esperar.

Coriolani no se excusó. Sus labios quedaron pegados á la mano de Angélica, la cual sonreía pálida y conmovida.

Era cosa maravillosa ver á aquellas dos criaturas, una enfrente de otra, tan perfectamente bellas; imposible era no presumir que el uno había nacido para el otro.

Ellos se amaban; sus ojos lo decían suficientemente, y parecía que la naturaleza entera debía festejar sus espléndidos esponsales.

—¡Fulvio! ¡Fulvio!—exclamó Angélica;—ayer me

dijisteis:—«Necesito veros...» Yo también tenía necesidad de veros. Mi corazón sufre y siento un malestar inexplicable. Sed mi médico, Fulvio, curadme!

—Os he preguntado por qué llorabais, Angélica, y no me habéis respondido. ¿Para qué ocultarlo? Yo soy el origen de esas lágrimas que derramáis por haber desobedecido á vuestro hermano á quien queréis como al mejor de los padres, y porque mientras le resistís no dejáis de abrir vuestro corazón á las sospechas que abriga él en el suyo, ¿no es eso, Angélica?

Esta inclinó la cabeza.

Tal parecía deber ser su preocupación. Pero en lo que menos pensaba era en su hermano.

Fulvio la contemplaba con una admiración llena de amor.

—¡Nunca os había visto tan bella, Angélica!—murmuró.

Por las mejillas de la joven rodó una lágrima.

—Fulvio—profirió en voz tan baja que apenas podía oírsele;—daría mi vida por estar segura de vuestro amor.

—Yo voy á dar más que la vida para asegurarosme del vuestro, condesa—respondió el príncipe con voz triste.

Ella le miró con los ojos sorprendidos. Los dos permanecieron un instante contemplándose.

La imagen fantástica que hacía fatigosos los sueños de esta dulce virgen se había desvanecido, y sólo quedaba Fulvio, su Fulvio, su vencedor! Angélica, amaba profundamente, ardientemente: ¡era feliz!

El príncipe sentía renacer en su alma la santa fiebre de las primeras ternuras.

Parecía que ninguna fuerza humana podía ya obstruir en adelante el camino florido de su felicidad.

—Angélica—repuso Fulvio,—he puesto en vos, en vos sola, todas mis esperanzas. Si me amáis, alcanzaré en la tierra el paraíso; si me he engañado, todo habrá concluido para mí.

—¡Si le amo!—tartamudeó la Doria con los ojos llenos de lágrimas;—¡Virgen madre! ¡duda de si le amo!

—Si me amáis, Angélica, este será el más feliz de nuestros días. Las sospechas de que hablaba hace poco, las sospechas de vuestro hermano desaparecerán, porque sé que posee un corazón noble y que no negará la luz cuando brille en todo su esplendor. Si no me amáis...

—No quiero que habléis así, príncipe—interrumpió Angélica;—estoy en vuestra casa y permito que continuéis arrodillado á mis pies.

—Es que el amor como yo le entiendo—continuó Fulvio,—no es un amor vulgar; como yo amo, quiero que se me ame.

—Aunque me améis como no se ha amado jamás en el mundo, no temo medir mi cariño con el vuestro—murmuró Angélica.

—¡Ojalá sea así!—dijo lentamente Coriolani.

Sus miradas devoraban á la Doria.

—Os lo aseguro, Angélica—continuó Fulvio siguiendo el pensamiento que le dominaba;—todos los obstáculos amontonados por la envidia ó la calumnia á mi paso, han desaparecido. El nombre de Monteleone que me pertenece, y que parecía tan superior á mi alcance, está á mi disposición; no tengo más que extender la mano para tomarle, he llegado al pináculo y al triunfo; entre nosotros y la felicidad sólo media una barrera, y esta barrera sois vos!

—¡Yo!—exclamó la bella Doria.

—Vos, Angélica, que quizá no aceptaréis las condiciones de mi amor.

—¿Tan inaceptables son estas condiciones?

—Vuestro acento ha cambiado—dijo Fulvio con melancolía;—veo en vuestras miradas la desconfianza naciente y el amor propio lastimado. Aun es tiempo, señora; el pacto no ha concluído...

Ella enjugó sus ojos y le miró sorprendida.

—¡Evitadme este suplicio!—exclamó con voz alterada;—si no tenéis confianza en mí, ponedme á prueba.

—Para eso he venido, señora—repuso Fulvio. Y como Angélica se levantase ofendida, prosiguió con su grave y armoniosa voz que sabía dirigir tan bien al corazón:

—Ya sé, condesa, que sois pura como los ángeles, pero si de súbito una revelación terrible me mostrase vuestro pasado bajo otro aspecto, no por eso dejaría de amaros.

El rubor subió á las mejillas de Angélica, y bajó sus ojos inquietos, guardando el más profundo silencio.

Fulvio pareció dudar un instante

Pero no fué más que un instante. Su voz se hizo de pronto más breve é incisiva, en tanto que replicaba:

—Pero ¿para qué buscar subterfugios, condesa? esta conversación no puede prolongarse; los dos sufrimos...

—Es verdad—tartamudeó Angélica;—¡yo sufro!

Y retiró su mano de entre las del príncipe para llevarla á su corazón.

—He aquí lo que quiero saber, condesa—dijo Fulvio levantándose y fijando en ella su mirada con altivez:—¿hay algo en el mundo que pueda impedirnos amarnos?

—No os comprendo.

—Y sin embargo, habéis de comprenderme, condesa, porque todo depende de vuestra contestación. Ya sé que me amáis, lo sabía antes que me lo dijeseis, pero ¿amaríais aún en mí al desgraciado

desprovisto de su prestigio, al combatiente humillado? Si un día supieseis...

—Creo—le interrumpió Angélica,—que entonces me moriría, Fulvio, pero no cesaría de amaros.

—El que ama no quiere morir.

—¡Soy Doria!—profirió lentamente Angélica.

—¿Es decir, que vuestro orgullo es más fuerte que vuestro amor?

Angélica sintió frío en el corazón, pero repitió:

—¡Soy Doria!

Luego añadió con lágrimas en los ojos:

—¿Sé yo lo que haría, señor? En nombre del cielo tened compasión de mí! explicaos. ¿Quién sois?... ¿Qué habéis hecho? ¡Hablad!

—Soy Mario, conde de Monteleone—respondió el príncipe.

El gozo brilló en las miradas de Angélica.

—Pero—añadió acentuando cada una de sus palabras,—mi vida pasada no corresponde á mi nombre. La condesa Doria pudiera algún día echarme en cara haberla engañado.

—¿Vos no habréis descendido hasta la bajeza?—murmuró la joven.

—¡La bajeza!—repitió el príncipe;—esto no es más que una palabra, condesa. Pero no me interrumpáis: con una sola frase voy á deciroslo todo. Nina Dolci os ha confiado esta mañana la historia de un bandido de las Calabrias.

—¡De Porporato!—tartamudeó Angélica.

—De Porporato, señora. Esta historia os ha sorprendido, lo veo.

—¿Habríais sido como él, señor?

Fulvio retrocedió un paso, respondiendo con voz sorda:

—¡Soy Porporato!

Angélica reclinó su bella cabeza sobre el respaldo del sillón.

Fulvio aguardaba.

—Angélica—le dijo después de un largo silencio:—no quiero defender mi causa, solamente os diré que al presente vos sois mi único amor, y suceda lo que quiera, juro que este será el último. ¡Sed mi juez sin apelación! Un carruaje con las armas de vuestra familia os espera en la puerta del palacio que da á la campiña, nadie os ha visto entrar, nadie os verá salir. Ha llegado la hora de presentaros en la quinta Floridiana... sois libre...

Un sollozo levantó el pecho de la bella Doria. Sus ojos se abrieron, y su mirada se fijó en el retrato que tenía enfrente.

Luego experimentó como un movimiento de horror.

Diríase que buscaba un refugio en torno de ella.

—¡No! ¡no!—exclamó poniéndose las manos delante de los ojos;—¡no quiero! ¡no quiero!

Todo su cuerpo temblaba á impulso de un misterioso terror.

Trató de levantarse y no pudo tenerse en pie. Fulvio acudió para sostenerla, pero echándole ella los brazos al cuello, exclamó:

—¡Te amo!

En su aspecto había algo de extraño. Fulvio no sabía el secreto de esta emoción.

—Juradme—exclamó imperiosamente la Doria cuyo orgullo buscaba un asilo,—juradme que sois Mario, conde de Monteleone.

Y se volvió de manera que no pudiese ver el retrato, pero su imagen estaba en su corazón, y su alma experimentaba una desesperación inexplicable.

Era el abismo al cual la precipitaba una irresistible corriente magnética.

Su corazón le decía esta verdad que la lastimaba.

—Sólo Fulvio puede defenderte de ese otro amor que es un crimen.

Religiosa, á la manera italiana, se horrorizaba al pensar que iba á disputar un corazón á Dios.

—Juro—repitió entretanto Fulvio,—que soy Mario, conde de Monteleone.

—Entonces—dijo vivamente la Doria,—mi hermano y yo poseemos vuestra fortuna.

—Si no me amáis, Angélica, no tengo necesidad de herencia—replicó Fulvio con sencillez.

La Doria se levantó con ímpetu; sus ojos despedían un fuego sombrío.

—Hace poco me habéis dicho que un carruaje con las armas de mi familia me esperaba en la puerta del palacio. Quiero que subáis á él conmigo. Quiero quemar mis naves y llegar á la corte en vuestra compañía.

—¿Estáis resuelta, condesa?

—Resuelta. ¿Acaso retrocedéis?...

Fulvio tomó su mano y la llevó á sus labios.

Angélica se inclinó y besóle la frente.

—¡Sello nuestros esponsales!—dijo con extraña sonrisa.

—Dios os devuelva, señora—contestó Fulvio en el recogimiento de su profunda alegría,—toda la felicidad que me dais... Sois mía para siempre, y ¡ay del que intente separarnos!

Tiró de la campanilla, y rasgando una hoja de su librito de memorias, escribió en ella algunas palabras.

—¡A los que aguardan en la galería de Apolo!—dijo al criado que entró, dándole el papel.

Luego tomó la mano de Angélica y la condujo al carruaje.

Los que aguardaban en la galería de Apolo eran los maestros del Silencio: Amato Lorenzo, convertido en el banquero Massimo Dolci; Policeni Corner, transformado en el caballero Hércules Pisani; Marino Marchesi, intendente de policía bajo el nombre de Andrés Visconti Armellino; y en

fin, el capitán Lucas Tristany, en la actualidad el coronel San Severo.

Hacía mucho tiempo que esperaban inquietos.

El billete que les llevó el criado de parte del príncipe Coriolani, decía bajo clave:

«Esta noche todo habrá concluído; vosotros seréis libres y ricos.

»Hasta nueva orden permaneced separados de las «logias»; no tenemos necesidad de la alianza de los «carbonari».

»Velad y preparaos para cualquier evento. A veces lo más terrible de la lucha acaece en la hora del triunfo».

No había firma.

Armellino, Pisani y el anciano Massimo Dolci se estrecharon la mano con alegría.

—¡Corpo di Baco!—dijo el buen coronel San Severo;—¡quisiera comprender algo de nuestros propios secretos!

—¡Cada uno á su puesto!—mandó el anciano Massimo Dolci;—todos vamos á ciegas, mi buen Tristany; pero con tal que el maestro vea claro, no puede perderse la partida.

IV

La quinta Floridiana

Entre las maravillosas quintas que cercan á Nápoles y son el orgullo de la campiña, ninguna más bella que el palacio de verano hecho restaurar por el príncipe de Torella á principios del siglo XIX para su segunda esposa la encantadora princesa y duquesa de Partanna y Florida. Está situada en la vertiente occidental del Vomero, no lejos de otro paraíso terrestre llamado la quinta de los príncipes de Belvedere. El caballero Nic-

colini, hábil arquitecto, prodigó en él todos los recursos de su delicado gusto un poco cargado de adornos.

Fernando, rey de Nápoles, lo compró en 1820, después de la muerte de la duquesa Florida, para hacer un presente á la duquesa de Salerno, su nuera.

En 1823, época en que pasa nuestra historia, la corte de la quinta Floridiana era tan numerosa como la de Capodimonte ó Palazzo Reale, á consecuencia del gran favor que gozaba con el rey la esposa del hijo segundo de éste.

Desde los magníficos jardines escalonados sobre la pendiente de la colina, se descubrían, como un extenso abanico, las playas, la bahía, las islas, y por encima la ciudad, el cono amenazador y terrible del Vesubio de donde salió la lava que cubrió á Pompeya.

Serían las cuatro de la tarde.

Hacía ya dos largas horas que la asamblea de la familia real convocada por el rey estaba reunida.

Pero las princesas, dispersadas por los jardines, continuaban del brazo de sus caballeros, aguardando la presencia del rey.

El príncipe Fulvio Coriolani, héroe de este consejo de familia, tampoco había parecido.

Al contrario de los cortesanos, que deseando saber el resultado de esta solemne convocatoria, empezaban á poblar las verdes calles de árboles á través de los cuales deslizaba el sol sus tibios rayos.

Nadie ignoraba que se trataba del príncipe Fulvio Coriolani. Todo el mundo creía adivinar que el objeto de la deliberación sería el matrimonio del príncipe con Angélica Doria.

En efecto, entre los grandes señores convocados

fin, el capitán Lucas Tristany, en la actualidad el coronel San Severo.

Hacía mucho tiempo que esperaban inquietos.

El billete que les llevó el criado de parte del príncipe Coriolani, decía bajo clave:

«Esta noche todo habrá concluído; vosotros seréis libres y ricos.

»Hasta nueva orden permaneced separados de las «logias»; no tenemos necesidad de la alianza de los «carbonari».

»Velad y preparaos para cualquier evento. A veces lo más terrible de la lucha acaece en la hora del triunfo».

No había firma.

Armellino, Pisani y el anciano Massimo Dolci se estrecharon la mano con alegría.

—¡Corpo di Baco!—dijo el buen coronel San Severo;—¡quisiera comprender algo de nuestros propios secretos!

—¡Cada uno á su puesto!—mandó el anciano Massimo Dolci;—todos vamos á ciegas, mi buen Tristany; pero con tal que el maestro vea claro, no puede perderse la partida.

IV

La quinta Floridiana

Entre las maravillosas quintas que cercan á Nápoles y son el orgullo de la campiña, ninguna más bella que el palacio de verano hecho restaurar por el príncipe de Torella á principios del siglo XIX para su segunda esposa la encantadora princesa y duquesa de Partanna y Florida. Está situada en la vertiente occidental del Vomero, no lejos de otro paraíso terrestre llamado la quinta de los príncipes de Belvedere. El caballero Nic-

colini, hábil arquitecto, prodigó en él todos los recursos de su delicado gusto un poco cargado de adornos.

Fernando, rey de Nápoles, lo compró en 1820, después de la muerte de la duquesa Florida, para hacer un presente á la duquesa de Salerno, su nuera.

En 1823, época en que pasa nuestra historia, la corte de la quinta Floridiana era tan numerosa como la de Capodimonte ó Palazzo Reale, á consecuencia del gran favor que gozaba con el rey la esposa del hijo segundo de éste.

Desde los magníficos jardines escalonados sobre la pendiente de la colina, se descubrían, como un extenso abanico, las playas, la bahía, las islas, y por encima la ciudad, el cono amenazador y terrible del Vesubio de donde salió la lava que cubrió á Pompeya.

Serían las cuatro de la tarde.

Hacía ya dos largas horas que la asamblea de la familia real convocada por el rey estaba reunida.

Pero las princesas, dispersadas por los jardines, continuaban del brazo de sus caballeros, aguardando la presencia del rey.

El príncipe Fulvio Coriolani, héroe de este consejo de familia, tampoco había parecido.

Al contrario de los cortesanos, que deseando saber el resultado de esta solemne convocatoria, empezaban á poblar las verdes calles de árboles á través de los cuales deslizaba el sol sus tibios rayos.

Nadie ignoraba que se trataba del príncipe Fulvio Coriolani. Todo el mundo creía adivinar que el objeto de la deliberación sería el matrimonio del príncipe con Angélica Doria.

En efecto, entre los grandes señores convocados

estaba el conde Loredano con su primo y amigo el marqués de Ruffo, vicetutor de Angélica.

El consejo ó asamblea debían componerlo cuando menos:

El rey.

Los príncipes, hijos del mismo.

Las princesas, hijas y nueras

Los príncipes de la sangre.

El barón de Anspach-Boccaromana, secretario privado de S. M.

Tres secretarios de Estado, entre ellos el señor Carlos Piccolomini.

Cinco miembros superiores de la nobleza napolitana.

Púdose observar que el consejo compuesto del modo explicado era precisamente el mismo que tres años antes había arreglado el estado civil de Gaetano Biffi Miranda, de los príncipes Biffi y de los duques de Miranda, que no tenía ni papeles de familia, ni pruebas fehacientes de su familia.

Gaetano Biffi Miranda, duque de Miranda y príncipe Biffi, uno de los amigos más íntimos de Fulvio Coriolani, pertenecía á los cinco asesores de la orden de la nobleza.

Loredano Doria era otro de los votantes.

Pero creíase que se trataría además de otra cosa, y que las deliberaciones del augusto consejo no versarían solamente sobre el proyectado matrimonio.

Hablábase vagamente de grandes cambios en la corte.

Pero he aquí principalmente de qué se trataba. Todos se hacían la misma pregunta.

—¿Por qué no ha llegado todavía el príncipe Coriolani?

—¿Por qué el consejo no ha tenido lugar á la ora indicada?

Los grupos se diseminaban graves y atareados. Hacia las cuatro de la tarde, Loredano Doria, pálido y con el semblante alterado, se acercó al círculo que rodeaba á la princesa de Salerno, en el gran salón de verano.

Después de haber saludado respetuosamente á la nuera del rey, se acercó á Nina Dolci y le habló en voz baja.

Nina le respondió en alta voz y con una acritud que á nadie escapó:

—¿Me han dado, acaso, á guardar á la noble Angélica?

Así diciendo cambió una mirada de inteligencia con su señora.

Dijose en seguida por todas partes que Angélica Doria había desaparecido.

Lo más singular era que la desaparición de la bella condesa no parecía inquietar á las personas reales.

Por doquiera se oía decir:

—El rey está encerrado en su gabinete.

—El rey está triste é inquieto.

—El rey se ha negado á todo el mundo.

—Aun á Su Alteza Real Francisco de Borbón. Y cuando preguntaban por casualidad:

—¿El rey está solo?

Algunos que se decían mejor informados respondían moviendo la cabeza:

—No, el rey no está solo.

Entonces se buscaba al ausente entre la multitud de cortesanos, pero nadie faltaba.

A lo menos ninguna notabilidad.

¿Quién, pues, podía estar con el rey?

Se hacían mil otras preguntas á las cuales no se podía responder.

El principal grupo de cortesanos se había situado en la gran calle de naranjos que estaba frente á la escalera real. Desde allí podían verse

perfectamente las ventanas del gabinete donde Fernando de Borbón recibía á sus mejores servidores cuando iba á descansar de sus tareas á la quinta Floridiana. Las ventanas se hallaban todas cerradas y las cortinas cuidadosamente corridas.

El pabellón parecía un departamento abandonado.

A cada instante algunos recién venidos aumentaban el número de los cortesanos reunidos en aquel punto: preguntaban y eran preguntados.

¿Por qué S. M. se negaba á todo el mundo?

En la reunión de las princesas que tenían su corte bajo el follaje del salón de verano, nada se traslucía. La princesa de Salerno no podía estar más jovial. Sólo la contrariaba el retardo de su real suegro, porque la impediría asistir á la ópera.

Los principales conversaban por separado con algunos de sus familiares. Habíase oído decir al heredero de la corona, contestando á una observación del conde Castro Giovanni:

—No hay más que un hombre capaz de dominar esta situación.

¿Qué hombre? ¿qué situación?

En Nápoles como en todas partes hay noticieros. Sólo que allí este oficio es un poco más peligroso.

—Señores—dijo acercándose al grupo de artesanos el marqués de Zanone, joven tronera que derrochaba alegremente su fortuna,—la casa de nuestro jefe de policía está enlutada. Había apostado ver su semblante antes de que muera y esto me hará perder cien onzas dobles.

—Consuélate, marqués—le respondió Casabianca;—el luto es por ella.

—Dícese que era una jorobada de talento,—añadió el brigadier Miguel Madrina.

Y todos á la vez:

—¿No traes mejores noticias, marqués de Zanone?

—El bolso está lleno—respondió éste,—pero supuesto que el digno señor Johann Spurzeim no ha muerto, las guardaré para mejor ocasión, mis excelentes amigos.

—¿Crees que iremos á contarle tus tonterías, Zanone?—preguntó Madrina riendo.

—Ya sé—respondió el marquesito,—que en una reunión tan respetable no puede haber sino gentes honradas, pero desde algún tiempo á esta parte las personas honradas viven con gran trabajo. Las trufas están caras y el vino de Francia ha adquirido precios fabulosos. El corredor obscuro que conduce al gabinete particular del jefe guarda sus pequeños secretos, compañeros míos, y todo el mundo sabe bien que soy la misma prudencia.

A esta declaración no prevista, prorrumpieron todos en una gran carcajada.

El marquesito paseó su mirada alrededor.

—Señores—dijo,—si me prometéis guardar fielmente el secreto, os daré noticias que os harán erizar los cabellos.

—Callaremos como muertos, marqués. ¡Habla! Zanone tomó un aire de importancia.

—Empiezo por anunciaros, caros amigos, que el profesor Zucca Cocomero ha vaticinado para dentro algunos días una terrible erupción del Vesubio.

—¿Quieres burlarte de nosotros, marqués?

—No lo permita Dios, mis ilustres amigos. Si los presagios científicos no os interesan, pasemos á otro orden de ideas. Desde el último martes se han descubierto en Nápoles tres nuevas «logías» de carbonari. La de la «Salud» y la de la «Sanfísima Trinidad»; dicen que estaban armadas...

El círculo se agitó presa de súbita inquietud.

—Habla más bajo, marqués—le dijeron de todas partes.

—Estas tres «logias»—continuó Zanone,—forman sólo la décima parte de las que existen en Nápoles. ¡No es el Vesubio el único volcán que nos amenaza!

Zanone saludó de lejos al señor Carlos Piccolomini, ministro de Estado, que se paseaba solo, pensativo, y con las manos á la espalda.

—¿Le han reemplazado?—preguntó Zanone cuando el secretario de Estado hubo desaparecido en otra calle de árboles.

—Todavía no—le respondieron.

—¿Se sabe—preguntó Madrina,—quién está en este momento con el rey? ¿Será el príncipe Coriolani?

—No, por cierto—replicó Zanone,—puedo daros algunas noticias sobre el particular.

—Mi criado Antonio ha visto al personaje que se halla el presente con S. M.

—¿Quién es? ¿quién es?—preguntaron en seguida.

—Mi criado Antonio—respondió Zanone,—ignora su nombre, pero ha podido dar sus señas.

—¿Y tú le has conocido por ellas?

—Al contrario, señores, no he podido reconocerle. Pero ¿quién sabe si vosotros seréis más hábiles que yo? he aquí las señas.

El grupo había aumentado; todos se aproximaron ávidos y curiosos.

—He aquí las señas—repitió Zanone;—un esqueleto envuelto en chales; son las propias palabras de Antonio que le ha visto bajar de una silla de brazos en la parte posterior del palacio.

En derredor del marquesito reinaba un profundo silencio.

su vez preguntó:

—Señores, ¿conocéis á nuestro hombre por las señas que da mi criado Antonio?

Nadie respondió.

—Y, sin embargo, es cosa bien particular—agregó Zanone;—hay pocas personas en Nápoles á quienes se las pueda aplicar la seña indicada. Al detenerse la silla en el lugar referido, los que la llevaban han tomado en sus brazos á tan extraño personaje, como un niño enfermo. Antonio afirma que ha visto salir de los chales, arrollados á manera de mantillas de recién nacido, una verdadera calavera.

El grupo de cortesanos continuaba silencioso.

¿Era porque no acertaban con la persona á quien se aludía?

Esto es poco verosímil; aunque lo adivinaban no querían manifestarlo.

—Quizá es un gnomo—dijo Casabianca.

—O un alma en pena—añadieron otros.

Este era un medio de tomar la cosa á broma. Todos lo apoyaron.

—Si es un fantasma—replicó el brigadier Miguel Madrina,—no deja de ser prolijo en sus comunicaciones, porque la entrevista tiene aire de no acabar, y ya el sol se esconde tras el Vesubio.

—Es que...—empezó el marqués de Zanone.

—Es que—interrumpió á su lado una voz grave y lenta,—el que llamáis fantasma, tiene probablemente muchas cosas que decir á S. M., señores.

A pesar de hallarse en el centro del grupo, nadie había reparado en este nuevo personaje.

Era un joven, pero su traje formaba contraste por su seriedad con el de los demás cortesanos. Su mirada fría sostuvo sin esfuerzo la curiosidad de los que le rodeaban.

—¡Hola! ¡querido doctor!—exclamó el marqués

de Zanone que conocía á todo el mundo;—no os había visto.

Y le tendió vivamente su mano, que él estrechó con tibieza.—¿Doctor?—decían en el grupo.

—Un siciliano—murmuraron dos ó tres voces, —el doctor Pedro Falcone.

—¿Quién es?

—Un pobre diablo.

Iban á volverle la espalda cuando el marqués tomando la palabra preguntó:

—¿Es verdad, sapientísimo doctor, que se os ha nombrado médico del rey?

—Es verdad—replicó lacónicamente Pedro Falcone.

Todas las miradas se suavizaron. El que había dicho, al hablar del doctor, que era un pobre diablo, penetró entre el grupo y fué á ofrecerle la mano.

—Príncipe de la ciencia—dijo Zanone,—¿podrías decirnos el verdadero nombre del que hemos llamado fantasma?

—Su verdadero nombre es la justicia de Dios—contestó Falcone con aire sombrío.

Estas palabras enfáticas producen en Italia más efecto que entre nosotros.

La multitud, inquieta «á priori», empezó á estremecerse.

—¿Qué es un fantasma—continuó Pedro Falcone,—sino la víctima que sale de la tumba para señalar con su dedo descarnado al asesino envuelto en su impunidad? Tenéis razón, el que en este momento está conversando con el rey, es un fantasma. El rey está más triste de lo que pensáis, el rey está más inquieto, el rey temblaba de fiebre cuando me ha confiado su pulso que contiene la vida del reino de Nápoles. Y ¿por qué? porque esta noche ha llegado á oídos de S. M. una voz que no salía de ningún pecho viviente.

Los cortesanos se miraron.

Ninguno de ellos se atrevió á dirigirse la más mínima pregunta.

—Dios aguarda—interrumpió de súbito Falcone.—Dios es paciente porque es eterno. Los años pasan... La tierra ha bebido sangre; la mar ha cubierto con sus olas un cadáver... la tierra y la mar son mudas! Elévase empero un grito: ¿de dónde sale? nadie lo sabe, pero todos le oyen. Este grito es la voz de la conciencia divina. Dios no lleva prisa. La hora ha llegado. La espada del arcángel brilla...

—¡Ea! ¡ea! querido doctor—dijo el marqués de Zanone mientras aquél respiraba,—decidnos de una vez de qué crimen nos estáis hablando.

—De un crimen olvidado hace mucho tiempo, señor—respondió Pedro Falcone;—el transcurso de siete años es un siglo en la corte. Seamos justos; con siete años hay veinte veces más de lo que se necesita para olvidar á un muerto!

—¿Quién murió asesinado hace siete años?—preguntó bruscamente.—¿No lo sabéis?... y, sin embargo, entre vosotros veo ancianos, hombres adultos, pero la memoria nada os recuerda, la memoria de los muertos se olvida. ¿Nadie se acuerda?

En efecto, todos buscaban en vano en su memoria.

—¡Pues bien!—replicó Falcone,—el rey no es como vosotros, el rey tiene más memoria, el rey que necesita menos de los vivos, se acuerda más de los muertos, el rey está triste, inquieto, señores, porque esa voz de que os he hablado hace poco, ha proferido dos nombres á la vez. el de la víctima y el del asesino...

Falcone hizo una pausa.

En su derredor no se oía el más leve ruido.

—La víctima—prosiguió Falcone bajando la voz,

—llevaba un nombre ilustre, el nombre más ilustre de la Italia del Sur. La víctima era el amigo más querido del rey, el hermano de armas del príncipe real...

—¡Monteleone!—exclamaron todos á la vez

—Monteleone, el conde Mario Monteleone—repitió el doctor en señal de afirmación.

—¿Y el asesino? ¿se conoce el asesino?

Pedro Falcone no respondió; una sonrisa siniestra contrajo sus labios pálidos.

En los jardines de la quinta Floridiana tenía lugar en este instante un movimiento rápido y general.

Al nombre de Monteleone, respondió otro nombre igualmente pronunciado por cien bocas.

—¡Coriolani!... ¡el príncipe Fulvio Coriolani.

V

Explosión de una mina

La llegada del príncipe Coriolani al palacio real acompañado de Angélica Doria, fué un verdadero acontecimiento.

El heredero de la corona, los príncipes y las princesas le festejaban.

Pero en el numeroso grupo compuesto del marqués de Zanone y sus amigos, los espíritus habían quedado vivamente impresionados. En verdad no tenía aires de vencido el brillante señor por quien se hallaba la corte reunida, y que llevaba del brazo á la más noble heredera del reino de Nápoles, á despecho de su hermano el conde Loredano Doria.

Sin embargo, para los que habían oído las palabras de Pedro Falcone, existía como una misteriosa amenaza suspendida sobre su cabeza. La

muchedumbre había pronunciado en su nombre el momento en que se pedía el del asesino de Monteleone.

Y Falcone guardó silencio, como si hubiese considerado ocioso añadir una palabra al grito de la muchedumbre.

Esta, al pronunciar el nombre de Coriolani, ¿se había encargado de responder?

Fuera de esto ocurrió una circunstancia singular. Cuando los cortesanos, distraídos un instante por el movimiento que se operaba á su alrededor, se volvieron hacia Falcone para preguntarle de nuevo, éste ya no estaba.

Nadie supo decir cómo había desaparecido el nuevo médico de S. M.

Pero no habían acabado las sorpresas, ó mejor, entonces empezaban.

—¡Por San Genaro!—exclamó de pronto Zanone; —¿estoy soñando? He ahí el muy ilustre señor Carlos Piccolomini que saluda á los que ayer hizo llevar á la cárcel.

En el centro del jardín el ministro de Estado acababa de saludar á Malatesta y Colonna que pasaban del brazo.

Los dos jóvenes señores no tenían el aire de cautivos que han roto violentamente sus cadenas. Los dos iban hablando y riendo.

—He ahí el mayor de guardias que aun pasa más adelante—dijo Madrina maravillado;—habla familiarmente con Sampieri y Marescalchi...

—¡A quienes prendió anoche!—acabó otro. ¿Qué significaba este cambio?

Porque era la exacta verdad: Wolfgang Baumgarten, mayor de guardias suizos, se apoyaba á derecha é izquierda en los brazos de Sampieri y Marescalchi.

Domenico Sampieri presentaba el aspecto de un

—llevaba un nombre ilustre, el nombre más ilustre de la Italia del Sur. La víctima era el amigo más querido del rey, el hermano de armas del príncipe real...

—¡Monteleone!—exclamaron todos á la vez

—Monteleone, el conde Mario Monteleone—repitió el doctor en señal de afirmación.

—¿Y el asesino? ¿se conoce el asesino?

Pedro Falcone no respondió; una sonrisa siniestra contrajo sus labios pálidos.

En los jardines de la quinta Floridiana tenía lugar en este instante un movimiento rápido y general.

Al nombre de Monteleone, respondió otro nombre igualmente pronunciado por cien bocas.

—¡Coriolani!... ¡el príncipe Fulvio Coriolani.

V

Explosión de una mina

La llegada del príncipe Coriolani al palacio real acompañado de Angélica Doria, fué un verdadero acontecimiento.

El heredero de la corona, los príncipes y las princesas le festejaban.

Pero en el numeroso grupo compuesto del marqués de Zanone y sus amigos, los espíritus habían quedado vivamente impresionados. En verdad no tenía aires de vencido el brillante señor por quien se hallaba la corte reunida, y que llevaba del brazo á la más noble heredera del reino de Nápoles, á despecho de su hermano el conde Loredano Doria.

Sin embargo, para los que habían oído las palabras de Pedro Falcone, existía como una misteriosa amenaza suspendida sobre su cabeza. La

muchedumbre había pronunciado en su nombre el momento en que se pedía el del asesino de Monteleone.

Y Falcone guardó silencio, como si hubiese considerado ocioso añadir una palabra al grito de la muchedumbre.

Esta, al pronunciar el nombre de Coriolani, ¿se había encargado de responder?

Fuera de esto ocurrió una circunstancia singular. Cuando los cortesanos, distraídos un instante por el movimiento que se operaba á su alrededor, se volvieron hacia Falcone para preguntarle de nuevo, éste ya no estaba.

Nadie supo decir cómo había desaparecido el nuevo médico de S. M.

Pero no habían acabado las sorpresas, ó mejor, entonces empezaban.

—¡Por San Genaro!—exclamó de pronto Zanone; —¿estoy soñando? He ahí el muy ilustre señor Carlos Piccolomini que saluda á los que ayer hizo llevar á la cárcel.

En el centro del jardín el ministro de Estado acababa de saludar á Malatesta y Colonna que pasaban del brazo.

Los dos jóvenes señores no tenían el aire de cautivos que han roto violentamente sus cadenas. Los dos iban hablando y riendo.

—He ahí el mayor de guardias que aun pasa más adelante—dijo Madrina maravillado;—habla familiarmente con Sampieri y Marescalchi...

—¡A quienes prendió anoche!—acabó otro. ¿Qué significaba este cambio?

Porque era la exacta verdad: Wolfgang Baumgarten, mayor de guardias suizos, se apoyaba á derecha é izquierda en los brazos de Sampieri y Marescalchi.

Domenico Sampieri presentaba el aspecto de un

vencedor que acaba de tomar su revancha bromeando.

Pero á su vez, se agasajaba á Fulvio Coriolani en el círculo de las princesas.

Francisco de Borbón tenía una de sus manos entre las suyas, y el conde Castro Giovanni le daba un estrecho abrazo.

Entretanto Angélica Doria, colocada entre la princesa real y la archiduquesa princesa de Salerno, se veía colmada de atenciones y caricias.

Sólo el semblante de una persona no revelaba alegría en medio de este augusto grupo.

Nina Dolci acababa de distinguir al doctor Pedro Falcone que penetraba en las habitaciones reales.

En vano había procurado encontrar la mirada de Fulvio.

De súbito los balcones de la real habitación se abrieron con estrépito.

El jardín resonó á los lisonjeros gritos que, desde que el mundo es mundo, no han faltado á ningún soberano.

—«¡Viva il re Ferdinando!»

—«¡Evviva il salvatore di patria!»

—«¡Evviva il Borbone! ¡Evviva! ¡Evviva!»

El rey se hallaba en el balcón, acompañado del conde Loredano Doria, y del primer médico doctor Wilhem Bach.

—¡Veis!—dijo la princesa de Salerno á Angélica,—S. M. habrá hecho entrar en razón á nuestro hermano.

Y Castro Giovanni inclinándose al oído de Fulvio:

—S. M. acaba de sermonear á Loredano: triunfamos en toda la línea.

Un ujier de la real casa abrió con estrépito la puerta principal del pabellón. El rey hizo un ade-

mán gracioso á las princesas para invitarlas á subir las gradas de mármol.

—¡S. M. os ha sonreído!—dijeron á Fulvio.

No se vaya á creer que la semilla sembrada por Falcone no hubiese fructificado. Lo que había dicho en el grupo de los cortesanos apostados bajo el real balcón corría de boca en boca. El marqués Zanone, Casabianca y Madrina eran excelentes gacetas.

Al penetrar las princesas en el aposento regio, Nina y Angélica se hallaron un momento una al lado de la otra.

—¡Me ama!—dijo la condesa al oído de su amiga;—estoy segura de ello. ¡Ah! soy muy feliz.

Nina la miró. La belleza de Angélica revelaba un sentimiento de triunfo.

—Y tú—murmuró la gitana con voz entristecida,—¿estás segura de amarle?

—¡Loca!—respondió Angélica.

Nina la miraba con fijeza.

—Si todos los que están ahora por ei se reuniesen para confundirle—continuó ella,—¿le amarías aún, condesa?

Los bellos párpados de Angélica se estremecieron; en seguida los bajó.

Pero contestó por segunda vez y con acento de reprensión: —¡Ah! ¡loca!

Y pasó arrastrada por la princesa de Salerno que le daba la mano.

—Tengo miedo—dijo,

En este momento el ujier gritó desde lo alto de la escalera de mármol:

—¡Audiencia real!

Esta es la fórmula con que se anuncia á la nobleza su admisión al aposento real.

La familia del rey quedó sorprendida al oír esta voz; así es que tanto los príncipes como las princesas se detuvieron en el vestíbulo.

Pero en los jardines, la muchedumbre reconocida no cesaba de gritar «evviva». La curiosidad excitada iba á ser satisfecha. Lo menos que se deseaba era larga vida al salvador de la patria.

Caballeros y señoras se precipitaron juntos al vestíbulo: la etiqueta recibió en este lugar más de un codazo.

Separada Nina de la comitiva por aquella oleada tumultuosa, permanecía aún en el mismo sitio.

Su mirada fija en el fondo de las avenidas parecía esperar á alguien.

Nina vió una partida de caballería ligera que recorría á pie los jardines, dejando centinelas de trecho en trecho.

El sol iba descendiendo hacia su ocaso. El reloj del palacio había dado las cinco.

—S. M. el rey no recibe—dijo el ujier bajando la vara tras los últimos entrados.

Y este grito pasando de centinela en centinela llegó hasta la verja del jardín.

—S. M. el rey no recibe.

Ahogóse una exclamación en la garganta de la gitana.

Acababa de distinguir al extremo de la calle de árboles á los que sin duda aguardaba.

Estos eran el anciano banquero Massimo Dolci, su pretendido tío, y el ex intendente de policía Armellino.

Al querer dirigirse hacia ellos, vió á los dos centinelas de la verja que cruzaban sus carabinas delante de los recién llegados.

Al banquero de la corte, al segundo dignatario de la policía napolitana.

Nina se detuvo y palideció.

Lanzándose á un bosquecillo de magnolias y camelias-árboles moduló un grito extraño y particular.

Armellino dijo:

—¡Es Fiamma!

Y el anciano Massimo:

—Separémonos, Corner, voy á la «logía», que haya hombres en el campo, bajo las ventanas de la quinta.

Así diciendo, subió á su carruaje, mientras el intendente de policía daba vuelta á la quinta y se introducía en las arboledas vecinas.

Nina con los ojos fijos en los balcones del pabellón real exclamó:

—¡Juraría que Johann Spurzeim está ahí! ¡Esta noche habrá combate!

Y salió del bosquecillo con un ramo de flores en la mano.

Este palacio era su habitación y conocía todos sus pasillos.

Así pues, dió la vuelta rápidamente al pabellón real y se introdujo por una puerta de los aposentos de la princesa de Salerno.

Las galerías que atravesó estaban desiertas. Pero muy luego llegó á una sala donde estaba una mujer cubierta con un velo y vestida de luto.

De una ojeada reconoció á su compañera de viaje, la condesa.

—¡No se pasa!—dijo una voz ruda cerca de la puerta cerrándola con violencia.

Era necesario dar una nueva vuelta.

Nina se presentó á otra puerta y la abrió, pero al momento volvió á cerrar.

Había visto á los jóvenes nobles, presos la víspera anterior, que conversaban con el señor Carlos Piccolomini.

—Johann Spurzeim no debe estar lejos—murmuró.

Recorrió los demás aposentos del pabellón real y en ninguno descubrió al jefe de policía.

Cuando por fin llegó en los salones y galerías donde estaba reunida la asamblea de familia, su

primera mirada fué buscar aún á Johann Spurzheim.

Era en vano.

El jefe de policía, invisible como el mismo demonio, era el alma de este consejo y no asistía á él.

Nina, no pudiendo penetrar hasta el estrado donde estaban sentados Fernando de Borbón y su familia, se deslizó á una estancia, cuya puerta se abría no lejos de las princesas y cerca de Coriolani.

Este gabinete daba sobre el Vomero. Bajo la ventana se extendían los floridos campos que unían el palacio al de los príncipes de Belvedere. Había allí un arpa y diversos instrumentos músicos. La princesa de Salerno, una de las más distinguidas filarmónicas de Italia, acudía á él con frecuencia. El rey se complacía en oírla ejecutar esas fantasías melancólicas que brotan del genio de la Alemania.

Delante de la ventana del gabinete se alzaba un balcón de piedra.

La asamblea presentaba un aspecto solemne.

No faltaba una sola persona de la familia real.

Ni hubieseis podido nombrar una casa ilustre del reino de Nápoles que no tuviese allí algún representante.

El rey estaba sentado entre sus dos hijos. El sillón del ministro de Estado permanecía vacío á sus pies. Loredano Doria se había colocado detrás de S. M. Las princesas rodeaban á Angélica, no lejos del lugar donde el príncipe Fulvio estaba en pie.

En el rostro de Coriolani era de admirar la calma noble y serena que constituía su misma belleza.

Como se trataba de un consejo de familia, el rey habló antes que nadie.

Primero anunció lo que todo el mundo esperaba, esto es, que iba á proclamarse la rehabilitación del nombre de Monteleone, y que esta familia tenía herederos. Su acento era breve y seco.

Fulvio fué quizá el único que no lo notó.

—Conde de Monteleone—dijo el rey,—acercaos.

Fulvio se adelantó inmediatamente hacia el centro del estrado.

Así se encontró al lado del sillón vacío que esperaba al nuevo ministro de Estado.

—Conde—repuso el rey,—nos habéis prometido las pruebas de vuestro nacimiento: las aguardamos.

—¡Silencio!—dijeron los ujieres reales, porque la muchedumbre se agitaba.

—Señor—respondió Fulvio,—he prometido á Su Majestad la partida de bautismo de Mario, conde de Monteleone, primogénito del santo que fué muerto en Pizzo; ahí está... Depongo además á mis pies de V. M. las partidas de bautismo de mis hermanos Julián y Celestina.

El rey alargó la mano.

Pudo notarse que tomaba los papeles sin dirigir una mirada al nuevo conde de Monteleone.

—¿Qué más traéis?—preguntó.

—El testamento de mi padre—respondió Fulvio.

Fernando de Borbón sonrió con frialdad; su expresión de desconfianza no pudo escapar á nadie.

—Está bien—le dijo,—señor conde; nos habéis prometido el testamento de vuestro padre muerto y el testimonio de vuestra madre viva.

Fulvio se inclinó y le entregó el papel que guardaba en la mano.

—Señor—profirió en voz baja,—he aquí la mitad de mi promesa cumplida.

Fernando de Borbón hizo un gesto imperceptible.

Nina lo veía todo desde el lugar que ocupaba detrás de las princesas, á diez ó doce pasos de la derecha del trono, y se sorprendía de la calma, ó más bien fría impassibilidad que resplandecía en las facciones de su Fulvio.

En la asamblea se decía:

—La dimisión del señor Carlos Piccolomini quizá no ha sido aceptada.

En el círculo de las princesas empezaba á manifestarse un principio de inquietud.

Francisco de Borbón les dijo:

—Tranquilizaos, yo conozco al rey mi padre.

Desde el principio de esta escena, la bella condesa Angélica Doria revelaba la mayor turbación, un malestar que la agitaba.

Unas veces palidecía, otras un vivo carmín coloreaba sus mejillas. Diríase que experimentaba un cruel suplicio.

En una ocasión su mirada se encontró con la de su hermano Loredano. Cubrióse el rostro con las manos, en tanto que se estremecía de pies á cabeza.

—Conde de Monteleone—dijo el rey,—¿afirmáis que el testamento presentado por vos es realmente el de vuestro padre?

—Señor—respondió Fulvio,—lo aseguro por mi honor.

El rey hizo pasar el papel á un hombre que había un instante estaba de pie entre el trono y el sillón de Loredano Doria.

Este hombre se dirigió á una puerta situada enfrente de Nina.

Esta le había conocido, y pensó:

—¡Allí debe estar Johann Spurzeim!

También Fulvio le había mirado, pero sin revelar la menor emoción.

Al ver el gesto del rey, el marquesito Zanone no pudo menos de decir á sus compañeros:

—Decididamente Pedro Falcone está en candelero.

Entretanto el doctor había desaparecido tras la puerta entornada.

—Falta el testimonio de la madre viva—profirió lentamente el rey.

—Señor—respondió Fulvio conservando siempre la misma sangre fría,—me admira que mi madre, la condesa de Monteleone, no se halle aún en presencia de S. M.

El rey repuso á media voz:

—Esperaremos á la condesa de Monteleone, vuestra madre.

En la manera con que fueron pronunciadas estas últimas palabras había un acento tal de mal humor, que la princesa de Salerno se volvió vivamente hacia Francisco de Borbón:

Este repitió:

—Yo conozco al rey mi padre... tranquilizaos.

Fulvio se limitó á inclinarse en señal de agradecimiento.

Pero en el instante en que el rey se cruzaba de brazos como si realmente hubiese querido esperar, abrióse la puerta por donde Pedro Falcone había salido. En el umbral apareció el señor Carlos Piccolomini, ministro de Estado, é introdujo al marqués de Malatesta, seguido de sus compañeros presos la víspera precedente.

—¿Qué significa esto?—preguntó el rey.

Todos los semblantes revelaban la mayor sorpresa.

En esta numerosa reunión sólo el príncipe Coriolani estaba tranquilo.

—Señor—contestó Carlos Piccolomini,—el asunto de ayer fué juzgado con un poco de ligereza, tal es el parecer de vuestro consejo: estos nobles señores ofrecen probar públicamente la verdad de sus afirmaciones.

El príncipe real exclamó desde su asiento:

—Esta reunión ¿tiene acaso por objeto tratar de la acusación de estos jóvenes atolondrados contra el príncipe Coriolani?

A esta interpelación del heredero de la corona sucedió un largo silencio.

El rey lo rompió.

—Príncipe—dijo,—en esta reunión como en cualquiera otra, el deber del rey es velar por la seguridad del trono. ¡Que se acerquen esos jóvenes señores!

Y mientras los conjurados de ayer penetraban por entre la muchedumbre, el rey repuso:

—Señores, creo estar rodeado aquí de amigos fieles.

Una ruidosa exclamación le interrumpió.

El rey hizo señal de dar las gracias y añadió:

—Señores, en nuestros Estados se ha organizado una vasta conspiración contra nuestra persona y nuestro gobierno. No me interrumpáis, creo en vuestra adhesión y lealtad. Esta reunión convocada al principio para rehabilitar el nombre de Monteleone, tiene ahora otro carácter. Los herederos legítimos del difunto, si es que existen, recobrarán sus bienes y su rango, pero es necesario que se haga justicia. Antes que nadie salga de este palacio, los traidores serán descubiertos y castigados.

Esta declaración pronunciada en acento firme y elevado produjo el silencio del estupor.

Las princesas se quedaron como si hubiesen oído estallar el rayo.

El príncipe Fulvio Coriolani estaba solo; parecía de mármol.

En aquel instante y en medio del silencio, un hombre á quien la princesa de Salerno no conocía, tuvo la audacia de tocarla en la espalda.

—Alteza—le dijo en voz baja,—se trata de un

asunto de vida ó muerte. Si este billete no llega á su dirección, tendréis que acusaros de la muerte de un hombre.

La princesa se volvió.

El desconocido se perdía ya en los grupos vecinos.

Sobre las rodillas de la princesa había un papel dirigido al príncipe Fulvio Coriolani.

Las mujeres son siempre fieles y valerosas en sus simpatías.

La princesa, pálida de emoción, se levantó, cruzó con paso firme el espacio que la separaba de Fulvio, y fingiendo darle la mano, le entregó el billete.

El rey frunció severamente las cejas.

La princesa volvió á su puesto ruborizada.

Este era otro de los hilos de la pérfida trama urdida contra Fulvio Coriolani, y la princesa de Salerno acababa de hacerse cómplice, sin saberlo, de los enemigos de su favorito.

—¡Señor!—exclamó Piccolomini,—se acaba de abusar á la vista misma de V. M. de la compasión de la noble princesa. Se ha entregado un billete al acusado.

—¡Al acusado!—repitieron cien voces conmovidas.

Angélica Doria estaba lívida.

Las recientes revelaciones de Fulvio se levantaron en su memoria como otros tantos fantasmas amenazadores.

Piccolomini acababa de pronunciar, sin saberlo ó con premeditación, la verdadera palabra que revelaba la situación.

Allí había un tribunal

Y Fulvio Coriolani era el acusado.

Este volvió los ojos con desdén y calma hacia Piccolomini. El rey, habiendo fijado la vista sobre él en este momento, la retiró de repente como

si hubiese temido ser deslumbrado ó conmovido.

Fulvio tenía ostensiblemente en la mano el billete sin abrirle.

Luego puso la mano sobre su corazón y dirigió á la princesa de Salerno un saludo de reconocimiento y respeto.

De la misma ojeada abrazó á Angélica y Nina.

Angélica estaba rendida, muerta; Nina Dolci con frente altiva, mirada ardiente, y tan bella que su rostro parecía resplandecer.

El marqués de Malatesta y seis de sus compañeros, se hallaban en la barra. Según costumbre, su aspecto era insolente, y oyóse á Sampieri que decía al mayor Baumgarten:

—Hoy no estáis aquí por nosotros.

El rey señaló con el dedo el billete entregado á Fulvio.

Baumgarten se adelantó é hizo un saludo: era un soldado.

—Príncipe—le dijo,—cumplo con mi deber.

Fulvio le entregó el papel sin haberle abierto.

—¡Con una carta se pierde á un hombre, señor! —murmuró;—el favor de S. M. me había creado muchos enemigos.

Una voz que venía del lado de las princesas exclamó en alta voz:

—¡Valor! aun no estáis condenado.

Los ujieres reclamaron silencio.

El príncipe real y el de Salerno se hallaban ahora detrás del rey.

Este abrió el billete. Sus dos hijos se inclinaron con curiosidad sobre sus hombros. El billete sólo contenía una línea escrita con caracteres misteriosos:

IL³NA⁵M² I²OI³M² DI²A⁴CA⁵: A²A⁵A⁵I²PI

Los dos príncipes de Borbón mirábanse sorprendidos.

El rey se volvió hacia ellos:

—Hemos sido audazmente engañados—les dijo. Juego buscando un papel de encima de la mesa, le alargó á sus hijos, añadiendo:

—¡Traducid!

Este papel era la clave del alfabeto del Silencio, la misma que Manuel Giudicelli entregara la noche precedente al señor Johann Spurzeim.

El príncipe de Salerno leyó después de algunos segundos de trabajo mental:

«¡Estáis perdido, huíd!»

Francisco de Borbón observó lo siguiente:

—Un aviso semejante, en un lugar donde la huida es materialmente imposible, no puede venir de los caballeros del Silencio, tan hábiles y prudentes.

—¿Viene, pues, de mí?—exclamó el anciano rey con acritud.

Luego se volvió refunfuñando:

—Todos estáis prevenidos. ¿No lo he estado yo mismo? Pero á Dios gracias, he abierto los ojos, y se hará justicia.

Y á una señal suya, Malatesta se separó de sus compañeros.

—Señor—dijo poniendo una rodilla en la grada más alta del estrado;—ayer acusé delante de Su Majestad á Coriolani de haber robado su nombre. Aunque decía verdad ignoraba hasta dónde quería llevar su audacia. De ayer á hoy han sucedido muchas cosas. El primer golpe descargado infunde valor á los tímidos. La luz ha venido á visitarme en el fondo de mi prisión. Lo que ayer el instinto de mi odio me hacía sólo sospechar, hoy lo sé con toda certeza: este hombre es el jefe superior de los tercios carbonari (caballeros del Silencio).

El murmullo que se elevó fué de sorpresa, no de reprobación.

—¿Tenéis algo que responder?—preguntó el rey dirigiéndose á Fulvio.

—Todavía no, señor—replicó éste.

A su vez se separó Sampieri y presentóse ante las gradas del estrado.

—Nosotros sabemos por qué este hombre guarda un ademán tan altivo delante de sus jueces. Las «logias» están prevenidas y armadas. Este hombre cuenta con una revolución general del pueblo de Nápoles excitado por los traidores carbonarios.

En los labios de Fulvio apareció una sonrisa.

—Si yo quisiera...—murmuró.

Pero se cruzó de brazos sin acabar la frase.

—¡Proseguid!—ordenó el rey dirigiéndose á Malatesta y sus compañeros.

Sampieri respondió:

—Señor, este hombre os devolvió ayer á vuestra pura y noble hija adoptiva. Hénos aquí á vuestros pies siete jóvenes de la más alta nobleza. Nuestro honor exige que os digamos por qué un odio común nos ha reunido contra un solo aventurero. Malatesta os habló ayer de su hermana, yo, Domenico Sampieri, debía casarme con Blanca Barberini.

—Yo, Pietro María Colonna, con Francisca Pisani.

—Yo, Andrea Pitti, adoraba á Preciosa Balbi.

—Yo, Vicente Marescalchi, idolatraba á Juana Pallanti de los príncipes Paleólogos.

—Yo, Vespucio Doria, amaba á Isabel Doria de Angri y era correspondido.

Otros pronunciaron diferentes nombres.

Y los siete extendiendo la mano hacia Fulvio, erguido y firme como una roca, exclamaron:

—Este hombre es el mismo demonio: robó á Blanca Barberini, Francisca Pisani, la Paleóloga,

la Doria de Angri, la Balbi... ¡este hombre es el bandido Porporato!

A estas palabras contestó un grito inmenso.

Las princesas se estremecieron, pero ¡cuántos ojos bellos no se abrieron con avidez!

La princesa de Salerno fijó una mirada en Angélica Doria. Parecía de piedra. Sus ojos, fijos y abiertos, no revelaban la menor expresión.

Los dos hijos del rey, se habían sentado detrás de S. M.

—¿Tenéis algo que responder?—preguntó por segunda vez Fernando de Borbón.

—Todavía no—profirió distintamente Fulvio.

—¡Proseguid!—ordenó el rey.

—Paso á las pruebas—repuso Domenico Sampieri que era el orador de la compañía,—á las pruebas de lo que dije ayer; esto es, que este hombre penetró en Castello-Vecchio por las azoteas de las casas vecinas, y que hizo desaparecer á su cómplice el barón de Altamonte, cuyas revelaciones temía. Bajo los guantes de sus manos existen dos pruebas.

Fulvio Coriolani se estremeció imperceptiblemente.

Nina recibió una impresión más violenta.

La mirada del rey fué una orden.

El príncipe Fulvio se quitó lentamente los guantes.

—¡La sortija de los maestros del Silencio!—exclamó Sampieri al ver su mano derecha.

—La sortija de mi padre—replicó Fulvio sin perder su serenidad;—la sortija del santo Mario Monteleone, maestro de los caballeros del carbón y del hierro.

—Esto es verdad—dijo Francisco de Borbón al oído de su padre;—nosotros ya lo sabíamos.

Este fué el último esfuerzo intentado á favor de Coriolani.

El rey se volvió á su hijo y le dijo:

—¡Lo ignoráis todo; callaos y esperad!

Luego añadió:

—¡La otra mano!

En esta, blanca y fina como una mano de mujer, había una cicatriz reciente, una quemadura.

Malatesta y sus compañeros lanzaron un grito de triunfo.

Antes de esto seguramente el rey estaba aún dudoso, porque preguntó con aire más severo:

—¿De qué os proviene esta cicatriz?

—Señor, quise salvar á dos pobres niños moribundos... No acostumbro á alabarme de las buenas acciones que puedo cumplir, pero la necesidad...

Esta réplica fué pronunciada en un acento tan libre, tan decoroso, tan tranquilo, que el príncipe Coriolani parecía empeñado en una de esas conversaciones frívolas en que los hábiles del mundo compiten en gracia y finura.

Pero Domenico Sampieri exclamó:

—¡Lo que es el dedo de Dios! El impostor ha salvado á pesar suyo esos dos nobles niños que quería despojar de su herencia.

Aquellos de nuestros lectores que han seguido la narración atentamente, se habrán preguntado qué necesidad había de la arenga enfática de Pedro Falcone en el jardín de la quinta Floridiana.

Las líneas que siguen van á responder á esta pregunta.

Pedro Falcone había sido el zapador que abre el camino por donde ha de pasar un ejército. Gracias á su intervención, Sampieri encontraba ahora oyentes que le entendían á media palabra.

Así luego que hubo hablado de los herederos de Monteleone, el marquesito de Zanone y sus

oyentes redoblaron su atención como privilegiados que han gozado las primicias de una noticia importante.

—Señor—repuso Sampieri con voz grave y asentando el pie sobre la primera grada del estrado; —V. M. tendrá la satisfacción de rehabilitar á los herederos del gran conde Monteleone. La noche última el conde Julián y la condesa Celestina que habitan en una pobre vivienda de la casa de los Folquieri, creyéndose abandonados por Manuel Giudicelli su único protector, atentaron contra su vida tratando de asfixiarse.

En la hora misma en que este hombre, instrumento de una asociación criminal, escalaba la casa de los Folquieri para penetrar hasta la prisión de su cómplice, los dos pobres huérfanos, solos y desesperados, encendían el brasero fatal que ha dejado una marca indeleble en la mano del príncipe Coriolani. Algunos minutos después cundió la alarma, y el malhechor, perseguido por la guarnición de Castello-Vecchio, huyó á lo largo de las galerías. Halla una ventana mal cerrada, la empuja, cede... y violando aquel asilo en interés de su salvación, hace penetrar el aire que da vida. Luego huye, pero ha resucitado á sus víctimas. Se ha salvado dejando tras de sí las huellas de su paso. La justicia humana le sigue de hoy más la pista... ¡ay de él! ¡su hora ha llegado!

El príncipe Fulvio Coriolani, impasible hasta entonces, dejó vagar en sus labios una sonrisa de desdén.

Sería difícil precisar los sentimientos que agitaban á la reunión. Si sobrevivían algunas simpatías en favor del acusado, estaban ocultas. Este se abandonaba á su suerte y no se defendía.

Las princesas y los dos hijos del rey guardaban ahora el más profundo silencio.

Angélica Doria ocultaba su cabeza en el seno de la princesa de Salerno.

Nina Dolci, de pie, con la mirada viva, parecía aguardar la explosión de una mina invisible.

El rey hizo una señal, y la puerta por donde había sido introducido Malatesta y sus compañeros, se abrió de nuevo.

Pedro Falcone que estaba cerca del conde Loredano Doria, se inclinó á su oído.

—Señor—le dijo en voz baja,—atended á lo que va á pasar.

Volvióse Loredano, midióle de arriba abajo y respondió:

—No os conozco.

—¿Qué importa el origen con tal que el aviso sea bueno?—replicó Pedro Falcone;—mirad esa puerta y en seguida á nuestra hermana la condesa.

En el umbral de dicha puerta aparecieron sucesivamente el teniente Frazer de la guardia suiza, un adolescente á quien nadie conocía, y una mujer enlutada cuyo rostro desaparecía bajo un espeso velo.

Sampieri y Malatesta habían retrocedido dejando un ancho espacio.

El teniente Frazer se adelantó antes que nadie, declarando que conocía al príncipe Fulvio Coriolani por haberle detenido la víspera precedente, vestido con una sotana de seminarista, en la puerta exterior de la casa de los Folquieri.

El príncipe Fulvio no protestó.

Pero se estremeció vivamente. El ujier acababa de anunciar en alta voz:

—¡El conde Julián Monteleone!

Efectuóse un movimiento general de curiosidad, en el cual se perdió un grito de angustia lanzado por Angélica.

Sólo dos personas oyeron este grito, aparte de

la princesa de Salerno que tenía á la joven en sus brazos.

Estas dos personas eran Nina Dolci y el conde Loredano.

Nina sonrió con amarga ira.

El conde Loredano se levantó á medias.

La mirada de Fulvio, tranquila y dulce, se fijó en aquel joven que se adelantaba con la frente pálida.

Al llegar delante de él, Julián se detuvo y levantó la vista.

Sus ojos revelaban un odio feroz.

Puso á los pies del rey la bolsa bordada de perlas en que se leía el nombre del príncipe Coriolani.

Fernando de Borbón preguntó:

—¿Conocéis esa bolsa?

—La conozco, señor—respondió Fulvio.

—¿Os pertenece?

—Señor—contestó Coriolani,—una augusta princesa me hizo de ella un don delante de S. M.

—Conde, sentaos—ordenó el rey dirigiéndose á Julián.

Julián se inclinó, pero en lugar de obedecer, dió vuelta al estrado y fué á tocar con el dedo la espalda de Loredano Doria.

—Vos que sois tan valiente para robar doncellas—le dijo con los dientes cerrados,—¿qué habéis hecho de mi hermana?

Loredano le miró estupefacto.

Pedro Falcone ya no estaba allí.

—¡Ya nos veremos, conde Doria!—replicó Julián con aire sombrío.

Y volvió las espaldas.

El ujier pronunció con voz sonora?

—¡María de los Amalfi, condesa viuda de Monteleone!

La mujer vestida de luto y cubierta con un velo se adelantó hasta el pie del estrado.

El rey se levantó.

María de los Amalfi, echando su velo atrás, dirigió su primera mirada á Fulvio, é hizo un movimiento como para ir á abrazarle.

Este tendió los brazos, y todos pudieron notar que sus ojos rebosaban de lágrimas.

En aquel momento en que nadie parecía respirar, porque era evidente que en el alma de aquella mujer tenía lugar un violento combate; en aquel momento en que el rey pálido y profundamente conmovido estaba suspenso, y en que toda la corte se había levantado con un movimiento espontáneo, esperando alguna misteriosa peripecia, Falcone apareció precedido de dos hombres que llevaban una camilla cubierta con una sábana.

Fuese á colocar entre el rey y María de los Amalfi.

Y levantando la sábana con brusco movimiento, descubrió el cadáver de un anciano de barba cana.

A esta aparición Fulvio tembló y palideció.

Un grito de horror se escapó á la vez de todos los pechos.

Julián, penetrando por entre la muchedumbre, se arrojó desesperado sobre el cadáver exclamando:

—¡Padre mío! ¡mi pobre padre Manuel!

—Yo Pedro Falcone, médico del rey—dijo el siciliano con voz clara y firme,—declaro que he encontrado veneno en el cuerpo de este hombre hallado en el palacio del príncipe Fulvio Coriolani.

—¡Luego es verdad!—tartamudeó María de los Amalfi traspasada de dolor;—luego todas estas cosas terribles son verdad!

Su mirada quemaba.

—¡Cumpliré con mi deber!—dijo de repente.

En seguida añadió extendiendo la mano para señalar á Fulvio:

—Este es el asesino de Mario Monteleone.

Era su último esfuerzo.

Y cayó como muerta, en tanto que Julián dejando el cadáver de Manuel, se dirigía á ella gritando:

—¡Madre mía! ¡madre mía!

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

VI

El arpa

El final de la escena que precede había sido rápido como el pensamiento.

Todo el mundo estaba de pie, incluso el rey.

Julián estrechaba á su madre inanimada contra su corazón.

Fulvio, inmóvil, les miraba sin despegar los labios. Pero su fisonomía revelaba un dolor inmenso.

Falcone había vuelto á cubrir con la sábana el cuerpo de Manuel.

Después de pasado el primer momento de estupor general, todos pudieron notar que se había verificado un cambio en la sala. Una doble fila de guardias suizos armados rodeaban á los asistentes.

Delante del estrado se colocaron seis oficiales espada en mano.

Evidentemente se acercaba el desenlace. A lo menos todo lo anunciaba.

Y sin embargo, era tal el prestigio que rodeaba á Fulvio Coriolani y tal el alucinamiento enlazado al nombre de Porporato, que se esperaba vagamente alguna nueva sorpresa.

La mujer vestida de luto y cubierta con un velo se adelantó hasta el pie del estrado.

El rey se levantó.

María de los Amalfi, echando su velo atrás, dirigió su primera mirada á Fulvio, é hizo un movimiento como para ir á abrazarle.

Este tendió los brazos, y todos pudieron notar que sus ojos rebosaban de lágrimas.

En aquel momento en que nadie parecía respirar, porque era evidente que en el alma de aquella mujer tenía lugar un violento combate; en aquel momento en que el rey pálido y profundamente conmovido estaba suspenso, y en que toda la corte se había levantado con un movimiento espontáneo, esperando alguna misteriosa peripecia, Falcone apareció precedido de dos hombres que llevaban una camilla cubierta con una sábana.

Fuese á colocar entre el rey y María de los Amalfi.

Y levantando la sábana con brusco movimiento, descubrió el cadáver de un anciano de barba cana.

A esta aparición Fulvio tembló y palideció.

Un grito de horror se escapó á la vez de todos los pechos.

Julián, penetrando por entre la muchedumbre, se arrojó desesperado sobre el cadáver exclamando:

—¡Padre mío! ¡mi pobre padre Manuel!

—Yo Pedro Falcone, médico del rey—dijo el siciliano con voz clara y firme,—declaro que he encontrado veneno en el cuerpo de este hombre hallado en el palacio del príncipe Fulvio Coriolani.

—¡Luego es verdad!—tartamudeó María de los Amalfi traspasada de dolor;—luego todas estas cosas terribles son verdad!

Su mirada quemaba.

—¡Cumpliré con mi deber!—dijo de repente.

En seguida añadió extendiendo la mano para señalar á Fulvio:

—Este es el asesino de Mario Monteleone.

Era su último esfuerzo.

Y cayó como muerta, en tanto que Julián dejando el cadáver de Manuel, se dirigía á ella gritando:

—¡Madre mía! ¡madre mía!

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

VI

El arpa

El final de la escena que precede había sido rápido como el pensamiento.

Todo el mundo estaba de pie, incluso el rey.

Julián estrechaba á su madre inanimada contra su corazón.

Fulvio, inmóvil, les miraba sin despegar los labios. Pero su fisonomía revelaba un dolor inmenso.

Falcone había vuelto á cubrir con la sábana el cuerpo de Manuel.

Después de pasado el primer momento de estupor general, todos pudieron notar que se había verificado un cambio en la sala. Una doble fila de guardias suizos armados rodeaban á los asistentes.

Delante del estrado se colocaron seis oficiales espada en mano.

Evidentemente se acercaba el desenlace. A lo menos todo lo anunciaba.

Y sin embargo, era tal el prestigio que rodeaba á Fulvio Coriolani y tal el alucinamiento enlazado al nombre de Porporato, que se esperaba vagamente alguna nueva sorpresa.

Baumgarten, mayor de guardias suizas, acechaba la menor señal que anunciase la voluntad del rey.

A una mirada de Fernando de Borbón, hizo un gesto. Las culatas de los fusiles resonaron ruidosamente en las baldosas de mármol.

Todos los asistentes se estremecieron.

Fulvio pareció despertar de un sueño.

Sus ojos entristecidos se fijaron con desaliento en aquella corte que hace poco mendigaba su sonrisa.

Por la primera vez, desde el principio de la sesión, volvióse hacia las princesas.

Estas bajaron la cabeza ó apartaron la vista.

Fulvio parecía buscar alguna persona entre ellas.

La puerta del gabinete donde antes se hallaba Nina Dolci, estaba ahora medio cerrada.

Entre Fulvio y las princesas mediaba un espacio enteramente desocupado, lo cual le facilitó poder dirigirse hacia donde estaba Angélica Doria.

Loredano, dejando su puesto, detrás del rey, también se adelantó en la misma dirección, pero no parecía querer llegar hasta Fulvio.

A medida que éste se acercaba, Angélica perdía el color; sus ojos permanecieron fijos y sin expresión, como si estuviese próxima á perder el juicio.

Cuando Fulvio hubo llegado, Angélica lanzó un débil grito de angustia.

Julián lo oyó, y abandonando á su madre, se lanzó sobre Coriolani como un tigre, arrancando de paso la espada de Baumgarten.

Fulvio le esperó con los brazos cruzados.

Por el pálido semblante del doctor Falcone vagaba una cruel sonrisa.

—Ese Johann es un hombre de genio—murmuró aparte.

Nadie, ni aun el mismo Loredano, que ejecutó un movimiento para impedirlo, hubieran podido detener el fogoso arranque de Julián. Pero Angélica, desgredada, se arrojó de rodillas á sus pies.

—¡Piedad!—exclamó.

El rostro de Fulvio se serenó, pareciendo que recobraba todo su vigor. Estaba soberbio y arrogante como en los días de su gloria.

—Angélica Doria—murmuró á su oído,—yo os amo; vos sois mi fuerza y mi vida. Me habéis dicho que nada en el mundo podría impedirnos ser mía, yo he dudado, proferid una palabra y salgo vencedor de la lucha.

Angélica ni le miró ni respondió.

Tendía los brazos desesperada hacia Julián que tenía la espada en la mano.

—Si no me amáis—murmuró Fulvio entre lágrimas,—¿por qué os oponéis á que me mate? La Doria se volvió con rostro delirante.

—¡Para que no sea un asesino como tú—dijo ella;—yo le amo!

Julián se dejó caer de rodillas.

Fulvio Coriolani puso su cabeza entre sus manos. Sollozaba.

Loredano Doria levantó á Julián á la fuerza. Los dos se miraron con odio.

—Os he comprendido, señor conde—dijo Julián bajando la punta de su espada;—acabo de nacer noble.

Angélica estaba desvanecida en los brazos de las princesas.

—Señor—dijo Fulvio Coriolani dirigiéndose al rey con dignidad,—acabo de perder mi última esperanza, he pecado y Dios me castiga, Dios es justo. El porvenir probará mi identidad con el primogénito de Mario Monteleone; pero soy un impostor en el fuero de mi conciencia, porque esta mañana aun lo ignoraba..

Señor, yo no he asesinado á ese hombre (señalaba el cuerpo de Manuel), pues era el testigo que estaba aguardando.

Señor, se ha emponzoñado el corazón de mi pobre madre, que pasará el resto de sus días llorando lágrimas de sangre.

¡Señor, se ha puesto una espada en la mano de mi hermano! ¡No permita Dios que crea á Su Majestad cómplice de tan infames maldades!

Estas son tales, señor, que yo con ser Porporato me estremezco al enumerarlas.

Su misma atrocidad me ha revelado la mano que las ha cometido. El día en que pasé á mi dedo esta sortija, que fué la del santo Monteleone, prometí bajo juramento que su muerte sería vengada. Hoy el culpable se ha denunciado á sí mismo. Le conozco, le condeno...

—¡Desgraciado!—interrumpió Fernando de Borbón,—¿te atreves á proferir la palabra condenar...?

—Cuando tengo encima la mano de la ley, ¿no es esto, señor?—añadió Fulvio con sonrisa tranquila y arrogante.—Un día os dije:—«En el seno mismo de vuestra capital vos sois el rey de día, pero Porporato es el rey de noche! ¿quién sabe lo que pasará en esta ciudad de Nápoles cuando las tinieblas habrán reemplazado á la luz?»

—¡Amenazas á tu bienhechor, bandido!—exclamó Francisco de Borbón, cuya indignación se aumentaba á la idea de haber sido amigo y protector de aquel hombre;—señor, acabemos. ¡Este es ya negocio de los guardias suizos!

—¡Y del verdugo!—añadió Fulvio Coriolani.

—¡Y del verdugo!—repitió duramente el heredero de la corona.

Fulvio se volvió á él.

—Alteza—le dijo,—tenéis derecho, en efecto, á hablar de bienhechores. Para cambiar vuestros

sentimientos se ha necesitado el billete infernal del asesino de Mario Monteleone.

—¡Tú eres el asesino de Monteleone!—exclamó el hijo segundo del rey.

—Pero ¿sabéis—continuó tranquilamente Fulvio,—si vuestros beneficios no os han sido devueltos centuplicados? Señor, y vos, Alteza, vuestro protegido ha sido vuestro protector. Sin el bandido Porporato, Nápoles estaría, á la hora en que os hablo, en poder de los carbonari.

—Poned á ese hombre—ordenó el rey.

—Y si dentro de una hora el príncipe Fulvio Coriolani no está en su palacio—prosiguió éste último sin precipitarse,—asistiréis á una fiesta cuyo recuerdo vivirá mucho tiempo.

Dos guardias suizos se habían adelantado seguidos del mayor Baumgarten.

—¿No tienes ningún amigo fiel en una reunión tan numerosa como esa?—preguntó Francisco de Borbón con ironía.

—¡Quién sabe!—respondió Fulvio.

Y paseó su magnética mirada sobre la muchedumbre de cortesanos; luego añadió:

—Señor, hay aquí tantos carbonarios que renuncio á contarlos.

La asamblea se agitó tumultuosamente.

Los dos guardias suizos pusieron á un mismo tiempo sus manos sobre Fulvio. Este les rechazó sin aparente esfuerzo, y llamando á Baumgarten por su nombre, le dijo:

—Me entrego á vos.

Los guardias suizos rechazados volvían sobre él espada en mano.

Loredano Doria se puso delante.

Este dijo al rey:

—Yo no soy ni carbonario, ni bandido, señor, pero necesito hablar á este hombre.

Y profirió rápidamente al oído de Fulvio:

—Fuí tu amigo... casi tu hermano... ¿Quieres por asilo uno de mis palacios ó castillos?

—¡Tú eres el último de los romanos!—murmuró Fulvio;—gracias, no tengo necesidad de ti, di solamente á ese niño que le amo.

Su mirada designaba á Julián.

Antes que Loredano pudiese alejarse, le dió un estrecho abrazo.

Inmediatamente después se dió á prisión en medio de un pelotón de guardias suizos.

—Señor—dijo al pasar por delante del rey,—ya llega la noche... ¡guardadme bien!

—¡Evitad las insolentes bravatas de ese loco!—gritó Fernando de Borbón.—¡A Castello-Vecchio! ¡que se le ponga incomunicado y se reúna el tribunal supremo! tales son mis órdenes.

—Yo también voy á dar las mías—replicó el prisionero con sardónica sonrisa.

Y poniendo un dedo sobre su boca, comprimíó sus labios, los cuales produjeron ese sonido particular que hemos oído en los jardines de la quinta Floridiana cuando Nina distinguió en la verja á Armelino y Massimo Dolci.

Fulvio escuchó atentamente.

El rey, los príncipes y la asamblea hicieron lo mismo como á pesar suyo.

En el gabinete vecino dejóse oír el sonido de un arpa.

El arpa tocaba el canto de Fioravante:

¡Amici, allegri, andiamo alla pena!...

—¡Agere, non loqui!—exclamó Coriolani en medio del silencio que reinaba en la sala sorprendida.

El arpa calló.

Muchos nobles y guardias suizos se lanzaron al gabinete vecino, sin aguardar la orden de su soberano.

No había nadie, pero las cuerdas del arpa aun yibraban.

Los que se asomaron al balcón para buscar en el campo, vieron dos hombres y una mujer á caballo que descendían á galope el camino que conduce á Nápoles.

VII

El rey de la noche

Desde el anochecer, los criados y empleados de la fonda de la Gran Bretaña, que tenía el honor de guardar en su recinto á Peter-Paulos Brown (de Cheapside), su groom Jack, su esposa Penélope, y Melicerta, camarera de ésta última, habían notado las idas y venidas de muchas personas que parecían estar de centinela en la calle.

Esto no era una cosa nunca vista. La fonda de la Gran Bretaña, frecuentada principalmente por ingleses, es una especie de mercado para los habitantes de Nápoles. El inglés «tourista» pertenece en propiedad al populacho napolitano.

Acéchase á un inglés viajero en Nápoles, como acechan en París, los vendedores de flores, los mendigos ó alquiladores de sillas, la entrada en la iglesia de un bautizo ó de una boda.

Hacia las cinco de la tarde, dos hombres, uno alto y otro bajo, entraron en el despacho de la fonda, preguntando con cierta especie de tímida torpeza si se podía ver á Su Excelencia.

Su Excelencia era naturalmente Peter-Paulos.

Los empleados de la fonda son enemigos declarados de los pillos de afuera porque roban á los de dentro; así despidieron con rudeza á nuestros dos pobres diablos.

Su Excelencia estaba aún en la cama. Nuestros dos pobres diablos saludaron humildemente y dijeron:

—Ya volveremos.

Y se pusieron de observación fuera de la puerta cochera. Por casualidad los empleados de la fonda no habían mentido. A esa hora avanzada Peter-Paulos aun dormía, Penélope también, Jack y la pulcra Melicerta les imitaban escrupulosamente.

La noche había sido tempestuosa para los cuatro.

Ya sabemos los trabajos de Peter-Paulos y Penélope. Melicerta, después de su primera toma de punch, había pedido un bichoff que el tercer repostero le ayudó á beber. En cuanto á Jack le habían llevado completamente ebrio.

El primero que se despertó fué Peter-Paulos. Aun estaba molido, sufriendo las consecuencias de la «girella». Restregóse los ojos y miró su ventana para ver si los postigos de su vecino de Cheapside estaban ya abiertos.

Era tan perspicaz que de una ojeada conoció que aquellas no eran las ventanas de la casa de Cheapside.

Levantóse y se dirigió al salón en el cual acababa de entrar Penélope. Esta parecía estar escuchando unos pasos lejanos que se oían en el corredor. Creía conocer el ruido de estas pisadas. La feliz sensación que experimentaba le había hecho brotar dos manchas de un vivo carmín sobre sus puntiagudos pómulos. A la vista del coronel San Severo, que pasaba el umbral de la puerta principal, exhaló un grito dulce y armoniosamente modulado.

A pesar de que estaba obscureciendo, Peter-Paulos conoció al coronel.

Dirigióse á su encuentro y le dijo bruscamente, como acostumbraba:

—Mi creer vos ser un seductor... ¡Djeck!... traer la caja de las pistolas... ¡Mi quererme batir con ese gentleman!

Penélope se interpuso de rodillas.

—¡Mi prohibir se batir!—exclamó con desesperación,—¡ó poner fin á los días de mí!

Así diciendo derramaba un torrente de lágrimas.

El coronel rechazó con una mano á esta mujer infortunada y con la otra á su esposo irritado y lleno de celos.

Al propio tiempo arrugó sus grandes cejas. Conocióse que una idea fija le dominaba.

—No empecemos otra vez los arrebatos de la pasada noche, mi buena señora—dijo rudamente.

Penélope se enderezó como una serpiente.

—Y vos—añadió el coronel sacudiendo el brazo de Peter-Paulos,—no esperéis burlaros más tiempo de mí. El diamante, ó ¡por Baco! que empecaremos otro juego.

Como Peter-Paulos fijase en él sus grandes ojos con sorpresa, el coronel repuso:

—Ya sé que sois astuto como una zorra, y que la señora desempeña á las mil maravillas su papel de inglesa excéntrica, ¡pero os las habéis con un hombre enérgico! He aquí el «ultimatum»: dadme el diamante por las buenas ó seguidme presos.

Y les mostró una orden de arresto que sus importunidades habían arrancado al intendente Armelino.

Su plan tenía cierto mérito de invención.

Si el famoso diamante, el Pundjaub, hubiese estado en manos de Peter-Paulos, sin duda que el buen San Severo hubiera logrado hacerse dueño de él.

En efecto, no se trataba de una escena representada ligeramente, sino de una orden formal de arresto, y para llevarlo á cabo se había acompañado de cuatro agentes de policía y dos carruajes que aguardaban á la puerta.

En tanto que Penélope sollozaba y que Peter-Paulos buscaba una explicación imposible, el co-

ronel había requerido á Privato y su colega para que le prestasen ayuda. Al mismo tiempo llamó á los agentes de policía.

—Por última vez—les dijo,—¿queréis darme el diamante?

—Hacer jiuamanta—respondió el asociado de Marjoram,—que no tener este diamante.

—¡Mi hacer también jiuamanta!—exclamó la desconsolada Penélope.

Y los dos á coro:

—¿Pur qué nos venido á este país abominabile?

—¡Cumplid con vuestro deber!—ordenó el coronel.

Inmediatamente la habitación alquilada á gran coste por el asociado de Marjoram, fué tratada como país conquistado. Los cuatro agentes de policía, ayudados por Privato y por el mismo Becafico, registraron con escrupulosidad todos los muebles.

No se encontró el Pundjaub.

Peró el coronel ya lo esperaba así.

—¡Los sellos!—ordenó.

En las cerraduras de las maletas pusieron anchas tiras de pergamino. Cerráronse igualmente, debidamente sellados, los cofres y sacos de noche.

Penélope y Peter-Paulos dejaban hacer estupefactos.

El exceso de su desgracia común les reconciliaba. Estrechábanse las manos repitiendo á coro:

—¿Pur qué nos venido á este país abominabile?

Peró la paz no podía ser de larga duración.

—¡Sido vos!—dijo de súbito Penélope retirando la mano,—¡vos forzado mí venir á este país!

—¡No, sido vos!—replicó Peter-Paulos,—por la curamenta de vuestra enfermedad!

—Mí desir: ¡sido vos!

—Mí responder: ¡no, sido vos!

—¡Llevaldo!—ordenó el coronel.

Las cuatro ó cinco docenas de fardos que componían el equipaje de Peter-Paulos quedaron sellados en debida forma. Los agentes, ayudados por los criados de la fonda, á quienes la orden de arresto ponía blandos como guantes, cargáronse los fardos y empezaron á bajar las escaleras.

Penélope se echó á reír con aire provocativo.

—¡Desir vos ser súdito anglés!—exclamó ella.

—¡Ahora vosotros!—dijo el coronel cuando estuvo fuera el equipaje;—¡vamos! Marchad delante para estar bien seguro de que no habéis escondido el objeto en algún rincón... en la cárcel se os registrará.

—¡Oh!—exclamó Penélope gimiendo y retorciéndose las manos;—preferido hundir una puñale en el pecho de mí!

—¡Adelante, adelante!—repitió el terrible San Severo.

Peter-Paulos, Penélope, Melicerta y Jack, fueron empujados hacia la escalera. El repostero de la fonda, sin consideración á este gran infortunio, exigió la cuenta al asociado de Marjoram.

Este pagó, pero no sin protestar.

—Mí sido súdito anglés—dijo.—Este paise sufrirá un bombardemante á causa de mí! ¡fomalemente!

El coronel le hizo subir á un carruaje

Los empleados de la fonda quedáronse convencidos de que todo esto se hacía por orden del gobierno. Habían visto las órdenes y conocían á los agentes.

Los acontecimientos subsiguientes dieron á esta aventura un carácter misterioso y trágico.

Por la parte de la Chiaja y alrededor del palacio real, se ignoraba aún lo que estaba pasando

en Nápoles. La playa permanecía desierta. El barrio de la nobleza contaba apenas el número ordinario de paseantes. Todo descansaba en profunda calma.

Sin embargo, una hora después de anochecido, vióse aparecer á los habitantes de esos nobles barrios en sus azoteas, inquietos y afanosos.

El rey acababa de entrar en la ciudad, y en lugar de dirigirse á su palacio, había dado la vuelta á Chiaramonte, y entrado en Pizzo Falcone.

Se había notado que le acompañaba una escolta no acostumbrada de fuerzas militares.

Pasado un cuarto de hora descendieron tres escuadrones de caballería á galope tendido desde el castillo de San Telmo al arsenal.

Al mismo tiempo se oyó tocar el tambor á lo lejos.

Cuando el tambor callaba, el viento dejaba oír los murmullos indefinibles y siniestros que anuncian una conmoción popular.

Esta tenía lugar poco más ó menos en el momento en que los dos carruajes que conducían la familia Brown y sus equipajes, salían de la fonda de la Gran Bretaña.

Los dos carruajes siguieron el camino que Peter-Paulos había tomado la noche de su llegada para ir á observar de incógnito las costumbres de la capital napolitana.

El coronel envuelto en una ancha capa y embozado hasta los ojos, había subido al pescante de uno de los carruajes. El otro era conducido por un hombre alto, de fisonomía grave, con las alas del sombrero caídas ante los ojos.

Llegados cerca del teatro del Fundo, notaron de pronto un movimiento extraño y desordenado que contrastaba con la tranquilidad que les había rodeado hasta entonces. Oleadas de gente del pue-

blo daban la vuelta al ángulo del puerto y penetraban en las callejuelas vecinas. Algunos señores montados pasaban á galope, seguidos de criados también á caballo.

El grito particular y misterioso de los caballeros del Silencio, turbaba el aire, sin que se pudiese saber de dónde salía.

En la ciudad alta se oían tiros de fusil que resonaban á intervalos.

El viento arrastraba grandes masas de humo, cuyo origen explicaba este clamor salido de la obscuridad de las callejuelas:

—«¡Al fuoco! ¡Al fuoco!»

Y grupos sombríos y numerosos, marchando á paso lento á lo largo de las casas, se detenían delante de algunos balcones para pronunciar de un modo lúgubre:

—«¡Evviva la costituzione!»

Después aparecía un hombre en el balcón.

Luego la puerta de la casa se abría, y el hombre iba á aumentar un grupo.

Cuando pasaban por debajo de los reverberos, veíanse brillar armas.

Delante del Correo había una gran muchedumbre.

El pueblo rodeaba una partida de guardias suizos y quería desarmarlos.

Los dos carruajes se detuvieron y el coronel bajó del pescante.

—¡Abajo, Gaspardo!—dijo al mocetón que conducía el otro carruaje;—ahora tenemos otro que hacer.

—Mí suplicar...—empezó Peter-Paulos.

—Una palabra más y te hago saltar la tapa de los sesos—dijo resueltamente el buen coronel.

La cabeza de Peter-Paulos desapareció como por encanto.

Penélope decía á Melicerta

—Este oficiade me ha engañado.

—¡Bah! —replicó la sagaz Mel,—¿no veis que oculta su juego delante de vuestro marido?

Penélope le cogió la mano con efusión.

Privato y Beccafico estaban cerca del coronel. Este encargó á cada uno un carruaje, prometiéndoles una buena paliza si los equipajes no llegaban sanos á su destino.

—Subid por la calle de Toledo al galope—les dijo,—y tomando la de los Tribunales, salid por la puerta de Capua y al galope, siempre al galope hasta más allá de Salerno.

—¿Veis—dijo Melicerta,—como no vamos á la cárcel?

Penélope juntó las manos.

—Mí creído—murmuró extasiada,—que ese oficiade querer robar á mí!

Los carruajes partieron.

—«¡Alla pena!»—exclamó el coronel San Severo echándose á ciegas en medio del barullo;—los pícaros no me dicen nunca sus negocios, pero supuesto que tocan á bailar procurémosnos violines.

Gaspardo el pescador y él se arrojaron sobre dos guardias suizos, á quienes derribaron; luego desaparecieron por entre la muchedumbre llevando cada uno un fusil conquistado.

El gentío gritó:

—«¡Evviva la costituzione!»

Á las diez de la noche el cañón retumbaba por muchas calles de Nápoles.

Decíase que estaban sobre las armas veinte mil insurgentes.

Se habían formado barricadas en la Avenida-di-Porto y en todas las calles vecinas, de modo que parecían una ciudadela.

Á las once, el estruendo de la lucha había cesado.

Pero un inmenso y siniestro resplandor alum-

braba el cielo, proyectando sobre la ciudad sus cárdenos reflejos.

Estallaba un gran incendio.

En efecto, ardía Castello-Vecchio, fortaleza diez veces secular, junto con las casas que la rodeaban.

Era un espectáculo grandioso y terrible. Se le había pegado fuego por todas partes á la vez. Las llamas salían en tan prodigiosa abundancia, que ni siquiera se intentaba apagarlas.

En la sombra profunda de los macizos muros de la fortaleza, se veía un círculo negro é inmóvil: eran los guardianes del incendio.

Á las once y media, los cien mil espectadores de esta escena vieron una cosa tan fantástica, que no titubeamos en narrarla.

El pararrayos de Castello-Vecchio descollaba aún en la cima de la torre más alta que parecía librarse de las llamas.

De súbito un sér humano se puso á trepar á lo largo de ese extraño mástil de cucaña.

Parecía diminuto y negro entre los resplandores que le cercaban.

Pero para él era como un juego. De tiempo en tiempo ejecutaba algunos equilibrios gimnásticos. Llegado á la extremidad empezó á girar alrededor de su espantoso eje, en la posición llamada «brazo de hierro».

La muchedumbre gritaba desde abajo:

—¡Bravo, saltarello! ¡Bravo, Cucuzone!

Gran número de disparos partieron de las posiciones que ocupaban las tropas alineadas, pero ninguno le tocó. Cucuzone, sosteniéndose con una mano en el pararrayos desplegó con la otra lentamente una especie de interminable tira que le rodeaba el cuerpo. Á medida que la desdoblaba, la tira iba flotando á merced del viento. Por fin la fijó en el asta de hierro.

Quando pudo desplegarse en toda su extensión,

vióse un inmenso estandarte iluminado por el resplandor del incendio como por el sol.

En el centro tenía un corazón traspasado por dos espadas, escudo de los condes de Monteleone, y alrededor había esta divisa: «Agere, non loqui».

Cucuzone bajó sin precipitarse y desapareció.

A breve rato, la parte sur de Castello-Vecchio se desplomó con espantoso estruendo.

En este momento las gaitas calabresas, los «vezzi» del Abruzzo y las bocinas de caza, tocaron por todas partes la sonata del Silencio. La muralla humana que cercaba la fortaleza se apiñó. Una columna cerrada, á la cabeza de la cual marchaban tres héroes, Lucas Tristany, Gaspardo el pescador y Ruggieri el marino, empujando la línea de la guardia suiza, la desbarató.

En el centro de la Avenida-di-Porto, delante de la fuente de las Tres Vírgenes, un coche arrebatado á las caballerizas reales, todo cubierto de oro, parecía estar aguardando á alguien.

Ocho magníficos caballos estaban enganchados á él.

Un hombre vestido de púrpura como un emperador y hermoso como un semidiós, apareció llevado en triunfo. Cien antorchas alumbraban su marcha.

Este hombre subió al coche real.

Acompañábale una numerosa comitiva de caballeros.

A su paso los batidores iban aclamando al príncipe Fulvio Coriolani.

Luego disminuyó el inmenso ruido que atronaba la ciudad.

El incendio brilló aún con toda su fuerza; en seguida fué extinguiéndose, no hallando ya más alimento en los fuertes muros de piedra labrada.

El resplandor de las antorchas alumbró aún

mucho tiempo en las tinieblas de la campiña en dirección al sudoeste.

Al cabo de media hora ya nada se veía; todo estaba sumido en el silencio.

Sólo descollaba la colosal humareda del volcán, velando de negro la pálida faz de la luna menguante.

VIII

Los dos pescadores

Los que presenciaron estos acontecimientos pretenden que Nápoles estuvo toda una noche á merced de los tercios carbonarios (compañeros del Silencio).

Hubiese quizá bastado la voluntad de un solo hombre para hacer una revolución.

La voluntad faltó.

Las «logias» armadas se dispersaron, dejando sus muertos sobre el campo de batalla.

El rey de noche desdeñaba la victoria.

Fernando de Borbón, los príncipes y princesas, pasaron doce horas de terrible angustia en Pizzo Falcone. Habíase dado orden de aparejar una fragata del Estado para el caso de tener que huir.

La princesa de Salerno, favorita de Borbón, cayó en desgracia por haber proferido las palabras que recordará el lector. Ella había dicho:

—Si Coriolani hubiese querido...

Esto le costó dos años de destierro en Capri.

Al otro día Johann Spurzeim se encargó de la cartera del ministerio de Estado y de la presidencia del Consejo.

Tres regimientos partieron en dirección de la montaña para acabar con los revoltosos. El doctor Pedro Falcone les acompañaba con una comisión del rey.

vióse un inmenso estandarte iluminado por el resplandor del incendio como por el sol.

En el centro tenía un corazón traspasado por dos espadas, escudo de los condes de Monteleone, y alrededor había esta divisa: «Agere, non loqui».

Cucuzone bajó sin precipitarse y desapareció.

A breve rato, la parte sur de Castello-Vecchio se desplomó con espantoso estruendo.

En este momento las gaitas calabresas, los «vezzi» del Abruzzo y las bocinas de caza, tocaron por todas partes la sonata del Silencio. La muralla humana que cercaba la fortaleza se apiñó. Una columna cerrada, á la cabeza de la cual marchaban tres héroes, Lucas Tristany, Gaspardo el pescador y Ruggieri el marino, empujando la línea de la guardia suiza, la desbarató.

En el centro de la Avenida-di-Porto, delante de la fuente de las Tres Vírgenes, un coche arrebatado á las caballerizas reales, todo cubierto de oro, parecía estar aguardando á alguien.

Ocho magníficos caballos estaban enganchados á él.

Un hombre vestido de púrpura como un emperador y hermoso como un semidiós, apareció llevado en triunfo. Cien antorchas alumbraban su marcha.

Este hombre subió al coche real.

Acompañábase una numerosa comitiva de caballeros.

A su paso los batidores iban aclamando al príncipe Fulvio Coriolani.

Luego disminuyó el inmenso ruido que atronaba la ciudad.

El incendio brilló aún con toda su fuerza; en seguida fué extinguiéndose, no hallando ya más alimento en los fuertes muros de piedra labrada.

El resplandor de las antorchas alumbró aún

mucho tiempo en las tinieblas de la campiña en dirección al sudoeste.

Al cabo de media hora ya nada se veía; todo estaba sumido en el silencio.

Sólo descollaba la colosal humareda del volcán, velando de negro la pálida faz de la luna menguante.

VIII

Los dos pescadores

Los que presenciaron estos acontecimientos pretenden que Nápoles estuvo toda una noche á merced de los tercios carbonarios (compañeros del Silencio).

Hubiese quizá bastado la voluntad de un solo hombre para hacer una revolución.

La voluntad faltó.

Las «logias» armadas se dispersaron, dejando sus muertos sobre el campo de batalla.

El rey de noche desdeñaba la victoria.

Fernando de Borbón, los príncipes y princesas, pasaron doce horas de terrible angustia en Pizzo Falcone. Habíase dado orden de aparejar una fragata del Estado para el caso de tener que huir.

La princesa de Salerno, favorita de Borbón, cayó en desgracia por haber proferido las palabras que recordará el lector. Ella había dicho:

—Si Coriolani hubiese querido...

Esto le costó dos años de destierro en Capri.

Al otro día Johann Spurzeim se encargó de la cartera del ministerio de Estado y de la presidencia del Consejo.

Tres regimientos partieron en dirección de la montaña para acabar con los revoltosos. El doctor Pedro Falcone les acompañaba con una comisión del rey.

No era una persecución, sino una guerra. Malatesta, Sampieri, Colonna, Vespuccio, Marescalchi, Gravina, Pitti y Ziani, siguieron la expedición en calidad de voluntarios.

Había llegado el sexto día después del incendio. El sol se ocultaba en ese bello horizonte de la Italia del sur que hemos descrito varias veces al principio de esta narración.

Pero no se notaba la calma profunda, la sonrisa de la naturaleza que admiramos en el momento en que el caballero de Athol, despidiéndose del buen cochero Bautista Giubetti, saltaba del camino á las rocas y de éstas á la arena de oro de la playa.

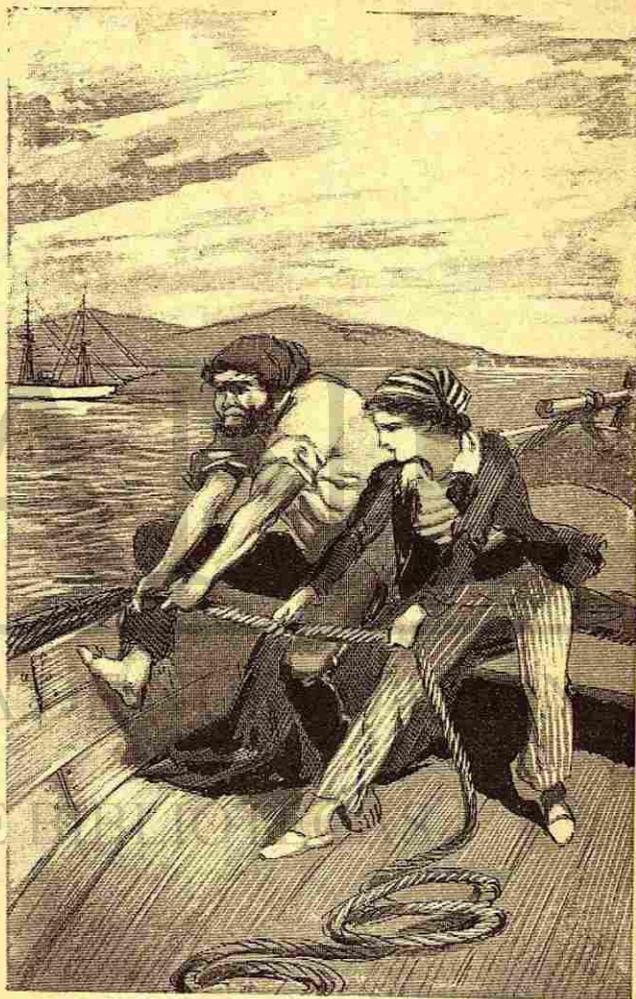
El cielo amenazador presentaba matices metálicos, como sucede siempre en estos lugares, á la aproximación de los temblores de tierra ó de las erupciones de los volcanes.

En la mar no se levantaban olas, pero se encrespaba la espuma, y de tiempo en tiempo la naturaleza parecía exhalar un confuso y tremendo clamor.

No se sabía si este ruido procedía del aire ó de la tierra. Serían las siete de la tarde.

Dos pequeños buques de guerra cruzaban las aguas de la bahía de Santa Eufemia; cosa rara en este lugar. Los dos tenían izada bandera napolitana.

Uno era un bergantín goleta de casco fino y aspecto guerrero. La otra embarcación, más peculiar á los mares de poniente, pertenecía á esa clase de buques mediterráneos que usan la vela latina. Las falúas tienen dos mástiles: el «arbore di maestro» y el «arbore de trinchetto». Las mayores llevan doce cañones en forma de batería y veintidós obuses ligeros sobre el puente. En el Mediterráneo su marcha es más ligera que la de las embarcaciones de aparejo cuadrado.



—¡A la red!— dijo el marinero de anchas espaldas.

El bergantín goleta y la falúa, bordeando á una legua uno de otro, cambiaban con frecuencia señales, no solamente entre sí, sino también con destacamentos militares establecidos de distancia en distancia en la costa.

El estado del país había evidentemente cambiado: había vigilancia activa y casi estado de guerra.

No obstante, doce ó quince embarcaciones de pescadores, cuyas cabañas se veían pegadas á las rocas de la costa iban y venían á lo largo de ella, ocupándose en su oficio.

Una de esas embarcaciones, más fuerte y mejor construída que las demás, dejaba la vela al viento, á pesar de las ráfagas del norte que iban aumentando su fuerza á medida que avanzaba la noche. Manteníase á distancia de tres leguas de la costa, y corría grandes bordadas como para velar uno tras otro todos los puntos de la ribera.

Su dotación sólo se componía de dos hombres: un joven grumete de figura vivaracha y bella, y un marino de cuerpo hercúleo, de piernas en forma de arco, frente estrecha y cubierta por sus negros cabellos. Este tenía en la boca una gran pipa de espuma.

Los dos echaban la red de pescar. Pero era á manera de pasatiempo. Cuando por casualidad cogían un atún ó un dorado, dejaban caer el pescado al agua.

Indudablemente eran falsos pescadores, y su red les servía solamente para burlar la vigilancia de los dos buques de guerra, cuyos catalejos recorrían sin cesar el golfo.

—¡A la red!—dijo el marinero de anchas espaldas.

El grumete hizo un gesto de fatiga.

—Mi buen Ruggieri—murmuró,—no es el valor lo que me falta.

—Es la fuerza, signora, ya lo sé—replicó el ma-

rinero con el acento brusco que emplean ciertas personas para disimular su emoción;—mejor estaríais en vuestro lindo gabinete.

—Tú preferirías otra ayuda: ¿no es eso, Ruggieri?

—Más valerosa no—replicó el marinero,—sería imposible, pero más robusta... Ya veis que nuestros utensilios de marinero son más pesados que vuestros abanicos.

El grumete se quitó su gorro de colores entrecolorados para enjugar su frente bañada de sudor. Una espesa masa de largos cabellos cayó en hermosos bucles sobre sus espaldas.

—¡Un esfuerzo, signora!—exclamó el marinero;—¡á la red! ¡á la red! El maldito teniente no aparta el catalejo de nosotros, como si supiese que hay aquí una linda mujer.

Distinguíase en efecto sobre el puente de la falúa un oficial cuyo catalejo no se apartaba de sus ojos.

—Dícese que el aire del mar es saludable—repuso el grumete una vez echada la red,—y á mí me parece que estoy respirando fuego, el aliento me falta.

—Es que—respondió el marinero mirando el horizonte de reojo,—la mar de hoy no es la de todos los días, signora. Hay demonios en el aire: los siento lo mismo que vos.

—¿El noroeste?—empezó el grumete.

El marinero se encogió de hombros.

—¡El noroeste y yo nos conocemos!—dijo á media voz;—daría una docena de onzas para que fuese el noroeste. El noroeste es frío, continuó y levanta olas. No, no es el noroeste, ni un viento del cielo, sino la tormenta del infortunio que sacude nuestros golfos cuando la tierra tiembla y se abre, cuando los volcanes vomitan su lava. ¿Qué

se decía del volcán á vuestra salida de Nápoles, signora?

—Hace ocho días que el Vesubio humea—respondió el grumete;—anteayer empezó á resplandecer, ayer á echar llamas, pero la lava no se ha desbordado aún.

—No importa, ya se desbordará.

—¿Esta noche?

—¡Dios lo sabe! pero antes de una semana el Vesubio abrirá su cima ó reventará por los lados. ¡Otro esfuerzo! ¡El teniente nos ha señalado con el dedo!

En efecto, el oficial acababa de llamar á uno de sus camaradas, y designaba evidentemente la embarcación con el brazo extendido.

Echóse la red. El viento arreciaba. El borde de la vela tocaba en la espuma á cada ráfaga.

—¿Qué hora os parece que es, signora?—preguntó Ruggieri.—A mí parecer deben haber dado las siete.

El grumete sacó de su seno un rico y hermoso reloj de mujer.

—Las siete y cuarto—respondió.

El marinero arrugó el entrecejo.

—¡Aun anda!—dijo. Luego añadió:

—Este viento endemoniado debe dispersar la humareda. ¡Si no pudiésemos distinguir sus señales!

Giró la caña del timón, cambió de amura y cargó la vela, poniendo la vela en dirección á Strómboli que empezaba á confundir á lo lejos sus contornos en el crepúsculo de la noche.

La embarcación corría á lo largo, surcando la planicie inmensa de espuma.

A medida que se alejaba de la costa parecía calmar el viento.

—¡Ya lo he dicho!—murmuró el marinero.—Estas ráfagas salen de la tierra. ¡Es el huracán del infortunio!

Al cabo de algunos minutos, el aspecto de la costa cambió. Nuestros dos marineros empezaron á ver las colinas del interior por encima de las rocas.

Ruggieri dirigió su catalejo á dos puntos de la ribera: uno adentro del cabo Vaticano, el otro mucho más al norte y casi en dirección de Pizzo.

—¡San Genaro!—exclamó,—más de media hora de retardo, y nada!... ¡nada!

Dibujóse una sonrisa en los labios de aquel niño débil, pero osado y hermoso, al que el marino llamaba signora.

—¡Si Dios quisiese que faltase á la cita!—murmuró.

Esto era la expresión de una esperanza, ó mejor, de una súplica.

—Si apareciese el fuego en la cima del monte Pulcino, deberemos costear el cabo Vaticano; esto será fácil y allí estaremos abrigados por el promontorio. Pero si vemos la humareda por el lado de Nari, la cosa cambia de aspecto; entonces deberemos dirigirnos á Santa Eufemia, más allá de Pizzo. ¡Viento contrario! costa bravía, y el tiempo pasa...

Ruggieri parecía inquieto.

El día declinaba hasta el punto de no distinguirse el movimiento del puente de la falúa. En cuanto al bergantín goleta bordeaba tan cerca de tierra que la costa de Martorello le hacía sombra.

De repente Ruggieri batió palmas y dió un grito. El grumete levantó la cabeza.

—¡Veis! signora, ¡veis!—dijo Ruggieri enderezando su cuerpo vigoroso y dilatando el pecho.

La signora disfrazada de grumete exhaló un suspiro.—El dado está echado—murmuró.

—La señal es en el valle de Nari—dijo el marino;—el diablo anda en ello esta noche, ¡Pero nosotros no tenemos miedo del diablo!

En un abrir y cerrar de ojos, la embarcación viró de bordo y se puso á luchar contra el viento que hacía besar la vela al mar.

Era una excelente chalupa de construcción siciliana que debió pertenecer á algún bergantín contrabandista.

Ruggieri estaba en el timón. El grumete echaba agua al mar.

La noche cerró del todo; el cielo aparecía nublado. Ruggieri se guiaba por las luces que había en las ventanas de Pizzo.

El fuego encendido en el valle de Nari ya no estaba oculto por las rocas de la ribera.

El grumete sintió de súbito que le estrechaban el brazo.

—No os meneéis—dijo Ruggieri á su oído,—¡ni un resuello! ¡en ello nos va la vida!

La advertencia no era inútil, y sobre todo llegaba á tiempo.

En el pecho de la signora se ahogó un grito.

Sobre la espuma blanca y fosforescente del mar se elevaba una masa negra que parecía enorme.

Entre dos ráfagas oyóse ruido de voces y un canto que parecía venir del cielo.

Las voces eran de oficiales que conversaban sobre el castillo de popa, y el canto lo entonaba un marino que cabalgaba sobre una verga; precisamente encima de la cabeza de nuestros dos pretendidos pescadores.

La masa negra era la falúa napolitana.

La chalupa se deslizó como una flecha por el flanco de la falúa, cortó su estela y pasó desapercibida.

Un instante después seguía la resaca frente de una costa de rocas, á una media milla más allá de Pizzo.

Era el lugar de la cita.

A derecha é izquierda dos pequeñas puntas de

rocas se adelantaban hacia el mar formando en este punto una ensenada microscópica que utilizaban con frecuencia los contrabandistas.

Ruggieri trató de fondear entre las dos rocas, pero los dientes del ánora no pudieron afianzarse en el fondo pedregoso por el mal tiempo que hacía. Ruggieri arrió velas y procuró sostenerse con los remos.

El grumete estaba ahora en el timón.

Una línea de espuma más brillante anunció el fondo de la ensenada.

Ruggieri llamó con la bocina: esa especie de extraño grito que hemos oído tantas veces en Nápoles le contestó en seguida, y aparecieron dos siluetas sobre el fondo negro de las rocas.

La mar estaba baja; y aunque el flujo no se deje sentir en las riberas del Mediterráneo, sin embargo la diferencia entre la mar alta y baja puede cambiar completamente condiciones de abordaje en ciertas playas cercadas de escollos.

Aquí la marea baja abandonaba la explanada de rocas donde estaban los dos desconocidos á siete ú ocho pies sobre la embarcación, y ésta no podía adelantar á más distancia de la de dos remos, so pena de estrellarse en mil pedazos.

Bajo la explanada había una roca cortada á pico donde ni una gamuza hubiera podido poner los pies.

—¡Despachemos pronto!—dijo una voz imperiosa en la roca.—¿Fiamma está á bordo?

—¡Aquí te espera!—respondió la voz dulce y sonora del grumete.

—¡Buenas noches, Ruggieri!—dijeron al propio tiempo desde tierra.

—¡Buenas noches, Cucuzone!—repuso el marinero.

Luego añadió:—¿Traes sogas?

—Por supuesto,

—Ata una piedra á un extremo, porque este viento rechazaría el cable de un ánora de primer orden, y procura no tocarnos.

—¿Fiamma no puede resguardarse?—preguntó la primera voz que había hablado.

—No tengas cuidado por mí—replicó la mujer.

—Colocaos á la popa, signora—añadió Ruggieri,—pero apresuraos, no puedo sostenerme contra la resaca.

Veíase en esta especie de galería circular que dominaba el fondo de la ensenada una sombra alta y arrogante envuelta en una capa que agitaba ruidosamente el viento.

Además de ésta se distinguía otra forma humana. Era Cucuzone ocupado en atar el cabo de su sogas alrededor de una punta de roca.

Un relámpago salido de en medio de una nube, precediendo á un trueno lejano, iluminó esta alta sombra de hombre inmóvil.

A su luz apareció el semblante triste, pero tranquilo, de aquel hermoso príncipe Fulvio Coriolani que había sido el ídolo de la corte.

IX

Una idea de Ruggieri

Una vez Cucuzone tuvo atado el cabo de su sogas á la punta de la roca, se adelantó al borde de la plataforma. Allí midiendo con la vista la distancia que le separaba de la chalupa y calculando sus rápidas oscilaciones, lanzó su piedra atada á la sogas de manera que cayese al agua cerca de la proa, al alcance de la mano de Ruggieri.

Las dos primeras tentativas no tuvieron éxito, pero á la tercera el marino pudo coger la cuerda cayendo de pechos sobre la orla de la chalupa.

rocas se adelantaban hacia el mar formando en este punto una ensenada microscópica que utilizaban con frecuencia los contrabandistas.

Ruggieri trató de fondear entre las dos rocas, pero los dientes del ánora no pudieron afianzarse en el fondo pedregoso por el mal tiempo que hacía. Ruggieri arrió velas y procuró sostenerse con los remos.

El grumete estaba ahora en el timón.

Una línea de espuma más brillante anunció el fondo de la ensenada.

Ruggieri llamó con la bocina: esa especie de extraño grito que hemos oído tantas veces en Nápoles le contestó en seguida, y aparecieron dos siluetas sobre el fondo negro de las rocas.

La mar estaba baja; y aunque el flujo no se deje sentir en las riberas del Mediterráneo, sin embargo la diferencia entre la mar alta y baja puede cambiar completamente condiciones de abordaje en ciertas playas cercadas de escollos.

Aquí la marea baja abandonaba la explanada de rocas donde estaban los dos desconocidos á siete ú ocho pies sobre la embarcación, y ésta no podía adelantar á más distancia de la de dos remos, so pena de estrellarse en mil pedazos.

Bajo la explanada había una roca cortada á pico donde ni una gamuza hubiera podido poner los pies.

—¡Despachemos pronto!—dijo una voz imperiosa en la roca.—¿Fiamma está á bordo?

—¡Aquí te espera!—respondió la voz dulce y sonora del grumete.

—¡Buenas noches, Ruggieri!—dijeron al propio tiempo desde tierra.

—¡Buenas noches, Cucuzone!—repuso el marinero.

Luego añadió:—¿Traes sogas?

—Por supuesto,

—Ata una piedra á un extremo, porque este viento rechazaría el cable de un ánora de primer orden, y procura no tocarnos.

—¿Fiamma no puede resguardarse?—preguntó la primera voz que había hablado.

—No tengas cuidado por mí—replicó la mujer.

—Colocaos á la popa, signora—añadió Ruggieri,—pero apresuraos, no puedo sostenerme contra la resaca.

Veíase en esta especie de galería circular que dominaba el fondo de la ensenada una sombra alta y arrogante envuelta en una capa que agitaba ruidosamente el viento.

Además de ésta se distinguía otra forma humana. Era Cucuzone ocupado en atar el cabo de su sogas alrededor de una punta de roca.

Un relámpago salido de en medio de una nube, precediendo á un trueno lejano, iluminó esta alta sombra de hombre inmóvil.

A su luz apareció el semblante triste, pero tranquilo, de aquel hermoso príncipe Fulvio Coriolani que había sido el ídolo de la corte.

IX

Una idea de Ruggieri

Una vez Cucuzone tuvo atado el cabo de su sogas á la punta de la roca, se adelantó al borde de la plataforma. Allí midiendo con la vista la distancia que le separaba de la chalupa y calculando sus rápidas oscilaciones, lanzó su piedra atada á la sogas de manera que cayese al agua cerca de la proa, al alcance de la mano de Ruggieri.

Las dos primeras tentativas no tuvieron éxito, pero á la tercera el marino pudo coger la cuerda cayendo de pechos sobre la orla de la chalupa.

—Felizmente—exclamó,—pecho y embarcación ambos son buenos.

Pero no por esto dejó de palpar cuidadosamente la orla por dentro y fuera. Levantándose luego de un brinco se tentó las costillas.

—¡Ni una ni otras han sufrido avería!—murmuró alegremente.

—¡Por San Genaro!—se interrumpió,—¡ciad! á babor, signora!... ¡ciad con las dos manos!... ¡Vamos á tocar!...

Cogió el garfio y le apoyó contra la roca en el momento que la chalupa iba á estrellarse en uno de los escollos de la ensenada.

Una vez pasado el peligro, desató la piedra, y anudó fuertemente la sogá al pie del mástil.

Cucuzone había fijado ya el otro cabo en una roca. —¡Venid!—dijo Ruggieri.

Y remó vigorosamente para poner tirante el cable.

Cucuzone se deslizó el primero por este puente vacilante que cada ráfaga de viento sacudía con furia. Para el saltarello esto era un juego. Así, pues, durante el camino ejecutó algunas vueltas de trapezio en la cuerda tendida.

El paso de Fulvio fué menos fácil. Cucuzone, de pie en la popa, estaba pronto á echarse al agua en caso de una desgracia. Fiamma, arrodillada y con las manos cruzadas, oraba ardientemente á Dios.

Fulvio estuvo suspenso un largo minuto entre el cielo y la mar. El viento sacudía la sogá que temblaba como un hilo. Pero Fulvio era joven, ágil, ligero y animoso. Por fin puso el pie en la embarcación. Fiamma se le acercó llorando.

Estaban aún contemplándose, cuando se dejaron oír en las rocas los aullidos de un perro.

—¡Desata la sogá, Cucuzone!—ordenó Ruggieri. Como el saltarello encontrase dificultades en des-

atar el cáñamo mojado, Ruggieri cogió una hacha y cortó el nudo de un solo golpe.

—¡Todo el mundo boca abajo!—exclamó.

Con una mano derribó brutalmente á Fiamma, y con la otra cogió al príncipe Fulvio y le arrastró en su propia caída.

Cucuzone había desaparecido bajo un banco.

Ya era tiempo. El eco de un fuego graneado retumbaba con estrépito en las rocas iluminadas. Una lluvia de balas pasó por encima de la chalupa.

Ruggieri y Cucuzone se apoderaron de los remos, poniéndose en muy poco tiempo á salvo de los tiros de los soldados.

—Iza la vela ahora—dijo el saltarello,—y descansemos.

Y juntando la acción á la palabra se acostó en el fondo de la chalupa, empezando á roncar como un bienaventurado.

Fulvio y Fiamma estaban sentados uno al lado del otro en la popa.

—Gracias, querida hermana—le dijo Fulvio;—¡cuántos peligros no has arrojado para servirme!

—Ya sabemos que te pertenezco, Fulvio—respondió sencillamente la gitana,—y que no tengo otra voluntad que la tuya. Si Angélica te hubiese amado, yo también habría sido dichosa contemplando tu felicidad.

Fulvio dejó caer su cabeza entre sus manos.

—Ama á Julián de Monteleone, ¿no es esto?—preguntó.

Su acento era tímido como el de un niño.

Fiamma respondió con una señal afirmativa de cabeza. Hubo un instante de silencio.

Fiamma repuso:

—Yo conocía este amor antes que la misma Angélica.

—¡Angélica!—repitió el príncipe como si saborease la música suave de este nombre;—cuando yo estaba en favor no conocía cuánto la amaba. Pero ¿por qué no habérmelo dicho?—se interrumpió de repente.

Fiamma le puso su bella mano en la boca.

—Yo te repetía sin cesar—murmuró ella,—¡nadie te amará como yo! ¡Nuestros corazones han florecido juntos! Dios te ha creado para mí, fuera de mí no hallarás más que traiciones y dolor.

Fulvio estaba distraído; la gitana lo conoció.

Un profundo suspiro dilató su pecho.

—¡Siete días!—pensó en tanto que un placer lleno de angustia le oprimía el corazón;—el oráculo ha anunciado siete días, mañana termina el plazo. Ya que su vida no me pertenece, ¡Dios mío! ¡dadme al menos su muerte!

—¿La ama él?—preguntó Fulvio repentinamente.

—¿Quién?—exclamó la gitana volviendo en sí sobresaltada.

—Mi hermano Julián, ¿ama á Angélica Doria?—repitió el príncipe.

—Sí... y la ama ardientemente.

—Entonces—dijo lentamente Fulvio como un juez cuando pronuncia una sentencia,—quiero que sean felices. Y no dijo más.

La chalupa navegaba á bolina en medio de la obscuridad.

A lo lejos se distinguían las costas como una sombría muralla.

De tiempo en tiempo las señales de noche indicaban la posición de los dos buques de guerra Cucuzone roncaba.

—Maestro—preguntó Ruggieri empuñando el timón;—¿á dónde hemos de ir?

—Aun no lo sé—respondió Fulvio.

Luego dirigiéndose á la gitana, añadió.

—¡Habla!

—He visto á Angélica Doria—dijo Fiamma en voz baja. Fulvio se estremeció.

—¿Dónde?—preguntó.

—En su prisión—respondió Fiamma.

—¡En su prisión!—repitió el príncipe agitando-se como un león herido;—¿no he oído mal?

La gitana replicó llorando:

—¡Por Dios, Fulvio, no me preguntes más! Si sabes lo ocurrido, ¡querrás lanzarte á su socorro y allí te espera la muerte!

—¡Ah!...—dijo el príncipe;—ella tiene necesidad de socorro.

Y volviéndose hacia Ruggieri repuso en alta voz:

—¡A Nápoles, amigos! ¡vamos á Nápoles!

Ruggieri viró de bordo, pues hacía más de media hora que se dejaba arrastrar por el viento á las islas Lipari.

Los dos buques de guerra se hallaban ahora entre la chalupa y la ensenada de rocas donde se había verificado el embarque.

—¡Dímelo todo!—dijo Fulvio con avidez,—¡todo lo quiero saber! Háblame de mi hermano Julián á quien quiero aunque sea la causa de mi tormento, de mi hermana Celestina que merece las más vivas simpatías, de mi madre, pobre y santa mártir, de Loredano, mi enemigo leal. Lo exigo, ¿me entiendes?

Fiamma se recogió un instante; luego empezó así:

—Angélica estaba en la quinta Floridiana. Celestina te aguardaba en tu palacio. Al ver el cadáver del anciano Manuel, asesinado por ese miserable de Pedro Falcone, se desvaneció.

—Este se vengaba—interrumpió Fulvio;—pero le he matado por mi propia mano. ¡Dios le haya perdonado! ¡lo hubiera querido evitar!

—Mientras el fuego de fusilería tronaba en derredor de Castello-Vecchio cubierto de llamas—

repuso la gitana.—Johann Spurzeim, nombrado primer ministro por el rey, no estaba en su puesto, sino que proseguía su obra.

—¿Tengo necesidad de deciros que desde mucho tiempo os estaba vendiendo?

—Lo sé todo—contestó Fulvio.

—He aquí la obra de Johann Spurzeim!

María de los Amalfi, vuelta á esa obscuridad de la razón, de la cual la había arrancado el doctor Daniel, fué conducida al palacio de la plaza del Mercato, donde se la instaló en los aposentos de Bárbara Monteleone. Apenas el féretro de Bárbara acababa de salir para el camino del cementerio, cuando se adornaba la alcoba de la nueva esposa con cortinajes de terciopelo.

—¡Cómo es eso, Fiamma!—exclamó el príncipe estupefacto.

—Digo lo que es—repuso la joven;—Johann Spurzeim, favorito del rey, ha obtenido de él autorización para contraer matrimonio con María de los Amalfi, otra vez demente.

—Pero basta con decir al rey..

—¿Que David Heimer era maestro del Silencio? El rey lo sabe, y cree que ese fiel servidor se introdujo entre vosotros para perderos; el rey es el esclavo de ese hombre.

—¡Eso es horrible!—tartamudeó Fulvio con los dientes cerrados.

—Sí, es horrible—repitió la gitana.—pero aun hay más. El título de conde de Monteleone no es bueno para Johann sino porque va anexo á él una inmensa fortuna. Entre esta fortuna y Johann se levantan cinco existencias como una barrera insuperable.

—Cinco asesinatos...—murmuró Fulvio.

—Primero vos, príncipe, pero contra vos la ley es un arma, luego Julián y su hermana Celestina, en seguida Angélica y Loredano. Muertas estas

cinco personas, así como Doria heredó de Monteleone, ¿no puede Monteleone heredar de Doria?

—¿Qué quieres decir?—exclamó Fulvio estremeciéndose.

—Que es necesario que Julián muera, que Angélica Doria desaparezca, que el conde Loredano sea suprimido, pero que Celestina viva, Celestina la única y última heredera de las dos familias más opulentas de Italia.

Fulvio quiso hablar pero ella le detuvo.

—Dejadme concluir—repuso;—Johann quiere que este negocio mortuorio sea su obra maestra. No se ataca impunemente á príncipes como Loredano ó Julián. Pero dos jóvenes irritados que se exterminan en un furioso desafío, sin testigos... ¿qué os parece esto, Fulvio?

—Expíciate.

—Mientras Castello-Vecchio ardía, Angélica Doria fué arrebatada de la quinta Floridiana y Celestina Monteleone lo fué del palacio Coriolani.

—¿Por él?... ¿por Johann?

—¿Y por quién había de ser? Solamente que, gracias á una intriga hábilmente urdida, el raptor de Angélica se llama por Loredano, Julián de Monteleone; y por Julián de Monteleone el raptor de Celestina se llama Loredano Doria.

—¿Y se han batido á muerte?

—Johann Spurzeim les tiene arrestados en sus palacios. La corte cree que vela por sus días. Pero mañana...

—¡Basta!—dijo Fulvio con acento breve y fuerte;—he comprendido. Gracias, tú eres mi única amiga.

Luego volviéndose á Ruggieri:

—¡Al amanecer es necesario que nos hallemos delante del cabo Campanella!—exclamó en tono imperioso.

Y antes que el marinero respondiese añadió;

—¿Dónde guarda ese hombre á Angélica y Celestina?

—En la quinta de Bárbara Monteleone, entre Castellamare y Resina.

—¿Has oído, Ruggieri?—dijo Fulvio;—allí debemos desembarcar.

El marino puso una mejilla al viento y respondió: —Es imposible, señor.

—¡Cómo imposible!... cuando yo mando..

—¡El viento no obedece sino á Dios!

Fulvio se impacientaba.

Ruggieri continuó tranquilamente:

—Con el tiempo que hace y la embarcación en que navegamos, se necesitan veinticuatro horas para llegar al golfo de Nápoles.

—Tal vez por tierra y con buenos caballos...— empezó Fiamma.

—Hallaríamos un lugar de caballos de posta, caballería ligera y gendarmes—interrumpió Fulvio.

—Deja hablar á Ruggieri, estoy seguro que ha ideado algo, ¿no es verdad que no lo has dicho todo?

—Nunca se dice todo de una vez—repuso el marino de anchas espaldas meciéndose sobre su banco;—primero hay los *si*... luego los *pero*... No se puede hacer mudar el viento. Pero supongamos que el buen Dios, en lugar de esta cáscara de nuez que está bajo nuestros pies, nos envía una buena falúa capaz de correr contra el viento, una falúa por ejemplo como la que cruza allá abajo, llena de haraganes...

—En este caso, ¿cuánto tiempo necesitarías para doblar el cabo Campanella?

—Doce horas.

—¿Preferirías la falúa al bergantín-goleta?

—¡Pardiez!... cuando aquella no zozobra, corre con viento contrario como un caballo á escape...

—Pero á decir verdad, maestro—continuó Rug-

gieri tomando el ademán indolente que había dejado un instante,—no estamos en el caso de elegir.

El príncipe dirigió su mirada al golfo.

—Sí, por cierto, muchacho—replicó fríamente;—heles ahí á los dos, el bergantín á derecha, la falúa á izquierda... tu elección es buena. Carga la vela y apareja tus remos, ¡vamos á tomar pasaje á bordo de la falúa!

X

A toda vela

Ruggieri no disimulaba su satisfacción.

Mientras se apoyaba sobre la caña del timón para poner la proa á la falúa que bordeaba indolentemente, manifestó su aprobación con calor.

A la verdad no era de esperar semejante trueque.

Este trueque consistía en el ataque de una falúa de guerra dotada con sesenta ú ochenta hombres, á la vista de un bergantín-goleta de la marina de guerra.

Ruggieri, habiendo virado de bordo, dió un puntapié alegre y amistoso á uno de los costados de Cucuzone, el cual se levantó refunfuñando:

—¿Qué hay de nuevo?

—Un ejercicio de fuerza—respondió Ruggieri.

Cucuzone se frotó los ojos, estiróse y pidió explicaciones.

Estas le fueron dadas por el almirante Ruggieri á quien Fulvio cedía el mando.

—Ahora—concluyó Ruggieri,—toma el remo de la derecha y yo tomaré el de la izquierda.

—¿Estamos?

—Ya estoy—contestó Cucuzone.

Y los dos se pusieron á remar.

La falúa tenía su proa puesta al nortenordeste

donde un falso y pálido resplandor no permitía distinguir la parte nortenoeste. La chalupa se hallaba en dirección opuesta, es decir, al sudsud-oeste. Ruggieri maniobraba hacia el oeste para dar la vuelta al buque de guerra.

—Desearía saber cómo estamos de armamento —dijo bajando la voz;— cuando empiezo á comer, pido siempre la lista de lo que hay.

El príncipe y Cucuzone llevaban cada uno dos pistolas; Ruggieri tenía también un par. Además los tres iban armados de sus puñales y en el fondo de la chalupa había dos hachas.

Fiamma quiso una de las pistolas de Fulvio.

—Al timón, Alteza —dijo Ruggieri;— debemos pasar á barlovento de la falúa, lo más lejos posible de ella, pero sin acercarnos demasiado á ese diablo de bergantín que no parece estar durmiendo.

Fulvio tomó el timón.

—¿Y cómo te las arreglarás, Ruggieri?—le preguntó.

Ruggieri, sin dejar de bogar, detalló su plan. La explicación no fué larga. Sus compañeros le entendieron á media palabra.

Cualquier otra mujer que no fuese Fiamma, lo hubiera calificado de temeridad; pero ésta puso su mano sobre el hombro de Fulvio y le dijo:

—Sé que debo morir contigo, si es esta noche, tanto mejor.

Estas fueron las últimas palabras que se pronunciaron.

Acababan de tomar la delantera á la falúa que se balanceaba lentamente.

Nuestros aventureros estaban tan cerca que oían los crujidos de las maderas y los chasquidos de la bandera azotada por el viento.

Cuando un balance bajaba la obra muerta, nuestros aventureros podían deslizar una mirada hasta el pie de los mástiles. En torno del palo ma-

yor, donde había un farol, jugaban á los dados una media docena de marineros. En la popa conversaban dos oficiales á algunos pasos del palo trinquete.

No había más que un hombre en el timón, y un vigía á la izquierda sobre la orla del buque.

Pero no alcanzaba la vista á los aparejos, donde quizá velaban otros centinelas.

Debían, pues, combatir desde el primer choque á nueve ó diez enemigos visibles, sin contar lo imprevisto. Era necesario que este primer choque fuese decisivo y que no se descuidasen un segundo.

La chalupa parecía ahora alejarse de su objeto. Dirigiase al nortenoeste á una distancia de dos tiros de fusil de la falúa.

Al cabo de diez minutos, Ruggieri dijo en voz baja:

—¡El timón á estribor, Alteza!... viremos, ya es tiempo.

En la falúa tenía lugar un movimiento. Cogíase un rizo á la sola vela que quedaba desplegada. El viento aumentaba á cada instante su violencia.

—¡Stop!—dijo Ruggieri,—¡deja correr!

Cucuzone dejó de remar con notorio placer, y volvió á tomar en seguida esa posición perezosa á que tenía particular afición.

Un puntapié del almirante Ruggieri le advirtió que la pereza no era oportuna.

—¡Tente derecho!—le dijo;—¡el remo alto! si nos desviamos diez palmos á derecha ó izquierda estamos perdidos.

Ruggieri era un verdadero marino, y su cálculo tenía una exactitud rigurosa. Por la sola acción del viento en el casco de la chalupa, ésta corría lenta y seguramente hacia la falúa.

Los marineros del rey habían descendido bajo el puente

—¡Ciad á estribor, Alteza!—ordenó Ruggieri,—nosotros agachemos la cabeza.

Y todos á la vez se bajaron de manera que no se veía sobresalir nada sobre el nivel de la embarcación.

Una distancia de cien palmos los separaba apenas de la falúa, la cual marchaba en derechura sobre ellos graciosamente inclinada y ajustada al viento, cuando el oficial de cuarto tomando la bocina: —¡Prepárense á virar!—ordenó.

—Rema—dijo al mismo tiempo Ruggieri.

En el momento en que la falúa seguía el viento bajo la acción de su timón, la chalupa, vigorosamente impulsada, se presentó de través á la quilla de la primera.

—¿Qué es eso?—preguntó el oficial al sentir el choque.

Los restos de la chalupa dividida en dos se deslizaban á lo largo de los costados del buque.

Pero nuestros cuatro aventureros estaban suspendidos como un racimo humano, con el puñal en la boca, de los cables del bauprés.

Fulvio sostenía á Fiamma por la cintura.

—Parece que no había nadie dentro—dijo el oficial contemplando las astillas que pasaban;—yo no he oído un solo grito.

Un marinero inclinado sobre la orla respondió:

—Será alguna embarcación que ha zozobrado... ¡Eh! ¡vigía! Si hubiésemos topado con la Roca Forcata en vez de esta cáscara de nuez, estaríamos ahora con los atunes.

El vigía en lugar de responder exhaló un estertor sordo y al parecer ahogado. Viósele distintamente desaparecer á lo largo de la orla.

En este instante el capitán preguntaba también, sacando la cabeza por la escotilla:

—¿Qué es esto?

Sólo tuvo tiempo de echarse abajo de la escale-

ra. La pesada tapa, levantada violentamente, cayó sobre la abertura con estrépito.

Luego no se oyeron más que gritos, imprecaciones y blasfemias.

Sobre el puente había siete cadáveres: tres cabezas hendidas hasta las espaldas y cuatro pechos abiertos por el puñal calabrés.

Sólo quedaba vivo el timonero que había caído, paralizado por el terror.

El combate sólo duró un minuto

Las dos escotillas fueron afirmadas en un abrir y cerrar de ojos por medio de cuerdas. Entre el puente y el interior del buque no quedaba otra comunicación que la de las troneras.

Mientras los otros trabajaban, el grumete tenía en respeto al timonero con una pistola.

Al acabar Ruggieri de sujetar las escotillas, la mar se iluminó de súbito á babor, el puente tembló y salió un cañonazo de debajo.

La tripulación de la falúa llamaba en su socorro al bergantín-goleta.

Este lo oyó, porque inmediatamente aparecieron tres faroles encendidos en uno de sus palos.

Ruggieri cogió la bocina, é inclinándose sobre la obra muerta, gritó:

—Aquí estamos treinta hombres de la flotilla de Porporato y no nos falta pólvora para responder á vuestro rosario de cañones. ¡Yo soy Ruggieri! Baldemonio se halla con nosotros. Si sois prudentes nada os sucederá, pero si llegáis á mover ruido destruimos la falúa con toda la gente que hay dentro.

Esta arenga paternal fué seguida de un profundo silencio.

El bergantín-goleta había cambiado de rumbo y se alejaba con su gavia y con su foque. Eran todas las velas que podía llevar para esta tormen-

ta. Mientras caminaba hacia señales sobre señales. Fulvio sacó su reloj.

—Aun falta una hora para la salida de la luna —exclamó:—antes de una hora debemos hallarnos fuera de la vista del bergantín.

—¡A la verga, Cucuzone!—ordenó Ruggieri:—y vos, timonero, tomaos el trabajo de subir al mismo tiempo.

El timonero, llamado Toniotto, no se hizo de rogar.

Puestos los dos á un lado de la verga, ó más bien de la inmensa antena, empezaron á desferrar. El viento les sacudía la verga á la cara, pero Cucuzone era muy diestro. Gracias á su singular habilidad, púdose echar la única escota que sirve para sujetar las velas latinas. Ruggieri y el príncipe, cogiendo juntos este cable que les levantó dos ó tres veces á medio pie del puente, lograron cambiar la dirección de la vela.

Entonces la falúa se dejó caer tan terriblemente á un costado que la punta de la antena sureó la espuma.

Ruggieri brincando sobre las jarcias empuñaba ya la caña del timón.

Los goznes de éste rechinaron, y la falúa se levantó viva y dócil. Un instante después hendía la espuma con la rapidez de un caballo á la carrera.

Al cabo de una hora la luna apareció en el horizonte.

El bergantín-goleta se perdía á lo lejos, y se necesitaba el catalejo de noche para distinguir su grande vela que parecía un ala de gaviota próxima á perderse de vista.

Al propio tiempo se descubrieron los contornos de la costa.

—¡Belvedere!—murmuró Fulvio cuya vista inquieta seguía la ribera;—el viento ha arreciado,

la tempestad nos empuja, corremos más de diez nudos.

Al cabo de un rato habían pasado Scalea y avanzaban á lo largo del golfo de Policastro para doblar el cabo Palinuro. Muy luego el faro de Liscola mostró sus destellos blancos y rojos.

Era una corrida furiosa. La falúa rechinaba hasta en las más profundas junturas de su maderamen.

La calma de los cuatro aventureros formaba un extraño contraste con el huracán.

Nápoles y su comarca se acuerdan todavía de esta noche del 14 de febrero de 1823 y de la que le siguió, durante las cuales tuvo lugar la última y grande erupción del volcán.

Al amanecer la falúa pasó á toda vela entre la isla Capri y el cabo Campanella.

Una hora después, en el momento en que el sol se elevaba en el horizonte, echó el ancla entre Castellamare y la Torre de la Annunziata.

—Partimos cuatro—dijo Ruggieri con la bocina —y quedan veintiséis hombres sobre el puente.

El capitán de la falúa, sus oficiales y marineros guardaron el más absoluto silencio. En lo sucesivo, su más constante empeño fué que no se divulgase esta mala aventura.

—Dentro de dos horas—añadió Ruggieri,—todo habrá concluído y seréis libres.

Cucuzone y Toniotto habían echado un bote al mar.

A las ocho de la mañana, hora en que había calmado la tempestad, nuestros aventureros saltaron á tierra entre el islote de Revigliano y la embocadura del pequeño río Sarno.

Algunos guardacostas estaban en la playa, procurando reconocer aquel buque anclado, donde no se descubría ningún sér humano, pues nuestros

ventureros habían tenido buen cuidado de llevarse consigo al pobre Toniotto.

Estos se internaron por el campo, dejando las ruinas de Pompeya á su izquierda, y marchando en dirección á Angri.

En un recodo del Sarno, en medio de un frondoso oasis formado de hermosos árboles, se elevaba una quinta de aspecto sombrío que parecía haber sido edificada en tiempo de la dominación española. Las ventanas de la fachada exterior estaban todas cerradas.

Fiamma, que marchaba delante, se detuvo y dijo: —¡Es aquí!

Fulvio le tendió la mano.

—Ya tienes tus instrucciones—le dijo;—vosotros, Cucuzone y Ruggieri, también tenéis las vuestras. Partid inmediatamente para Nápoles y volved pronto. Os aguardo.

Y penetró por los bosquecillos que cerraban la quinta.

Fiamma le siguió mucho tiempo con mirada triste.

Cuando le hubo perdido de vista, juntóse á sus dos compañeros que se dirigían al pueblo de Angri.

Allí hallaron caballos y partieron al galope para Nápoles.

Antes de entrar en la ciudad se separaron.

Ruggieri y Cucuzone bajaron al puerto. Fiamma se dirigió á la calle de Mantua, donde estaba la casa de los Folquieri.

XI

Una narración de Mariotto

La noche precedente, hacia la hora en que nuestros cuatro aventureros se deslizaban silenciosamente bajo el bauprés de la falúa para llevar á

cabo una sorpresa que les hizo dueños de una tripulación de sesenta hombres, Nápoles se hallaba en un estado de sorda agitación. Esta agitación se revelaba, como es costumbre en los países naturalmente bulliciosos, por una necesidad desordenada de movimiento que atraía la muchedumbre al anochecer á los lugares de reunión popular.

Apiñábase particularmente en los alrededores del puerto, como si se tratase de una fiesta pública.

Pero no se notaba alegría; al contrario, la locuacidad napolitana presentaba en esta circunstancia un carácter triste é inquieto.

Era sobre todo en la avenida di-Porto, feria permanente, donde aquella noche se habría podido tomar el pulso á la ciudad.

Los mercaderes vendían poco, y ¡cosa inaudita! veíanse obligados á pregonar sus mercaderías. Parecía que los napolitanos tenían otra cosa en qué pensar y que daban tregua á las necesidades de la vida.

A las ocho de la noche todas las cocinas ambulantes habían apagado sus fuegos.

Las solas personas ocupadas eran los noveleros é improvisadores.

Estos anunciaban que el Vesubio humeaba y echaba llamas, que habría un temblor de tierra, y sobre todo se ocupaban de los acontecimientos extraños y dramáticos que habían ocurrido hacía unos días. Empezaban á traspasar misteriosos rumores. Cada uno creía saber alguna cosa ignorada de los demás y se abrasaba literalmente por saber más.

Pasábase de un improvisador á otro. Aquellos que pasaban por mejor enterados tenían centenas de oyentes.

Mariotto, nuestro Mariotto, el gracioso de la mu-

ventureros habían tenido buen cuidado de llevarse consigo al pobre Toniotto.

Estos se internaron por el campo, dejando las ruinas de Pompeya á su izquierda, y marchando en dirección á Angri.

En un recodo del Sarno, en medio de un frondoso oasis formado de hermosos árboles, se elevaba una quinta de aspecto sombrío que parecía haber sido edificada en tiempo de la dominación española. Las ventanas de la fachada exterior estaban todas cerradas.

Fiamma, que marchaba delante, se detuvo y dijo: —¡Es aquí!

Fulvio le tendió la mano.

—Ya tienes tus instrucciones—le dijo;—vosotros, Cucuzone y Ruggieri, también tenéis las vuestras. Partid inmediatamente para Nápoles y volved pronto. Os aguardo.

Y penetró por los bosquecillos que cerraban la quinta.

Fiamma le siguió mucho tiempo con mirada triste.

Cuando le hubo perdido de vista, juntóse á sus dos compañeros que se dirigían al pueblo de Angri.

Allí hallaron caballos y partieron al galope para Nápoles.

Antes de entrar en la ciudad se separaron.

Ruggieri y Cucuzone bajaron al puerto. Fiamma se dirigió á la calle de Mantua, donde estaba la casa de los Folquieri.

XI

Una narración de Mariotto

La noche precedente, hacia la hora en que nuestros cuatro aventureros se deslizaban silenciosamente bajo el bauprés de la falúa para llevar á

cabo una sorpresa que les hizo dueños de una tripulación de sesenta hombres, Nápoles se hallaba en un estado de sorda agitación. Esta agitación se revelaba, como es costumbre en los países naturalmente bulliciosos, por una necesidad desordenada de movimiento que atraía la muchedumbre al anochecer á los lugares de reunión popular.

Apiñábase particularmente en los alrededores del puerto, como si se tratase de una fiesta pública.

Pero no se notaba alegría; al contrario, la locuacidad napolitana presentaba en esta circunstancia un carácter triste é inquieto.

Era sobre todo en la avenida di-Porto, feria permanente, donde aquella noche se habría podido tomar el pulso á la ciudad.

Los mercaderes vendían poco, y ¡cosa inaudita! veíanse obligados á pregonar sus mercaderías. Parecía que los napolitanos tenían otra cosa en qué pensar y que daban tregua á las necesidades de la vida.

A las ocho de la noche todas las cocinas ambulantes habían apagado sus fuegos.

Las solas personas ocupadas eran los noveleros é improvisadores.

Estos anunciaban que el Vesubio humeaba y echaba llamas, que habría un temblor de tierra, y sobre todo se ocupaban de los acontecimientos extraños y dramáticos que habían ocurrido hacía unos días. Empezaban á traspasar misteriosos rumores. Cada uno creía saber alguna cosa ignorada de los demás y se abrasaba literalmente por saber más.

Pasábase de un improvisador á otro. Aquellos que pasaban por mejor enterados tenían centenas de oyentes.

Mariotto, nuestro Mariotto, el gracioso de la mu-

chedumbre napolitana, los habría tenido á millares. Pero Mariotto no estaba allí.

En su lugar, Luigi el Siracusano, ocupaba su mismo puesto bajo el grupo de la fuente de las Tres Vírgenes.

—¡Trinidad santa, hermanos míos!—exclamaba después de haber contado no sé qué historia.—¿Mariotto os diría más y mejor? Hay nombradía como macaroni. Por ejemplo, el macaroni de la Sabbiona es el más sabroso y el que cuesta menos.

Después de haber soltado pérfidamente este ataque celoso, Luigi prosiguió detallando sus noticias. Entre estas deslizó la especie de que el doctor Pedro Falcone, antes de partir para el Abruzzo había ido á visitar á una anciana que vivía en la casa de los Folquieri y que á la noche si-

—Sí, hermanos míos—decía Luigi el Siracusano, —he aquí á un hombre á quien debe pesarla la conciencia... Dios me libre de hablar mal de Su Excelencia Spurzeim, el cual se enlaza con una demente ¡compasión! Pero Pedro Falcone ha obrado de un modo vil. ¿No sabéis que el cadáver de Manuel Giudicelli fué llevado á la cámara real? Pues bien, Pedro Falcone había ido á visitarle bajo pretexto de substituir al médico del príncipe Fulvio.

—¡Fulvio! ¡el príncipe Fulvio Coriolani!—interumpieron de todos lados;—¿dónde está? ¿qué hace? ¡háblanos de él!

—El príncipe Fulvio Coriolani—empezó Luigi dándose importancia,—y el bandido Porporato, son una misma y única persona.

Estas palabras causaron un gran murmullo

—¡Vaya una noticia!—gritaron unos.

—Se burla de nosotros—exclamaron otros.

—¡Abajo Luigi! ¡abajo! ¿dónde está Mariotto?

Los clamores se cambiaron de súbito en una estrepitosa carcajada.

Acababa de aparecer Mariotto.

Este había llegado por detrás de Luigi, el usurpador, y siguiendo silenciosamente el reborde de la concha de la fuente, precipitóle en el fango y el agua, «haciéndole la zancadilla,» como se dice en el lenguaje de los hombres de acción.

—¡Bravo Mariotto!

Mariotto, no contento con haber sumergido á su desgraciado rival, le miraba chapuzarse y le ultrajaba en sus apuros.

—¡Haragán!—le decía desde lo alto de su trono reconquistado,—pícaro tartamudo, machacador de noticias que circulan por las calles hace un siglo, yo te enseñaré á profanar el puesto de Mariotto para contar tus historias del tiempo del diluvio.

—¡Bravo Mariotto!

—¡Ah! tú has descubierto que Coriolani y Porporato son una misma persona, paloma mía. ¿Cuánto te ha costado esa noticia? No te me acerques, malvado, ó te rompo el cráneo de un taconazo.

Luigi se levantó cubierto de lodo como un dios marino é iba á su encuentro mostrándole los puños.

—¡A la girella, mis verdaderos amigos!—exclamó Mariotto con inquietud;—¡vengad á vuestro buen servidor!... ¡Dadle vueltas hasta que se ahogue! ¡á la girella!

Luigi quiso huir, pero ya era tarde.

El desgraciado sufría el terrible movimiento de rotación que llevó á Peter-Paulos á un cuarto de legua de su punto de partida.

Muy luego cesáronse de oír sus gritos dominados por el clamor unánime de:

—¡Bravo Mariotto! ¿de dónde vienes? ¡Habla, habla Mariotto!

El improvisador en boga impuso silencio al gentío que le rodeaba con un gesto majestuoso.

—Cada uno trabaja en su oficio según su conciencia; ¿no es esto, queridos míos?—exclamó en tono enfático;—hay sortijas del valor de medio carlín y las hay que valen un palacio. Lo mismo sucede con los improvisadores. ¿Creéis que me estoy con los brazos cruzados en el umbral de mi puerta esperando que pasen noticias?

—¡Oh, no, Mariotto! ¡Bravo! ¡bravo! Noticias si las traes y pronto!

—¡Si las traigo! voy á deciros cosas que el rey mismo quizá no las sabe todavía.

El gentío onduló; ¡sabía Mariotto poner tan bien la miel en la boca de su auditorio!

De súbito entristeciése su semblante.

—Todo lo sé—murmuró Mariotto,—pero sólo lo diré á vosotros que sois mi clientela y hacéis vivir á mi familia. ¡Vamos, querubines míos! mucho siento tener que hacer contribuir á personas tan dignas como vosotros, recogedme algunos carlines para los macaroni de mi estimada esposa.

Un número bastante crecido de monedas de cobre cayeron á sus pies.

—¡Voy á hablaros de Porporato!—repuso bruscamente,—de lo que se ha hecho del príncipe Fulvio Coriolani y de muchos otros, vivos ó muertos. ¡Unos torneses más, mis bienhechores!

Otras monedas fueron á juntarse á las primeras. Mariotto se bajó, contólas con semblante desdenoso, y las introdujo en su bolsillo refunfuñando.

—¿Conocíais á Stéfano Marinone, cabo del regimiento Búffalo?—empezó.

—Sí, por cierto—respondieron todos.

—Un *bon vivant*, ¿no es verdad? Era primo de mi pobre mujer, y heme aquí de duelo, porque Stéfano ha muerto.

—¿De veras? ¡Muerto! ¿cómo?

—Si no estuviésemos de luto por Stéfano, lo estaríamos por Paolo Pescatore, mi sobrino, padrino de mi último hijo. ¿Conocíais á Paolo Pescatore, soldado de los dragones de la guardia?

—Sí, mucho. ¿También ha muerto?

—El y cien otros y más de mil con ellos. ¡Ah! ¡corderitos míos, cuando digo que sé más que el rey!

—Pero ¿qué es lo que sabes, Mariotto?

—¡Pobre regimiento Búffalo! ¡pobres dragones! Esos haraganes que charlan y aullan sobre los guardacantones, ¿podrían contaros dónde y cómo Fernando de Borbón (que Dios guarde) ha perdido tres mil soldados, todos jóvenes y robustos?

No se oyó más que un grito.

—¡Tres mil soldados! ¿dónde ha sido la batalla?

—Oíd bien, amigos míos—dijo Mariotto adoptando un tono sentimental;—no es para beber vino de Sicilia, ¡oh! no, ni para llevar á mi boca bocados delicados. Ya me conocéis, soy sobrio, pero tengo obligaciones, y ¡qué obligaciones! Stéfano ha dejado una esposa. Paolo tenía hijos, es necesario alimentarlos á todos, ¿no es verdad? Si queréis que os cuente la más espantosa historia que jamás hayáis oído, protectores míos, la historia de tres mil soldados del rey muertos por un puñado de bandidos, es necesario recogerme de una vez un ducado entero, á fin de que la viuda y los huérfanos tengan mañana que comer.

¿Lo creeréis? no fué cosa difícil. Mariotto temía haber pedido demasiado, pero el ducado fué recogido en un abrir y cerrar de ojos; ¡tanto la pasión de saber dominaba á este gentío!

—¡Dios os lo devolverá centuplicado, amigos míos!—exclamó alegremente Mariotto introduciendo la moneda en el bolsillo;—es para una buena obra.

—Ya os acordaréis, ¿no es verdad? que estaban

aquí y allí, detrás y delante de nosotros, por todas partes, ¡por todas! En el mismo lugar en que estamos, ¿no visteis hace ocho días á Cucuzone, el maldito saltarello, agacharse á los pies de la santa imagen de la Virgen, y cortarme la palabra diciéndome al oído: «El hierro es fuerte y el carbón es negro?»

—¿Cómo sabéis esto, Mariotto?—interrumpió uno de los oyentes demasiado curioso.

—Giovan, mi único amigo—respondió el improvisador dulcemente.—Si el gran Gaspardo estuviese aquí ya te hubiera sacudido las orejas. Pues qué ¿no hay nadie para hacer de polizonte? No ignoro, Giovan, que eres un espía pagado para saber lo que pasa cada noche en el largo di Mercato, y también sé que ejerces tres ó cuatro oficios de malvado. ¡Cuidado con los bolsillos, los que estáis cerca de él!

—¡Te atreves!...—empezó aquel pobre diablo de Giovan, que era tan honrado como es común serlo en Nápoles.

—Si no me lo quitáis de delante—interrumpió Mariotto,—nada más diré; su fisonomía de miseria hiela las palabras en mi boca.

Giovan fué expulsado. Mariotto repuso:

—¿En dónde estaba? ¡Ah! ¡ah! os decía que por todas partes pululan los malvados Compañeros. Yo he conocido alguno—interrumpió guiñando el ojo misteriosamente,—que valía todo lo que pesaba, el marinero Sansovina siempre tenía la mano abierta, Beccafico, Privato y muchos otros eran buenos perillanes. En fin, no hay como los muertos para no volver...

Tanto es así que como el mismo señor Johann Spurzeim también lo era; vosotros lo sabéis tan bien como yo... Pero ¡Trinidad santa! aquel lo era con todo honor, y por el mejor servicio del rey...

La prueba está en que él había afiliado al pro-

pio médico de S. M., el sabio doctor Pedro Falcone, que habría subido muy alto, mis amigos verdaderos, si por desgracia... Pero vais á ver.

Este doctor Falcone era el brazo derecho del señor Spurzeim. Mas el señor Spurzeim muda con frecuencia de brazo derecho...

Pues ¿no se oice ahora que la esposa de este respetable ministro, la ilustre Bárbara Spurzeim, ha muerto envenenada? ¡Pobre señora! el doctor Falcone la asistía... y he oido contar que la noche de su fallecimiento, el mencionado doctor había permanecido en la casa del Mercato desde la tarde hasta el amanecer. Pero esto no nos interesa.

Lo importante es que el señor Johann, maestro del Silencio, sabía todos los secretos de la asociación.

Conocía el camino que conduce al misterioso palacio edificado en el monte por el papa Borgia, denominado el castillo de Púrpura.

¿Me escucháis, camaradas míos?

La pregunta era excusada. En derredor de Mariotto no se veían sino cabezas inclinadas y bocas abiertas. En todos los rostros se veía pintada la más viva curiosidad.

—¡Por San Genaro!—exclamaron dos ó tres voces,—¡si respiramos tus palabras, Mariotto!

—Enhorabuena, mis verdaderos amigos; ¡esto prueba que conocéis lo que es bueno! Pero era imposible que el señor Spurzeim abandonase á Nápoles, donde su presencia es tan importante, para ir en persecución de bandidos. Por otra parte, el digno ministro no vive sino por gracia de Dios y no podría sobrellevar un viaje tan largo...

Así, pues, llamó á Pedro Falcone á su gabinete y le descubrió el secreto de la montaña. Existe un plano trazado sobre un pliego de papel con explicaciones, y era necesario, porque el camino que guía al castillo de Púrpura es difícil,

Pedro Falcone se llevó el plano, el cual dice: Tomad tal camino, volved aquí, luego allá; en fin, lo necesario...

Y ¿queréis saber por qué Su Excelencia el señor Spurzeim había depositado su confianza en Falcone?

Porque este Falcone tenía que vengarse de Porporato, quien en otro tiempo le sopló la querida...

—Pero ¿cómo sabe todo esto ese condenado de Mariotto?—exclamaron algunos admiradores demasiado fogosos.

—¡Dejad hablar! ¡Dejad hablar!—aulló la muchedumbre.

—Pedro Falcone—repuso el improvisador,—tenía su *vendetta* que cumplir. Así, aceptó con entusiasmo la misión de conducir los soldados del rey en persecución de los Compañeros del Silencio.

Llevaba consigo la sortija de hierro del barón de Altamonte, signo de la maestría, que obliga á todo compañero á una obediencia ciega.

Vosotros habéis visto partir á los soldados. Todos salieron alegres, creyendo correr á una victoria fácil.

Parecía un ejército: todo el regimiento Búfalo, dos batallones de gendarmes, dragones, caballería ligera, ¡qué sé yo!

Hace años que no se había visto un aparato semejante en este país de paz.

Pero no es esto todo: al propio tiempo el puerto militar enviaba una docena de buques á cruzar á lo largo de las costas del sur.

¡Y todo por bandidos! ¿no os causa extrañeza?

Ahora prestadme la más profunda atención, mis buenos amigos, pues es aquí donde la historia se hace más interesante.

Las tropas atravesaron en buen orden el principado ulterior y se separaron en dos cuerpos en los alrededores de Sant-Angelo del Lombardi. El re-

gimiento Búfalo, los dragones y un batallón de gendarmes pasaron á la Basilicata; el resto, es decir, un batallón de gendarmes, la caballería ligera y un batallón de la guardia de á pie, descendió al principado citerior, al otro lado de los montes.

Pretendíase cercar el Sila donde está situado, á lo que parece, el maravilloso castillo de Púrpura.

Pedro Falcone marchaba con el primer cuerpo.

En el segundo iban, en calidad de voluntarios, Malatesta, Sampieri, Marescalchi, Colonna y otros que habían jurado la muerte de nuestro Fulvio Coriolani.

Quando digo *nuestro*, sigo una añeja costumbre, pues nosotros no tenemos nada de común con los bandidos.

Levantóse un ligero murmullo entre la muchedumbre.

Mariotto, guiñando el ojo y bajando la voz, repuso:

—Era el protector de los pobres, mis dignos camaradas, y quisiera por mi parte, pero no vasesen así. Todo en él era regio, su semblante, su porte, su corazón. ¿Quién vió nunca cerrada la mano de Coriolani? El oro caía de la portezuela de su carruaje como benéfica lluvia.

Pero, en fin, maldígale Dios, supuesto que el respetable señor Spurzeim le ha proscrito.

El primer cuerpo llegó de noche entre Auletta y Brienza.

Pedro Falcone hizo levantar tiendas.

Bebióse y hubo jolgorio.

Yáis á repetirlo, que los verdaderos príncipes fue-

Se resolvió que el ataque empezaría el otro día por la mañana.

El verdadero jefe de la expedición era Pedro Falcone. Además le acompañaban el caballero Bernoni, teniente coronel del regimiento Búfalo, y el mayor de gendarmes Pietro Frascati.

A las cinco de la mañana, los Búfalos y dragones penetraron en el monte siguiendo el curso del torrente Ghezso. Falcone llevaba su plano en la mano, y guiaba la expedición con paso seguro, sin vacilar, como si hubiese pasado toda su vida recorriendo salvajes malezas.

Es un país asolado, triste, casi desierto. Los flancos del monte presentan grandes grietas por donde se exhala un olor de azufre insoportable. Muchas gentes creen que esas hendiduras de las cuales salen á veces nubes de humo son las verdaderas bocas del infierno.

Acá y acullá, pastores miserables situados en las cimas de las peñas, contemplan con sorpresa el paso de la expedición.

Los Búfalos hacían prisioneros á todos los que podían coger y les preguntaban:

—¿Por dónde se sube al castillo de Púrpura?

Ellos respondían sobrecogidos:

—No somos niños para creer en cuentos de viejas.

En las mismas laderas del monte donde está situado, nadie sabía el lugar del castillo de Púrpura.

Entretanto Pedro Falcone caminaba siempre, consultando su plano y penetrando resueltamente á través de los vericuetos más inaccesibles.

¡Ah! ¡creedme! ¡era el camino de la casa del diablo!

A medida que adelantaban, las crestas se hacían más altas, las cimas más escarpadas, las rocas más amenazadoras. Ya no se veían pastores en los valles, ni cazadores de gamuzas en los picos.

De súbito apareció entre dos cascadas el álveo del torrente cubierto de un denso hielo. La temperatura, tan apacible al principio, adquirió una

extrema crudeza, y un poco más adelante los Búfalos tuvieron que abrirse paso entre la nieve.

Conozco, compañeros míos, que ardéis en deseos de preguntarme cómo he adquirido todos estos detalles.

Pronto voy á sacaros de dudas: ya sabéis que mi corazón no es malo; no me gusta hacer sufrir.

Yo no he inventado nada de lo dicho; ¡oh! no. Esto es bueno para los haraganes sin fe ni ley á quienes escucháis cuando yo no estoy aquí.

Hijos míos, he visto por mis ojos, por mis propios ojos, á uno de los desgraciados que han salido con vida de la espantosa empresa.

—¿A quién? ¿á quién?—preguntaron todos.

—Al gendarme Misalta, primo lejano de mi pobre esposa por parte de los Róspoli de Pompeya. Misalta á quien visteis pavonearse por las calles apenas hace ocho días, hoy no tiene más que una pierna, el brazo derecho fracturado, su pobre cabeza es toda un cardenal... Y ¿sabéis por qué no estaba en mi puesto de honor á la hora acostumbrada? porque había ido á adquirir noticias de Misalta al hospital militar de Pórtici para traéros las á vosotros, mis bienhechores.

La muchedumbre sintió como un escalofrío.

Cuando Mariotto llamaba así á su auditorio, era casi siempre presagio de una nueva colecta.

Pero esta vez su excelente corazón no podía pedir para sí, sino para Misalta, el infortunado gendarme.

Medio duro para tan gran desgracia ¿era demasiado pedir? Diósele el medio duro.

—¡Henos ahí en lo alto de la montaña, amigos míos!—repuso, buscando una nueva inspiración en esta modesta ofrenda.—Figuraos que eran las cuatro de la tarde y que nuestros hombres trepaban desde el amanecer.

Estaban rendidos de fatiga.

Delante de ellos se extendía un inmenso bosque de pinos, cuyas copas cubiertas de nieve se dilataban hasta perderse de vista. A la derecha había un precipicio sin fondo; á la izquierda un pico, el último, alejado cerca de una milla y que el sol poniente hacía brillar como un colosal carbúnculo.

Pedro Falcone (¡Dios le tenga en su gloria! porque en la hora que os hablo ya no existe), se detuvo en este lugar y dijo:—¡Allí está!

Todos miraron alrededor: veíase una montaña cubierta de nieve, pero no se observaba huella de obra humana.

El caballero Bernoni y Pietro Frascati preguntaron á Falcone:—¿A dónde nos habéis llevado?

—A la puerta del castillo de Púrpura—respondió el médico endiablado.

Volvieron á mirar y sólo vieron el blanco velo de nieve.

Digo mal, vieron algo más, porque escapóse de todos los pechos un grito de estupor.

¿Qué era pues?

En la cima del pico alumbrado por el sol poniente y elevado como un gigantesco pedestal, había una estatua.

Una estatua de color de escarlata que hubiese parecido de encendido pórfiro, si el viento no agitara los pliegues de su manto de púrpura.

Era un hombre que se apoyaba inmóvil y arrogante en el luciente cañón de su larga carabina.

A los rayos del sol distinguíanse los menores detalles de su traje y su persona. No llevaba un hilo en la ropa que le cubría que no fuese colorado.

La pluma de su sombrero, bermeja como la flor del cactus, flotaba sobre sus espaldas.

Y desde aquella altura en que se hallaba, el orgulloso rey de la montaña parecía lanzar una

mirada desdefiosa sobre los impotentes enemigos que iban á intentar el sitio de su fortaleza.

El caballero Bernoni y el mayor Pietro Frascati (los dos han muerto, hermanos míos), pronunciaron juntos un nombre que corrió de fila en fila hasta llegar á los últimos soldados.

Apuesto, compañeros míos, que todos habéis adivinado el nombre pronunciado por el coronel, por el mayor y por los dos mil soldados que le seguían...

Mariotto hizo una pausa.

La muchedumbre se agitó y murmuró estas cuatro sílabas mil veces repetidas en voz baja:

—¡Porporato!... ¡Porporato!...

XII

Del peligro de contar las historias demasiado bien

El improvisador prosiguió con voz alterada:

—¡En efecto, él era, amigos míos! el rey de las tinieblas, el señor de los montes ignotos, el hermoso demonio como se le llama; era Porporato siempre en guerra, siempre vencedor.

Sólo él y el arcángel caído poseen esa mirada que turba el corazón.

Los soldados se estremecieron, los jefes también. Pedro Falcone tenía un alma de bronce.

El doctor le señaló con el dedo y dijo:

«—¿Me preguntaréis aún dónde os he conducido? ¡He ahí el bandido condenado! ¡No se nos escapará!»

Al propio tiempo (sea porque los que no son del monte no saben medir la distancia, ó porque se había apoderado un vértigo de Pedro Falcone), cogió la carabina del gendarme que tenía más cerca.

Apuntó, hizo fuego, y los ecos devolvieron la explosión como una burlona carcajada.

Delante de ellos se extendía un inmenso bosque de pinos, cuyas copas cubiertas de nieve se dilataban hasta perderse de vista. A la derecha había un precipicio sin fondo; á la izquierda un pico, el último, alejado cerca de una milla y que el sol poniente hacía brillar como un colosal carbúnculo.

Pedro Falcone (¡Dios le tenga en su gloria! porque en la hora que os hablo ya no existe), se detuvo en este lugar y dijo:—¡Allí está!

Todos miraron alrededor: veíase una montaña cubierta de nieve, pero no se observaba huella de obra humana.

El caballero Bernoni y Pietro Frascati preguntaron á Falcone:—¿A dónde nos habéis llevado?

—A la puerta del castillo de Púrpura—respondió el médico endiablado.

Volvieron á mirar y sólo vieron el blanco velo de nieve.

Digo mal, vieron algo más, porque escapóse de todos los pechos un grito de estupor.

¿Qué era pues?

En la cima del pico alumbrado por el sol poniente y elevado como un gigantesco pedestal, había una estatua.

Una estatua de color de escarlata que hubiese parecido de encendido pórfiro, si el viento no agitara los pliegues de su manto de púrpura.

Era un hombre que se apoyaba inmóvil y arrogante en el luciente cañón de su larga carabina.

A los rayos del sol distinguíanse los menores detalles de su traje y su persona. No llevaba un hilo en la ropa que le cubría que no fuese colorado.

La pluma de su sombrero, bermeja como la flor del cactus, flotaba sobre sus espaldas.

Y desde aquella altura en que se hallaba, el orgulloso rey de la montaña parecía lanzar una

mirada desdénosa sobre los impotentes enemigos que iban á intentar el sitio de su fortaleza.

El caballero Bernoni y el mayor Pietro Frascati (los dos han muerto, hermanos míos), pronunciaron juntos un nombre que corrió de fila en fila hasta llegar á los últimos soldados.

Apuesto, compañeros míos, que todos habéis adivinado el nombre pronunciado por el coronel, por el mayor y por los dos mil soldados que le seguían...

Mariotto hizo una pausa.

La muchedumbre se agitó y murmuró estas cuatro sílabas mil veces repetidas en voz baja:

—¡Porporato!... ¡Porporato!...

XII

Del peligro de contar las historias demasiado bien

El improvisador prosiguió con voz alterada:

—¡En efecto, él era, amigos míos! el rey de las tinieblas, el señor de los montes ignotos, el hermoso demonio como se le llama; era Porporato siempre en guerra, siempre vencedor.

Sólo él y el arcángel caído poseen esa mirada que turba el corazón.

Los soldados se estremecieron, los jefes también. Pedro Falcone tenía un alma de bronce.

El doctor le señaló con el dedo y dijo:

«—¿Me preguntaréis aún dónde os he conducido? ¡He ahí el bandido condenado! ¡No se nos escapará!»

Al propio tiempo (sea porque los que no son del monte no saben medir la distancia, ó porque se había apoderado un vértigo de Pedro Falcone), cogió la carabina del gendarme que tenía más cerca.

Apuntó, hizo fuego, y los ecos devolvieron la explosión como una burlona carcajada.

El hombre vestido de púrpura se quitó el sombrero, saludando grave é irónicamente.

El viento agitó sus cabellos blondos como llamas.

Luego extendió su mano en dirección á los soldados y desapareció.

Los grandes pinos se movían en las vertientes vecinas. Quizá era una ilusión, pero los soldados creían oír á derecha é izquierda y por todas partes, el eco de la sonata llamada de los Compañeros del carbón y el hierro:

Amici, alliegro andiamo alla pena.

El sol descendía hacia el horizonte. A lo lejos empezaba la noche á extender sus tinieblas en la llanura. El viento de la tarde levantaba por doquiera torbellinos de nieve.

—Aquí no podemos acampar—dijeron los oficiales superiores, viendo crecer el descontento entre los soldados.

El gendarme Misalta me lo ha contado, amigos míos: Pedro Falcone parecía un energúmeno. Sus ojos brillaban sobre la lívida palidez de su semblante.

«—¿Quién os habla de acampar aquí?—replicó; —no es esta ocasión de dormir sino de combatir.»

Esta palabra «combatir» fué repetida por todos lados: «¿Combatir á quién?» ¿dónde estaban los enemigos? ¿y á qué luz combatir? La noche se extendía como un gran manto negro.

¡Oh favorecedores míos! Más de un soldado pierde el valor en la obscuridad.

Pedro Falcone repuso:

—Vamos á sitiar esa infame guarida.

Y como se elevase un murmullo, el condenado médico llamó al teniente coronel y al mayor por sus nombres:

—Señor Bernoni, y vos, señor Frascati—les di-

jo,—os requiero en nombre del rey para que hagáis respetar mi autoridad suprema.

Aun no había hablado en este tono.

A los soldados no les gustaba ser conducidos por un doctor. El murmullo, tímido hasta entonces, se convirtió en una abierta rebelión.

Falcone sacó de su seno un pliego que desdobló.

Era una orden del rey, amigos míos, una orden que ponía toda la expedición bajo la autoridad del doctor. Había sido obra del buen humor del señor Johann Spurzeim, á quien bendiga Dios.

Los oficiales viéronse obligados á ponerse del lado de Falcone. Cuando ordenó: «¡al hombro y marchen!», como los soldados vacilasen, los oficiales tiraron de las espadas.

Había al pie del gran pico donde Porporato mostrara hace poco su gran talla erguida hacia el cielo, una de esas hendiduras que os he dicho parecerse á las bocas del infierno.

Esta era bastante ancha en su base de dura peña para que pudiesen introducirse dos hombres de frente.

Falcone señaló la hendidura con la boca de su pistola que llevaba en la mano.

—He aquí nuestro camino—dijo:—en esa senda lo mismo es que sea de día que de noche.

Los soldados le miraron taciturnos y desalentados.

—Si queréis que marchen—dijo en voz baja Frascati al oído de Falcone,—haced destapar los toneles.

Los criados del regimiento Búffalo llevaban algunos de éstos llenos de ginebra y aguardiente de Francia. Pedro Falcone respondió:

—No es tiempo aun... estamos empezando.

Debo confesar, amigos míos, que él se introdu-

jo el primero en la hendidura, después de haber arrojado unos trozos de roca que parecían echados allí al azar.

Los soldados le siguieron como corderos.

Cada uno de ellos, antes de entrar en esta caverna, lanzaba una postrer mirada al sol poniente rodeado de manchas rosadas.

Parecían despedirse de la luz.

El camino era sin embargo menos peligroso de lo que podía esperarse. Al cabo de algunos pasos, la hendidura se ensanchaba sensiblemente y se convertía en una verdadera gruta. Podían marchar cinco ó seis hombres de frente.

El suelo era unido y liso.

A medida que adelantaban, la temperatura cambiaba. Al frío riguroso de afuera sucedía un calor suave.

Suponed un rayo de sol en este lugar y hubiera sido para nuestros soldados un paraíso.

Pero carecían del rayo de sol.

En su lugar había la obscuridad profunda, absoluta, que sólo se encuentra en las profundidades de la tierra.

Los soldados caminaban cogidos unos á otros por los faldones de las casacas, dejándose guiar ciegamente.

Lo más particular es que, creyendo tener que subir, sentían que el suelo se inclinaba sensiblemente. Era una pendiente tan rápida como la de la misma montaña, pero seguían una dirección opuesta.

Al cabo de un cuarto de hora, que pareció eterno á nuestros soldados, oyeron en torno suyo un sordo fragor.

Parecía el estrépito de una cascada, aumentando por centenares de ecos.

—¡Alto!—gritó Pedro Falcone.

Todos obedecieron con gusto, porque entre aque-

llas tinieblas el ruido del agua era terrible amenaza.

—Encended las antorchas—ordenó Pedro Falcone.

Con la ayuda de la piedra y el eslabón encendiéronse las antorchas.

Creíase hallar un torrente á algunos pasos, pero en lo interior de la tierra el ruido engaña. No había tal torrente ó corría tan lejos de allí que era imposible verlo.

Hallábanse en una gran cavidad de alta bóveda por cuyas paredes de roca filtraba la humedad.

La tercera voz de mando de Falcone fué la siguiente:

—¡Abrid los toneles!

Dos minutos después que los vasos empezaron á circular, oyéronse bajo las bóvedas cantos y carcajadas.

Falcone subió á una barrica vacía y dijo:

—Sólo algunos pasos nos separan del tesoro mayor del mundo... Todos los que han entrado aquí pobres, saldrán ricos como Cresos. Aplaudióse.

Falcone añadió:

—Además de la parte que corresponda á cada uno, habrá premios. Mil onzas de oro por cada cabeza de bandido, diez mil por la de cada maestro del Silencio, y cien mil por la del infame Porporato.

El eco de este nombre retumbó largo tiempo por la caverna.

Falcone tomó una antorcha y la recorrió.

Á la derecha de la entrada había una roca cuyo peso debía ser enorme á juzgar por su dimensión.

Falcone la cogió por una de sus desigualdades y todos vieron con asombro balancearse lentamente la pesada piedra.

Al acabar de caer descubrióse una abertura de

forma oval por la cual no se podía penetrar sino á gatas.

—He aquí el camino del tesoro—exclamó Pedro Falcone...—¡Cien onzas de oro al que pase primero!

Nadie se presentó.

—¡Oíd, amigos míos! los franceses son locos: ellos hacen estas cosas, pero nosotros no queremos tentar á Dios.

—¡Doscientas onzas!—añadió Falcone.

Y como nadie tampoco se presentase, apostrofó á nuestro ejército.

—¡Sois unos cobardes!—dijo echando espuma por la boca;—¡yo no cifo mi espada, pero tengo valor!... Si voy delante ¿me seguiréis?

—Sí, sí—contestaron los que habían bebido más.

¡Trinidad santa! hermanos míos; el furioso médico no dijo ni uno, ni dos, ni tres, sino que poniéndose la pistola en el cinto y el puñal en la boca penetró por el agujero sin mirar el peligro.

Siguióle un búffalo, luego dos, luego tres, luego todos.

Este extraño modo de desfilar duró más de una hora; tan verdad como somos cristianos, amigos míos.

Cuando el último búffalo hubo desaparecido por la abertura, penetró también en ella el teniente coronel Benoni: un jefe no debe abandonar á sus soldados.

Y los que habían quedado en la gruta, empezaban á concebir grandes esperanzas, porque por la abertura no venía ruido alguno de lucha. Evidentemente los que penetraron por ese peligroso camino habían alcanzado su objeto sin disparar un tiro.

Entre Falcone y los oficiales quedó convenido que aguardarían algunos minutos antes de mover el segundo destacamento. Aguardábase,

El mayor Frascati, los dragones y los gendarmes escuchaban con profunda atención.

Los minutos convenidos habían transcurrido.

Entonces el mayor Frascati, que era un valiente, vosotros lo sabéis bien, tortolillas mías, dió orden á sus gendarmes de prepararse.

Los dragones debían ir á la cola.

El mayor recomendó á todos que tuviesen la bayoneta entre los dientes y el fusil en la mano derecha.

Un fusil no estorba para agacharse, y si no ved como lo hacen los cazadores.

Este digno mayor examinó sus pistolas, puso su puñal en la boca como lo había hecho Falcone, y pasó su cabeza con arrojo por el agujero.

Al revés del camino que el destacamento había seguido hasta entonces, la abertura ascendía ligeramente.

El mayor no había desaparecido aún del todo, cuando se le oyó murmurar:

—Este lodo es resbaladizo y húmedo.

Los que le precedieron no se habían quejado de humedad.

El mayor avanzó aún dos ó tres pasos.

Luego se detuvo diciendo:

—¡Esto sofoca! ¡juraría que siento olor de sangre! Viósele retroceder.

Al levantarse salió á la vez de todas las bocas un gran alarido de horror.—¡Sangre, sangre!

El mayor estaba empapado de sangre de pies á cabeza.

Llevaron antorchas á la embocadura del camino subterráneo, porque el mayor dijo al salir:

—Ese camino es ahora un arroyo lleno de agua fangosa.

—¡Sangre, sangre!—volvieron á exclamar los que llevaron las antorchas.

El agua fangosa era sangre.

La sangre corría del agujero como el vino cuando cae de la prensa á la cuba.

La sangre formaba un gran charco alrededor de la roca. Era la de todo un regimiento.

Aquí Mariotto se detuvo para enjugar el sudor que corría por su frente. Estaba pálido.

Lo mismo acontecía á todo su auditorio.

Las respiraciones contenidas formaron un murmullo al dilatarse los pechos.

—Bueno—empezaron á decir viendo que tardaba tanto en tomar aliento;—¿qué es lo que sucedió después, Mariotto?

—¿De dónde venía esta sangre, Mariotto?

—¿Y sus fusiles, Mariotto? ¿por qué no hicieron uso de ellos?

Mariotto no cesaba de enjugarse la frente.

Estaba conmovido, conmovido sinceramente, pero esto no le impedía pensar en su negocio.

Interiormente se preguntaba el precio que podía ponerse á una curiosidad tan violentamente excitada.

No consiste todo en vencer, ha dicho Plutarco, sino en saber aprovecharse de la victoria.

Aunque Mariotto no había leído á Plutarco, seguía fielmente su consejo.

Buscaba el mejor medio de explotar su buen éxito. —Y bien, Mariotto, ¿no nos oyes?

—¿Quieres dejarnos con la miel en la boca?

—¿Estás mudo?

Mariotto oía perfectamente, pero se hacía el sordo. La muchedumbre empezaba á refunfuñar.

—¡Oh! mis buenos amigos—dijo por fin Mariotto,—¿desde cuándo me tenéis á sueldo? ¿Me tomáis por vuestro criado? Y si lo soy ¿por qué voy por las calles con los *calzoni* rotos? ¿Por qué mi pobre mujer no tiene siquiera un pañuelo para ponerse en la cabeza? ¿Por qué mis hijos van des-

calzos? ¿Nos enfadamos? ¡Está bien! Francamente os lo digo, ya me canso de trabajar por ingratos. A los que cantan y á los que bailan en el teatro de San Carlos se les paga. A los saltarelli que hacen cabriolas en las calles se les paga. Los faccini que llevan fardos, los caballos que tiran de los carruajes, los gitanos que dicen la buena-ventura, á todos se les paga. A los hombres con dinero, á los animales con alimento. ¿Sólo yo en este mundo he de trabajar gratis en mi oficio?

—¿No se te ha pagado, infame?—gritaron cien voces irritadas.

—Esta noche has recibido ya dos salarios en vez de uno, pícaro Mariotto.

—¡Avaro insaciable! ¡petardista! ¡bandido!

Mariotto dejó pasar la tempestad. Renunciamos á pintar la mirada de soberano desdén que paseaba sobre su auditorio.

Cuando se restableció un poco el silencio, echó su zamarreta sobre sus hombros y rechazó atrás las masas de sus cabellos negros un poco canosos.

—¡Raza vil y degenerada!—empezó,—¿á mí me insultáis, rebaño de hombres sin juicio y de viejas mujeres locas? ¿Hay alguno entre vosotros que sea digno de besar mis chancletas? Me llamáis bandido y vosotros todos los días me robáis; me llamáis mendigo y á cada instante imploráis mi caridad. ¿No es mendigar, ¡oh, napolitanos! sonsacar á un pobre hombre sus narraciones que son verdaderos poemas, por una pequeña moneda que se le escatima con tanta parsimonia? ¡Idos, idos! ya sabía yo que había de llegar el momento en que fuera necesario separarnos. Iré á Florencia donde se estima el buen lenguaje. Iré á Roma donde se honra la elocuencia. Y no me veréis más, ¡oh, napolitanos! Pero al dejar vuestros

muros inhospitalarios sacudiré el polvo de mis sandalias.

El hizo ademán de bajar del brocal de la fuente. ¡Imposible! estaba detenido por cien brazos.

—¡Vaya! ¡vaya!—decían por todas partes;—no hagas locuras, Mariotto.

La muchedumbre capitulaba. Esto aumentó la arrogancia de Mariotto; pero cuando parecía más fiero, encontró medio de insinuar que además del fin de la historia de Falcone y los desgraciados soldados del regimiento Búffalo, sabía también la muerte terrible de Malatesta y de los jóvenes nobles sus cómplices.

Para oír esas dramáticas narraciones é indemnizarle del ultraje recibido, necesitábase nada menos que una onza de oro.

Nunca que de ello se tuviese memoria, improvisador alguno había exagerado tan locamente sus pretensiones.

Pero la muchedumbre sentía aún el olor de sangre, la muchedumbre veía de color rojo: así volvió al revés sus menguados bolsillos y reunió la onza.

Mariotto la guardó y repuso ya reconciliado:

—Sí, mis bienhechores, os resta saber lo más interesante... No me interrumpáis, porque la noche avanza, y al señor Spurzeim no le gusta que la gente retire tarde. Os lo diré todo, porque los pobres Búfalos no gritaron, porque no se sirvieron de sus fusiles, todo, en fin, os lo prometo.

Pero primero volvamos á los que estaban alrededor del charco de sangre.

El charco iba sin cesar aumentando.

Diríase que el paso subterráneo devolvía gota á gota toda la sangre de los pobres Búfalos degollados.

Soldados y oficiales se consultaban con la mirada.

El horror helaba todos los corazones y todas las voces.

Poco á poco pareció salir del paso subterráneo un creciente y confuso ruido. ¿Eran los gemidos de todas esas pobres almas recientemente separadas de sus cuerpos?

Jefes y oficiales experimentaron el mismo terror, pero mientras se preparaban á huir, la abertura estalló como un cañón cargado de metralla. Las balas, las postas, las barras de hierro empezaron á llover sobre las filas de los gendarmes y dragones. El mayor Frascati cayó herido en la cabeza.

Al mismo tiempo retumbó por las concavidades de la caverna un grito de triunfo seguido de la maldita sonata.

Amigos míos, ¿qué hubieseis hecho vosotros en semejante caso? casi todos los jefes estaban muertos. Gendarmes y dragones se precipitaron por el camino ya recorrido, hasta llegar en desorden al lugar de la abertura exterior. Una vez fuera, la fuga continuó al azar á través de la nieve.

Heles allí en medio de la noche extraviados en las gargantas del Sila. No tengo necesidad de decirlos que ya no buscaban el castillo de Púrpura.

Perdidos en las tinieblas, transidos de frío, extenuados de hambre, tomaban el pico de cada roca por un enemigo.

Así pasaron la noche entera entre fatigas y terrores. Una hora antes de amanecer salieron de las nieves, lo que fué para ellos un gran consuelo.

A los primeros resplandores del alba distinguieron un campamento á corta distancia.

Pero no era el que habían abandonado la víspera anterior. Veíanse centinelas con uniforme que daban el quién vive y hacían fuego inmediatamente replegándose tras las tiendas.

Durante algunos instantes todo el mundo estu-

vo de pie en el campamento. Felizmente los primeros rayos del sol dieron á conocer la equivocación. Sin esto, se da una batalla.

Era el segundo cuerpo de nuestras fieles tropas, el que había seguido á la derecha la cadena de los Apeninos.

Nuestros fugitivos en lugar de volver á su campamento se habían extraviado por el monte. Franquearon sin saberlo los Apeninos, pasando de la Basilicata al principado citerior.

Entonces se contaron. En el momento de la separación de los cuerpos de ejército, cada uno de ellos constaba de unos mil quinientos hombres. Nuestros fugitivos no eran á la sazón más de doscientos, y Dios sabe cuán pocos deseos tenían de renovar el asalto.

Pero entre los que componían el segundo cuerpo se encontraban, como os he dicho, Malatesta y sus compañeros.

Estos no eran del mismo parecer. Todos jóvenes fogosos, insolentes, libertinos, etc., robando un poco menos que los mismos bandidos, querían como nobles combatir á toda costa.

Su tropa compuesta en su mayor parte de gendarmes, dragones y soldados de la guardia, se mostraba llena de ardor. Los Malatesta, como se llamaba á los siete nobles, pidieron ponerse á la cabeza de la columna, y una vez entrado el día emprendieron la marcha.

He aquí cómo Misalta refiere estas cosas, queridos hermanos míos.

Apenas hubieron penetrado en el monte, vieron un aldeano que huía. Malatesta le persiguió y le cogió.

¿Sabéis lo que dice nuestro Misalta? Que aquel aldeano estaba allí adrede para hacerse prender.

Cada uno de esos bandidos es más astuto que una zorra.

Llevóse al aldeano al centro de un grupo formado por los oficiales y jóvenes nobles. Preguntósele si sabía la dirección del castillo de Púrpura. Tartamudeó, turbóse. Se le amenazó con la tortura.

—Señores—exclamó llorando,—tened compasión de mí. Los bandidos me matarán si saben que he revelado el secreto de su retiro.

—¿Luego sabes el secreto de su retiro?—exclamaron todos.

—¿Por ventura he dicho que lo sabía, mis buenos señores? Tened compasión de un desgraciado... Lo sé, es verdad, yo solo y nadie más, y aun por una casualidad... En el otoño, señores, iba á caza de gamuzas para alimentar á mis pobres hijos que se morían de hambre. Un día me extravié en un país que no conocía. De repente encontréme en un valle interior circunvalado de montañas llenas de nieve, y cruzado por un río, en medio del cual se ve una isla. En la isla hay una gruta cuya abertura está oculta por lotos rojos y enredaderas de flores olorosas... La gruta guía á las cavernas que están bajo el castillo de Púrpura...

—¿Entraste tú?

—Cuando no se tiene que perder más que una vida pobre y sin esperanza se es valiente... Así penetré por el camino, y ví las grutas, y por el orificio de éstas el valle en que se eleva el castillo de los Borgia, bermejo, arrogante y terrible como Porporato su señor.

Los jefes se miraron; luego Malatesta dijo:

—Marcha delante y condúcenos á la isla.

El aldeano empezó inmediatamente á caminar. Hacía todo lo posible por aparentar que iba contra su voluntad. Los jefes se decían: Ya tenemos cogida la fiera.

El camino fué largo. De tiempo en tiempo el

aldeano se orientaba. Finalmente batió las palmas con alegría. Había conducido la tropa á una meseta, desde donde se distinguía, entre dos rocas parecidas á dos cuernos, el río Sele que extendía su cinta de plata en una llanura lejana.

—Es la *¡Fronte del Diavolo!*—exclamó una vez allí;—lo más difícil está hecho.

El aldeano atravesó la meseta á la carrera, penetró por una estrechura donde no podían pasar dos hombres de frente, y llegó al río y á la isla.

Tuvieron que vadear el río. La isla era un verdadero paraíso.

Como nuestras gentes se admirasen de encontrar este delicioso retiro en un país tan desierto, el aldeano exclamó:

—Esto es nada en comparación del segundo valle en el cual se eleva el castillo de Púrpura.

¡Oh! amigos míos, el aldeano tenía razón.

Pero antes de pasar adelante, decidme, hermanos míos, con la mano en el corazón, si existe en todo Nápoles, en las provincias ó en Europa, otro hombre que pueda contar historias como esta... Si hay uno solo, mostrádmelo.

—No existe otro, Mariotto—exclamó la muchedumbre entusiasmada.

—¡Bravo, Mariotto!

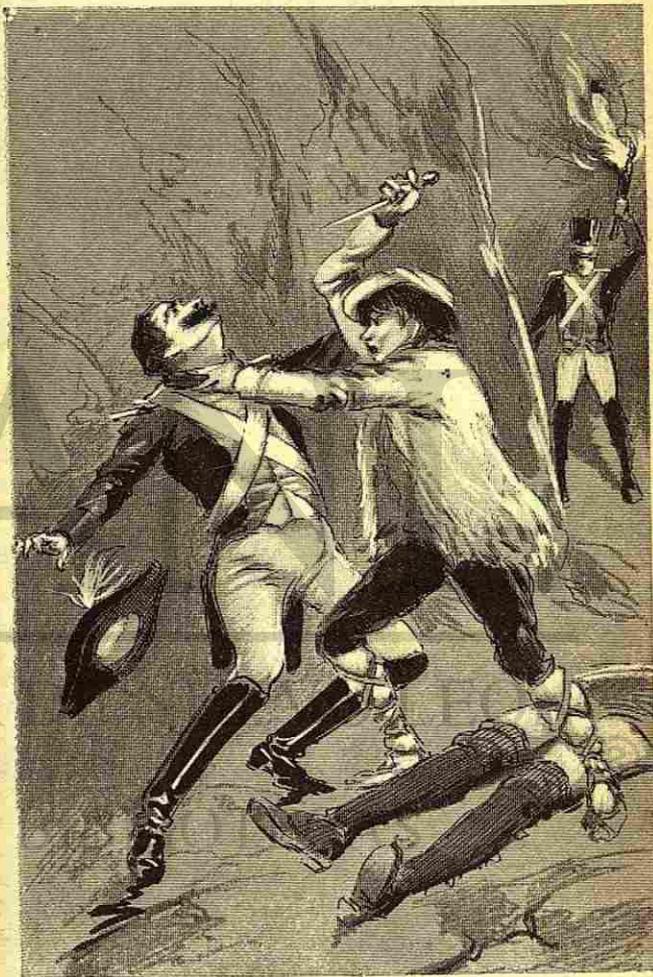
—No nos hagais impacientar, amigo.

Preciso es confesar que tenían un poco de miedo por sus bolsillos. Cuando Mariotto se interrumpía era mala señal.

Pero el ilustre improvisador había acabado por aquella noche de pedir; así, prosiguió gratis:

—Había en la isla un bosquecillo de acebos tan espeso que un corzo no hubiera podido penetrar en él. Como los jefes se sorprendiesen de que el aldeano mostrase intento de entrar, él les dijo:

—Amenaza el huracán; ved si hav otro abrigo alrededor.



La primera victima no pudo advertir á la segunda...

En cierto lugar las ramas habían sido cortadas, de manera que formaban un paso estrecho y difícil. Jefes y soldados penetraron por allí uno á uno. En el centro del bosquecillo se abría un agujero redondo rodeado de un marco de granito. Era el orificio de una escalera de mármol.

Todos descendieron por ella. Abajo de la escalera había un camino subterráneo, ancho y cubierto de arena que formaba una subida insensible.

Según toda apariencia las aguas del lago debían pasar por debajo.

El aldeano caminaba entre un dragón y un gendarme. Los dos llevaban un puñal en la mano. A la menor señal de traición debían dejarle en el sitio. El aldeano no parecía temer.

—Con tal que me deis una buena recompensa —les dijo,—pues soy un pobre padre de familia, os lo entregaré sin recelo... El camino que seguimos lleva al centro mismo de la fortaleza...

Las gentes del rey ya la daban por ganada.

Pero ya es tiempo, carísimos amigos, de responder á todas vuestras preguntas. ¿Qué fué de los pobres Búfalos? Si estaban muertos, ¿quién los había matado? ¿cómo los habían asesinado? ¿en qué lugar? ¿por qué no gritaron? ¿por qué no hicieron uso de sus fusiles?

Nuestras gentes desembarcaron en vasto recinto subterráneo donde se oía un ruido sordo y confuso.

El aire era frío y lleno de corrientes húmedas.

—Mis buenos señores—les dijo el aldeano,—es necesario encender vuestras ramas de pino, el camino es dificultoso, el torrente ha abierto precipicios.

—¿Hay peligro en mostrar aquí el resplando de las antorchas?—preguntó Malatesta.

—¿Habéis creído—respondió el aldeano,—alcanzar vuestro objeto sin correr peligros?

Malatesta ordenó avergonzado:

—¡Encended las antorchas!

Cinco ó seis ramas de pino alumbraron á la vez. Para aquella enorme caverna era poco.

Apenas se disiparon un poco las tinieblas. Caminóse. Al cabo de unos doce pasos la pared formaba un brusco recodo y empezaron á chispear las bóvedas y muros.

Parecía que estuviesen suspendidas aquí y allá millares de estalactitas de fuego.

Cada movimiento de las antorchas producía en la cúpula prodigiosos reflejos de luz.

A todos les fué dado contemplar un espectáculo extraño.

La caverna estaba dividida en dos por el torrente que murmuraba invisible en su angosto álveo.

La parte en que se encontraban los soldados del rey hallábase situada cincuenta pasos debajo del otro compartimiento.

El terreno roqueño se elevaba cortado á pico al otro lado del torrente, y la subida abriantada por ligeros arroyos de agua filtrando y corriendo por todas partes, parecía una muralla de cristal.

Pero apenas pararon la atención en ello.

Otra cosa había que ver, una cosa tan horrible que todos creyeron estar soñando.

Esa luz trémula debía evocar fantasmas.

Pero á medida que adelantaban la duda dejaba de ser posible. Un grito de angustia escapó á la vez de todos los pechos.

Más de ochocientos cadáveres estaban tendidos en el suelo.

Había un verdadero cúmulo de ellos, á la entrada de un estrecho paso subterráneo situado frente la segunda caverna.

Era el paso cuya otra extremidad daba á las

verfientes del monte por la parte de la Basílica.

Las gentes del rey se hallaban allí á poca distancia del lugar donde la primera expedición había hecho alto.

¡Oh mis amigos! ¿no lo adivináis? los pobres Búfalos habían penetrado uno á uno en aquel corredor estrecho y resbaladizo. A cada lado del boquete que á él abría paso había una afilada é infatigable cuchilla.

Los cadáveres decapitados explicaban por qué no se oyera ningún grito.

La primera víctima no pudo advertir á la segunda; la desgracia de la segunda no había podido servir de enseñanza á la tercera...

Sólo el médico Pedro Falcone sucumbió al puñal del Silencio.

Llevaba la sortija de hierro y no podía perecer sino á manos de un maestro.

El mismo Porporato había puesto fin á sus días.

Las gentes del rey contemplaban con estupor aquel campo de matanza, cuando resonó bajo las bóvedas un grito particular.

Un coro invisible empezó á cantar el canto misterioso tantas veces repetido:

«Amici, alliegre andiamo alla pena...»

Luego una voz exclamó:

—¡A nosotros, Cucuzone!

El gendarme y el dragón que no abandonaban al pretendido aldeano cayeron heridos en el corazón.

Luego se vió al saltarello brincar como un tigre sobre las cabezas.

Cayó una cuerda de la caverna superior.

El saltarello trepó por ella con la agilidad de un mono. —¡Fuego!—gritó Malatesta.

No fueron por cierto sus soldados los que obedecieron á este mandato.

En el reborde de la caverna superior apareció una línea brillante.

Eran centenares de fusiles que les apuntaban.

Los que llevaban las antorchas sólo tuvieron tiempo de arrojarlas á tierra para apagarlas.

Una terrible explosión tuvo lugar, seguida de gritos de angustia. Luego el silencio.

Los soldados del rey buscaban donde ocultarse ó salvarse.

La mayor parte se formaban un parapeto con los cadáveres.

En medio del silencio se oyó una voz que decía:

—El consejo del carbón y el hierro ha condenado á muerte á Giulio Doria de Angri, marqués de Malatesta, á Domenico Sampieri, á Vespuccio Doria, á Vicente Pitti, á Benedetto Marescalchi, Ziani, Colonna y Gravina... que mueran.

Una gran llama atravesó el espacio.

Era un globo de fuego que fué á caer en el centro de la caverna inferior y que lanzó un vivo resplandor.

Inmediatamente resonaron siete disparos de carabina.

Malatesta y sus compañeros habían sucumbido.

Eran las once de la noche. La muchedumbre que hace poco llenaba la avenida di-Porto acababa de dispersarse.

En las calles reinaba ya el silencio y la soledad.

Mariotto el improvisador regresaba á su vivienda.

Mientras caminaba iba contando su dinero.

Dos ó tres veces creyó oír tras de él pisadas que resonaban en el empedrado de lava.

Volvióse y no vió nada.

Para llegar á su casa debía cruzar las ruinas de Castello-Vecchio recientemente incendiado.

Habíase puesto una tabla para pasar el foso

del norte, el cual era un verdadero precipicio cortado en la roca.

Antes de pasar este puente peligroso, el prudente Mariotto volvióse á mirar.

Crejó ver una sombra que caminaba á lo largo de las casas.

Pero como la sombra estaba aún lejos, dijo para sus adentros:—¡Aun tendré tiempo de pasar!

Al hallarse en el centro de la tabla, la sintió girar de repente.

Mariotto hizo la señal de la cruz, exhalando un grito de angustia.

A sus espaldas una voz dijo:

—El señor Johann Spurzeim ha oído hablar de ti, Mariotto.

—¡Piedad!—gritó el desgraciado perdiendo el equilibrio.

—Sabes historias demasiado interesantes, Mariotto—prosiguió la voz;—Dios te tenga en su gloria: yo hago lo que se me manda.

La tabla giró. En el fondo del foso oyóse un ronco alarido; luego las tinieblas permanecieron silenciosas.

XIII

Al acecho

El señor Johann Spurzeim estaba durmiendo en la alcoba de su casa, situada en la plaza del Mercato que ya conocemos. Aun no se había trasladado al palacio de los ministros de Estado, que debía ser en adelante su morada oficial.

Hallábase muy bien en aquella casa oscura y barrio lejano. Debía aún disponer ciertas particularidades que requerían poca luz.

Al resplandor de la lamparilla era fácil distinguir cerca de su faz terrosa la cabeza negra y

En el reborde de la caverna superior apareció una línea brillante.

Eran centenares de fusiles que les apuntaban.

Los que llevaban las antorchas sólo tuvieron tiempo de arrojarlas á tierra para apagarlas.

Una terrible explosión tuvo lugar, seguida de gritos de angustia. Luego el silencio.

Los soldados del rey buscaban donde ocultarse ó salvarse.

La mayor parte se formaban un parapeto con los cadáveres.

En medio del silencio se oyó una voz que decía:

—El consejo del carbón y el hierro ha condenado á muerte á Giulio Doria de Angri, marqués de Malatesta, á Domenico Sampieri, á Vespuccio Doria, á Vicente Pitti, á Benedetto Marescalchi, Ziani, Colonna y Gravina... que mueran.

Una gran llama atravesó el espacio.

Era un globo de fuego que fué á caer en el centro de la caverna inferior y que lanzó un vivo resplandor.

Inmediatamente resonaron siete disparos de carabina.

Malatesta y sus compañeros habían sucumbido.

Eran las once de la noche. La muchedumbre que hace poco llenaba la avenida di-Porto acababa de dispersarse.

En las calles reinaba ya el silencio y la soledad.

Mariotto el improvisador regresaba á su vivienda.

Mientras caminaba iba contando su dinero.

Dos ó tres veces creyó oír tras de él pisadas que resonaban en el empedrado de lava.

Volvióse y no vió nada.

Para llegar á su casa debía cruzar las ruinas de Castello-Vecchio recientemente incendiado.

Habíase puesto una tabla para pasar el foso

del norte, el cual era un verdadero precipicio cortado en la roca.

Antes de pasar este puente peligroso, el prudente Mariotto volvióse á mirar.

Crejó ver una sombra que caminaba á lo largo de las casas.

Pero como la sombra estaba aún lejos, dijo para sus adentros:—¡Aun tendré tiempo de pasar!

Al hallarse en el centro de la tabla, la sintió girar de repente.

Mariotto hizo la señal de la cruz, exhalando un grito de angustia.

A sus espaldas una voz dijo:

—El señor Johann Spurzeim ha oído hablar de ti, Mariotto.

—¡Piedad!—gritó el desgraciado perdiendo el equilibrio.

—Sabes historias demasiado interesantes, Mariotto—prosiguió la voz;—Dios te tenga en su gloria: yo hago lo que se me manda.

La tabla giró. En el fondo del foso oyóse un ronco alarido; luego las tinieblas permanecieron silenciosas.

XIII

Al acecho

El señor Johann Spurzeim estaba durmiendo en la alcoba de su casa, situada en la plaza del Mercato que ya conocemos. Aun no se había trasladado al palacio de los ministros de Estado, que debía ser en adelante su morada oficial.

Hallábase muy bien en aquella casa oscura y barrio lejano. Debía aún disponer ciertas particularidades que requerían poca luz.

Al resplandor de la lamparilla era fácil distinguir cerca de su faz terrosa la cabeza negra y

peluda de un perrito de casta inglesa, enteramente parecido al que había estrangulado Bárbara en su última convulsión.

En el aposento no se notaba cambio alguno. El mismo sillón en que acostumbraba sentarse primero Bárbara y después Pedro Falcone, continuaba al pie de la cama.

El cordón correspondiente á la campanilla del piso superior, pendía igualmente al alcance de su mano. Pero ni Bárbara ni Falcone se sentaban en el sillón.

Al sonar la campanilla tampoco parecían ni Privato, poeta infortunado, ni el dulce tenor Beccafico.

Si en los objetos que rodeaban al señor Johann Spurzeim nada cambiaba, el personal de sus amigos y servidores se renovaba mucho y con frecuencia. Pronto se cansaba de sus servicios.

Antes de Pedro Falcone había tenido otros confidentes y muchos otros favoritos. Después del doctor contaba tener aún más.

Por de pronto, los sucesos recientes galvanizaban su debilidad. Desde dos días á esta parte podía levantarse y dar algunos pasos por el aposento. Indudablemente había mejoría, y el señor Johann Spurzeim, exagerando esta tregua de la enfermedad, no estaba lejos de considerarse como uno de los hombres más sanos y robustos de las Dos Sicilias.

Todo iba de bien á mejor. Había destruído ó alejado á sus enemigos, y el rey no veía sino por sus ojos. Nápoles no había visto jamás valido alguno armado de semejante poder ministerial.

Sin embargo, estas brillantes victorias se pagan siempre á costa del reposo. Antes, este honrado Johann, como todas las buenas conciencias, gozaba al menos de un sueño tranquilo. Aquella noche la fiebre le agitaba, y sus disecados miembros

se estremecían bajo el cobertor. Hablaba en sueños, y al resplandor vacilante de la lámpara que se extinguía, podían verse gotas de sudor en sus sienes.

—Sí, Bárbara, sí, mi buena y querida compañera—murmuraba pensando engañar á los muertos; —ese infame siciliano tiene la culpa de todo. ¿Por qué le dispensaste tanta confianza? Pero bien castigado está, Bárbara, mi idolatrada esposa... le han matado allá en el monte... ya no envenenará á nadie.

Johann Spurzeim tenía una carta abierta sobre el velador.

Esta carta contenía una parte de los detalles dados por el pobre improvisador á su auditorio de la avenida di-Porto.

Johann no ignoraba, por consiguiente, todo lo que había pasado en el monte.

Estremeciése muchas veces durante su sueño.

—¡Déjame, Bárbara, déjame!—profirió con voz alterada por el terror.

Luego repuso respirando con fuerza:

—Esa María que detestabas porque era bella y había usurpado tu puesto y felicidad, será mi esposa para vengarte.

Sin duda la visión había desaparecido, porque pareció más tranquilo y se calló.

Tan sólo se le oía murmurar con voz apenas inteligible:

—¡Siete días!... ¡siete días ya han pasado!

En seguida cambió de sueño y volvió á agitarse.

—¡Ya lo sé! ¡Ya lo sé!—exclamó con ronco acento,—no todos han partido... trabajo tengo en buscarlos; se ocultan debajo la tierra... han amenazado al rey... me han amenazado á mí... ¡Allí están... siempre... siempre!...

El reloj de encima de la chimenea tocó las tres de la mañana.

Como si las últimas palabras de Johann hubiesen evocado fantasmas, la puerta que comunicaba con el gabinete de labor de Bárbara de Monteleone, abrióse sin ruido, saliendo del corredor dos hombres que llevaban un bulto voluminoso.

Estos dos hombres tenían la cara cubierta con un pedazo de tafetán negro.

Detuviéronse y pusieronse á escuchar.

—Duerme—dijo uno de ellos.

No nos hubiera sido difícil conocer aquella voz chillona de contralto.

El señor Johann tenía razón: «¡No todos habían partido!»

El segundo desconocido hizo seña al primero para que callase.

Y aplicaron un objeto á la pared.

Era un cuadro.

Los resplandores indecisos de la lamparilla alumbraron vagamente las facciones pálidas y regulares de un rostro de mujer.

Luego que el cuadro estuvo colocado, los dos hombres desaparecieron. Se hubiese podido oírlos reír en el corredor.

Johann ya no hablaba; el perro se había escurrido bajo el cobertor.

La lámpara se extinguía. Cuando despidió el vivo resplandor que precede á su fin, el austero semblante de Bárbara Spurzeim pareció destacarse de la tela.

Al amanecer, el señor Johann se despertó.

Creyendo soñar todavía, se restregaba los ojos.

El retrato de su esposa muerta había abandonado el gabinete de labor para trasladarse á su aposento. Debía haber en ello brujería.

Pero el día iba avanzando y Johann cobraba valor á la luz del sol.

—¡Allí están!—murmuró como cuando soñaba; —siempre allí... pero yo soy más fuerte que ellos

Á medida que aumentaba la luz, Johann distinguía una línea blanca debajo del retrato.

Poco á poco conoció que la línea estaba formada de letras. En seguida éstas pudieron leerse.

La línea blanca llevaba escritas las siguientes palabras en lenguaje del Silencio:

H²O AA⁵EN A⁵A⁴CL²A⁵I³ RI² MI²DOI²I²E²I²ENA⁴A⁵

Habituado Johann á la lectura de estos caracteres, profirió con voz trémula:

«¡Hoy es el día séptimo!»

Luego añadió para sí mismo, estremeciéndose:

—¡He soñado que había pasado!

Y agitó violentamente el cordón de la campanilla.

El techo se abrió como otras veces.

—¿Qué hay de nuevo, Chiappolo?—preguntó.

—Nada, Excelencia—respondió el sucesor de nuestro amigo Beccafico.

Al mismo tiempo descendía la tablita que contenía la correspondencia.

Johann abrió la primera carta que le vino á las manos. Sólo contenía estas palabras:

«Hoy es el día séptimo.»

—¡Oh! ¡oh!—dijo sonriendo con desdén;—esas buenas gentes pretenden intimidarme con este juego... ¡Trabajo perdido, hijos míos, trabajo perdido!... En vano os afanáis por imitar la letra de la pobre Bárbara... así como los muertos no hablan, tampoco escriben.

De repente se interrumpió y sus huesos crujieron; ¡tan violento fué su sobresalto!

Una voz había murmurado junto á las cortinas:

«¡Hoy es el día séptimo!»

—¿Lo has dicho tú, pícaro de Chiappolo?—exclamó.

—Yo, no señor—respondieron del piso superior.

—¿Y no has oído nada?

—Nada, señor.

Johann hizo un esfuerzo para serenarse, pero estaba conmovido. Su voz tembló cuando dijo á su interlocutor invisible:

—Decid al señor Aurelio Caffarelli que se me presente inmediatamente.

La tablita ascendió y cerróse la trampa.

No es costumbre introducir nuevos personajes en los dramas cuando están cerca del desenlace; pero nosotros, como el señor Johann Spurzeim, debemos reemplazar los servidores que desaparecen. Chiappolo ocupaba el puesto de Beccafico.

Aurelio Caffarelli llenaba las funciones del doctor Pedro Falcone.

Caffarelli entró al cabo de algunos minutos.

Era aún joven, pues Johann no gustaba de vejestorios, pero además era noble, pues Johann había cobrado afición á la nobleza.

Aunque alto y de fuerte complexión, en su rostro aparecían las huellas de una vida licenciosa; el señor Johann siempre echaba mano de hombres á quienes pudiese tapar la boca con sus propios vicios, como con una mordaza de hierro.

Johann había escogido éste con particular cuidado. La empresa actual era ruda y difícil. Entre los jóvenes depravados de la nobleza napolitana, Aurelio Caffarelli era quizá el único que convenía perfectamente al señor Johann Spurzeim.

Para ello existían dos razones:

La primera que Caffarelli, á pesar de hallarse arruinado, había conservado cierta altivez y continuaba rozándose con los primeros personajes de la corte.

En segundo lugar, Caffarelli estaba enamorado de Angélica Doria, enamorado sin esperanza, es verdad, pero la esperanza que se hace renacer á propósito es la más poderosa palanca que puede emplear la intriga.

Johann estaba satisfecho de Caffarelli.

Le consideraba como un caballo espantadizo que aun no está domado.

Pero creíase un jinete bastante hábil para dominar los arranques de este caballo fogoso.

—Y bien, caro Excelencia—dijo Caffarelli al entrar, y con acento desenvuelto,—¿cómo vamos de salud esta mañana?

—Sentaos, Aurelio—replicó el ministro de Estado;—tenemos que trabajar mucho... Desde luego os prevengo que hoy es el día destinado para rehabilitar vuestro nombre y fortuna.

—Querido señor—respondió Caffarelli recostado negligentemente en el sillón;—mi fortuna tiene gran necesidad de ser rehabilitada... tanto más cuanto ayer noche perdí dos mil ducados en la embajada de Toscana; pero yo no sé que haya rebajado nunca mi nombre.

Y cruzó sus piernas una sobre otra fijando su mirada atrevida en el ministro de Estado.

—¡Dos mil ducados, hijo mío!—dijo éste último;—¿y cómo los pagaréis?

—Cuento con Su Excelencia.

—¿Conmigo?... ¿Y á título de qué?

Caffarelli bajó los ojos y casi se ruborizó.

Conociase claramente que las palabras que iba á pronunciar le humillaban de antemano.

—En calidad de amigo—replicó.

Johann se sonrió.

—¡Trinidad santa!—exclamó,—hé aquí un honor al cual estaba lejos de aspirar el pobre Johann Spurzeim... La amistad del noble Aurelio de Caffarelli, conde, vizconde, barón... Verdad es que sin condado, sin vizcondado, sin baronía... y el más orgulloso holgazán que haya pisado en diez años la calle de Toledo.

Aurelio se levantó con los labios crispados y las cejas arrugadas.

—Sentaos—dijo Johann severamente,—si tomáis ese aire de matachín, dudo que podamos hacer nada de provecho en favor vuestro, hijo mío.

—Por san Jenaro...—empezó el noble ofendido.

—¡Haya paz!—interrumpió Johann.

Y como Aurelio abriese aún la boca:

—Haya paz os digo—repitió Spurzeim,—ó volvéis á ser ahora mismo el Caffarelli de la semana pasada, arruinado, perdido, no pudiendo tan siquiera vender su alma al diablo.

—¿Y si callo?—preguntó el noble con cínica sonrisa.

—Yo haré—repuso Johann fijando sus ojos en los suyos,—que el diablo os compre á buen precio. Aurelio se serenó.—Veamos el precio—dijo.

El ministro de Estado repuso:

—Vos tenéis un primo que es arcediano de la catedral; es necesario que esta noche misma me case con María de los Amalfi, condesa de Monteleone.—Mi primo no querrá—objetó Caffarelli.

—Sin embargo, es necesario que quiera... Vuestro primo obtendrá la primera mitra vacante.

—¿Y yo?—preguntó Caffarelli cuadrándose.

—Vos tendréis vuestro antiguo palacio de Sorrento y la quinta Maffei... Yo conozco además una fortuna con la cual puede un hombre jugar toda la vida, perdiendo siempre, sin arruinarse nunca.

—¡Bella fortuna, Excelencia! En Nápoles sólo hay una parecida: la del conde Loredano Doria, mi primo.

—¡Y qué! ¿No continuáis aún enamorado de su hermana?—exclamó Johann con malicia.

Los ojos de Caffarelli brillaron, luego se bajaron, en tanto que su frente se cubría de súbita palidez.

—¡No hablemos de eso, señor!—murmuró el noble con voz alterada;—¡no hablemos de eso!

Al propio tiempo se levantó, y después de haber cruzado el aposento abrió la ventana.

La ventana daba á los jardines.

En éstos había un gran plátano cuyas ramas dominaban la casa. El tronco inclinado se apoyaba tan cerca de la ventana, que podía tocarse extendiendo la mano. Johann seguía á Caffarelli con mirada fría y burlona.

—¡Este también caerá en mis redes!—pensaba.

Aurelio sacó la cabeza fuera de la ventana; su frente quemaba; el jardín estaba desierto.

Johann continuó en alta voz:

—¡Es particular, amigo! Las dos más bellas cosas que existen en Nápoles, la fortuna de los Doria y la mano de Angélica son inseparables. No se puede conquistar la una sin la otra. Pero yo soy bastante poderoso para dar las dos al que me sirva fielmente.

Caffarelli se volvió con vivacidad.

—¡Por mi alma!—respondió entre dientes,—creo que no me conocéis bien, Excelencia. Las chanzas conmigo son peligrosas.

—¿Para qué me había de chancear con vos?—dijo Johann tranquilamente;—os propongo un negocio en que los dos ganamos. Vos más que yo, pero es justo, porque también sois más pobre... Respondedme seria y francamente: ¿queréis casaros con Angélica Doria?

Caffarelli no halló palabras con qué responder. Sus manos se juntaron á pesar suyo; la pasión sobrevivía en aquel corazón estragado.

Mientras Johann aguardaba la respuesta, el follaje del gran plátano se movió produciendo un ligero ruido.

El ministro de Estado y su compañero fijaron sus ojos á la vez en la ventana.

—¿El viento?...—dijo Johann cuya fisonomía parecía suspicaz é inquieta.

—No—respondió Caffarelli;—la tierra tiembla hoy en torno del Vesubio.

Johann quedó satisfecho de esta explicación y serenósele el semblante.

—Creo comprender—repuso el ministro de Estado,—que he hecho vibrar las cuerdas sensibles de vuestro corazón. Vos podéis ser feliz, Aurelio Caffarelli; y supuesto que mis primeras palabras os han ofendido, modifico la pregunta y os digo: ¿qué es lo que haríais por conseguir la mano de Angélica Doria?

—Todo—respondió el noble sin vacilar.

—Está bien... sentemos primero los hechos. Existe un odio mortal entre Loredano Doria y ese joven que llaman ahora el conde Giuliano de Monteleone.

—¿Acaso no tiene derecho á llevar ese nombre?

—Poco nos importa... porque hoy debe morir. Aurelio se estremeció en su sillón.

—Vos estáis interesado en ello—prosiguió fríamente Johann;—Angélica Doria le ama. Pero no debe morir solo; necesita un compañero y este es Loredano Doria.

—¡Loredano!—repitió Caffarelli con manifiesta repugnancia.

—También estáis interesado en ello—repitió Johann con el mismo acento glacial;—el conde Loredano no os concedería nunca la mano de su hermana... ¡Pero no vayáis á formar cábalas, amigo! Sólo se trata de un desafío... Hace seis días que media una barrera entre estos dos campeones que se buscan; hoy caerá la barrera; esto es todo.

—Pero si es por una mala inteligencia—dijo Caffarelli,—bastará una palabra para disipar su odio.

—Precisamente para impedir esta explicación tengo necesidad de vos, amigo—dijo Johann.

De las altas ramas del plátano cayeron algunas hojas secas.

Johann lanzó hacia este lado una mirada distraída.

El huracán, que había cedido algo al amanecer, recrudesció otra vez. Johann prosiguió:

—¿Habéis conservado relaciones con Loredano Doria?

—Relaciones de corte, sí.

—¿Y con el conde Julián de Monteleone, no habéis trabado amistad?

—Sí, por cierto, es el ídolo del día.

—Pues bien, Loredano cree que Julián ha robado á Angélica, ¿no es esto?

—Así se dice.

—¿Y Julián está convencido de que Loredano ha robado á Celestina?

—A lo menos, tal es el rumor público.

Johann sonreía.

—¿Qué se ha de hacer para ponerlos en movimiento?—repuso;—denunciar á Loredano el retiro de Angélica, y á Julián el lugar donde está Celestina... Como el retiro de Angélica y el de Celestina están en el mismo lugar...

—¡Vive el cielo!—interrumpió el noble;—hé aquí una infernal concepción.

Johann se frotó las manos como si se le hubiese dirigido una lisonja.

—Veo que lo habéis comprendido, amigo—le dijo.

—En flagrante delito,—añadió Johann alegremente.

—Comprendo que al encontrarse los dos—replicó Aurelio,—ambos exclamarán: «¡Hé aquí el raptor!»

—Comprendo—continuó Caffarelli,—que si los dos tienen espadas...

—¡Ah!—exclamó el ministro de Estado;—esto es lo principal, ¡deben tener espadas!

Desde algunos segundos tenía lugar un hecho verdaderamente extraño frente á la ventana. El

gran plátano no se movía ni dejaba caer sus hojas secas, pero se deslizaba algo lentamente á lo largo de su tronco.

A cierta distancia parecía un gigantesco gusano de forma humana, pues era poco probable que un hombre se deslizase así por la corteza lisa de un árbol con la cabeza hacia abajo.

Desde el aposento de Johann no podía distinguirse aún aquel insecto colosal ó aquel mono de especie desconocida cuya cabeza estaba sobre el nivel superior de la ventana.

Llegado allí, cesó de descender. Durante algunos minutos permaneció completamente inmóvil. Luego su cabeza, que estaba como pegada á la corteza, mostrando sólo sus cabellos desgrefiados, separóse suavemente de ella.

La fisonomía de nuestro buen camarada Cucuzone, inflamada por la posición violenta que guardaba, apareció entre los mechones colgantes de sus cabellos. Su vista y oído estaban en acecho.

El sonido sube; así Cucuzone había podido oír la última parte de la conversación que acabamos de transcribir.

Pero se detuvo en el momento en que Johann decía: —¡Deben tener espadas!

Cucuzone sostuvo su posición cerca de diez minutos. Para ello era necesario ser Cucuzone.

En estos diez minutos oyó las últimas instrucciones que el ministro de Estado dió á su nuevo factotum.

Aurelio Caffarelli debía trasladarse primero al palacio Doria, después al antiguo palacio Coriolani ocupado por Julián de Monteleone. Igual misión llevaba para Julián que para Loredano. Ni siquiera había de avivar su odio.

Los dos buscaban á su hermana. Tratábase solamente de decir á cada uno de ellos: Vuestra hermana está en tal lugar, y proporcionar á ambos

el medio de burlar la vigilancia de la policía particular del rey, quien quería impedir la ocasión de un choque.

Tratábase en fin hacer de manera que Loredano y Julián estuviesen armados.

Aurelio Caffarelli se encargó de obtener este triple resultado. Johann había resumido la situación en estas palabras:

—En tanto que viva uno de los dos, habrá un obstáculo insuperable entre vos y Angélica.

Aurelio salió del aposento de Johann á las diez de la mañana, prometiendo volver en cuanto hubiese evacuado los referidos asuntos.

En el instante en que la puerta se cerraba tras de él, Johann experimentó como una especie de deslumbramiento. Vió una masa sombría que se deslizaba á lo largo del árbol con la rapidez de una piedra que cae.

Por de pronto cesó de restregarse las manos.

En seguida se puso á temblar, porque acababa de oír ese grito particular del cual hemos hecho mención tantas veces.

Cucuzone atravesaba las calles de árboles y las espesuras sobre las manos, los pies, la cabeza, trabajando gimnásticamente con todo regocijo. Y es que este buen muchacho estaba tan contento como el sabueso cuando encuentra el rastro.

Llegado al muro del jardín, tomó carrera y alcanzóle de un salto.

De otro salto bajó á la calle.

Al llegar á la plaza del Mercato, vió en el umbral de la casa de policía á Aurelio Caffarelli, que buscaba con la vista un carruaje.

Cucuzone hizo una seña. Un robusto mozo de anchas espaldas que ocupaba el pescante de un coche y que ocultaba su rostro bajo un sombrero de alas anchas, puso inmediatamente sus caballos al trote.

Otros dos ó tres carruajes hicieron lo propio, pero el cochero amigo de Cucuzone les dijo tranquilamente:

—¡Quiero este caballero... al primero que se mueva, le aplasto!

Sus rivales se detuvieron y volvieron grupas.

Algunos dijeron:

—No se pueden gastar chanzas con ese brutal Ruggieri.

Aurelio no tenía que elegir: así subió al carruaje conducido por Ruggieri. Cucuzone saltó detrás.

Serían las tres de la tarde cuando el coche volvió á la plaza del Mercato.

Aurelio Caffarelli bajó de él para dar cuenta á Johann del resultado de su misión.

—Al anochecer—dijo al entrar en el aposento donde le aguardaba el ministro de Estado,—Loredano Doria y Julián de Monteleone se hallarán en la parte superior de las Camaldulas..

—¿Armados?—preguntó Johann.

—Armados—respondió el noble.

—¿Y se han tomado todas las medidas para que queden allí los dos?

Aurelio se inclinó en silencio.

—¡Enhorabuena!—exclamó Johann;— hoy me siento fuerte como un hércules... quiero ver esto... sí... quiero verlo.

Y mandó que le preparasen su silla portátil, diciendo al mismo tiempo:

—¡Cómo progreso en salud!... ¿y no viviré más que un siglo?

Mientras se preparaba la silla del señor Johann, el coche conducido por Ruggieri se dirigía al galope por el camino de las Camaldulas.

Cucuzone había cambiado de puesto. Dejando el asiento de atrás, instalóse en los almohadones del interior, donde dormía el sueño de la inocencia.

La viuda de Monteleone y la centenaria de la casa de los Folquieri, eran dos locas que la una guardaba la otra.

La ancianidad y acaso los remordimientos habían obscurecido desde mucho tiempo la inteligencia de Berta Giudicelli.

María de los Amalfi había también perdido la razón en la quinta Floridiana en el momento en que la evidencia la obligaba á denunciar al príncipe Coriolani, hacia quien la impulsaba su corazón, como el asesino de Mario Monteleone.

Desde entonces, el señor Johann Spurzeim no se atrevía á arrostrar su presencia, pues creía en el principio sentado por el doctor Daniel de que «la locura se acuerda de la locura.»

Pero este temor no le hacía renunciar á sus designios; en Nápoles los matrimonios religiosos tienen fuerza civil.

Nadie había visto á María de los Amalfi desde la escena de la quinta Floridiana; por consiguiente nadie podía decir: tal día y á tal hora la viuda de Monteleone estaba demente.

El sueño de ambición de aquel hombre contra el cual todo conspiraba, hasta su salud, iba á verse realizado. La partida de matrimonio haría fe.

Algunas horas más, y aquel hombre, ya favorito de un rey, iba á ser á la vez el heredero del más alto título de Nápoles y de las dos más grandes fortunas reunidas de Italia.

Precisamente para ello, guardaba en su poder á María de los Amalfi y á la vieja Berta, su compañera.

El señor Johann estaba exento de todo yano es-

Otros dos ó tres carruajes hicieron lo propio, pero el cochero amigo de Cucuzone les dijo tranquilamente:

—¡Quiero este caballero... al primero que se mueva, le aplasto!

Sus rivales se detuvieron y volvieron grupas.

Algunos dijeron:

—No se pueden gastar chanzas con ese brutal Ruggieri.

Aurelio no tenía que elegir: así subió al carruaje conducido por Ruggieri. Cucuzone saltó detrás.

Serían las tres de la tarde cuando el coche volvió á la plaza del Mercato.

Aurelio Caffarelli bajó de él para dar cuenta á Johann del resultado de su misión.

—Al anochecer—dijo al entrar en el aposento donde le aguardaba el ministro de Estado,—Loredano Doria y Julián de Monteleone se hallarán en la parte superior de las Camaldulas..

—¿Armados?—preguntó Johann.

—Armados—respondió el noble.

—¿Y se han tomado todas las medidas para que queden allí los dos?

Aurelio se inclinó en silencio.

—¡Enhorabuena!—exclamó Johann;— hoy me siento fuerte como un hércules... quiero ver esto... sí... quiero verlo.

Y mandó que le preparasen su silla portátil, diciendo al mismo tiempo:

—¡Cómo progreso en salud!... ¿y no viviré más que un siglo?

Mientras se preparaba la silla del señor Johann, el coche conducido por Ruggieri se dirigía al galope por el camino de las Camaldulas.

Cucuzone había cambiado de puesto. Dejando el asiento de atrás, instalóse en los almohadones del interior, donde dormía el sueño de la inocencia.

La viuda de Monteleone y la centenaria de la casa de los Folquieri, eran dos locas que la una guardaba la otra.

La ancianidad y acaso los remordimientos habían obscurecido desde mucho tiempo la inteligencia de Berta Giudicelli.

María de los Amalfi había también perdido la razón en la quinta Floridiana en el momento en que la evidencia la obligaba á denunciar al príncipe Coriolani, hacia quien la impelía su corazón, como el asesino de Mario Monteleone.

Desde entonces, el señor Johann Spurzeim no se atrevía á arrostrar su presencia, pues creía en el principio sentado por el doctor Daniel de que «la locura se acuerda de la locura.»

Pero este temor no le hacía renunciar á sus designios; en Nápoles los matrimonios religiosos tienen fuerza civil.

Nadie había visto á María de los Amalfi desde la escena de la quinta Floridiana; por consiguiente nadie podía decir: tal día y á tal hora la viuda de Monteleone estaba demente.

El sueño de ambición de aquel hombre contra el cual todo conspiraba, hasta su salud, iba á verse realizado. La partida de matrimonio haría fe.

Algunas horas más, y aquel hombre, ya favorito de un rey, iba á ser á la vez el heredero del más alto título de Nápoles y de las dos más grandes fortunas reunidas de Italia.

Precisamente para ello, guardaba en su poder á María de los Amalfi y á la vieja Berta, su compañera.

El señor Johann estaba exento de todo yano es-

crúpulo. Así había colocado á las dos en el aposento dormitorio de Bárbara Monteleone, ya difunta.

En cuanto á la anciana Berta, hubiera sido fácil hacerla desaparecer; pero ella no conocía el nombre del cómplice de Bárbara Monteleone.

Es verdad que no hubiera sido difícil ponerla en vía de descubrirle, mas esto sólo podía hacerlo la viuda de Monteleone. Pero María de los Amalfi, cuando estaba en su juicio, no se acordaba de nada, y Johann se ocultaba de ella en sus horas de demencia.

Sin embargo, supuesto el carácter alevoso de Johann Spurzeim, es cierto que no hubiese arrojado sin motivo un peligro tal, por débil que fuese. El motivo existía.

Suponiendo una vuelta súbita é inesperada á la razón por parte de María de los Amalfi, podía descargar todo el peso de las iniquidades pasadas en la anciana Berta.

Era una reserva, ó mejor, una puerta abierta para un caso de derrota.

Ya había muchos días que las dos reclusas estaban reunidas en el aposento de la difunta Bárbara Spurzeim: al primer golpe de vista se habían conocido. Al aspecto de la que fuera tanto tiempo su verdugo, María de los Amalfi sobrecogióse de horror y de espanto; la centenaria, al contrario, había experimentado un sentimiento de alegría imbecil. Tenía otra vez una esclava en su poder.

Pero pasado el primer momento, notóse en ella cierta inquietud. Indudablemente esta organización, ya decrepita, había sufrido un cambio.

Muchas veces la hubieseis sorprendido contemplando á María de los Amalfi durante el sueño. Algo se operaba en el interior de este sepulcro humano. Eran los resplandores intermitentes de una lámpara próxima á extinguirse.

Se le había dado una rueca para que hilase. Du-

rante su trabajo cantaba muchas veces con voz trémula y cascada las antiguas canciones de la Calabria.

María de los Amalfi, olvidando entonces sus terrores, se arrodillaba á sus pies como una niña. Escuchaba llorando.

Aquel día María de los Amalfi dormía vestida sobre su cama.

Berta hilaba.

Eran las cuatro de la tarde.

Berta se había levantado ya dos veces para contemplar cómo dormía.

Cuando por tercera vez fué á sentarse, dijo:

—Será preciso que hable al rey.

Era su estribillo, y esto bastaba para adormecer momentáneamente su conciencia, como el opio transformado en pasta calma por algunos instantes la tos perseverante de los enfermos del pecho.

Cogió el manubrio de su rueca y dió vuelta al huso.

—¡Ah!—exclamó sin que su fisonomía petrificada revelase la menor compasión;—ésta ha sufrido mucho... el día que le pusieron en la cabeza la corona de flores de azahar estaba risueña y bella... ¡Nada de orgullo!.. Dió el beso de amiga á todas las doncellas del valle... ¡Cuánto tiempo... cuánto tiempo ha transcurrido!... ¡Y yo también he sufrido mucho!

El movimiento de su rueca seguía una regularidad metronómica. De súbito paró de hilar.

En aquel momento, la condesa viuda de Monteleone se agitó en su sueño.

—¡Fulvio!... ¡Fulvio!...—murmuró ella.

Su voz era triste.

La anciana sonrió con estupidez y refunfuñó:

—Mario quiere decir... ¡Llamábase Mario!

Su mano tocó el manubrio de su rueca, pero le imprimió ningún movimiento.

—¡Mario! —repitió con acento delirante; —¡Julían, Celestina! ¡Me acuerdo de todos éstos nombres! ¿Por qué he olvidado las cosas más recientes y no las más lejanas?... Nunca pienso en mi hija, que murió feliz entre su marido y sus hijos... y sí siempre en mi nieta... ¡Blanca! ¡mi último amor! ¡ídolo de mi corazón!

Sus párpados latieron como si aun conservase una lágrima para tan triste recuerdo.

—¡Blanca! —repuso; — ¡Blanca!... ¡tan bella, tan joven, tan querida! Hizosele un gran honor, fué la nodriza de su joven señor, ¡la nodriza de Mario! ¡el primogénito de Monteleone! ¡Y Bárbara nos ofreció dinero... dinero!... ¡Blanca no quería, Blanca, pobre ángel mío!

Antes de proseguir lanzó un gran suspiro.

—¡Pero empezó á salir de noche!... ¡En esa edad el dinero no seduce!

—¡Ah! —interrumpióse con salvaje energía, — ¡si yo conociese al que sedujo, al que mató á mi Blanca!

Sus mejillas se colorearon ligeramente; sus ojos brillaron en el fondo de sus órbitas.

Esto fué un rayo de luz.

—¡El tentador se ocultaba!... —murmuró: — Blanca murió sin querer decirme su nombre; así no he podido vengarla. ¡Es la idea que sobrevive á todas en los corazones italianos, la de la venganza! En aquel momento, María de los Amalfi se incorporó en su cama y lanzó un grito.

Y se arrojó fuera de ella desgreñada.

—¡Les he visto! — exclamó; — ¡á los tres! ¡á los tres!... y he visto también al asesino que quiere matarlos, al mismo que asesinó á su padre.

Estaba bajo la impresión de una pesadilla que había agitado su sueño.

Dirigióse á la ventana con paso vacilante.

La ventana daba á un patio en el cual los cria-

dos de Johann Spurzeim preparaban su silla, según las órdenes transmitidas por Aurelio Caffarelli.

María de los Amalfi continuaba caminando.

—¡Allí está! ¡allí está el que se me ha aparecido en sueños!

Berta dejó su rueca para asomarse

La condesa, poniendo sus dos manos delante de sus ojos, como si quisiese huir de una espantosa visión, exhaló otro grito terrible:

—¡Hele ahí! —dijo.

Johann Spurzeim, sostenido por dos criados, bajaba la escalera de su palacio, y se dirigía á la silla de manos.

La anciana Berta aplicó sus ojos á los cristales de la ventana.

—¡Yo conozco á ese — profirió hablando consigo mismo.

La condesa se alejó con horror.

—¡Ah! —dijo ésta, —tú conoces á David Heimer. Berta repitió:

—¡David Heimer!

Y las dos locas se miraron con ojos delirantes. Berta dióse una palmada en la frente, murmurando:

—¿Dónde está mi memoria?

—¡Yo me acuerdo! ¡yo me acuerdo! —decía la condesa. —Era de noche. Vino á mi aposento y me dijo: —«¿Quieres vengarte del que te ha robado la felicidad?»

—¡Hijos míos! ¡mis pobres hijos! —interrumpióse en acento lastimero.

—¡David Heimer! —volvió á repetir Berta

Luego añadió:

—Una noche le vi hablar con mi nieta Blanca. La condesa hizo un esfuerzo para alejarse de ella y cayó al suelo.

—Sí... sí... —profirió entre sus dientes cerrados,

—Blanca... Blanca Giudicelli... ¡La nodriza infame!... la que me robó los niños... ¡la querida de David Heimer!

El busto encorvado de la centenaria crujió al enderezarse de súbito.

Sus ojos brillaron. Sólo dijo estas palabras

—¡Era él!

Luego tomó el báculo que le había servido para sostenerse en su largo viaje á la corte y se dirigió á la puerta.

—¡Y yo! ¡y yo!—exclamó la condesa haciendo un esfuerzo para levantarse;—ese Spurzeim quiere matar á mis hijos, ¡quiere matarlos! Dios me lo ha revelado en sueños!

Berta volvió sobre sus pasos, y arrodillándose al lado de su señora, exclamó en alta voz:

—Viuda de Mario Monteleone, apoyaos en mi brazo... La fuerza que ahora tengo, no es mía; Jesucristo, hijo de María, me la presta. Quiero defenderos, vengaros y morir.

Tendió una mano á la condesa, y besando el rosario con la otra, continuó:

—Soy muy vieja... soy el castigo de Dios que marcha... Adonde vaya él, allí irá.

Y condujo á María de los Amalfi al patio.

Allí los criados de Johann quisieron impedirle el paso.

Pero la anciana sacó del bolsillo una cajita que contenía las monedas de oro dejadas por Coriolani á Julián y Celestina, y las desparramó por el suelo.

—¡El rey me espera!—dijo con singular autoridad.—Mis horas están contadas... ¡Ay del que interponga entre el rey y yo!

XV.

Armas parlantes

Desarrollábase un espectáculo sorprendente que inspiraba terror.

El cielo, matizado de anchas tiras de colores vivísimos, presentaba uno de esos cuadros que los pintores no se atreven á imitar, temiendo la crítica imbécil del vulgo.

Porque el vulgo, al ver reproducida por el pincel ó la pluma una cosa que no ha visto, exclama siempre: «¡Esto no es verdad!»

Las nubes verdes, de color de violeta, de naranja, de sangre, confundían sus cintas simétricas.

En el horizonte todo era fuego.

El sol descendía á su ocaso.

Frente del sol poniente se elevaba el gigante que sentó un día su pesada mano sobre Herculano y Pompeya, ciudades sepultadas, es decir, el Vesubio.

El Vesubio poseía su atmósfera propia y su estado meteórico que en nada se parecía al resto del cielo.

Consistía en un cúmulo de vapores pesados y opacos, elevados en espiral como los que salen de la boca de un cañón. Los contornos de estas nubes se coloreaban de plata ó púrpura, según recibían la luz de arriba ó abajo.

Destellos luminosos cruzaban incesantemente en diferentes direcciones esa masa de tinieblas cuyas profundidades se iluminaban extrañamente. Pero no se oía el retumbar del trueno.

Este se confundía con el estrépito del monte, que á manera de murmullo inmenso ó de voz poderosa parecía aturdir la ciudad.

—Blanca... Blanca Giudicelli... ¡La nodriza infame!... la que me robó los niños... ¡la querida de David Heimer!

El busto encorvado de la centenaria crujió al enderezarse de súbito.

Sus ojos brillaron. Sólo dijo estas palabras

—¡Era él!

Luego tomó el báculo que le había servido para sostenerse en su largo viaje á la corte y se dirigió á la puerta.

—¡Y yo! ¡y yo!—exclamó la condesa haciendo un esfuerzo para levantarse;—ese Spurzeim quiere matar á mis hijos, ¡quiere matarlos! Dios me lo ha revelado en sueños!

Berta volvió sobre sus pasos, y arrodillándose al lado de su señora, exclamó en alta voz:

—Viuda de Mario Monteleone, apoyaos en mi brazo... La fuerza que ahora tengo, no es mía; Jesucristo, hijo de María, me la presta. Quiero defenderos, vengaros y morir.

Tendió una mano á la condesa, y besando el rosario con la otra, continuó:

—Soy muy vieja... soy el castigo de Dios que marcha... Adonde vaya él, allí irá.

Y condujo á María de los Amalfi al patio.

Allí los criados de Johann quisieron impedirle el paso.

Pero la anciana sacó del bolsillo una cajita que contenía las monedas de oro dejadas por Coriolani á Julián y Celestina, y las desparramó por el suelo.

—¡El rey me espera!—dijo con singular autoridad.—Mis horas están contadas... ¡Ay del que interponga entre el rey y yo!

XV.

Armas parlantes

Desarrollábase un espectáculo sorprendente que inspiraba terror.

El cielo, matizado de anchas tiras de colores vivísimos, presentaba uno de esos cuadros que los pintores no se atreven á imitar, temiendo la crítica imbécil del vulgo.

Porque el vulgo, al ver reproducida por el pincel ó la pluma una cosa que no ha visto, exclama siempre: «¡Esto no es verdad!»

Las nubes verdes, de color de violeta, de naranja, de sangre, confundían sus cintas simétricas.

En el horizonte todo era fuego.

El sol descendía á su ocaso.

Frente del sol poniente se elevaba el gigante que sentó un día su pesada mano sobre Herculano y Pompeya, ciudades sepultadas, es decir, el Vesubio.

El Vesubio poseía su atmósfera propia y su estado meteórico que en nada se parecía al resto del cielo.

Consistía en un cúmulo de vapores pesados y opacos, elevados en espiral como los que salen de la boca de un cañón. Los contornos de estas nubes se coloreaban de plata ó púrpura, según recibían la luz de arriba ó abajo.

Destellos luminosos cruzaban incesantemente en diferentes direcciones esa masa de tinieblas cuyas profundidades se iluminaban extrañamente. Pero no se oía el retumbar del trueno.

Este se confundía con el estrépito del monte, que á manera de murmullo inmenso ó de voz poderosa parecía aturdir la ciudad.

El viento no soplabá.

La tierra se estremecía, como si la lava bullidora estuviese bajo los pies de los espectadores.

Estos eran numerosos.

Los cuatrocientos mil habitantes de Nápoles se hallaban dispersados en las campiñas vecinas, en las ciudades, en las islas, en la mar, por todas partes, pues el anfiteatro es espacioso en torno de semejantes tragedias.

Allí estaban aguardando la lava.

En el puerto las vergas de los buques se doblaban al peso de los marineros.

Y todo por una sensación, por una devoradora curiosidad.

Los resplandores volcánicos se hacían más intensos á medida que adelantaba la noche. Fulminantes rayos parecían pasar bajo el humo y proyectaban una luz brillante sobre la vertiente del monte que mira á Nápoles.

El resto del volcán se levantaba como una sombra.

Había sobre todo un lugar que parecía resplandecer con luz propia y casi sobrenatural. Esperábase que la erupción se verificaría por allá.

Todas las miradas se fijaban en aquel punto.

Era el espacio comprendido entre la llanura y las bocas de 1794, en la parte sur del monte, sobre las Camaldulas.

¡Cosa extraña! no se veía una criatura humana en toda la extensión del monte, sino en el lugar marcado por la última catástrofe.

Con anteojos se distinguía que allí se agitaban hombres. Y á medida que se enrojecían las bocas del volcán, el número de hombres aumentaba.

En el momento de la erupción, el viento se agitó. La masa de humo que se cernía sobre las bocas, empezó á oscilar, y viéronse distintamente las pie-

dras y peñas incandescentes lanzadas ya á gran altura.

Por todos lados se decía:—¡La lava va á reventar! ¡la lava va á reventar!

Entre los buques del puerto había uno en franquía: era el «Pausilippe» de Marsella. Empezaba su maniobra en los aparejos, retardada por la curiosidad de la tripulación.

El puente del «Pausilippe» estaba lleno de pasajeros.

Entre todos se distinguían dos por su buen aspecto y sus catalejos que dirigían constantemente al volcán. Deseamos que el lector domine su emoción al saber que estos dos pasajeros eran Peter-Paulos Brown (de Cheapside) y su esposa Penélope, escapados los dos sanos y salvos de los terribles peligros anejos á su excursión al monte.

En verdad no sin un profundo sentimiento pasamos en silencio la odisea de los dos esposos en la Italia del sur. Esto formaría muchos volúmenes llenos de animación, desde la primera línea á la última, por el buen humor que los ingleses nunca tienen, pero que saben generalmente producir en los demás.

En esto se parecen á los bufones, naturalezas ordinariamente melancólicas, cuyo oficio es hacer reír.

Bástenos saber que los bandidos, después de haberse convencido de su error con motivo del famoso diamante «pundjaub», habían dado libertad á Peter-Paulos, Penélope, Melicerta, Jack y sus sesenta bultos.

El odio de Penélope á «ese oficiade», el gran coronel San Severo, se revelaba por algunas amargas palabras; pero en lo demás había quedado satisfecha de los bandidos por haberse mostrado suficientemente «shocking».

Guardó en su corazón enternecido los nombres

de cinco ó seis picarillos, atrevidos con las señoras.

En cuanto á Peter-Paulos había visto cosas que dejaban muy atrás las de la historia horrible de Kedéveur.

Hasta el fin de sus ideas hinchó sus narices y mejillas al contar á los miembros del «Cotton's» and international club» sus prodigiosas aventuras en las cavernas de la Italia del sur.

El otro Brown (en Inglaterra hay 122,000 Browns), el verdadero poseedor del diamante «pundjaub,» logró vender una imitación al rey de Dinamarca, pero el original lo puso á disposición de su muy amada soberana la reina Victoria I, mediante doscientas mil libras esterlinas. En alguna parte debe ser «alderman».

Peter-Paulos, antes de dejar ese «destebelo paíse,» habría deseado ver la destrucción por la lava de alguna localidad importante; pero de nada le valió su título de súbdito inglés para que el capitán del «Pausilippe» dejase de levar anclas durante la marea.

El paquebot había salido del puerto con buena brisa.

La obscuridad aumentaba.

El volcán, llama inmensa, cada vez más brillante, iluminaba sólo las tinieblas, pues el sol había desaparecido.

Ya es tiempo que digamos al lector quiénes eran esas sombras humanas que aparecían en medio del flanco luminoso del monte, excitando una curiosidad tal entre los innumerables espectadores, como la misma erupción.

Johann Spurzeim había sido bien servido por su nuevo teniente Aurelio Caffarelli. Este, hombre de corte, presentóse sucesivamente en el palacio Doria y en el de Coriolani, morada del joven conde Julián.

A Loredano le dijo:—El conde Julián ha ocultado vuestra hermana en una quinta situada en el camino de Pórtici, más allá de las Camaldulas.

Y había repetido textualmente las mismas palabras á Julián, mudando solamente el nombre del raptor.

De modo que para Julián el conde Loredano había robado y secuestrado á Celestina.

El lector no debe haber olvidado que Loredano y Julián estaban vigilados en sus respectivas casas por la policía particular del rey.

Era indispensable obviar este obstáculo, y hacer que los dos adversarios tuviesen armas.

Caffarelli proporcionó á los dos, que no sabían cómo pagarle su celo, dos uniformes de oficiales de la guardia.

Los dos condes lograron abandonar su palacio poco más ó menos á la misma hora. Loredano salió de la ciudad por la Marinella y Julián por la puerta de Capua. Ambos llevaron su caballo al galope un buen cuarto de hora sin encontrarse.

Julián echó pie á tierra el primero, cruzando los campos y jardines más cercanos al Vesubio.

Su caballo, azorado, no quiso adelantar más, luego que el viento le dió en las narices el humo cálido del volcán.

Loredano pudo llegar á caballo hasta tras las Camaldulas.

En las campiñas vecinas no había un alma.

Desde la víspera quedaron abandonadas todas las casas situadas en la vertiente meridional del monte.

El crepúsculo empezaba á desaparecer, cuando Julián, que no conocía la campiña de Nápoles, empezó á buscar su camino á través de verdaderos desiertos.

La amenaza evidente del volcán le impedía dirigirse á la izquierda. A la derecha se veían multi-

tud de senderos que se entremezclaban unos con otros hasta lo infinito.

Hallábase perplejo, cuando la casualidad le hizo distinguir una especie de escolta que cruzaba los hermosos bosques de limoneros que cercaban la quinta del Santo Angel, antes de la erupción de 1823.

El cortejo se componía de una silla portátil cerrada, y de cuatro criados que parecía no llevaban armas.

Julián llamó y preguntó por el camino de la quinta designada por Aurelio Caffarelli.

Los criados guardaron silencio, pero salió una voz de la silla que le dijo:

—Tomad la derecha y seguid al caballero que va delante. Julián echó á correr.

El caballero en cuestión vestía el uniforme de teniente de la guardia.

Julián había sin duda olvidado que él mismo llevaba un uniforme exactamente igual.

Luego que hubo partido, la voz que salía de la silla, dijo á los que la llevaban:

—Adelantad todo lo posible sin salir del bosque.

Los que habían conversado, siquiera una vez con el señor Juan Spurzeim guarecido tras las paredes de su famoso «confesonario,» le hubieran conocido sin vacilar.

Al ruido de los pasos de Julián, que corría, el caballero se volvió.

En aquel momento era ya de noche, pero el volcán alumbraba la obscuridad.

Julián y el caballero lanzaron á la vez un grito.

—¡Miserable!—exclamó Julián tirando de la espada como si toda su vida no hubiese hecho otra cosa.

Johann le había juzgado á las mil maravillas.

Loredano respondió desenvainando también la espada y sonriendo con amargura

—¡Sin duda no esperabais encontrarme aquí! Y arremetieron espada en mano uno contra otro.

Loredano, cumplido caballero, no ignoraba los secretos de la esgrima; Julián, al contrario, era novicio; pero uno de esos novicios, corazón y garra de león, que matan á los espadachines.

Desde el primer encuentro pasó por debajo la espada de Loredano y le derribó de un golpe de guarnición, pues la punta no había dado en el cuerpo. Luego dejó que Loredano se levantase.

En el bosquecillo, Johann decía á uno de sus pretendidos criados:

—Acordaos, señor Aurelio, que deben quedar allí «uno.»

Loredano se levantó medio aturcido.

Sólo esta circunstancia podía prolongar una lucha á todas luces desigual.

Doria se puso otra vez en guardia murmurando:

—Caballero, os doy las gracias.

Y las dos espadas se cruzaron de nuevo

Julián continuaba batiéndose con impetuosidad. Loredano se mantenía en la defensiva: paraba los golpes perdiendo terreno. Notábase en él cierta vacilación.

Para ello concurrían muchas cosas: primero su generosidad natural, pues de una ojeada había conocido la inexperiencia de aquel joven que acababa de perdonarle la vida, y luego porque á los resplandores que el cráter despedía había distinguido muchas sombras á orillas de los bosquecillos de limoneros.

Parecían hombres apostados, y esto era muy extraño en tal lugar y de noche.

En fin, sobre la pendiente que formaba el camino de Portici, veía desde algunos segundos una carreta que se adelantaba tirada por dos bueyes.

Estos animales iban avanzando con paso lento y pesado. De tiempo en tiempo se detenían es-

tremeciéndose. Pero bastaba tocarlos con el aguijón para proseguir su marcha, porque la pantalla puesta delante de sus ojos les impedía ver el volcán.

Sobre la carreta iban dos mujeres: una de ellas, llegada á los últimos límites de la edad, estaba sentada y tenía en su mano un gran báculo como un cetro. La otra, desgredada y pálida, arrodillada en la parte delantera de la carreta, tendía los brazos hacia delante.

Adivinábase que gritaba.

Este grupo, dando frente al foco luminoso, aparecía iluminado como en medio del día...

De súbito oyóse un gran ruido y una inmensa haz de llamas se lanzó fuera del cráter.

A lo lejos Nápoles, las colinas, el mar y las islas parecieron surgir bruscamente de en medio de las sombras.

En seguida, después de una lluvia de fuego, volvió á oscurecer la atmósfera una nube de negras cenizas.

A lo lejos, los espectadores de ese prodigioso incendio se santiguaban y repetían:

—¡La lava va á reventar!

Las campanas de los campanarios vecinos tocaban á muertos.

Los más incrédulos dirigían su plegaria á Dios.

Johann Spurzeim dijo á Caffarelli:

—Esta es la ocasión. El momento ha llegado...

Angélica y la fortuna, ó mi venganza, que es la miseria y la muerte.

Caffarelli estaba con la cabeza baja.

Johann levantó la cortina de su silla y le presentó un objeto parecido á una muleta.

Caffarelli tomó el objeto y enjugó su frente bañada en sudor. Johann prosiguió:

—Inmediatamente que Julián de Monteleone caiga bajo la espada de Doria, apuntad al corazón de éste... y seréis un gran señor.

Aurelio se deslizó hasta los últimos árboles del bosquecillo. El combate continuaba.

La carreta adelantaba, pero aun no se podían oír los gritos de la pobre mujer arrodillada.

El espantoso estrépito del volcán aumentaba cada vez más.

Cuando se hubo disipado la nube de ceniza, Johann y los que estaban en el bosquecillo pudieron ver que la sangre de Loredano Doria corría por dos heridas.

Esto le había hecho entrar en cólera y empezaba á estrechar á Monteleone, cuyo puño inhábil se cansaba.

Pero de repente las miradas de Johann y sus compañeros se fijaron en un espectáculo inesperado.

Un largo chorro de fuego abrió la vertiente sudoeste del monte en dirección á Torre del Mauro.

A estos resplandores nuevos y más vivos apareció una cabalgata verdaderamente fantástica.

Marchaba delante, ó más bien devoraba el espacio, un hombre envuelto en una capa carmesí que flotaba á merced del viento.

Parecía el genio fulgurante del inmenso incendio.

Corría, volaba inclinado sobre el cuello de su caballo, que parecía de fuego.

Tras de él seguían otros caballeros. El más cercano era de pequeña talla y parecía una mujer.

—¡Tira, Aurelio! ¡tira!—exclamó.

Pero su voz se ahogaba con el ruido.

Julián perdía terreno á su vez y se acercaba al bosquecillo por la parte donde Aurelio estaba emboscado.

La carreta se detuvo y los bueyes se encubrieron.

Un espantoso crujido había abierto el monte.

La boca del cráter vomitó en seguida una masa

de fuego mucho más considerable que la primera.

En los alrededores salió un mismo grito de ochocientos mil pechos. —¡La lava! ¡la lava!

Era en efecto la lava que se desbordaba.

Durante un minuto la nube de cenizas que sigue siempre á cada una de esas grandes convulsiones cubrió la escena como de un velo espeso.

Todo desapareció: los combatientes, los hombres del bosquecillo, la carreta tirada por bueyes y la cabalgata que venía por la torre del Mauro.

Un soplo de viento desalojó la nube, y cada detalle del drama se mostró de nuevo anegado en luz.

El carro estaba cerca; la mujer desgrefñada bajaba de él gritando:

—¡Hijo mío! ¡hijo mío!

Julián de Monteleone, empuñando la espada con toda su fuerza se arrojaba sobre Loredano, que le aguardaba con la punta de la suya dirigida al corazón.

Caffarelli apuntaba, apoyando su carabina de viento en el tronco de un árbol para mejor asegurar el golpe. El momento era crítico.

¿Habéis visto nunca caer el rayo?

El caballero de la capa color de púrpura salió de la nube.

Sus sangrientas espuelas se hincaron otra vez en los flancos de su caballo, el cual dió un brinco y cayó.

El caballero, cogiéndose de la silla en el acto de la caída, se encontró de pie por medio de un movimiento rápido, y precipitóse hacia delante en el momento en que Julián y Loredano se arrojaban uno contra otro.

Las dos espadas le atravesaron á la vez el pecho. Pero no cayó.

El viento, echando atrás su sombrero, había des-

cubierto el noble rostro del príncipe Fulvio Coriolani.

—Madre mía—dijo á la mujer desgrefñada que se le acercaba sollozando;—se me había puesto en el brazo, en otro tiempo, el escudo de Monteleone... ahora le tengo en el pecho: ¿le reconocéis?

Julián y Loredano retrocedieron estupefactos.

Las dos espadas quedaron clavadas como una aspa en su corazón: ¡armas fúnebres y parlantes!

—¡Hijo mío! ¡hijo mío! ¡hijo mío!...—exclamó por tres veces María de los Amalfi.

Fulvio se tambaleó.

Fiamma le sostuvo en sus brazos. Fiamma era el caballero que le seguía tan de cerca en el camino. Tras de ella venía Cucuzone y Ruggieri.

El marino y el saltarello se habían lanzado al bosquecillo y hecho saltar de un pistoletazo la tapa de los sesos á Caffarelli.

En seguida Cucuzone y Ruggieri se dirigieron á la silla donde estaba Johann y le llevaron al lugar de la catástrofe.

Entretanto la lava rebosaba del prodigioso incendio del cráter, de donde se elevaba ahora una alta y espesa columna de fuego que parecía sostener la bóveda de humo bronceado y sangriento.

La lava corría de los bordes del agujero que había abierto, primero incandescente, luego roja, en seguida negruzca, y rebosaba lentamente, incendiándolo todo á su paso.

Cuando su ola hirviente llegaba al pie de un árbol, la corteza se rajaba, las hojas se encogían y doblaban, el árbol caía.

Por donde pasa la lava no queda nada en pie.

A lo lejos, en las colinas del contorno, en las azoteas de la ciudad, en las vergas de los buques que el mar azotaba, porque el huracán arreciaba

otra vez en el golfo, todos los espectadores se decían:

—¿Qué hacen aquellos desgraciados tan cerca de la muerte?... ¡Aun tendrían tiempo de huir!

De los montes más próximos se distinguía perfectamente, en medio de aquel centro iluminado, el hombre vestido de color de púrpura. Los otros se arrodillaban ahora á su alrededor.

La pobre madre decía siempre ahogada por los sollozos:—¡Hijo mío! ¡hijo mío! ¡hijo mío!

Loredano estaba de rodillas, Angélica también con los ojos bajos y el corazón desfallecido; Julián y Celestina lloraban en la misma posición.

Porporato dijo:

—¡Orad por mí, madre mía, noble mártir! ¡orad por mí, Loredano, en otro tiempo amigo mío, y vos, Angélica, á quien tanto he amado!... ¡Orad por mí, Celestina y Julián, hermanos míos!... ¡He pecado, pero muero como debe morir un Monteleone!

María de los Amalfi llegó hasta él y se abrazó á sus rodillas.

Porporato se inclinó y depuso un beso en su frente.

—No puedo rodearos con mis brazos, madre mía —repuso,—pues mis manos contienen la sangre que es mi vida.

Luego, levantando la cabeza, añadió:

—¡Loredano Doria, os concedo la mano de mi hermana; que sea feliz!... Angélica Doria, os suplico que toméis por esposo á mi hermano Julián.

Su voz tembló, pero aun pudo añadir:

—Antes de cerrar los ojos para siempre, dejadme ver vuestras manos enlazadas.

Obedecieronle, formándose las dos parejas.

La pobre madre murmuraba:

—¡No morirás! ¡no, no morirás!

Porporato sonrió tristemente.

—Un Monteleone no debe sufrir al cadalso, madre mía—respondió;—aquel cuya vida fué una tempestad, morirá herido por el rayo... Loredano y Angélica, mi hermano y hermana, os llevarán nombres que la vergüenza no ha manchado

—¡Vivid! ¡conde!—murmuró Loredano.

—¡Vivid, oh, vivid!...—replicó Angélica.

Porporato volvió la cabeza hacia la lava, que avanzaba.

—Aun tenemos cinco minutos—murmuró

Luego, dirigiéndose á Cucuzone y á Ruggieri, que guardaban á Johann Spurzeim, les dijo:

—¡Soltad á ese desgraciado!

Ellos obedecieron; Johann se prosternó.

—En la hora de la muerte se oye la voz de los santos—continuó Porporato alzando sus ojos al cielo.—Mi padre, que es un santo á los pies de Dios, me habla. Mi padre no quiere ser vengado... ¡Johann Spurzeim, la mano del Altísimo te dará el merecido castigo!

El cadáver viviente inclinó su cabeza hasta el polvo, pero en sus labios crispados vagaba una sonrisa. Johann se decía:

—¡Nada puede contra mí!... ¡les enterraré á todos! Porporato volvió á mirar hacia atrás.

—¡Huid todos!—gritó con voz imperiosa.

—¡Dejaros aquí, conde!—objetó Loredano.

—¡Salvad á mi hermana!—continuó Porporato;—Julián, salva á tu Angélica... la muerte está á un minuto de vosotros... ¡Salvad á mi madre!—añadió dirigiéndose á Ruggieri y Cucuzone.

—¿Y yo?—refunfuñó Johann Spurzeim.

Su voz se ahogó en su garganta.

La mano de Dios no se hizo aguardar. La anciana Berta Giudicelli se había deslizado fuera de la carreta, y arrastrándose silenciosamente hacia Johann Spurzeim, anudó sus manos alrededor de su cuello como un collar, hasta dejarle comple-

tamente estrangulado. Su cuerpo quedó rígido tras la última convulsión.

La anciana se dejó caer á su lado pronunciando el nombre de su nieta Blanca.

La lava avanzaba hacia Porporato y Fiamma.

—¡Huye!—le dijo él;—¡huye! ¡aun es tiempo!

Ella le estrechó en sus brazos é inclinó su hermosa cabeza sobre el hombro de Coriolani. Su rostro resplandecía de gozo, orgullo y tranquilidad.

—Me habías robado tu vida—murmuró ella,—pero tu muerte es para mí... ¡ya soy feliz!

Porporato apoyó sus labios sobre su frente y le dijo:—¡Te amo!

Los fugitivos se detuvieron en la cima de una colina, al otro lado del camino del Pórtici.

La lava ya no podía alcanzarles.

Desde allí contemplaron un cuadro espantoso y espléndido, el cuadro de la muerte radiante como una apoteosis.

Ambos aparecían tan admirablemente jóvenes y bellos, que ya el espíritu los veía volar fuera de las regiones de la tierra. Los dos sonreían.

Una aureola de fuego brillaba en torno de sus cabelleras confundidas.

El volcán derramaba á su alrededor una lluvia de oro como una gloria...

La corriente de la lava pasó. De sus cuerpos sumergidos sólo se levantó un poco de humo...

FIN



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apto. 1025 MONTERREY, MEXICO

INDICE

TERCERA PARTE

EL PRÍNCIPE CORIOLANI Ó LOS AMORES DE ANGELICA

	<i>Páginas</i>
I.—El coronel San Severo.	5
II.—A través de la fiesta.	11
III.—La gruta del Endymion.	20
IV.—Otra manera de amar.	32
V.—Los cien mil ducados de Peter-Paulos.	43
VI.—El marqués de Malatesta.	47
VII.—El guante de Loredano Doria.	56
VIII.—El rey de día y el rey de noche.	71

CUARTA PARTE

MARÍA DE LOS AMALFI

I.—Djabel el gran Escorpión.	87
II.—El libro del porvenir.	103
III.—Berta Giudicelli.	113
IV.—El despertar.	125
V.—La separación.	135
VI.—¡Pobre madre!	140

tamente estrangulado. Su cuerpo quedó rígido tras la última convulsión.

La anciana se dejó caer á su lado pronunciando el nombre de su nieta Blanca.

La lava avanzaba hacia Porporato y Fiamma.

—¡Huye!—le dijo él;—¡huye! ¡aun es tiempo!

Ella le estrechó en sus brazos é inclinó su hermosa cabeza sobre el hombro de Coriolani. Su rostro resplandecía de gozo, orgullo y tranquilidad.

—Me habías robado tu vida—murmuró ella,—pero tu muerte es para mí... ¡ya soy feliz!

Porporato apoyó sus labios sobre su frente y le dijo:—¡Te amo!

Los fugitivos se detuvieron en la cima de una colina, al otro lado del camino del Pórtici.

La lava ya no podía alcanzarles.

Desde allí contemplaron un cuadro espantoso y espléndido, el cuadro de la muerte radiante como una apoteosis.

Ambos aparecían tan admirablemente jóvenes y bellos, que ya el espíritu los veía volar fuera de las regiones de la tierra. Los dos sonreían.

Una aureola de fuego brillaba en torno de sus cabelleras confundidas.

El volcán derramaba á su alrededor una lluvia de oro como una gloria...

La corriente de la lava pasó. De sus cuerpos sumergidos sólo se levantó un poco de humo...

FIN



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apto. 1025 MONTERREY, MEXICO

INDICE

TERCERA PARTE

EL PRÍNCIPE CORIOLANI Ó LOS AMORES DE ANGELICA

	<i>Páginas</i>
I.—El coronel San Severo.	5
II.—A través de la fiesta.	11
III.—La gruta del Endymion.	20
IV.—Otra manera de amar.	32
V.—Los cien mil ducados de Peter-Paulos.	43
VI.—El marqués de Malatesta.	47
VII.—El guante de Loredano Doria.	56
VIII.—El rey de día y el rey de noche.	71

CUARTA PARTE

MARÍA DE LOS AMALFI

I.—Djabel el gran Escorpión.	87
II.—El libro del porvenir.	103
III.—Berta Giudicelli.	113
IV.—El despertar.	125
V.—La separación.	135
VI.—¡Pobre madre!	140

	<u>Páginas.</u>
VII.—Conferencia.	148
VIII.—La promesa.	155
IX.—Suegro y yerno.	161
X.—Tela de araña.	171
XI.—El escudo de Monteleone.	181
XII.—La defensa de Johann Spurzheim.	187

QUINTA PARTE

LA MONTAÑA Y EL VOLCÁN Ó EL REY DE LA NOCHE

I.—Un corazón traspasado por dos espadas.	205
II.—El sueño de Manuel.	211
III.—El retrato.	222
IV.—La quinta Floridiana.	232
V.—Explosión de una mina.	242
VI.—El arpa.	263
VII.—El rey de la noche.	269
VIII.—Los dos pescadores.	279
IX.—Una idea de Ruggieri.	287
X.—A toda vela.	295
XI.—Una narración de Mariotto.	302
XII.—Del peligro de contar las historias demasiado bien.	315
XIII.—Al acecho.	333
XIV.—Dos locas.	347
XV.—Armas parlantes.	353

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

